

JEFFREY ARCHER

HONOR ENTRE
LADRONES



Lectulandia

Corre el año 1993. Saddam Hussein, paradójicamente el único superviviente político de la guerra del Golfo, planea su venganza. Una venganza insólita, de muchos contenidos simbólicos, pero sumamente eficaz: robar el original de la Constitución de los Estados Unidos para quemarlo públicamente y humillar de ese modo a los estadounidenses.

Lectulandia

Jeffrey Archer

Honor entre ladrones

ePub r1.1

Titivillus 13.05.15

Título original: *Honour among thieves*
Jeffrey Archer, 1993
Traducción: Eduardo García Murillo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



A George y Babs

I

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos...

*Nueva York,
15 de febrero de 1993*

Antonio Cavalli contempló atentamente al árabe, de aspecto demasiado joven para ser secretario de embajada.

—Cien millones de dólares —dijo Cavalli. Pronunció cada palabra lenta y deliberadamente, casi con reverencia.

Hamid al-Obaydi deslizó una cuenta de la ristra que utilizaba para relajarse sobre la yema de su pulgar perfectamente manicurado. El ruido empezaba a irritar a Cavalli.

—Cien millones es un precio muy aceptable —dijo el secretario de embajada con pulcro acento inglés.

Cavalli asintió. Lo único que le preocupaba del trato era que al-Obaydi no había hecho el menor intento de regatear, teniendo en cuenta, además, que la cifra propuesta por el norteamericano era el doble de lo que esperaba obtener. Penosas experiencias habían enseñado a Cavalli a no confiar en nadie que se negara a regatear. Significaba, inevitablemente, que no tenía intención de pagar.

—Si se acepta la cantidad —dijo—, solo nos queda concretar cómo y cuándo se efectuarán los pagos.

El secretario de embajada movió otra cuenta antes de asentir.

—Se pagarán diez millones al contado de inmediato —siguió Cavalli—. Los restantes noventa millones serán depositados en una cuenta bancaria suiza en cuanto el contrato se haya cumplido.

—¿Qué obtengo a cambio de mis primeros diez millones? —preguntó el secretario de embajada, y miró fijamente al hombre, cuyos orígenes eran tan difíciles de ocultar como los suyos.

—Nada —replicó Cavalli, aunque reconocía que el árabe tenía todo el derecho a hacer la pregunta. Al fin y al cabo, si Cavalli no cumplía su parte del trato, el secretario de embajada perdería mucho más que el dinero de su gobierno.

Al-Obaydi movió otra cuenta, consciente de que no tenía muchas opciones; le había costado dos años conseguir una entrevista con Antonio Cavalli. Entretanto, el presidente Clinton se había instalado en la Casa Blanca, mientras la impaciencia de su líder por vengarse aumentaba cada día más. Si no aceptaba las condiciones de Cavalli, al-Obaydi sabía que las posibilidades de encontrar a alguien capaz de llevar a cabo el trabajo antes del cuatro de julio eran tantas como que saliera el cero en el último giro de una ruleta.

Cavalli alzó la vista hacia el inmenso retrato que dominaba la pared situada detrás

del escritorio del secretario de embajada. Su primer contacto con al-Obaydi había tenido lugar pocos días después de que concluyera la guerra. En aquella ocasión, el norteamericano se había negado a negociar con el árabe, pues muy poca gente estaba convencida de que el líder del embajador suplente siguiera vivo cuando pudiera celebrarse una reunión preliminar.

Sin embargo, a medida que pasaban los meses, Cavalli empezó a pensar que su cliente en potencia tal vez sobreviviría al presidente Bush. Por lo tanto, se concertó una entrevista preliminar.

El lugar elegido fue el despacho del secretario de embajada en Nueva York, en la calle 79 Este. Pese a que era demasiado pública para el gusto de Cavalli, poseía la virtud de mostrar las credenciales del partido que afirmaba desear invertir cien millones de dólares en una empresa tan osada.

—¿Cómo desea que se paguen los primeros diez millones? —preguntó al-Obaydi, como si estuviera tanteando a un agente inmobiliario acerca de una rebaja por una casita situada en el lado malo del puente de Brooklyn.

—La suma ha de ser entregada en billetes de cien dólares, usados y sin marcas, que serán depositados en nuestro banco de Newark, Nueva Jersey —dijo el norteamericano, y entornó los ojos—. Señor Obaydi —añadió—, no debo recordarle que tenemos máquinas capaces de verificar...

—Tenga la seguridad de que cumpliremos nuestra parte del trato —le interrumpió al-Obaydi—. El dinero, tal como sugiere su tópico occidental, es una simple gota de agua en el océano. La única preocupación que me embarga es si serán capaces de cumplir su parte del trato.

—No habría insistido tanto en celebrar esta entrevista si dudara de que somos la gente adecuada para realizar este trabajo —replicó Cavalli—, pero ¿puedo confiar en que podrá reunir esa cantidad de dinero en metálico en un plazo tan breve?

—Quizá le interese saber, señor Cavalli —contestó el secretario de embajada—, que el dinero ya está guardado en una caja fuerte situada en el sótano del edificio de las Naciones Unidas. Al fin y al cabo, nadie esperaría encontrar depositada una cantidad tan grande en las bóvedas de una organización arruinada.

La sonrisa que iluminó la cara de al-Obaydi indicó que el árabe estaba complacido por su pequeña muestra de ingenio, pese al hecho de que los labios de Cavalli no se habían movido.

—Los diez millones serán ingresados en su banco mañana a mediodía —continuó al-Obaydi, mientras se levantaba para dar a entender que, en lo tocante a él, la entrevista había terminado. El secretario de embajada extendió la mano y su visitante la estrechó de mala gana.

Cavalli lanzó una última mirada al retrato de Saddam Hussein, dio media vuelta y se marchó a toda prisa.

Cuando Scott Bradley entró en el aula, se produjo un rumor de expectación.

Colocó sus notas sobre la mesa, frente a él, y sus ojos escudriñaron el aula. La habitación estaba atestada de jóvenes estudiantes ansiosos, que empuñaban bolígrafos y lápices, suspendidos sobre cuadernos de derecho amarillos.

—Me llamo Scott Bradley —dijo el profesor más joven de la facultad de Derecho —, y esta va a ser la primera de las catorce clases sobre Derecho Constitucional.

Setenta y cuatro rostros contemplaron al alto y desgarbado hombre, quien todavía no se había dado cuenta de que le faltaba el último botón de la camisa, y que aquella mañana no había tomado una decisión firme sobre en qué lado debía hacerse la raya del cabello.

—Me gustaría empezar esta primera clase con una declaración personal — anunció. Algunos lápices y bolígrafos permanecieron a la espera—. Existen muchos motivos para practicar el derecho en este país —empezó—, pero solo deben tener en cuenta uno, el único que me interesa. Se aplica a todas las especialidades a las que podrían dedicarse, y nunca ha sido mejor expresado que en el fascinante pergamino de La Declaración Unánime de los Trece Estados Unidos de América.

»«Consideramos que estas verdades son obvias, que todos los hombres son creados iguales, que su Creador les ha dotado de ciertos Derechos inalienables, entre los cuales se hallan la Vida, la Libertad y la consecución de la Felicidad». Esta frase en particular es la que diferencia a Estados Unidos de los demás países del mundo.

»En algunos aspectos, nuestra nación ha progresado muchísimo desde 1776 — continuó el profesor, que aún no había mirado sus notas mientras paseaba arriba y abajo, aferrando las solapas de su gastada chaqueta de *tweed* Harris—, mientras que en otros hemos retrocedido a marchas forzadas. Todos ustedes podrán ser miembros de la siguiente generación de defensores de la ley o de violadores de la ley. —Hizo una pausa, y un gran silencio cayó sobre el aula—. Han recibido el supremo don que les ayudará a decidir entre esas dos posibilidades, una mente de primera clase. Cuando mis colegas y yo hayamos terminado con ustedes, y si así lo desean, podrán salir al mundo real y hacer caso omiso de la Declaración de Independencia, como si no valiera más que el pergamino en que fue escrita, caduca e irrelevante en esta edad moderna. O —continuó— podrán decantarse por beneficiar a la sociedad si defienden la ley. Ese es el sendero que siguen los grandes abogados. Los malos abogados, y no me refiero a los estúpidos, son aquellos que empiezan por interpretar la ley a su conveniencia, lo cual solo dista un paso de transgredirla. Debo advertir a aquellos de ustedes que deseen seguir ese camino que no tengo nada que enseñarles, porque nada van a aprender en ese sentido. Gozarán de libertad para asistir a mis clases, pero “asistir” es lo único que lograrán.

Se hizo un silencio tan opresivo que Scott levantó la vista para comprobar que no se habían marchado todos.

—No son palabras mías —continuó, mientras contemplaba los rostros atentos—, sino las del decano Thomas W. Swan, que dio clases en este aula durante los primeros veintisiete años del siglo. No se me ocurren motivos para dejar de repetir su filosofía, siempre que me dirijo a una clase nueva en la facultad de Derecho de Yale.

El profesor abrió, por primera vez, la carpeta que tenía ante él.

—La lógica es la ciencia y el arte de razonar correctamente —empezó—. Puro sentido común, les oigo decir. Y nada tan poco común, nos recuerda Voltaire. Sin embargo, aquellos que claman «sentido común» suelen ser los mismos demasiado perezosos para entrenar sus mentes.

»Oliver Wendell Holmes escribió en una ocasión: “La vida del derecho no ha sido lógica, ha sido experiencia”.

Los lápices y bolígrafos empezaron a arañar furiosamente las páginas amarillas, y continuaron así durante los siguientes cincuenta minutos.

Cuando Scott Bradley llegó al final de la clase, cerró la carpeta, recogió sus notas y salió en silencio del aula. No se permitió la satisfacción de quedarse a recibir los largos aplausos que habían cerrado su clase de inauguración durante los últimos diez años.

Hannah Kopec había sido considerada una intrusa y una solitaria desde el primer momento, aunque sus superiores consideraban la última característica una ventaja.

Habían informado a Hannah de que sus posibilidades de triunfar eran escasas, pero ahora que había superado la parte más difícil, los doce meses de entrenamiento físico, y si bien, pese a sus antecedentes, aún no había matado a nadie, al contrario que seis de los últimos ocho aspirantes, sus superiores estaban convencidos de que ya podía hacerlo. Hannah también lo sabía.

Cuando el avión despegó del aeropuerto Ben Gurion de Tel Aviv en dirección a Heathrow, Hannah reflexionó una vez más sobre por qué una mujer de veinticinco años, en el punto más alto de su carrera de modelo, había solicitado alistarse en el Instituto de Inteligencia y Misiones Especiales (mejor conocido como Mossad), cuando habría podido escoger entre varios maridos ricos en una docena de capitales.

Treinta y nueve Scuds habían sido lanzados sobre Tel Aviv y Haifa durante la guerra del Golfo. Trece personas habían muerto. Pese a tantos sollozos y golpes de pecho, el gobierno israelí no había ejercido venganza, en virtud de un acuerdo político con James Baker, quien había asegurado que las fuerzas de la Coalición terminarían el trabajo. El secretario de Estado norteamericano no había cumplido su promesa. Claro que, reflexionaba a menudo Hannah, Baker no había perdido a toda su familia en el curso de una sola noche.

El día que la dieron de alta en el hospital, Hannah solicitó de inmediato ingresar en el Mossad. No habían hecho mucho caso de su petición, pues dieron por sentado que, con el tiempo, la herida cicatrizaría. Hannah se presentó en el cuartel general del

Mossad cada día durante las dos semanas siguientes. Después, incluso ellos reconocieron que la herida seguía abierta y, lo más importante, aún supuraba.

A la tercera semana, le permitieron de mala gana seguir un curso para principiantes, confiando en que la joven no aguantaría más de unos pocos días y reanudaría su carrera de modelo. Se equivocaron por segunda vez. Para Hannah Kopec, la venganza era una droga mucho más poderosa que la ambición. Durante los siguientes doce meses trabajó desde antes de levantarse el sol hasta bastante después del crepúsculo. Comió cosas que un vagabundo habría rechazado y olvidó lo que era dormir sobre un colchón. Intentaron por todos los medios doblegar su espíritu, y fracasaron. Para empezar, los instructores la habían tratado con gentileza, fascinados por las curvas de su cuerpo y sus cautivadoras miradas, hasta que uno de ellos terminó con una pierna rota. No creyó que Hannah pudiera moverse con tal rapidez. En el aula, su inteligencia sorprendió menos a los instructores, aunque ella les dio muy poco tiempo de respiro.

Ahora, les había atraído a su terreno.

Desde pequeña, Hannah siempre había creído que tenía facilidad para los idiomas. Nacida en Leningrado en 1968, su padre murió catorce años después, y su madre solicitó de inmediato un permiso de emigración a Israel. Los nuevos aires liberales que soplaban en el Báltico hicieron posible que su solicitud fuera aceptada.

La familia de Hannah no vivió durante mucho tiempo en un *kibbutz*. Su madre, una mujer aún atractiva y vital, recibió varias propuestas de matrimonio, una de las cuales procedía de un acaudalado viudo. Aceptó.

Cuando Hannah, su hermana Ruth y su hermano David se instalaron en su nueva residencia de un elegante distrito de Haifa, todo su mundo cambió. Su padrastro idolatraba a la madre de Hannah y colmó de regalos a la familia que nunca había tenido.

Después de que Hannah terminara sus estudios, escribió a universidades de Estados Unidos y Europa para estudiar idiomas. Mamá no aprobó su decisión, y solía repetir que con aquella figura, el glorioso cabello negro largo y las facciones que atraían las miradas de hombres cuyas edades oscilaban entre los diecisiete y los setenta años, debía pensar en dedicarse a ser modelo. Hannah reía y explicaba que pensaba encauzar su vida hacia mejores perspectivas.

Unas semanas más tarde, cuando Hannah regresó de una entrevista en Vasser, se reunió con su familia en París, para pasar las vacaciones de verano. También había planeado visitar Roma y Londres, pero recibió tantas invitaciones de obsequiosos parisinos que, cuando se agotaron las tres semanas descubrió que no había abandonado ni un solo día la capital francesa. Fue el último jueves de sus vacaciones cuando la agencia Mode Rivoli le ofreció un contrato que no le habrían conseguido todos los títulos académicos del mundo. Devolvió a su madre el billete de vuelta a Tel Aviv y se quedó en París para empezar su primer trabajo. Mientras se instalaba en París, su hermana Ruth fue enviada a Zúrich para terminar los estudios, y su hermano

David consiguió una plaza en la facultad de Económicas de Londres.

En enero de 1991, todos los hijos volvieron a Israel para celebrar el cincuenta cumpleaños de su madre. Ruth estudiaba ahora en la Escuela de Arte Slade; David estaba terminando el doctorado, y Hannah ya había aparecido una vez en la portada de Elk.

Al mismo tiempo, las tropas norteamericanas se estaban concentrando en la frontera kuwaití, y muchos israelíes aguardaban con nerviosismo la guerra, pero el padrastro de Hannah les aseguró que Israel no intervendría. En cualquier caso, su hogar se hallaba en la parte norte de la ciudad y, por tanto, era inmune a cualquier ataque.

Una semana después, la noche en que su madre cumplió cincuenta años, todos comieron y bebieron en exceso, y luego durmieron profundamente. Cuando Hannah despertó por fin, se descubrió vendada en una cama de hospital. Tardó algunos días en enterarse de que un Scud perdido había matado instantáneamente a su madre, su hermana y su hermano, y que solo su padrastro había sobrevivido.

Durante semanas, Hannah yació en aquella cama, rumiando su venganza. Cuando le dieron el alta, su padrastro expresó la opinión de que debía continuar su carrera de modelo, pero la apoyaría en lo que quisiera hacer.

Hannah le informó de que iba a ingresar en el Mossad. No dejaba de ser irónico que ahora se encontrara a bordo de un avión con destino a Londres, al que su hermano habría subido para ir a terminar sus estudios en la facultad. Era uno de los ocho agentes principiantes destinados a la capital inglesa para seguir un curso avanzado de árabe. Hannah ya había concluido un año de clases nocturnas en Tel Aviv. Otros seis meses, y los iraquíes creerían que había nacido en Bagdad. Ahora podía pensar en árabe, aunque no le gustara pensar como un árabe.

En cuanto el 757 atravesó las nubes, Hannah contempló el sinuoso Támesis por la ventanilla. Cuando vivía en París, había cruzado a menudo el canal para pasar las mañanas trabajando en Bond Street o Chelsea, las tardes en Ascot o Wimbledon, las noches en el Covent Garden o en el Barbican. En esta ocasión, sin embargo, no experimentó la menor alegría al volver a una ciudad que conocía tan bien.

Ahora, solo estaba interesada en una oscura subfacultad de la universidad de Londres y en una casa adosada de un lugar llamado Chalk Farm.

De regreso a su despacho de Wall Street, Antonio Cavalli, empezó a pensar más seriamente en al-Obaydi y cómo habían llegado a conocerse. El expediente de su nuevo cliente, proporcionado por su oficina de Londres y puesto al día por su secretaria Debbie, revelaba que, si bien el secretario de embajada había nacido en Bagdad, se había educado en Inglaterra.

Cuando Cavalli se reclinó en el asiento, cerró los ojos y recordó el pronunciado acento y la forma tajante de hablar, tuvo la impresión de que igual podía haber estado en presencia de un oficial del ejército británico. La explicación podía rastrearse en la parte del expediente con el encabezado de «EDUCACIÓN»: el King's School de Wimbledon, seguido de tres años de estudios jurídicos en la universidad de Londres. Al-Obaydi también cenaba en el Lincoln's Inn, significara lo que significara eso.

Al volver a Bagdad, al-Obaydi había sido reclutado por el ministerio de Asuntos Exteriores. Había ascendido rápidamente, pese al autonombamiento de Saddam Hussein como presidente y la cantidad de cargos copados por miembros del partido Ba'ath, de incompetencia manifiesta.

Mientras Cavalli volvía otra página del expediente, comprendió que al-Obaydi era un hombre muy capaz de adaptarse a circunstancias fuera de lo común. Para ser justo, era algo de lo que Cavalli también se enorgullecía. Había estudiado Derecho, al igual que el árabe, pero en la universidad de Columbia, Nueva York. Cuando llegaba aquella época del año en que los graduados llenaban las solicitudes para ingresar en bufetes profesionales, Cavalli siempre constaba en las listas de los elegidos, una vez los miembros examinaban sus calificaciones, pero cuando se daban cuenta de quién era su padre, la entrevista no llegaba a realizarse.

Después de trabajar catorce horas al día durante cinco años en uno de los bufetes menos prestigiosos de Manhattan, el joven Cavalli empezó a sospechar que pasarían otros diez años, como mínimo, para ver su nombre grabado en la placa de la firma, pese a haberse casado con la hija de uno de los socios mayoritarios. Tony Cavalli no tenía ganas de desperdiciar diez años, de modo que decidió instalarse por su cuenta y divorciarse de su mujer.

En enero de 1982, Cavalli y Cía. se constituyó en sociedad anónima, y diez años después, el 15 de abril de 1992, la empresa declaraba unos beneficios de 157 000 dólares, después de pagar los impuestos religiosamente. Lo que los libros de la empresa no revelaban era que también había formado una subsidiaria en 1982, pero sin convertirla en sociedad anónima. Una firma sin declaraciones de ingresos y que, pese al aumento anual de los beneficios, era imposible de localizar mediante una llamada telefónica a Dun & Bradstreet para solicitar un informe completo. Esta subsidiaria era conocida como «Técnicas» por un pequeño grupo de iniciados; se trataba de una empresa especializada en solucionar problemas que no se podían

solventar acudiendo a las Páginas Amarillas.

Gracias a los contactos de su padre y a la ambición de Cavalli, la empresa invisible no tardó en ganarse la reputación de solucionar problemas que sus clientes anónimos habían considerado insolubles hasta el momento. Entre los últimos trabajos de Cavalli se encontraban la recuperación de las cintas grabadas entre Sinatra y Nancy Reagan, que iban a publicarse en Rolling Stone, y el robo en Irlanda de un Vermeer, para un excéntrico coleccionista sudamericano. Se hablaba discretamente de estos golpes en compañía de clientes en potencia.

Los clientes eran elegidos escrupulosamente, como si solicitaran ingresar en el Yacht Club de Nueva York, porque, como señalaba a menudo el padre de Tony, un solo error bastaría para que pasara el resto de sus días en un ambiente mucho menos agradable que el 23 de la calle 75 Este o la villa de Lyford Gay.

Durante la última década, Tony había tejido una pequeña red de representantes a lo largo y ancho del globo, quienes le proporcionaban clientes necesitados de un poco de ayuda y propuestas más «imaginativas». Fue su contacto del Líbano el responsable de presentarle al hombre de Bagdad, cuya proposición entraba en esta categoría, sin la menor duda.

Cuando el padre de Tony fue informado acerca de la operación Calma del Desierto, recomendó a su hijo que exigiera unos honorarios de cien millones de dólares, para compensar el hecho de que todo Washington gozaría de libertad para observar sus movimientos.

—Una equivocación —advirtió el viejo, humedeciéndose los labios—, y conseguirás más portadas que la segunda venida de Elvis.

En cuanto abandonó el aula, Scott Bradley atravesó a toda prisa el cementerio de Grove Street, con la esperanza de llegar a su apartamento de St. Ronan Street antes de ser abordado por un estudiante entusiasta. Le gustaban todos (bueno, casi todos), y estaba seguro de que, con el tiempo, invitaría a los más serios a visitarle por las noches para tomar unas copas y enfrascarse en largas conversaciones, pero eso no sucedería hasta avanzado el segundo curso.

Scott logró llegar a la escalera antes de que un solo abogado en ciernes le diera caza. De todos modos, pocos sabían que, en una ocasión, había cubierto los cuatrocientos metros en cuarenta y ocho segundos y una décima, cuando había recalado en equipo de relevos de la universidad de Georgetown. Confiado en estar fuera de su alcance, Scott subió la escalera y no se detuvo hasta llegar a su apartamento, situado en el tercer piso.

Abrió la puerta, que nunca cerraba con llave. En su apartamento no había nada que mereciera la pena robar; ni siquiera la televisión funcionaba. La única carpeta capaz de revelar que el derecho no era la única especialidad que dominaba, estaba oculta en la librería, entre Impuestos e Indemnizaciones. Hizo caso omiso de los

libros que se amontonaban por todas partes, o del hecho de que habría podido escribir su nombre en el polvo que cubría el aparador.

Scott cerró la puerta a su espalda y dirigió una mirada, como de costumbre, a la foto de su madre, erguida sobre el aparador. Dejó caer el montón de notas que cargaba junto al retrato y recogió el correo que asomaba por debajo de la puerta. Scott cruzó la habitación y se desplomó sobre una vieja butaca de cuero. Se preguntó cuántos de aquellos rostros despiertos y atentos seguirían acudiendo a sus clases dentro de dos años. Un cuarenta por ciento estaría bien, aunque la cifra probable se reduciría al treinta por ciento. Esos serían los que adoptarían como norma trabajar catorce horas al día, no solo el mes previo a los exámenes. Y de ellos, ¿cuántos alcanzarían el nivel del finado decano Thomas W. Swan? El cinco por ciento, con suerte.

El profesor de Derecho Constitucional centró su atención en el montón de correspondencia que descansaba sobre su regazo. Una carta de American Express, una factura acompañada de las cien ofertas gratuitas inevitables, que aún le costarían más dinero si aceptaba cualquiera de ellas; una invitación de Brown para dar la clase de Charles Evans Hugues sobre la Constitución; una carta de Carol, recordándole que llevaban tiempo sin verse; una circular de una firma de corredores de bolsa que no prometían doblar su dinero, pero...; y por fin, un sencillo sobre con matasellos de Virginia, con una tipografía que reconoció al instante.

Abrió el sobre y extrajo la única hoja de papel, que contenía sus últimas instrucciones.

Al-Obaydi entró en la Asamblea General y ocupó una silla situada detrás de su Jefe de delegación. El embajador se había puesto los auriculares y fingía un profundo interés en el discurso que pronunciaba el Jefe de la delegación brasileña. El superior de al-Obaydi siempre prefería mantener conversaciones confidenciales en la planta baja de la Asamblea General. Sospechaba que era la única dependencia del edificio de las Naciones Unidas desprovista de micrófonos ocultos instalados por la CIA.

Al-Obaydi esperó con paciencia a que su jefe se quitara uno de los auriculares y se inclinara un poco hacia atrás.

—Han aceptado nuestras condiciones —murmuró al-Obaydi, como si él hubiera sugerido la cifra.

El labio superior del embajador se proyectó sobre el inferior, la señal que sus colaboradores reconocían como una solicitud de más detalles.

—Cien millones —susurró al-Obaydi—. Diez millones a pagar de inmediato. Los noventa restantes al final.

—¿De inmediato? —Preguntó el embajador—. ¿Qué quiere decir «de inmediato»?

—Mañana a mediodía.

—Al menos, *Sayedi* anticipó dicha eventualidad —dijo el embajador en tono pensativo.

Al-Obaydi admiraba la forma en que su superior lograba siempre que el término «mi amo» sonara deferente e insolente al mismo tiempo.

—Debo enviar un mensaje a Bagdad para informar al ministro de Asuntos Exteriores sobre los detalles de su triunfo —añadió el embajador, sonriente.

Al-Obaydi también habría sonreído, pero comprendió que el embajador no admitiría la menor implicación personal en tanto el proyecto estuviera en su fase inicial. Mientras se distanciara de su colaborador más joven en el futuro, el embajador podría proseguir su plácida existencia en Nueva York, hasta que se jubilara dentro de tres años. Gracias a esa política había sobrevivido a casi catorce años de régimen de Saddam Hussein, en tanto muchos de sus colegas no habían logrado disfrutar de su pensión. Por lo que él sabía, uno había sido fusilado delante de su familia, dos ahorcados y varios otros considerados como «desaparecidos», fuera cual fuera el significado de la expresión.

El embajador iraquí sonrió cuando su homólogo inglés pasó delante de él, pero su esfuerzo no recibió ninguna recompensa.

—Esnob engreído —masculló el árabe.

El embajador volvió a colocarse el auricular para indicar a su número dos que ya había oído bastante. Continuó escuchando los problemas de intentar preservar las selvas de Brasil, acompañados de una solicitud de ayuda a las Naciones Unidas por valor de cien millones de dólares.

Un tema que a *Sayedi* no le interesaría en absoluto.

Hannah iba a llamar a la puerta principal de la casa adosada, pero se abrió antes de que hubiera cerrado el roto portal situado al final del camino particular. Una mujer de cabello oscuro, algo entrada en carnes, muy maquillada y de sonrisa radiante se precipitó hacia ella. Hannah supuso que tendría la misma edad de su madre, si ella siguiera viva.

—Bienvenida a Inglaterra, querida. Soy Ethel Rubin —anunció en tono efusivo—. Lamento que mi marido no esté aquí para recibirte, pero aún tardará una hora en salir de sus aposentos. —Hannah se disponía a hablar, pero Ethel continuó—. Primero, déjame enseñarte tu habitación, y luego me contarás tus planes. —Cogió una de las maletas de Hannah y la entró—. Debe de ser muy estimulante ver Londres por primera vez —dijo, mientras subía la escalera—. Podrás hacer cantidad de cosas durante los próximos seis meses.

A medida que la mujer iba hilvanando frases, Hannah comprendió que Ethel Rubin no tenía ni idea de por qué había venido a Londres.

Después de deshacer las maletas y ducharse, Hannah se reunió con su anfitriona en la sala de estar. La señora Rubin continuó hablando, sin apenas escuchar las

intermitentes réplicas de Hannah.

—¿Sabe dónde está el gimnasio más cercano? —preguntó Hannah.

—Mi marido llegará en cualquier momento. —Fue la respuesta de la señora Rubin.

Antes de que pudiera encadenar la siguiente frase, la puerta principal se abrió y entró un hombre que mediría un metro sesenta, de cabello oscuro y fuerte, y ojos aún más oscuros. En cuanto Peter Rubin se presentó, preguntó cómo le había ido el vuelo y, sin más preámbulos, sugirió a Hannah que fuera a Londres para disfrutar de la vida social de la metrópolis. Hannah averiguó pronto que Peter Rubin no hacía preguntas a las que, en su opinión, Hannah no podía responder con sinceridad. Aunque Hannah estaba segura de que el señor Rubin ignoraba los detalles de su misión, era también consciente que la joven no había ido a Londres de vacaciones.

Sin embargo, la señora Rubin no permitió que Hannah se acostara hasta bien pasada la medianoche, cuando ya estaba agotada. En cuanto su cabeza entró en contacto con la almohada se durmió como un tronco, sin saber que Peter Rubin explicaba a su esposa en la cocina que, en el futuro, debía dejar a sus huéspedes en paz.

Ll chófer del secretario de embajada salió del garaje privado de la ONU y se dirigió hacia el oeste por el túnel Lincoln, bajo el Hudson, en dirección a Nueva Jersey. Ni al-Obaydi ni el chófer hablaron durante varios minutos, mientras el conductor no cesaba de mirar por el retrovisor. En cuanto entraron en la autopista de peaje de Nueva Jersey, confirmó que nadie les seguía.

—Bien —se limitó a decir al-Obaydi.

Empezó a tranquilizarse por primera vez aquel día, y se puso a fantasear sobre qué haría si, de repente, los diez millones de dólares fueran suyos. Cuando habían pasado poco antes frente a una sucursal del Banco Nacional del Atlántico Medio, se había preguntado por enésima vez por qué no paraba el coche y depositaba el dinero bajo un nombre falso. A la mañana siguiente, se encontrarla al otro lado del globo, lo cual provocaría sudores a su embajador. Y, con una pizca de suerte, Saddam moriría mucho antes de que le cazaran. Entonces, ¿quién se iba a preocupar?

Al fin y al cabo, al-Obaydi no había creído ni por un momento que el audaz plan del gran líder fuera factible. Había confiado en poder informar a Bagdad, al cabo de un tiempo razonable, de que no había encontrado a la persona de confianza o lo bastante eficiente para ejecutar un golpe tan osado. Y entonces, el caballero libanés había volado a Nueva York.

Había dos motivos por los cuales al-Obaydi no podía tocar ni un dólar del dinero guardado en la bolsa de golf que descansaba a su lado. La primera, su madre y su hermana menor que residían en Bagdad con relativa comodidad, y quienes, si el dinero desaparecía de repente, serían detenidas, violadas y torturadas y ahorcadas, con la única explicación de que habían colaborado con un traidor. Tampoco era que Saddam necesitara excusas para matar a alguien, sobre todo si sospechaba que le había traicionado.

En segundo lugar, al-Obaydi, que se arrodillaba cinco veces al día de cara a la Meca y rezaba para que Saddam muriera como un traidor, no dejaba de observar que Gorbachev, Thatcher y Bush tenían muchas más dificultades que el gran *Sayedi* para aferrarse al poder.

Al-Obaydi había aceptado, desde el momento en que el embajador le había asignado este trabajo, que Saddam moriría plácidamente en la cama, mientras que sus posibilidades de sobrevivir (la palabra favorita del embajador) eran escasas. Y en cuando el dinero hubiera sido entregado, si Antonio Cavalli fracasaba en el cumplimiento de su parte del trato, sería al-Obaydi quien sería llamado a Bagdad con algún pretexto diplomático, detenido, juzgado sumarísimamente y declarado culpable. Entonces, todas aquellas hermosas palabras de su profesor de Derecho en la universidad de Londres no serían más que arena en el desierto.

El conductor salió de la autopista y se dirigió hacia el centro de Newark, mientras

los pensamientos de al-Obaydi se centraban de nuevo en la utilización de aquel dinero. La idea poseía todas las características de su presidente. Era original, exigía osadía, valentía, nervio y bastante suerte. De todos modos, al-Obaydi no concedía al plan más de un uno por ciento de posibilidades de llegar al estadio preliminar. Claro que algunas personas del departamento de Estado solo habían concedido a Saddam una posibilidad entre cien de sobrevivir a la operación Tormenta del Desierto. Si el gran *Sayedi* alcanzaba su propósito, Estados Unidos se convertiría en el hazmerreír de todo el mundo, y Saddam se aseguraría un lugar de honor en la historia de los árabes, junto a Saladino.

Si bien al-Obaydi ya había comprobado el exacto emplazamiento del edificio, ordenó al chófer que se detuviera dos manzanas al oeste de su destino. Un iraquí que saliera de una gran limusina negra justo delante de un banco bastaría como excusa a Cavalli para embolsarse el dinero y anular el trato. En cuanto el coche frenó, al-Obaydi se colgó del hombro la bolsa de golf y salió a la acera. Aunque solo le separaban doscientos metros del banco, esta era la única parte del viaje que consideraba un riesgo calculado. Escudriñó la calle en ambas direcciones. Satisfecho, comenzó a andar.

El secretario de embajada pensaba que su aspecto debía ser algo incongruente, mientras caminaba por Martin Luther King Drive con un traje de Saks, de la Quinta Avenida, y una bolsa de golf al hombro.

Si bien no tardó ni dos minutos en cubrir la corta distancia hasta el banco, al-Obaydi sudaba copiosamente cuando llegó a la entrada. Subió los desgastados escalones y entró por la puerta giratoria. Dos hombres armados, de aspecto más similar a luchadores de sumo que a empleados de banco, salieron a su encuentro. Guiaron al secretario de embajada hasta un ascensor que se cerró en cuanto entró. La puerta solo se abrió cuando llegó al sótano. Cuando al-Obaydi emergió, se encontró cara a cara con otro hombre, más grande si cabe que los dos de antes. El gigante cabeceó y le precedió hacia una puerta situada al final de un pasillo alfombrado. Mientras se acercaba, la puerta se abrió y al-Obaydi entró en una sala, donde doce hombres expectantes le aguardaban alrededor de una enorme mesa. Aunque su vestimenta era conservadora y se mantenían en silencio, ninguno parecía cajero de banco. La puerta se cerró detrás de él y oyó que una llave giraba. El hombre que presidía la mesa se puso en pie y le saludó.

—Buenos días, señor al-Obaydi. Creo que viene a depositar algo para uno de nuestros clientes.

El secretario de embajada asintió y entregó la bolsa de golf sin decir palabra. El hombre no demostró la menor sorpresa.

Había visto objetos valiosos transportados en cualquier cosa desde un cocodrilo a un condón.

No obstante, sí le sorprendió el peso de la bolsa cuando la dejó sobre la mesa, esparció el contenido y lo dividió en los otros once hombres. Los cajeros empezaron

a contar furiosamente y formaron pulcras pilas de diez mil. Nadie invitó a sentarse a al-Obaydi, que permaneció de pie durante los siguientes cuarenta minutos, sin nada mejor que hacer que mirarles mientras trabajaban.

Cuando terminó la cuenta, el cajero jefe comprobó el número de pilas. Mil, exactamente. Dibujó una sonrisa, que no iba dirigida a al-Obaydi sino al dinero, levantó la vista en dirección al árabe y cabeceó una sola vez, una forma de reconocer que el hombre de Bagdad había efectuado el pago.

Devolvieron la bolsa de golf al secretario de embajada como si no formara parte del trato. Al-Obaydi se sintió poco estúpido cuando se la volvió a colgar al hombro. El cajero jefe tocó un timbre oculto bajo la mesa y la puerta abrió.

Uno de los hombres que había recibido a al-Obaydi cuando llegó al banco le estaba esperando para escoltarle hasta la planta baja. Cuando el secretario de embajada salió a la calle su guía ya había desaparecido.

Al-Obaydi lanzó un enorme suspiro de alivio y se dispuso a recorrer las dos manzanas que le separaban de su coche. Se permitió una leve sonrisa de satisfacción por la profesionalidad con que había llevado a cabo el trabajo. Estaba seguro de que al embajador le agradaría saber que no se habían producido errores. Cuando se transmitiera a Bagdad el mensaje de que la operación Calma del Desierto había empezado, la mayoría de alabanzas recaerían sobre él.

Al-Obaydi se desplomó sobre la acera, sin saber qué le había golpeado; le habían arrebatado la bolsa del hombro antes de que pudiera reaccionar. Levantó la vista y vio que dos jóvenes se alejaban por la calle a toda prisa. Uno de ellos aferraba el botín.

El secretario de embajada se había preguntado cómo iba a desembarazarse de ella.

A la mañana siguiente, Tony Cavalli bajó a desayunar con su padre pocos minutos después de las siete. Había vuelto a su mansión situada en la esquina de la 75 y Park poco después de divorciarse. Desde su jubilación, el padre de Tony dedicaba la mayor parte de su tiempo a su afición de toda la vida: coleccionar libros raros, manuscritos y documentos históricos. También pasaba muchas horas refiriendo a su hijo todo cuanto había aprendido durante su carrera de abogado, y se centraba en cómo evitar desperdiciar demasiados años en una penitenciaría del estado.

El mayordomo sirvió tostadas y café. Los dos hombres se pusieron a hablar de negocios.

—Se han ingresado nueve millones de dólares en cuarenta y siete bancos repartidos por todo el país —dijo Tony—. Otro millón ha sido depositado en una cuenta corriente de Franchard et Cie., en Ginebra, a nombre de Hamid al-Obaydi —añadió, mientras aplicaba mantequilla a una tostada.

El padre sonrió cuando pensó que su hijo había utilizado un viejo truco que le había enseñado muchos años antes.

—¿Qué le dirás a al-Obaydi cuando te pregunte cómo se emplearán sus diez

millones? —preguntó el presidente extraoficial de «Técnicas».

Durante la hora siguiente, Tony explicó a su padre con todo lujo de detalles la operación Calma del Desierto, solo interrumpido por alguna pregunta o sugerencia ocasionales del anciano.

—¿El actor es de confianza? —preguntó, antes de tomar otro sorbo de café.

—Lloyd Adams aún nos debe algo más de treinta mil dólares —contestó Tony—. Últimamente, no le han ofrecido muchos guiones. Algunos anuncios...

—Bien. ¿Y Red Butterworth?

—Sentado en la Casa Blanca, a la espera de instrucciones.

Su padre cabeceó.

—Pero ¿por qué Columbus, Ohio?

—Sus instalaciones de cirugía son justo lo que necesitamos, y el decano de la facultad de Medicina posee las cualificaciones ideales. Hemos instalado micrófonos en su despacho y en su casa.

—¿Y su hija?

—Vigilada las veinticuatro horas.

El presidente se humedeció los labios.

—¿Cuándo apretarás el botón?

—El próximo jueves, cuando el decano pronuncie el discurso de apertura en el colegio de su hija.

El mayordomo entró en la sala y empezó a despejar la mesa.

—¿Qué me dices de Dólar Bill? —preguntó el padre de Cavalli.

—Angelo va camino de San Francisco para hablar con él y tratar de convencerle. Si vamos a seguir adelante con el plan, necesitamos a Dólar Bill. Es el mejor. De hecho, nadie le llega ni a la altura de los zapatos —añadió Cavalli.

—Siempre que se mantenga sobrio —se limitó a observar el presidente.

El hombre alto y atlético bajó del avión y entró en la terminal del Aeropuerto Nacional de Washington. Solo llevaba una bolsa de mano, y no tuvo que esperar en la cinta transportadora de equipajes, donde alguien podría reconocerle. Bastaba con que le reconociera una sola persona, el chófer que iba a recogerle. Con un metro ochenta y tres de estatura, cabello rubio ondulado y facciones casi esculpidas, vestido con tejanos, camisa crema y chaqueta cruzada azul oscuro, muchas mujeres deseaban que él las reconociera.

Cuando las puertas automáticas se abrieron y salió al brillante sol de la mañana, la puerta trasera de un anónimo Ford negro se abrió.

Subió al asiento posterior del coche sin decir palabra y no habló durante los veinticinco minutos de viaje que le condujeron en dirección opuesta a la capital. El vuelo de cuarenta minutos siempre le proporcionaba la oportunidad de serenar su mente y preparar su nueva personalidad. Realizaba el mismo viaje doce meses al año.

Todo había empezado cuando Scott era un niño en su ciudad natal de Denver, y había descubierto por primera vez que su padre no era un respetable abogado, sino un criminal ataviado con un traje de Brooks Brothers, un hombre que, si el precio era adecuado, siempre encontraba una manera de burlar la ley. Su madre había pasado años dedicada a proteger a su único hijo de la verdad, pero cuando su marido fue detenido, procesado y sentenciado a siete años, la vieja excusa de «habrá sido un malentendido» ya no sirvió.

Su padre sobrevivió tres años en prisión, antes de morir de lo que fue descrito en el informe del forense como un ataque al corazón, sin dar ninguna explicación a las marcas que rodeaban su garganta. Pocas semanas más tarde, su madre murió de un ataque al corazón, mientras él terminaba su tercer año de Derecho en Georgetown. En cuanto el cadáver descendió a la sepultura y se arrojaron los puñados de tierra el ataúd, abandonó el cementerio y nunca más volvió a hablar de su familia.

Cuando salieron los resultados de los exámenes finales, Scott Bradley resultó ser el primero de su promoción. Varias universidades y bufetes de prestigio se pusieron en contacto con él para interrogarle acerca de sus planes para el futuro. Ante la sorpresa de sus compañeros, Scott solicitó una oscura plaza de profesor en la universidad de Beirut. No explicó a nadie por qué necesitaba romper con su pasado.

Horrorizado por el bajo nivel de los estudiantes universitarios y aburrido por la vida social. Scott empezó a llenar sus horas asistiendo a todo tipo de cursos, desde religiones islámicas a historia del Oriente Próximo. Cuando la universidad le ofreció la cátedra de Derecho Norteamericano, tres años después, supo que había llegado el momento de regresar a Estados Unidos.

Una carta del decano de la facultad de Derecho de Georgetown sugería que solicitara una plaza vacante de profesor en Yale. Escribió al día siguiente y preparó

las maletas cuando recibió la respuesta.

Cuando ocupó el puesto nuevo, siempre que le preguntaban: «¿Qué hacen tus padres?, —respondía—: Los dos han muerto y soy hijo único». A cierto tipo de chicas les encantaba esta circunstancia, pues daban por sentado que necesitaría cuidados maternos. Varias pasaron por su cama, pero ninguna llegó a compartir su vida.

Sin embargo, no escondía nada a la gente que le convocaba doce veces al año. No podían tolerar engaños de ningún tipo, y abrigaron serias sospechas acerca de sus motivos cuando se enteraron de los antecedentes delictivos de su padre. Les dijo que deseaba enmendar los errores de su padre y se negó a continuar hablando del tema.

Al principio no le creyeron. Al cabo de un tiempo, le aceptaron tal como era, pero transcurrieron años antes de que le confiaran información reservada. Cuando empezó a proponer soluciones para los problemas de Oriente Próximo, ante los cuales el ordenador se veía impotente, dejaron de dudar sobre sus motivaciones. Cuando subió al poder la administración Clinton, el nuevo equipo dio la bienvenida a su particular experiencia.

Había estado dos veces en el departamento de estado para aconsejar a Warren Christopher. Le divirtió escuchar al señor Christopher sugiriendo en el telediario de la noche una solución a los problemas planteados por la violación de las sanciones impuestas a Saddam, que era la misma que él había apuntado a primera hora de la tarde.

El coche se desvió de la autopista 123 y se detuvo ante dos macizas puertas de acero. Un guardia salió para inspeccionar al pasajero. Aunque los dos hombres se habían visto regularmente durante los últimos nueve años, el guardia aún le pedía las credenciales.

—Bienvenido, profesor —dijo por fin el hombre uniformado, antes de saludar.

El coche siguió por la carretera y frenó ante un bloque de oficinas vulgar. El pasajero salió del coche y entró en el edificio por una puerta giratoria. Comprobaron de nuevo sus papeles, y volvieron a saludarle militarmente. Recorrió un largo pasillo de paredes crema hasta llegar a una puerta de roble sin señales distintivas. Llamó una vez con suavidad y entró sin esperar la respuesta.

Una secretaria estaba sentada detrás de un escritorio, al fondo de la habitación. Levantó la vista y sonrió.

—Adelante, profesor Bradley. El subdirector le está esperando.

El Colegio Femenino Columbus, de Columbus (Ohio), es uno de esos establecimientos que se enorgullece de su disciplina y su erudición, en ese orden. La directora solía explicar a los padres que la segunda era imposible sin la primera.

En opinión de la directora, solo en circunstancias extraordinarias se podían quebrantar las normas del colegio. La petición que acababa de recibir entraba en esa

categoría.

Aquella noche, uno de los hijos favoritos de Columbus iba a dirigirse a la clase de la promoción 1993: T. Hamilton McKenzie, decano de la facultad de Medicina de la universidad estatal de Ohio. Había recibido el premio Nobel de Medicina por los avances realizados en el campo de la cirugía plástica y la reconstrucción. Los periódicos de todo el país habían descrito el trabajo de T. Hamilton Mackenzie con veteranos de la guerra de Vietnam y del Golfo, y había hombres en todas las ciudades que, gracias a su genio, habían logrado reintegrarse a la vida normal. Algunos mortales inferiores que habían estudiado bajo las órdenes del premio Nobel utilizaban su talento para ayudar a las mujeres de cierta edad a aparentar más belleza de la que su creador había pretendido. La directora de Columbus confiaba en que a las chicas solo les interesaría el trabajo que T. Hamilton McKenzie había hecho por «nuestros gallardos héroes de guerra», como se refería a ellos.

La norma del colegio que la directora se había permitido quebrantar en esta ocasión se refería a la indumentaria. Había accedido a que Sally McKenzie, responsable del gobierno de estudiantes y capitana de *lacrosse*^[1] fuera a casa una hora antes de las clases de la tarde y se cambiara de ropa, para acompañar adecuadamente a su padre cuando se dirigiera a sus compañeras por la noche. Al fin y al cabo, la directora se había enterado una semana antes de que Sally había ganado y aceptado una beca nacional para ir al Oberlin College a estudiar química.

Habían llamado a un servicio de automóviles para que recogiera a Sally a las cuatro en punto. Perdería una hora de clase, pero el chófer había confirmado que traería de vuelta a padre e hija a las seis.

Cuando dieron las cuatro en el reloj de la capilla, Sally levantó la vista de su pupitre. Un profesor asintió y la estudiante recogió sus libros. Los guardó en su bolsa, abandonó el edificio y recorrió el largo camino particular en busca del coche. Cuando llegó a las viejas puertas de hierro de la entrada, se quedó sorprendida al descubrir que el único coche visible era una limusina Lincoln Continental. Un chófer con uniforme gris y gorra picuda se erguía junto a la puerta del coche. Sabía muy bien que tal extravagancia no era propia de su padre, y mucho menos de la directora.

El hombre se llevó la mano derecha a la gorra.

—¿Señorita McKenzie? —preguntó.

—Sí —contestó Sally, lamentando que el largo y sinuoso camino particular impidiera a sus compañeras presenciar la escena.

El chófer abrió la puerta posterior. Sally entró y se hundió en el lujoso tapizado de cuero.

El chófer entró, apretó un botón y la ventana que separaba al pasajero del conductor se elevó en silencio. Sally oyó el clic de la cerradura de seguridad.

Permitió que su mente vagara mientras miraba por las ventanillas ahumadas, e imaginó por un momento que esta era la clase de vida que la esperaba cuando dejara Columbus.

Pasó cierto tiempo antes de que la muchacha de diecisiete años se diera cuenta de que el coche no corría en dirección a su casa.

Si el problema se hubiera planteado en forma de manual, T. Hamilton McKenzie habría sabido cómo actuar correctamente. Al fin y al cabo, vivía «según las reglas», como tan a menudo decía a sus estudiantes. Sin embargo, cuando ocurría en la vida real, se comportaba de una manera muy diferente.

Si hubiera consultado a algún psiquiatra de la universidad le habría explicado que muchas de las angustias reprimidas durante un largo período habían salido a la superficie en sus nuevas circunstancias.

Estaba claro para todo el mundo que adoraba a su única hija, Sally, como también que no sentía casi el menor interés desde hacía años por su esposa Joni, quien le aburría profundamente. No obstante, el hecho de que la presión le vencía cuando salía de su teatro de operaciones (su pequeño imperio), era algo que no aceptaría jamás.

Al principio, T. Hamilton McKenzie se irritó, después exasperó, y por fin montó en cólera por el retraso de su hija, aquel martes por la tarde. Sally nunca se retrasaba, al menos cuando quedaba con él. El viaje en coche desde Columbus no podía sobrepasar los treinta minutos, incluso en una hora punta. Joni habría recogido a Sally de no haber ido tan tarde a la peluquería.

—Es la única hora que Julian me ha podido encontrar explicó.

Siempre lo dejaba todo para el último momento. A las cinco menos diez, T. Hamilton McKenzie telefoneó al Colegio Femenino Columbus para comprobar que no se hubiera producido un cambio de última hora.

Columbus no cambia los planes, habría querido decir la directora al premio Nobel, pero se contentó con confirmar que Sally había salido del colegio a las cuatro, y que la empresa de limusinas había telefoneado una hora antes para informar que la esperarían frente a la puerta principal del colegio.

—Llegará de un momento a otro —repitió Joni, con aquel acento del sur que su marido había considerado tan atractivo años atrás—. Siempre se puede confiar en nuestra Sally.

Otro hombre, sentado en una habitación de hotel al otro lado de la ciudad y que escuchaba cada palabra que intercambiaban, se sirvió una cerveza.

A las cinco, T. Hamilton McKenzie llevaba ya un rato mirando por la ventana del dormitorio cada pocos minutos, pero el camino que conducía a la puerta principal se obstinaba en seguir desierto.

Su intención había sido marcharse a las cinco y veinte, con tiempo suficiente para llegar al colegio con diez o quince minutos de adelanto. Si su hija no aparecía pronto, tendría que irse sin ella. Advirtió a su mujer que nada le impediría marcharse a las cinco y veinte.

A las cinco y veinte, T. Hamilton McKenzie dejó las notas para su discurso sobre

la mesa y empezó a caminar arriba y abajo del camino particular, mientras esperaba a que su mujer y su hija vinieran desde la dirección contraria. A las cinco y veinticinco no había llegado ninguna, y su famosa «frialdad» empezaba a dar señales de convertirse en hervor.

Joni había dedicado muchísimo tiempo a elegir una indumentaria apropiada para la ocasión, y se llevó una decepción cuando apareció en el vestíbulo y su marido ni siquiera se fijó.

—Tendremos que irnos sin ella —se limitó a decir—. Si Sally espera doctorarse algún día, deberá aprender que la gente tiene tendencia a morir cuando la hacen esperar.

—¿No deberíamos concederle un poquito más de tiempo, cariño? —preguntó Joni.

—¡No! —Ladró su marido, y se encaminó hacia el garaje sin ni siquiera mirarla.

Joni vio las notas de su marido sobre la mesa del vestíbulo y las guardó en el bolso antes de cerrar la puerta y darle dos vueltas de llave. Cuando llegó a la calle, su marido ya la esperaba detrás del volante. Sus dedos repiqueteaban sobre el embrague.

Circularon en silencio hacia el Colegio Femenino de Columbus. Hamilton McKenzie escrutaba cada vehículo que iba en dirección a Upper Arlington para ver si su hija estaba en el asiento trasero.

Un pequeño grupo de recepción encabezado por la directora les esperaba al pie de la escalera de piedra que conducía a la entrada principal del colegio. La directora se adelantó para estrechar la mano del distinguido cirujano cuando este bajo del coche, seguido de Joni McKenzie. Sus ojos buscaron a Sally. Enarcó una ceja.

—Sally aún no había llegado a casa —explicó el doctor McKenzie.

—Se reunirá con nosotros dentro de pocos minutos, si no ha llegado ya —sugirió su mujer.

La directora sabía que Sally no estaba en el colegio, pero consideró poco cortés corregir a la esposa del invitado de honor, sobre todo porque había recibido una llamada del servicio de vehículos que exigía una explicación.

A las seis menos catorce minutos entraron en el estudio de la directora, donde una joven de la edad de Sally ofrecía a los invitados jerez seco y zumo de naranja. McKenzie recordó de repente que, nervioso por la tardanza de su hija, ha dejado sus notas sobre la mesa del vestíbulo. Consultó su reloj y comprendió que no le quedaba tiempo suficiente para enviar a su mujer a por ellas. En cualquier caso, no estaba dispuesto a admitir tal descuido delante de los congregados. «Maldita sea —pensó—. Los adolescentes nunca constituyen un público fácil, y las chicas son las peores». Intentó dominar sus pensamientos.

A las seis menos tres, pese a que Sally no había dado señales de vida, la directora insinuó que debían encaminarse al salón de actos.

—No puedo permitir que las chicas esperen —explicó Sería un mal ejemplo.

Cuando salían del estudio, Joni sacó las notas del bolso y se las dio a su marido,

quien pareció aliviado por primera vez desde las cinco menos diez.

A las seis menos un minuto, la directora salió al escenario con el invitado de honor. Este contempló a las cuatrocientas muchachas que se levantaban y aplaudían de una forma que la directora habría calificado de «elegante».

Cuando cesaron los aplausos, la directora levantó y bajó las manos para indicar que las chicas debían volver a sentarse, lo cual hicieron con el mínimo de ruido. Entonces, se acercó al atril y pronunció un encendido elogio de Hamilton McKenzie, que seguramente habría impresionado al comité del premio Nobel. Habló de Edward Zeir, el fundador de la cirugía plástica moderna, de J. R. Woke y Wilhelm Krause, y recordó a sus alumnas que T. Hamilton McKenzie había continuado la gran tradición e imprimido un avance a la ciencia todavía incipiente. No habló para nada de Sally y sus numerosos logros en el colegio, si bien estaba previsto en su discurso original. Aún era posible que la castigaran por quebrantar las normas del colegio, aunque hubiera ganado una beca estatal.

Cuando la directora volvió a su sitio, en el centro del escenario, T. Hamilton McKenzie se dirigió al atril. Examinó sus notas, tosió y empezó su disertación.

—Imagino que la mayoría de ustedes piensan que la cirugía plástica consiste en enderezar narices, eliminar dobles papadas y suprimir las bolsas que se forman debajo de los ojos. Les aseguro que eso no es cirugía plástica, sino cirugía cosmética. La cirugía plástica —continuó, ante la decepción de casi todo su público, sospechó su mujer— es otra cosa.

Después, peroró durante cuarenta minutos sobre estiramientos de piel, homoinjertos, malformaciones congénitas y quemaduras de tercer grado sin levantar la cabeza ni una sola vez.

Cuando se sentó por fin, los aplausos no fueron tan fuertes como en el momento de su entrada. T. Hamilton McKenzie dio por sentado que, si demostraban sus verdaderos sentimientos, se las consideraría «poco elegantes».

Cuando volvieron al estudio de la directora, Joni preguntó a la secretaria si había tenido noticias de Sally.

—Que yo sepa, no —replicó la secretaria—, pero debía estar sentada en el salón.

Durante el discurso, cuyas diferentes versiones había escuchado Joni cientos de veces, había escudriñado todos los rostros del salón, y sabía que su hija no había estado presente.

Se sirvió más jerez y, al cabo de un intervalo prudente, T. Hamilton McKenzie anunció que debían irse. La directora asintió y les acompañó hasta el coche. Dio las gracias al cirujano por un discurso de tal profundidad y esperó al pie de la escalera a que el coche desapareciera de su vista.

—En toda mi vida no había sido testigo de tal comportamiento —comunicó la directora a su secretaria—. Diga a señorita McKenzie que mañana se presente ante mí antes acudir a la capilla. Lo primero que quiero saber es por anuló el coche que le alquilé.

Scott Bradley también dio una clase aquella noche, pero en este caso solo asistieron dieciséis estudiantes, y ninguno era menor de treinta y cinco años. Todos eran agentes veteranos de la CIA, y tan fornidos como jugadores de rugby. Cuando hablaban de lógica, tenía una aplicación más práctica que la sugerida por Scott cuando daba clases a sus estudiantes de Yale.

Estos hombres trabajaban en primera línea, a lo largo y ancho del globo. Con frecuencia, el profesor Bradley les animaba a analizar, detalle a detalle, decisiones que habían tomado bajo presión, y si esas decisiones habían alcanzado los resultados esperados.

No vacilaban en admitir sus errores. El orgullo personal estaba fuera de lugar; solo se consideraba aceptable el honor de servir a la patria. Cuando Scott se enteró por primera vez de este sentimiento, pensó que eran unos ingenuos, pero tras muchos meses de trabajar con ellos en el aula y el gimnasio, había cambiado de opinión.

Bradley les bombardeó durante una hora con casos de prueba, al tiempo que sugería formas de pensar con lógica, siempre contrastando hechos conocidos con juicios subjetivos antes de alcanzar una conclusión firme.

Durante los últimos nueve años, Scott había aprendido tanto de ellos como a la inversa, pero aún le gustaba ayudarles a encontrar un uso práctico a sus conocimientos. Scott pensaba a menudo que a él también le gustaría ser puesto a prueba en la práctica, no solo en el aula.

Cuando la sesión terminó, Scott se reunió con ellos en el gimnasio para otro tipo de ejercicio. Subía cuerdas, levantaba pesas y practicaba ejercicios de kárate, y siempre le trataban como a un miembro más del equipo. Cualquiera que tratara con paternalismo al profesor de Yale terminaba a menudo con algo más que el ego magullado.

Aquella noche, después de cenar (sin alcohol, solo Quibel), Scott preguntó al subdirector si algún día le permitirían adquirir experiencia práctica.

—No es como ir de vacaciones —replicó Dexter Hutchins, mientras encendía un puro—. Abandona Yale, trabaja con nosotros mañana y tarde, y tal vez estudiaremos las posibilidades de sacarte del aula.

—El año que viene es mi año sabático —recordó Bradley a su superior.

—En ese caso, haz ese viaje a Italia que siempre te has prometido. Después de cenar contigo durante los últimos siete años, creo que sé tanto de Bellini como de balística.

—No cejaré en mi empeño de aspirar a un trabajo práctico. Lo sabes, ¿verdad?

—No tendrás otro remedio cuando cumplas los cincuenta, porque entonces te jubilaremos.

—Pero solo tengo treinta y seis...

—Te enfadas con demasiada facilidad para ser un buen agente —dijo el subdirector, y arrojó una bocanada de humo.

Cuando T. Hamilton McKenzie abrió la puerta de su casa, hizo caso omiso del teléfono que sonaba y gritó:

—¿Sally? ¡Sally!

Lo hizo a pleno pulmón, pero no recibió respuesta. Descolgó el teléfono de un manotazo, convencido de que sería su hija.

—¿Sally? —repitió.

—¿Doctor McKenzie? —preguntó una voz más serena.

—Sí.

—Si se está preguntando dónde está su hija, le aseguro se encuentra sana y salva.

—¿Quién es usted?

—Llamaré más tarde, doctor McKenzie, cuando haya tenido tiempo de calmarse —dijo la voz—. Entretanto, no llame a la policía ni a ninguna agencia privada, bajo ninguna circunstancia. Si lo hace, nos enteraremos al instante, y no tendremos otro remedio que devolverle a su querida hija. —Hizo una pausa— en un ataúd.

La comunicación se cortó.

T. Hamilton McKenzie palideció, y todo su cuerpo se cubrió de sudor al cabo de pocos segundos.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Joni, cuando vio que marido se derrumbaba en el sofá.

—Han secuestrado a Sally —dijo, estupefacto—. Dijeron que no llamáramos a la policía. Volverán a llamar más tarde. Contempló el teléfono.

—Han raptado a Sally —repitió Joni, incrédula.

—Sí. —Ladró su marido.

—Entonces, hay que llamar a la policía ahora mismo. Al fin y al cabo, cariño, para eso les pagan.

—No, no debemos hacerlo. Dijeron que se enteraría al instante si lo hacíamos, y que nos la devolverían en un ataúd.

—¿En un ataúd? ¿Estás seguro de que dijeron eso? —preguntó en voz baja Joni.

—Maldita sea, pues claro que estoy seguro, pero me dijeron que estará bien mientras no hablemos con la policía. No lo entiendo. Yo no soy rico.

—De todos modos, creo que debemos llamar a la policía. Al fin y al cabo, el jefe Dixon es un amigo personal.

—¡No, no! —Chilló McKenzie—. ¿No lo entiendes? Si lo hacemos, la matarán.

—Lo único que entiendo es que has perdido los estribos y nuestra hija corre un gran peligro. —Hizo una pausa—. Deberías llamar al jefe Dixon ahora mismo.

—No —repitió su marido a voz en grito—. No entiendes nada sobre estas cosas.

—Demasiado bien te entiendo —replicó Joni, con voz notablemente serena—. Intentas jugar a ser jefe de policía de Columbus al tiempo que decano de la facultad de Medicina, pese a que no estás cualificado para ello. ¿Cómo reaccionarías si un

policía del estado irrumpiera en tu sala de operaciones, se inclinara sobre uno de tus pacientes y te pidiera un escalpelo?

T. Hamilton McKenzie miró con frialdad a su esposa y pensó que daba tamañas muestras de irracionalidad por culpa de la tensión.

Los dos hombres que escuchaban la conversación al otro lado de la ciudad intercambiaron una mirada.

—Me alegro de que debamos tratar con él y no con ella —dijo el hombre de los auriculares.

Cuando el teléfono volvió a sonar casi una hora después, T. Hamilton McKenzie y su mujer saltaron como si les hubieran aplicado una descarga eléctrica.

McKenzie esperó varios segundos para serenarse. Después, descolgó el teléfono.

—McKenzie —dijo.

—Escúcheme con atención —dijo la voz tranquila—, y no me interrumpa. Conteste solo cuando se lo ordene, ¿entendido?

—Sí.

—Hizo bien en no ponerse en contacto con la policía, como sugirió su mujer. Su juicio es mejor que el de ella.

—Quiero hablar con mi hija —bramó McKenzie.

—Ha visto demasiadas películas, doctor McKenzie. No hay heroínas en la vida real, ni héroes. Métselo en la cabeza. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí.

—Ya me ha hecho perder mucho tiempo.

La comunicación se cortó.

Pasó una hora antes de que el teléfono volviera a sonar. Durante ese rato, Joni intentó convencer a su marido de que llamaran a la policía. Esta vez, T. Hamilton McKenzie descolgó el teléfono sin más dilación.

—¿Diga? ¿Diga?

—Calma, doctor McKenzie —dijo la voz tranquila—. Y esta vez, escuche. Mañana por la mañana, a las ocho y media saldrá de casa y se dirigirá en coche al hospital, como de costumbre. De camino, se detendrá en el Olentangy Inn y ocupará una mesa en cualquier rincón de la cafetería que esté libre. Asegúrese de que solo haya sitio para dos. Una vez ha comprobado que no le han seguido, uno de mis colegas se reunirá con usted y le dará instrucciones. ¿Comprendido?

—Sí.

—Un paso en falso, doctor, y no volverá a ver a su hija. Trate de recordar que su negocio es alargar la vida, y el nuestro abreviarla.

La comunicación se cortó.

Hannah estaba segura de que podría lograrlo. Al fin y al cabo, si no les engañaba en Londres, ¿cómo iba a hacerlo en Bagdad?

Escogió para el experimento un martes por la mañana, tras haber explorado la zona durante varias horas el día anterior. Decidió no comentar su plan a nadie, temerosa de despertar sospechas en algún miembro de su equipo si hacía demasiadas preguntas.

Se miró en el espejo del vestíbulo. Una camiseta blanca limpia y un jersey holgado, tejanos usados, bambas, calcetines de tenis y el cabello algo desarreglado.

Cogió su pequeña y baqueteada maleta (la única posesión familiar que le habían permitido conservar) y salió de la casa adosada pocos minutos después de las diez. La señora Rubin se había ido antes para hacer lo que ella llamaba «la gran compra», un intento de saquear Sainsbury's y almacenar provisiones para quince días.

Hannah caminó con parsimonia por la calle, a sabiendas de que si la descubrían, volaría en el siguiente avión a casa. Desapareció en la estación de metro, exhibió su tarjeta multiviajes al revisor, bajó en el ascensor y se encaminó al extremo del iluminado andén, cuando el tren entró con un rugido en la estación.

En Leicester Square transbordó a la línea de Picadilly, y cuando el tren frenó en South Kensington, Hannah fue de los primeros en llegar a la escalera mecánica. No subió corriendo los peldaños, como era su impulso, porque correr hubiera llamado la atención. Permaneció inmóvil en la escalera mecánica y estudió los anuncios de la pared para que nadie pudiera ver su cara. El nuevo Rover 200 de motor a inyección, *whisky* Johnnie Walker, un aviso contra el sida, y el *Sunset Boulevard* de Andrew Lloyd Webber, en el Adelphi, le devolvieron mirada. En cuanto salió al exterior Hannah miró a derecha e izquierda antes de cruzar Harrington Road y encaminarse al hotel Norfolk, un discreto hostel de tamaño mediano que había elegido con sumo cuidado. Lo había explorado el día anterior, y fue capaz de ir al lavabo de señoras sin pedir indicaciones.

Hannah abrió la puerta y, después de comprobar que no había nadie, escogió el cubículo del final, cerró la puerta con el pestillo y abrió la vieja maleta. Inició el lento proceso cambiar de identidad.

Dos pares de pies entraron y salieron mientras se desnudaba. Durante ese tiempo, Hannah se sentó sobre la taza, y solo prosiguió cuando se quedó sola.

Tardó unos veinte minutos. Cuando salió, se examinó el espejo y realizó algunos ajustes sin importancia.

Y después rezó, pero no al dios de los hebreos.

Hannah abandonó el lavabo, subió poco a poco la escalera y volvió al vestíbulo del hotel. Tendió la maleta al portero y explicó que pasaría a recogerla al cabo de un par de horas. Depositó una libra sobre el mostrador y recibió a cambio un pequeño

resguardo rojo. Siguió a un grupo de turistas hasta la puerta giratoria, y segundos después se encontró en la acera.

Sabía exactamente adónde iba y cuánto tardaría en llegar a la puerta principal, pues el día anterior había llevado a cabo un ensayo. Solo esperaba que su instructor del Mossad estuviera en lo cierto respecto a la distribución interna del edificio. Al fin y al cabo, ningún agente había entrado jamás.

Hannah caminó poco a poco hacia Brompton Road.

Sabía que no podía permitirse la menor vacilación cuando llegara a la puerta principal. A veinte metros de distancia, casi decidió pasar de largo, pero en cuanto se encontró frente a los peldaños, los subió y llamó con audacia a la puerta. Pocos momentos después, un hombre gigantesco, que le sacaba quince centímetros de estatura, abrió la puerta. Hannah entró y, ante su alivio, el guardia se hizo a un lado, miró en ambas direcciones de la calle y cerró la puerta.

Caminó por el pasillo hacia la oscura escalera sin volverse. Cuando llegó al final de la descolorida alfombra, subió con parsimonia la escalera de madera. Le habían asegurado que era la segunda puerta a la izquierda del primer piso, y una vez en el rellano vio una puerta a su izquierda, cuya pintura marrón estaba desportillada y con un tirador de latón que nadie había pulido desde hacía meses. Giró el tirador con suavidad y abrió la puerta. Cuando entró, la recibió un murmullo de voces que enmudecieron de repente. Todos los ocupantes de la habitación se volvieron para mirarla.

¿Cómo podían saber que Hannah jamás había pisado la casa, si solo se veían sus ojos?

Entonces, uno de los reunidos empezó a hablar de nuevo, y Hannah se sentó en silencio en el círculo. Escuchó con atención y descubrió que, si bien tres o cuatro hablaban a la vez, comprendía casi todas las palabras. La prueba de fuego se produjo cuando decidió intervenir. Anunció que su nombre era Sheka y que su marido acababa de llegar a Londres, pero solo le habían permitido traer una esposa. Asintieron en señal de comprensión y expresaron su incredulidad por la incapacidad de las autoridades de Inmigración británicas a la hora de aceptar la poligamia.

Durante la hora siguiente, habló y discutió con ellos acerca de sus problemas. Lo sucios y decadentes que eran los ingleses, todos agonizando de sida. Ardían en deseos de volver a casa para comer y beber productos sanos. ¿Alguna vez pararía de llover? Sin previo aviso, una de las mujeres ataviadas de negro se levantó y dijo adiós a sus amigos. Cuando una segunda la imitó, Hannah comprendió que había llegado el momento de marcharse. Siguió en silencio a las otras dos mujeres escaleras abajo, a unos pasos de distancia. El gigante que vigilaba la entrada abrió la puerta para que salieran. Las dos mujeres subieron a la parte posterior de un Mercedes negro y alejaron, en tanto Hannah se desviaba hacia el oeste y volvía sobre sus pasos, hacia el hotel Norfolk.

T. Hamilton McKenzie pasó la noche preguntándose qué podía desear el hombre de la voz tranquila. Había consultado su estado de cuentas bancario. Solo tenía doscientos treinta mil dólares en metálico y obligaciones, y la casa valdría otro cuarto de millón, en cuanto se hubiera pagado la hipoteca, tampoco estaba tasada en lo que realmente valía. En conjunto, podría reunir apenas medio millón. Dudaba que el banco le adelantara ni un centavo más.

¿Por qué le habían elegido a él? Había incontables padres en el Colegio Columbus que valían diez o veinte veces que él. Joe Ruggiero, por ejemplo, que jamás dejaba de recordar a todo el mundo que poseía la mayor cadena de licorerías de Columbus, debía de ser varias veces millonario. Por un momento, McKenzie se preguntó si estaba en tratos con una banda de aficionados que se había equivocado de hombre, pero desechó la idea al pensar de qué manera habían organiza el secuestro. No, debía aceptar que estaba tratando con profesionales, y sabían exactamente lo que querían.

Saltó de la cama unos minutos antes de las seis, miró la ventana, descubrió que no había ni rastro de sol matutino. Intentó ser lo más silencioso posible, aunque sabía que su inmóvil esposa debía de estar despierta; no habría pegado ojo en toda la noche. Se dio una ducha caliente, se afeitó y, motivos que no supo explicar, se puso una camisa nueva, traje que solo utilizaba para ir a la iglesia y una corbata floreada Liberty que Sally le había regalado dos Navidades ante y que jamás había osado ponerse.

Después, bajó a la cocina y preparó café para su mujer por primera vez en quince años. Subió la bandeja al dormitorio, donde encontró a Joni sentada en la cama, con su camisón rosa, frotándose sus ojos cansados.

McKenzie se sentó en el extremo de la cama. Bebieron café en silencio. Durante las once horas anteriores, habían agotado todo cuanto había que decir.

Cogió la bandeja y volvió a la cocina, donde se entretuvo en lavar las tazas y los platos. El siguiente ruido que oyó fue el golpe sordo del periódico al aterrizar sobre el porche, frente a la puerta principal.

Tiró el paño de cocina, salió a toda prisa en busca del ejemplar del *Dispatch* y examinó la primera plana, preguntándose si la prensa sabría algo de la historia. Clinton dominaba los titulares, y de nuevo surgían problemas en Irak. El presidente prometía enviar más tropas para vigilar la frontera kuwaití.

—Ya tendrían que haber terminado el trabajo —murmuró McKenzie, mientras cerraba la puerta—. Saddam no es un hombre que se rija por las normas.

Intentó asimilar los detalles del artículo, pero fue incapaz de concentrarse en las palabras. Dedujo del editorial que el *Dispatch* pensaba que Clinton se enfrentaba a su primera crisis real. «El presidente no tiene ni idea de lo que es una crisis», pensó Hamilton McKenzie. Al fin y al cabo, su hija había dormido sana y salva en la Casa Blanca la noche anterior.

Casi se alegró cuando el reloj del vestíbulo dio las ocho. Joni apareció al pie de la

escalera, ya vestida. Examinó su cuello y sacudió un poco de caspa de su hombro, como si se dispusiera a iniciar una jornada normal. No comentó su elección de corbata.

—Ven directo a casa —añadió, como siempre.

—Por supuesto.

El hombre besó a su mujer en la mejilla y se fue sin decir palabra.

En cuanto la puerta del garaje se alzó, vio las luces de los faros y soltó un juramento habría olvidado cerrarlas por la noche, preocupado como estaba por su hija. Esta vez, dirigió su ira contra él mismo, y volvió a blasfemar.

Se sentó al volante, introdujo la llave de encendido y cerró las luces y, al cabo de una breve pausa, giró la llave. Primero con rapidez, y después lentamente, intentó poner en marcha el motor, pero apenas emitió algún sonido mientras pisaba el pedal del acelerador.

—¡Hoy no! —rugió, y golpeó el volante con las palma de las manos.

Probó un par de veces más. Luego, saltó del coche y corrió hacia la casa. No quitó el pulgar del timbre hasta que Joni abrió, con la pregunta grabada en el semblante.

La batería está descargada. ¡Necesito tu coche, de prisa, de prisa!

—Le están haciendo la revisión. No dejaste de recordármelo semana tras semana.

T. Hamilton McKenzie no se molestó en emitir su opinión. Dio la espalda a su mujer, corrió hasta la calle y empezó a buscar la avenida bordeada de árboles, con el fin de localizar el familiar color amarillo con el letrero 444 4444 sujeto al techo, pero luego comprendió que existía una posibilidad en cien de encontrar un taxi a aquellas horas de la mañana. Solo vio un autobús que se dirigía hacia él. Sabía que la parada se encontraba a cien metros de distancia, de modo que empezó a correr en la misma dirección del autobús. Aunque le faltaban veinte o treinta metros para llegar a la parada cuando el autobús le sobrepasó, el vehículo frenó y esperó.

McKenzie subió los peldaños, jadeante.

—Gracias. ¿Este autobús va a Olentangy River Road?

—Llega muy cerca, tío.

—Pues vayámonos.

T. Hamilton McKenzie consultó su reloj. Eran las ocho y diecisiete minutos. Con un poco de suerte, llegaría puntual a la cita. Empezó a buscar asiento.

—Será un dólar —dijo el conductor.

T. Hamilton McKenzie rebuscó en su traje de los domingos.

—Oh, Dios mío. Me he dejado...

—No me vengas con esas, tío —dijo el conductor—. Si no pagas, te bajas.

—Usted no lo entiende. Tengo una cita importante. Una cuestión de vida o muerte.

—Y yo debo conservar mi trabajo, tío. He de ceñirme a las reglas. Si no puedes pagar, has de bajar, porque eso dicen las normas.

—Pero...

—Le daré un dólar por ese reloj —dijo un joven sentado en la segunda fila, que había seguido la discusión.

T. Hamilton McKenzie miró el Rolex de oro que le habían regalado por los veinticinco años de servicios en el hospital de la universidad estatal de Ohio. Lo arrancó de su muñeca y lo tendió al joven.

—Debe de ser una cuestión de vida o muerte —comentó el joven, mientras le entregaba un dólar. Se puso el reloj en la muñeca. T. Hamilton McKenzie dio el dólar al conductor.

—Creo que has hecho un mal negocio, tío. —El hombre meneó la cabeza—. Por un Rolex, podrías haber alquilado una limusina durante una semana.

—¡Vayámonos! —gritó McKenzie.

—Yo no he sido el que nos ha retrasado, tío —dijo el conductor, mientras se apartaba lentamente del bordillo.

T. Hamilton McKenzie se sentó en el asiento de delante y deseó conducir él. Consultó su reloj. No estaba en su sitio. Giró en redondo y miró al joven.

—¿Qué hora es?

El joven contempló con orgullo su nueva adquisición, a la que no había quitado el ojo de encima en ningún momento.

—Las ocho veintiséis minutos y veinte segundos.

McKenzie miró por la ventanilla, deseoso de que el autobús corriera más. Se detuvo siete veces para que subieran y bajaran pasajeros, hasta que por fin llegó a la esquina de Independence, en cuyo momento el conductor temió que el hombre sin reloj sufriera un ataque al corazón. Cuando T. Hamilton McKenzie bajó del autobús, oyó que el reloj ayuntamiento daba las nueve menos cuarto.

—Oh, Dios, que no se hayan marchado —dijo mientras corría hacia el Olentangy Inn, con la esperanza de que le reconociera. Solo dejó de correr cuando llegó al camino privado que conducía a la recepción. Intentó calmarse, consciente de que casi no podía respirar, y sudaba de pies a cabeza.

Empujó la puerta giratoria de la cafetería y paseó la por la sala, sin tener ni idea de a quién o qué buscaba. Imaginó que todo el mundo le estaba mirando.

La cafetería tendría unas sesenta mesas para cuatro y personas, y calculó que la mitad ya estaban ocupadas, entre ellas dos del rincón, así que se encaminó hacia la tercera, que le proporcionaba una buena vista de la puerta.

Se sentó, esperó y rezó para que no se hubieran cansado de esperarle.

Fue al llegar al cruce de la esquina de Thurloe Place cuando Hannah tuvo la sensación de que la seguían. Al acercarse a South Kensington, ya estaba convencida.

Un hombre alto, joven, sin mucha experiencia en el tema entraba y salía de los portales casi con descaro. Quizá pensó que Hannah no era el tipo de mujer suspicaz. Cuando el Norfolk apareció ante su vista, Hannah sabía muy bien lo que debía hacer.

Si conseguía entrar en el edificio con la suficiente ventaja, calculó que solo necesitaría treinta, tal vez cuarenta y cinco segundos a lo sumo, hasta que ambos porteros estuvieran ocupados. Se detuvo ante el escaparate de una farmacia y contempló la oferta de productos de belleza que llenaban los estantes. Se volvió a mirar los lápices de labios alineados en la esquina y vio el reflejo del hombre en el limpio cristal. Se encontraba de pie junto a un quiosco situado en la entrada de la estación de South Kensington. Cogió un ejemplar *Daily Mail* (aficionado, pensó ella), lo cual dio a Hannah oportunidad de cruzar la calle antes de que el hombre recibiera el cambio. Llegó a la puerta del hotel cuando su perseguidor pasó frente a la farmacia. Hannah no subió corriendo los peldaños, lo cual habría puesto de manifiesto que le había visto, pero empujó la puerta con demasiada violencia y envió a una anciana dando tumbos hacia la acera, mucho antes de lo que la dama esperaba.

Los dos porteros estaban charlando cuando Hannah atravesó el vestíbulo como una exhalación. El resguardo rojo y otra libra ya estaban en su mano antes de llegar al mostrador de la portería. Hannah depositó la moneda sobre el mostrador con un fuerte golpe, lo cual atrajo de inmediato la atención del hombre de mayor edad. Cuando vio la moneda, se apresuró a coger el resguardo, recuperó la maleta de Hannah y se la devolvió, justo en el momento en que su perseguidor entraba por las puertas giratorias. Hannah se encaminó a la escalera situada al final del pasillo, con el maletín aferrado contra su estómago, para que el hombre no viera que cargaba algo. A partir del segundo peldaño se puso a correr, porque no había nadie a la vista. Una vez al pie de la escalera, se internó en el pasillo y penetró en la relativa seguridad del lavabo de señoras.

Esta vez no estaba sola. Una mujer de edad madura examinaba su lápiz de labios en un espejo. No dirigió ni una mirada a Hannah, y esta desapareció en un cubículo. Se sentó sobre la tapa, con las rodillas pegadas al mentón, y esperó a que la mujer terminara. Tardó dos o tres minutos en marcharse. En cuanto Hannah oyó que la puerta se cerraba, puso los pies sobre el frío suelo de mármol, abrió el maletín para comprobar que todo seguía en su sitio y, ya satisfecha, se cambió con la mayor rapidez posible.

Acababa de ponerse las bambas cuando la puerta volvió a abrirse, y vio la parte inferior de dos piernas enfundadas en medias que entraban en el cubículo contiguo. Hannah salió, se abrochó los tejanos y se miró un momento en el espejo. Desordenó un poco su pelo e inspeccionó el lavabo. En la esquina había un recipiente de gran tamaño para tirar las toallas sucias. Hannah quitó la tapa de plástico, sacó todas las toallas e introdujo el maletín en el fondo. Después, lo cubrió con las toallas y volvió a poner la tapa donde estaba. Intentó olvidar que había cargado el maletín de Leningrado a Tel Aviv y de Tel Aviv a Londres: por medio mundo. Maldijo en su lengua natal antes de comprobar una vez más su cabello en el espejo. Después, salió del lavabo de señoras y trató de aparentar calma, incluso indiferencia.

Lo primero que vio Hannah cuando desembocó en el pasillo fue al joven, sentado

en el extremo, leyendo el *Daily Mail*. Con suerte, ni se fijaría en ella. Había llegado al pie de la calera cuando el hombre levantó la vista. Bastante atractivo pensó, y le devolvió la mirada un segundo de más. Dio la vuelta y empezó a subir la escalera. Se iba; lo había conseguido.

—Perdone, señorita —dijo una voz a su espalda. («No te asustes, no te pongas nerviosa, actúa con normalidad»). Se volvió y sonrió. Él también sonrió, casi flirteando, y luego se sonrojó.

—¿Ha visto por casualidad a una chica en el lavabo?

—Sí —contestó Hannah—. ¿Por qué lo pregunta? —Poner siempre al enemigo a la defensiva era la regla básica.

—Oh, por nada. Lamento haberla molestado —dijo, y desapareció por la esquina.

Hannah subió la escalera, regresó al vestíbulo y se encaminó a las puertas giratorias.

Qué pena, pensó, ya en la acera. Parecía bastante *sexy*. Se preguntó cuánto tiempo seguiría sentado allí, para quién trabajaba, a quién presentaría su informe.

Volvió hacia su casa y lamentó no poder parar en Dino's para comer unos espaguetis a la boloñesa, y luego entrar a ver la última película de Frank Marshall, que proyectaban en el Cannon. Había momentos en que todavía anhelaba ser, simplemente, una joven en Londres. Luego, pensaba en su madre su hermana y su hermano, y de nuevo se decía que todo aquello debería esperar.

Estuvo sentada sola durante la primera parte del trayecto en metro, y empezó a creer que si la enviaban a Bagdad (siempre que nadie quisiera acostarse con ella), podría pasar por una iraquí.

Cuando el tren paró en Green Park, dos jóvenes entraron. Hannah no les hizo caso, pero al cerrarse las puertas reparó en que no había nadie más en el vagón.

Pasados unos momentos, uno de ellos se le acercó y le dedicó una sonrisa vaga. Vestía una chaqueta negra de bombero, con el cuello cubierto de clavos, y unos tejanos tan ceñidos que le daban aspecto de bailarín de *ballet*. Su cabello negro puntiagudo se elevaba a gran altura, como si acabara de recibir corrientes eléctricas terapéuticas. Hannah calculó que tendría veintipocos años. Bajó la vista hacia sus pies y reparó en que calzaba botas del ejército. Aunque estaba un poco gordo, sospechó por sus movimientos que era muy fornido. Su amigo aguardaba a unos pasos de distancia, apoyado contra la barandilla contigua a la puerta.

—¿Qué opinas del polvo rápido que sugiere mi *colegui*? —preguntó, y sacó, una navaja del bolsillo.

—Piérdete —replicó Hannah.

—Oh, un miembro de la clase alta, ¿eh? —dijo, y le dirigió la misma sonrisa vaga—. ¿Te apetece que te violemos?

—¿Te apetece que te hinche los morros?

—No te pases ni un pelo, tía —dijo el joven, mientras el tren frenaba en Piccadilly Circus.

Su amigo siguió frente a la puerta, para que si alguien quisiera entrar se lo pensara mejor.

(«Nunca llares la atención, nunca hagas una escena: la regla de oro si se trabaja para cualquier rama del servicio secreto, sobre todo en el extranjero. Solo quebrantar las normas en circunstancias excepcionales»).

—A mi amigo Marv le gustas. ¿Lo sabías, Sloane?

Hannah sonrió, mientras empezaba a pensar en la ruta que debería seguir para salir del vagón en cuanto el tren parara en la siguiente estación.

—A mí también me gustas un montón —dijo el joven—, pero prefiero las pájaras negras. Es por el culo grande, ¿sabes? Me ponen a cien.

—Entonces, tu amigo te gustará mucho —dijo Hannah y se arrepintió al instante de sus palabras. («Nunca provoques»).

Oyó el clic de la navaja al abrirse. Centelleó a la luz brillante del vagón.

—Bien, hay dos formas de enfocar el asunto, Sloane: en silencio o a grito pelado. Tú eliges, pero si no tienes ganas de colaborar, quizá deba hacerte unos cortes en tu bonita cara.

El joven erguido junto a la puerta empezó a reír. Hannah se levantó y plantó cara a su torturador. Dejó pasar unos instantes antes de desabrocharse lentamente el primer botón los tejanos.

—Toda tuya, Marv —dijo el joven, y se volvió hacia amigo. Nunca llegó a ver el pie que volaba por el aire, cuando Hannah dio un giro de ciento ochenta grados. El cuchillo salió disparado de su mano y resbaló por el suelo hasta el final del vagón. Un brazo se estrelló contra su cuello, y se desplomó como un saco de patatas. Hannah pasó por encima de su cuerpo y se dirigió hacia Marv.

—No, no, señorita. Yo no. Siempre es Owen el que monta trifulcas. Yo no le habría hecho nada.

—Quítate los tejanos, Marvin.

—¿Qué?

Hannah extendió los dedos de su mano derecha.

—Lo que usted diga, señorita.

Marvin se bajó la cremallera a toda prisa y se quitó los tejanos, y reveló un mugriento tanga azul marino y un tatuaje en el muslo que rezaba «Mamá».

—Espero que tu madre no deba verte así a menudo, Marvin —dijo Hannah, mientras recogía los tejanos—. Ahora, calzoncillos.

—¿Qué?

—Ya me has oído, Marvin.

Marvin se quitó poco a poco el tanga.

—Qué decepción —comentó Hannah, mientras el tren entraba en Leicester Square.

Cuando las puertas se cerraron detrás de ella, Hannah creyó oír:

—Putade mierda, te...

Mientras recorría el pasillo que conducía a la línea norte, Hannah no encontró ningún cubo de basura donde tirar las sucias ropas de Marvin. Los habían eliminado tiempo atrás, después de la repentina explosión de varias bombas colocadas por el IRA en el metro de Londres. Tuvo que cargar con los tejanos y los calzoncillos hasta Chalk Farm, donde los depositó por fin en un cubo que encontró en la esquina de Adelaide Road. Luego, regresó a casa con parsimonia.

Cuando abrió la puerta, una voz alegre la llamó desde la cocina.

—La comida está en la mesa, querida. —La señorita Rubin salió a recibir a Hannah—. He tenido una mañana fascinante. No creerás lo que me pasó en Sainsbury's.

—¿Qué será, cariño? —preguntó una camarera ataviada con una falda roja y un delantal negro, y que sostenía una libreta en la mano.

—Café solo, por favor —dijo T. Hamilton McKenzie.

—Marchando —contestó jovialmente la mujer.

Iba a consultar la hora cuando recordó una vez más que su reloj adornaba la muñeca de un joven que ya debía encontrarse a kilómetros de distancia. McKenzie miró el reloj que colgaba sobre la barra. Las nueve menos cuatro minutos. Se puso a examinar a toda la gente que entraba por la puerta.

Un hombre alto y bien vestido fue el primero en entrar. Mientras inspeccionaba la sala, las esperanzas de McKenzie aumentaron y deseó que mirara en su dirección, pero el hombre se encaminó a la barra y se sentó en un taburete, dando la espalda al restaurante. La camarera regresó y sirvió al nervioso doctor un humeante café.

La siguiente persona que entró fue una joven, cargada con una bolsa de la compra que iba provista de una larga asa cuerda. Un momento después, la siguió otro hombre bien vestido, que también paseó la mirada por la sala. De nuevo, esperanzas de T. Hamilton McKenzie se avivaron, solo para apagarse cuando una sonrisa iluminó el rostro del recién llegado. Caminó hacia la barra y se sentó junto al hombre que había llegado unos minutos antes.

La chica de la bolsa se sentó delante de él.

—Está ocupado —dijo T. Hamilton McKenzie, en voz cada vez más alta.

—Lo sé, doctor McKenzie —dijo concisa la muchacha—. Por mí.

T. Hamilton McKenzie empezó a sudar.

—¿Café, cariño? —preguntó la camarera, que se materializó a su lado.

—Sí, solo —contestó la chica sin levantar la vista. McKenzie la miró con mayor atención. Debía rondar treintena, una edad en la que todavía no necesitaba sus servicios profesionales. A juzgar por su acento, era sin duda nativa de Nueva York, si bien su cabello y ojos oscuros, así como la piel olivácea, sugerían que había emigrado del sur de Europa. Era delgada, casi flaca, y su bonito vestido Laura Ashle de pardos tonos otoñales, que podía haber comprado en cualquiera de los miles de almacenes

esparcidos por el país, aseguraba que pasaría inadvertida entre cualquier multitud. No tocó el café que le habían servido.

McKenzie decidió lanzarse al ataque.

—Quiero saber cómo está Sally.

—Bien, bastante bien —repuso la mujer con calma. Introdujo la mano en la bolsa y, con una mano enguantada, extrajo una sola hoja de papel. Se la tendió. El doctor desdobló la hoja de aspecto vulgar.

Y, temblándole las manos, leyó la nota que la muchacha le entregó:

Querido papi:

Me están tratando bien, pero, por favor, haz lo que ellos te digan.

Te quiere.

Sal.

Era su letra, no cabía duda, pero ella nunca habría firmado «Sal». El mensaje cifrado solo consiguió aumentar su nerviosismo.

La mujer extendió la mano y le arrebató la carta.

—Bastardos. No se saldrán con la suya.

—Calma, doctor McKenzie. Ni amenazas ni retórica van a inmutarnos. No es la primera vez que llevamos a cabo operaciones de este estilo. Si espera volver a ver a su hija...

—¿Qué quieren que haga?

La camarera volvió a la mesa con una cafetera recién hecha, pero cuando vio que ninguno de ambos había tomado un sorbo, dijo:

—El café se está enfriando, amigos. —Se alejó.

—Solo tengo doscientos mil dólares a mi nombre. Han cometido una equivocación.

—No es su dinero lo que queremos, doctor McKenzie.

—Entonces, ¿qué quieren? Haré cualquier cosa con tal de recuperar a mi hija.

—La empresa a la cual represento se especializa en aglutinar talentos, y uno de nuestros clientes necesita su habilidad en especial.

—Podrían haberme llamado para concertar una cita, como todo el mundo —protestó el hombre, incrédulo.

—Sospecho que no, para lo que tenemos en mente. Y, en cualquier caso, tenemos un problema de tiempo, y creemos que Sally nos ayudará a ponernos al principio de la cola.

—No entiendo.

—Por eso estoy aquí.

Veinte minutos después, cuando las dos tazas de café ya se habían enfriado por completo, T. Hamilton McKenzie comprendió exactamente lo que deseaban de él. Permaneció en silencio un rato antes de hablar.

—No estoy seguro de que pueda hacerlo. Para empezar es profesionalmente antiético. Y no sé si se da cuenta...

La mujer se inclinó y sacó otra cosa de la bolsa. Dejó sobre la mesa un pendiente de oro.

—Quizás esto le facilitará la tarea.

Hamilton McKenzie cogió el pendiente de su hija.

—Mañana, recibirá el otro pendiente —continuó la mujer—. El viernes, la primera oreja. El sábado, la otra oreja. Si su ética le sigue preocupando, doctor McKenzie, no quedará mucho de su hija dentro de una semana.

—No se atreverán...

—Pregúnteselo a Paul Getty III.

T. Hamilton McKenzie se levantó de la mesa y se inclinó hacia delante.

—Podemos acelerar el proceso, si no nos queda otro remedio —dijo la mujer, sin la menor muestra de temor.

McKenzie se derrumbó en su asiento y trató de serenarse.

—Bien —dijo la mujer—. Así está mejor. Al menos, ahora nos comprendemos mutuamente.

—¿Cuál es el próximo paso? —preguntó.

—Nos volveremos a poner en contacto con usted más tarde, de modo que no se mueva de casa. Porque estoy segura de que, para entonces, ya se habrá reconciliado con su ética profesional.

McKenzie iba a protestar, pero la mujer se levantó, sacó un billete de cinco dólares de la bolsa y lo dejó sobre la mesa.

—No podemos permitir que el mejor cirujano de Columbus lave los platos, ¿verdad?

Dio media vuelta y llegó a la puerta antes de que McKenzie comprendiera que también sabían que había salido de casa sin el billetero.

T. Hamilton McKenzie empezó a pensar en la proposición, muy poco convencido de que le quedara otra alternativa.

Pero sí estaba convencido de una cosa. Si cumplía sus exigencias, el presidente Clinton iba a terminar con un problema todavía mayor.

Scott oyó el timbre del teléfono al llegar a la escalera. Su mente aún daba vueltas a la clase matinal que acababa de dar, pero subió la escalera de tres en tres, abrió la puerta del apartamento y descolgó el teléfono, tirando a su madre al suelo.

—Scott Bradley —dijo, mientras recogía la fotografía y la devolvía a su sitio.

—Te necesito en Washington mañana. En mi despacho a las nueve en punto.

A Scott siempre le impresionaba que Dexter Hutchins se presentara y que diera por sentado que su trabajo para la CIA era más importante que su compromiso con Yale.

Scott empleó casi toda la tarde en solucionar el problema de las clases con dos colegas comprensivos. No podía aducir la excusa de que se encontraba indispuerto, porque todo mundo sabía que nunca se había ausentado por enfermedad en sus nueve años de docencia, así que recurrió al «problema de mujeres», que siempre despertaba la simpatía de los profesores más antiguos y evitaba que hicieran demasiadas preguntas.

Dexter Hutchins jamás entraba en detalles por teléfono pero todos los periódicos de la mañana publicaban fotos de Yitzhak Rabin en el momento de llegar a Washington para entrevistarse por primera vez con el presidente Clinton.

Scott sacó la carpeta embutida entre Impuestos e Indemnizaciones y extrajo todo cuanto contenía sobre el nuevo ministro israelí. Su política hacia Estados Unidos no parecía diferir en exceso de la practicada por su predecesor.

Era más educado que Shamir, más conciliador y cortés en su acercamiento, pero Scott sospechaba que, en caso de producirse una pelea a cuchillo en un bar de los barrios bajos, Rabin sería de los que saldrían ilesos.

Se reclinó en la silla y se puso a pensar en una rubia llamada Susan Anderson, que había estado presente en la última entrevista que había celebrado con el nuevo secretario de Estado. Si acudía a la reunión, quizá valiera la pena viajar a Washington.

Un hombre silencioso estaba sentado en un taburete situado al final de la barra. Vació las últimas gotas de su vaso, que había permanecido casi vacío de Guinness durante todo el rato, pero el irlandés siempre confiaba en que el movimiento despertaría la simpatía del camarero, que sería lo bastante amable para llenar el vaso vacío. Pero este camarero en particular, no.

—Bastardo —masculló. Siempre eran los jóvenes quienes carecían de corazón.

El camarero no conocía el auténtico nombre del cliente. De hecho, lo conocían muy pocas personas, fuera del FBI y del departamento de Policía de San Francisco.

El expediente que obraba en poder de este último concedía a William O'Reilly la

edad de cincuenta y dos años. Cualquiera le habría adjudicado sesenta y cinco, no solo por sus ropas raídas, sino por las arrugas pronunciadas de su frente, las bolsas bajo los ojos y los centímetros de más alrededor de la cintura. O'Reilly lo achacaba a tres pensiones alimenticias por divorcio, cuatro sentencias de cárcel y demasiados asaltos en su juventud, cuando era boxeador aficionado. Nunca lo achacaba a la Guinness.

El problema había empezado en el colegio, cuando O'Reilly descubrió por pura casualidad que podía copiar las firmas de sus compañeros de clase cuando firmaban vales para retirar dinero del banco del colegio. Cuando finalizó su primer año en el Trinity College de Dublín, podía falsificar tan bien firma del director y del tesorero que llegaron a convencerse de que le habían adjudicado una tesorería.

Mientras pasaba una temporada en la Institución para delincuentes de St. Patrick, Sean El falsificador le introdujo en los billetes de banco. Cuando abrieron las puertas para saliera, al joven aprendiz ya no le quedaba nada que aprender de su maestro. Bill descubrió que su madre no deseaba acogerle de nuevo en el seno familiar, de modo que falsificó la firma del cónsul norteamericano en Dublín y partió hacia el nuevo mundo.

A los treinta años, había grabado su primera plancha de un dólar. Su trabajo fue tan bueno que, durante el juicio que siguió a su descubrimiento, el FBI reconoció que la falsificación era una obra de arte, que jamás habría sido detenido sin la ayuda de un soplón. O'Reilly fue sentenciado a seis años y la redacción de sucesos del *San Francisco Chronicle* le bautizó como Dólar Bill.

Cuando Dólar Bill salió de la cárcel, se dedicó a los de veinte y, más adelante, cincuenta, y sus sentencias aumentaron en proporción directa. Entre sentencia y sentencia, se apañó para conseguir tres esposas y tres divorcios. Otra cosa que su madre jamás habría aprobado.

Su tercera esposa hizo todo cuanto pudo por enderezarle, y la reacción de Bill fue falsificar documentos solo cuando podía conseguir otro trabajo (el pasaporte esporádico, el permiso de conducir o la tarjeta de la seguridad social ocasionales), nada demasiado delictivo, aseguró al juez. El juez no tuvo de acuerdo y le envió a chirona otros cinco años.

Esta vez, cuando le soltaron, nadie se puso en contacto con él, de modo que se dedicó a hacer tatuajes en ferias ya desesperado, pinturas en las aceras, las cuales, cuando llovía, le permitían seguir fiel a la Guinness.

Bill levantó el vaso vacío y contempló una vez más al camarero, que le devolvió una mirada de absoluta indiferencia. No se fijó en el joven bien vestido que se había sentado a su lado.

—¿Puesto invitarle a una copa, señor O'Reilly? —dijo una voz que no reconoció. Bill paseó la vista a su alrededor, suspicaz.

—Estoy retirado —declaró, con el temor de encontrarse ante otro de aquellos detectives jóvenes de paisano, pertenecientes al departamento de Policía de San

Francisco, que todavía no habían cubierto su cuota mensual de arrestos.

—En ese caso, no le importará beber con un antiguo presidiario, ¿verdad? —dijo el joven, con un leve acento del Bronx.

Bill vaciló, pero la sed ganó.

—Una pinta de Guinness —pidió, esperanzado.

El joven levantó una mano, y esta vez el camarero reaccionó al instante.

—¿Qué quiere? —preguntó Bill, después de tomar un trago y comprobar que el camarero no podía oírle.

—Su talento.

—Ya le he dicho que estoy retirado.

—Y le oí la primera vez, pero lo que necesito no es delictivo.

—¿Qué espera obtener de mí? ¿Una copia de Monna Lisa, o solo de la Carta Magna?

—Algo mucho más normal que eso.

—Invíteme a otra —dijo Bill, contemplando el vaso vacío que descansaba sobre la barra—. Escucharé su proposición, pero le advierto que estoy retirado.

Después de que el camarero llenara el vaso de Bill por segunda vez, el joven se presentó como Angelo Santini, y explicó a Dólar Bill lo que tenía en mente. Angelo se alegró de que, a las cuatro de la tarde, no hubiera nadie más en el local.

—Pero si hay miles en circulación —objetó Dólar Bill—. Pueden encontrarlas donde quieran, comprar una buena reproducción en cualquier tienda para turistas.

—Tal vez, pero no una copia perfecta —insistió el joven.

Dólar Bill dejó su bebida sobre la barra y meditó sobre la frase.

—¿Quién quiere una?

—Es para un cliente que colecciona manuscritos raros. Y pagará bien.

Como mentira, no estaba mal, pensó Bill. Tomó otro sorbo de Guinness.

—Tardaría semanas —dijo, casi en voz baja—. En cualquier caso, debería trasladarme a Washington.

—Ya le hemos encontrado un lugar adecuado en Georgetown, y estoy seguro de que localizaremos todos los materiales que necesite.

Dólar Bill reflexionó sobre esa afirmación unos momentos.

—Olvídelo. El trabajo sería excesivo. Como ya le he hecho, tardaría semanas y, encima, tendría que abandonar la bebida —añadió, y dejó su vaso vacío sobre la barra—. Ha de comprender que soy un perfeccionista.

—Por eso he viajado de una punta a otra del país para encontrarle —dijo el joven en voz baja. Dólar Bill vaciló y miró al joven con más atención.

—Quiero veinticinco mil ahora y otros veinticinco mil terminar, con todos los gastos pagados —dijo el irlandés.

El joven no dio crédito a su buena suerte. Cavalli le ha autorizado a gastar un máximo de cien mil dólares, si le garantizaba el artículo terminado. Entonces, recordó que su jefe no confiaba en nadie que no regateara.

—Diez mil cuando lleguemos a Washington y otros veinte mil al terminar.

Dólar Bill jugueteó con su vaso vacío.

—Treinta mil al terminar, si no consigue diferenciarle del original.

—Pero será preciso que identifiquemos la diferencia. Conseguirá sus treinta mil si nadie lo logra.

A la mañana siguiente, una limusina negra de ventanillas ahumadas frenó ante el hospital de la universidad estatal de Ohio. El chófer aparcó en el espacio reservado a T. Hamilton McKenzie, tal como le habían indicado.

Sus otras órdenes eran recoger a un paciente a las diez y conducirlo al hospital de la universidad de Cincinnati y Holmes.

A las diez y diez, dos enfermeros trajeron a un hombre corpulento en una silla de ruedas. Al ver el coche aparcado en el sitio del decano, la guiaron hacia él. El chófer salió y abrió la puerta posterior. Pobre hombre, pensó, con la cabeza toda cubierta de vendajes, y unas rendijas para los labios y la nariz. Se preguntó si habría sufrido quemaduras.

El hombre corpulento subió al asiento posterior, se hundió en el lujoso tapizado y estiró las piernas.

—Voy a ponerle el cinturón de seguridad —dijo el conductor, y recibió un breve cabeceo como respuesta.

Volvió a su asiento y bajó la ventanilla para despedirse de los dos enfermeros y del hombre mayor de aspecto distinguido que se erguía detrás. El chófer nunca había visto un rostro tan agotado.

La limusina se alejó a velocidad moderada. Habían advertido al conductor de que no rebasara el límite de velocidad en ningún momento.

Un gran alivio inundó a T. Hamilton McKenzie cuando el coche desapareció por el camino privado del hospital. Esperaba que la pesadilla terminara por fin. La operación había durado siete horas, y la noche anterior había dormido profundamente por primera vez desde hacía semanas. La última orden recibida indicaba que volviera a casa y esperara la liberación de Sally.

Cuando la mujer que había dejado cinco dólares sobre la mesa del Olentangy Inn le había expuesto sus exigencias, había considerado la empresa imposible. No desde un punto de vista ético, como había insinuado, sino porque jamás había pensado lograr una semejanza tan exacta. Le habría gustado hablarle de injertos, del epitelio externo y la dermis, lo improbable de... Pero cuando vio al hombre anónimo en su despacho, comprendió de repente por qué le habían elegido. Tenía casi la misma estatura, tal vez un poco más bajo (apenas dos centímetros), y pesaría entre dos y cuatro kilos menos, pero unas alzas en los zapatos y unos cuantos Big Macs solucionarían ambos problemas.

El cráneo y las facciones eran notables y guardaban un sorprendente parecido con

el original. En realidad, al final solo había sido necesario realizar una rinoplastia y un injerto parcial. Los resultados eran buenos, muy buenos. El cirujano dio por sentado que el cabello rojo del hombre era irrelevante, porque podrían afeitarse la cabeza y aplicarle una peluca. Con una nueva dentadura y un buen maquillaje, solo su familia podría advertir la diferencia.

Varios grupos diferentes ayudaron a McKenzie durante las siete horas que duró la operación. Les dijo que necesitaba ayuda cada vez que empezaba a cansarse. Nadie cuestionaba a T. Hamilton McKenzie en el hospital, y solo él había visto el resultado final. Había cumplido su parte del trato.

Aparcó el Ford Taurus (el coche más popular de Estados Unidos) a cien metros de la casa, pero no antes de girarlo en la dirección por la que se iría.

Se cambió de zapatos en el coche. La única ocasión en que casi la capturaron fue cuando se le pegó barro a las suelas de sus zapatos y el FBI lo había rastreado hasta pocos metros del lugar que ella había visitado unos días antes.

Se colgó el bolso del hombro y salió a la carretera. Caminó poco a poco hacia la casa.

Habían elegido bien el emplazamiento. La granja se encontraba a varios kilómetros del edificio más próximo, que era un establo vacío, al final de una senda que ni amantes desesperados se atreverían a seguir.

No se veían señales de vida en la casa, pero sabía que estaban allí, esperando, vigilando todos sus movimientos. Abrió la puerta sin llamar y vio a uno de ellos en el vestíbulo.

—Arriba —dijo, y señaló.

La mujer no contestó, pasó a su lado y empezó a subir la escalera.

Fue sin vacilar hacia el dormitorio y encontró a la joven sentada en el borde de la cama, leyendo un libro. Sally se volvió y sonrió a la mujer delgada ataviada con el vestido verde Laura Ashley, con la esperanza de que hubiera traído otro libro.

La mujer hundió una mano en el bolso y sonrió con timidez, antes de sacar un libro y entregarlo a la muchacha.

—Gracias —dijo Sally, quien cogió el libro, echó un vistazo a la cubierta y le dio la vuelta para leer el resumen argumental.

Mientras Sally se enfrascaba en el prometedor relato, la mujer soltó la larga cuerda fruncida sujeta a los dos lados de su bolsa de la compra.

Sally abrió el libro por el primer capítulo, tras haber decidido que iba a leer cada página muy poco a poco. Al fin y al cabo, ignoraba cuándo se produciría el siguiente regalo.

El movimiento fue tan rápido que ni siquiera notó la cuerda alrededor del cuello. La cabeza de Sally saltó hacia atrás y las vértebras se rompieron con un chasquido. Su barbilla se derrumbó sobre el pecho.

Empezó a manar sangre de su boca, que resbaló por su barbilla y manchó la cubierta de Tiempo de amar y tiempo de...

El chófer de la limusina se quedó sorprendido cuando un policía de tráfico le hizo señas justo antes de internarse en la rampa de salida a la autopista. Estaba seguro de no haber superado el límite de velocidad. Entonces, vio la ambulancia por el retrovisor y se preguntó si solo quería pasarle. Miró de nuevo hacia delante y comprobó que el guardia motorizado le indicaba con firmeza que frenara.

Obedeció de inmediato la orden, desconcertado. La ambulancia se detuvo detrás. El policía desmontó de su moto, se acercó a la puerta del conductor y dio unos golpecitos en la ventanilla. El chófer tocó un botón y la ventanilla descendió en silencio.

—¿Algún problema, oficial?

—Sí, señor, se ha producido una emergencia —contestó el policía, sin levantar el visor—. Su paciente ha de regresar de inmediato al hospital de la universidad estatal de Ohio. Han surgido complicaciones imprevistas. Le trasladarán a la ambulancia y yo la escoltaré de vuelta a la ciudad.

El asombrado conductor asintió varias veces.

—¿Y también debo volver al hospital?

—No, señor. Usted continuará hacia Cincinnati e informará a su empresa.

El chófer volvió la cabeza y vio a dos enfermeros vestidos con monos blancos de pie junto al coche. El policía cabeceó y uno de ellos abrió la puerta, en tanto el segundo soltaba el cinturón de seguridad para ayudar a su paciente a bajar.

El chófer vio por el retrovisor que los enfermeros conducían al hombre corpulento hacia la ambulancia. La sirena de la moto devolvió su atención al policía, que guiaba a la ambulancia rampa arriba, para que cruzara el puente sobre la autopista y empezara su trayecto de vuelta a la ciudad.

El cambio había exigido menos de cinco minutos, y el conductor de la limusina continuaba algo aturdido. Entonces, lo que tendría que haber hecho en cuanto vio al policía, o sea telefonar a la sede de Cincinnati.

—Estábamos a punto de llamarte —dijo la chica de centralita—. Ya no necesitan el coche, de modo que puedes volver.

—Por mí encantado. Solo espero que el cliente pague factura.

—Pagaron en metálico por adelantado el jueves pasado. El chófer colgó el teléfono y empezó su viaje a Cincinnati, pero algo le reconcomía. ¿Por qué el policía se había queda tan cerca de la puerta, impidiéndole salir, y por qué había levantado su visor? Desechó tales pensamientos. Mientras la compañía hubiera cobrado, no era su problema.

Salió a la autopista, pero no vio que la ambulancia hacía caso omiso de las señales que indicaban el centro de la ciudad y se sumaba al tráfico que circulaba en

dirección contraria. El hombre sentado detrás del volante también estaba llamando a su sede.

—Todo salió como se había planeado, jefe. —Fue su contestación a la primera pregunta.

—Bien —dijo Cavalli—. ¿Y el chófer?

—De vuelta a Cincinnati, sin haberse enterado de nada.

—Bien —repitió Cavalli—. ¿Y el paciente?

—Bien, me parece —dijo el chófer, mientras observaba por el retrovisor.

—¿Y la escolta policial?

—Mario se desvió por una carretera lateral para poder cambiarse y ponerse su uniforme de Federal Express. Nos alcanzará dentro de una hora.

—¿Cuánto falta para el siguiente cambio? El conductor examinó el cuentakilómetros.

—Unos ciento treinta y cinco kilómetros, justo después de cruzar la frontera estatal.

—¿Y después?

—Cuatro cambios más entre ese punto y la Gran Manzana. Conductores nuevos y un coche diferente cada vez. El paciente debería estar con ustedes alrededor de la medianoche de mañana, aunque tal vez deba parar en uno o dos lavabos por el camino.

—Nada de lavabos —dijo Cavalli—. Le sacáis de la autopista y que lo haga detrás de un árbol.

Ll nuevo hogar de Dólar Bill resultó ser el sótano de una casa de Georgetown, el antiguo estudio de un artista. La habitación donde trabajaba estaba bien iluminada y la temperatura, a petición suya, era de veinte grados, con una humedad constante.

Bill realizó varias «sesiones de práctica», como él las llamaba, pero no atacó el documento definitivo hasta entrar en posesión de todos los materiales que necesitaba.

—Solo triunfará la perfección —recordaba sin cesar a Angelo.

No quería que su nombre se asociara con nadie que más tarde fuera denunciado por falsificación. Al fin y al cabo, debía cuidar su reputación.

Buscaron en vano durante días las puntas de pluma apropiadas. Dólar Bill las rechazó todas, hasta que le enseñó la foto de un pequeño museo de Virginia. Dio su aprobación y estuvieron en sus manos la tarde siguiente.

El conservador del museo refirió a un periodista del Richmond Times Dispatch que el robo le había asombrado. Las puntas de pluma carecían de importancia o valor históricos. Había objetos mucho más irremplazables en la vitrina contigua.

—Depende de quién los necesite —comentó Dólar Bill, cuando le enseñaron el recorte de prensa.

La tinta resultó un poco más fácil, cuando Bill encontró el tono de negro adecuado. Cuando estuvo sobre el papel, supo exactamente cómo controlar la viscosidad mediante la temperatura y la evaporación, para dar la impresión de antigüedad. Probó varios tinteros, hasta que tuvo más que suficiente para realizar el trabajo.

Mientras los otros buscaban los materiales que necesitaba, Dólar Bill leyó varios libros de la biblioteca del Congreso y pasó algunos minutos cada día en los Archivos Nacionales, hasta que descubrió el único error que podía permitirse.

Pero la exigencia más ardua resultó ser el propio pergamino, porque Dólar Bill no quería nada que tuviera menos de doscientos años de antigüedad. Intentó explicar a Angelo el método de identificación por el carbono.

Le enviaron muestras desde París, Ámsterdam, Viena, Montreal y Atenas, pero el falsificador las rechazó todas. Solo cuando llegó un paquete desde Bremen, con una selección de 1781, Dólar Bill dibujó una sonrisa que solo la Guinness llevaba a sus labios.

Tocó, acarició y mimó al pergamino como un joven a su nueva amante, pero, al contrario que el amante, prensó, enrolló y alisó el objeto de sus atenciones hasta que lo vio preparado para recibir el bautismo de tinta. Después, preparó diez hojas del mismo tamaño, a sabiendas de que solo utilizaría una.

Bill examinó los diez pergaminos durante varias horas. Desechó dos al momento, y cuatro más al final del día. El artesano utilizó uno de los cuatro restantes y ejecutó

una tosca copia que Angelo, cuando lo vio, consideró perfecta.

—Perfecta para el ojo de un aficionado, tal vez —dijo Bill—, pero un profesional descubriría los diecisiete errores que he cometido. Destruyala.

Durante la semana siguiente, se ejecutaron tres copias en el sótano del nuevo hogar de Dólar Bill en Georgetown. No permitía que nadie entrara en la habitación mientras trabajaba, cerraba la puerta con llave cuando se permitía un descanso. Trabajaba en turnos de dos horas, y después descansaba dos horas. Le entraban comidas ligeras dos veces al día y solo bebía agua, incluso por la noche. Después, agotado, solía dormir ocho horas en la mayor inmovilidad.

Cuando terminó las tres copias del texto de cuarenta y seis líneas, Dólar Bill se consideró satisfecho de dos. La tercera fue destruida.

Angelo informó a Cavalli, quien pareció complacido con los progresos de Dólar Bill, aunque ninguno de ambos había visto las dos copias finales.

—Ahora viene lo más difícil —dijo Bill a Angelo—. Cincuenta y seis firmas, y cada una requiere una punta diferente una presión diferente, un tono de tinta diferente. Cada una ha de ser una obra de arte.

Angelo aceptó el análisis, pero le gustó mucho menos que Dólar Bill insistiera en tomarse un día libre antes de empezar a trabajar en los nombres, porque necesitaba emborracharse paroxísticamente.

El profesor Bradley voló a Washington el martes por la noche y se alojó en el Ritz Carlton, el único lujo que la CIA permitía al esquizofrénico agente-profesor. Después de una cena ligera en el Jockey Club, acompañado solo por un libro, Scott se retiró a su habitación de la quinta planta. Cambió de canales, pasando de una película mala a otra, hasta que cayó dormido pensando en Susan Anderson.

Despertó a las seis y media de la mañana, se levantó y leyó el *Washington Post* de cabo a rabo, pero se concentró en los artículos que cubrían la visita de Rabin. Se vistió mientras miraba un reportaje de la CNN sobre el discurso pronunciado por el primer ministro israelí durante la cena ofrecida en la Casa Blanca la noche anterior. Rabin había asegurado al nuevo presidente que deseaba las mismas cordiales relaciones con Estados Unidos que las disfrutadas por su antecesor.

Después de un desayuno ligero, Scott salió del hotel y descubrió que un coche de la Compañía le esperaba.

—Buenos días, señor.

Fueron las únicas palabras que su chófer pronunció durante todo el agradable trayecto de aquel miércoles por la mañana, pero Scott sonrió con ironía cuando vio los coches que bloqueaban los tres carriles que iban en dirección contraria.

Cuando llegó al despacho de Dexter Hutchins diez minutos antes de la cita, la secretaria del subdirector le indicó con un ademán que entrara.

Dexter saludó a Scott con un firme apretón de manos y un breve intento de

disculpa.

—Lamento haberte avisado con tan poco tiempo —dijo, y se quitó de la boca la colilla de un puro—, pero el secretario de Estado quiere que estés presente en su reunión de trabajo con el primer ministro israelí. Celebrarán la acostumbrada comida de trabajo, costillar de cordero y charla irrelevante, y confían en iniciar la reunión de trabajo alrededor de las tres.

—¿Por qué quiere Christopher que esté presente?

—Nuestro hombre en Tel Aviv dice que Rabin viene con algo que no consta oficialmente en su agenda. Es lo único que ha podido averiguar. Ningún detalle. Sabes tanto sobre Oriente Próximo como cualquier persona del Departamento, de modo que Christopher te quiere presente. He dicho a Tess que reúna los últimos datos, para que estés al día cuando vayamos a la sesión de la tarde.

Dexter Hutchins cogió un puñado de carpetas de la esquina del escritorio y las tendió a Scott. El inevitable «Alto Secreto» estaba estampado en cada una, pese al hecho de que casi toda la información que contenían podía encontrarse en la redacción del *Washington Post*.

—La primera carpeta se refiere al primer ministro y a la política del Partido Laborista; las demás tratan de la OLP, el Líbano, Irak, Siria, Arabia Saudí y Jordania, siempre en relación con nuestra actual política de defensa. Si Rabin espera arrancarnos más dinero, lo tiene claro, sobre todo después del discurso que Clinton pronunció anoche sobre política nacional. Hay una copia en la última carpeta.

—Marcada «Alto Secreto», sin duda —ironizó Scott. Dexter Hutchins enarcó las cejas, mientras Scott recogía las carpetas y salía sin decir palabra. Tess abrió una puerta que comunicaba con un pequeño despacho vacío, contiguo al suyo.

—Me ocuparé de que no le molesten, profesor —prometió. Mientras Scott pasaba las páginas de la carpeta sobre la OLP, leyó pocas cosas que no supiera ya. Cuando llegó a la carpeta sobre el conflicto Irak-Irán, descubrió toda una sección que había escrito él dos semanas antes.

A las doce, Tess entró con una bandeja con emparedados y un vaso de leche. Scott empezó a leer los informes sobre las zonas comprendidas entre los paralelos 36 y 32 de Irak, en las que estaban prohibidos los vuelos. Cuando terminó de leer el discurso del presidente, dedicó otra hora a imaginar qué cambio de rumbo o sorpresa tenía en mente el primer ministro de Israel. Seguía concentrado en sus pensamientos cuando Dexter Hutchins asomó la cabeza por la puerta.

—Cinco minutos —anunció.

Ya en el coche, camino del departamento de Estado, Dexter preguntó a Scott si se había forjado alguna teoría sobre la sorpresa que había preparado el líder israelí.

—Varias, pero necesito ver al hombre en acción antes de opinar. Después de todo, solo le he visto una vez, y en aquella ocasión aún pensaba que Bush ganaría las elecciones.

Cuando llegaron a la entrada de la calle C, los dos hombres tardaron casi tanto en

llegar al séptimo piso como le costaba a Scott penetrar en el sancta sanctorum de Langley.

A las tres menos siete minutos fueron conducidos a una sala de conferencias vacía. Scott eligió una silla apoyada contra la pared, justo detrás de donde se sentaría Warren Christopher, pero un poco a su izquierda, para ver con claridad al primer ministro Rabin en la mesa. Dexter se sentó a la derecha de Scott.

A las tres menos un minuto, cinco altos ejecutivos de la Compañía entraron en la sala, y Scott se alegró de ver que Susan Anderson se contaba entre ellos. Su hermoso cabello rubio estaba recogido en un moño, lo cual la dotaba de un aire bastante austero, y vestía un traje sastre azul que acentuaba su esbelta figura. La blusa blanca a topos con el menudo lazo en el cuello habría aterrorizado a la mayoría de los hombres, pero a Scott le atraía.

—Buenas tardes, profesor Bradley —saludó la mujer cuando Scott se levantó. Sin embargo, tomó asiento al otro lado de Dexter Hutchins, para informarle de que el secretario de Estado llegaría dentro de breves momentos.

—¿Cómo van los Orioles? —preguntó Scott.

Se inclinó hacia delante y miró directamente a Susan, tratando de no fijar la vista en sus esbeltas y bien torneadas piernas. Susan enrojeció. Scott recordaba de algún expediente que era aficionada al baloncesto, y cuando no acompañaba al extranjero al secretario de Defensa, nunca se perdía un partido. Scott sabía muy bien que el equipo había perdido los tres últimos partidos.

—Tan bien como le fue a Georgetown en la NCAA. —Fue su contestación inmediata.

A Scott no se le ocurrió una réplica adecuada. Georgetown no había logrado participar en la liga nacional por primera vez en años.

—Iguales a quince —dijo Dexter, claramente contento de estar sentado entre ellos, como un árbitro de tenis.

La puerta se abrió de repente y Warren Christopher entró en la sala, acompañado por el primer ministro de Israel y seguido por autoridades de ambos países. Se dividieron a cada lado de la larga mesa, y tomaron asiento de acuerdo con su importancia.

Cuando el secretario de Estado llegó a su asiento, situado en el centro de la mesa y frente a la bandera norteamericana, vio a Scott por primera vez y cabeceó en su dirección.

Una vez acomodado todo el mundo, el secretario de Estado abrió la reunión con el predecible y banal discurso de bienvenida, que habría podido ser utilizado en su mayor parte para cualquiera, desde Yeltsin a Mitterrand. El primer ministro israelí respondió del mismo modo.

Después, durante la hora siguiente, hablaron sobre los problemas de Oriente Próximo, y Scott descubrió escasas diferencias, aparte del énfasis, entre los dos hombres y sus predecesores. Tal vez eran un poco más conciliadores, pero tan

cautelosos como Shamir y Baker. Durante la segunda hora, Scott empezó a preguntarse por qué le habían sacado de Yale cuando cualquier buen agente de la CIA en Oriente Próximo podría haberse encargado de esta reunión en particular.

Fue durante «otros temas» cuando Rabin sacó a colación el asunto que nadie había anticipado. El primer ministro dio vueltas al problema durante unos minutos, pero Scott adivinó cuál era su objetivo exacto. Le estaba dando la oportunidad a Christopher, si este lo deseaba, de abortar cualquier discusión antes de que Rabin la anunciara de manera oficial.

Scott garrapateó una nota en un trozo de papel y la pasó a Susan. Esta la leyó, asintió, se inclinó hacia delante y colocó la nota sobre el cuaderno que tenía el secretario de Estado quien desdobló la hoja y lanzó un vistazo al contenido, sin dar muestras de sorpresa. Scott supuso que Christopher también había calculado el tamaño de la bomba que estaba a punto de caer.

El primer ministro había desviado la conversación hacia el papel de Israel en relación a Irak, y recordó tres veces al secretario de Estado que habían colaborado con la política aliada en la operación Tormenta del Desierto, cuando Tel Aviv y Haifa, y no Nueva York y Little Rock, eran el objetivo de los Scuds. A Scott le divirtió que, durante el último encuentro, Rabin, hubiera dicho «Nueva York y Kennebunkport».

Prosiguió diciendo que tenía motivos para creer que, una vez más, Saddam estaba desarrollando un arma nuclear, y Tel Aviv y Haifa continuaban siendo las primeras candidatas de cualquier proyectil.

—Intente recordar, señor secretario, que ya tuvimos que eliminar sus reactores nucleares en una ocasión, la pasada década —dijo Rabin—. Y si es necesario, lo volveremos a hacer.

Christopher asintió, pero no hizo comentarios.

—Desde que terminó la guerra del Golfo, hace más de dos años que hemos esperado la caída de Saddam Hussein, a manos de su pueblo o, al menos, gracias a alguna influencia externa alentada por ustedes. A medida que transcurren los meses, el pueblo israelí se pregunta cada vez más si la operación Tormenta del Desierto representó una victoria.

Christopher no interrumpió la perorata del primer ministro israelí.

—El gobierno israelí considera que ya ha esperado bastante a que otros terminen el trabajo. Por lo tanto, hemos preparado un plan para asesinar a Saddam Hussein. —Hizo una pausa para que todo el mundo asimilara las implicaciones de su declaración—. Hemos descubierto por fin una brecha en la seguridad de Saddam, y puede que incluso una forma de ser invitados al interior de su búnker. Aun así, esta operación será mucho más difícil que la captura de Eichmann y el rescate de los rehenes de Entebbe.

El secretario de Estado levantó la vista.

—¿Y desea compartir ese descubrimiento con nosotros? —preguntó en voz baja.

Scott supo cuál sería la respuesta mucho antes de que el primer ministro hablara,

al igual que Christopher, si sus sospechas eran ciertas.

—No, señor —replicó Rabin, y miró la página que tenía delante—. El único propósito de mi anuncio es conseguir que no interfiramos con sus colegas de la CIA, pues informaciones que obran en nuestro poder sugieren que están preparando un plan similar.

Dexter Hutchins descargó su puño sobre la rodilla. Scott se apresuró a escribir una nota de tres palabras y la pasó a Susan. Esta se quitó las gafas, leyó el mensaje y le miró. Scott asintió con firmeza. Susan volvió a inclinarse hacia delante y puso la nota frente al secretario de Estado, quien leyó las palabras de Scott. Aunque esta vez, la reacción fue instantánea.

—Ese plan no existe —dijo Christopher—. Le aseguro, primer ministro, que su información es incorrecta. —Rabin pareció sorprenderse—. Confío en que no pensarán llevar a cabo esa acción sin tener informado al presidente Clinton en todo momento.

Era la primera vez que salía a relucir el nombre del presidente, y Scott admiró la forma en que el secretario de estado había aplicado presión sin insinuar ninguna amenaza.

—Escucho su petición, señor —contestó el primer ministro—, pero debo decirle que si a Saddam se le permite continuar desarrollando su arsenal nuclear, no pienso consentir que mi pueblo se quede sentado a la espera.

Christopher había llegado al compromiso que necesitaba, e incluso ganado un poco de tiempo. Durante los siguientes veinte minutos, el secretario de Estado intentó atraer la conversación hacia un terreno más cordial, pero todos los presentes sabían que, en cuanto los invitados hubieran abandonado la sala, solo se hablaría de un tema.

Cuando la reunión concluyó, el secretario dio instrucciones a su equipo de que esperara en la sala de conferencias, mientras él acompañaba al primer ministro a su limusina. Regresó al cabo de pocos minutos, con una sola pregunta para Scott.

—¿Por qué está tan seguro de que Rabin se estaba echando un farol cuando sugirió que nosotros también estábamos preparando un plan para eliminar a Saddam? Le miré ojos y no reveló nada —dijo Christopher.

—Estoy de acuerdo, señor —admitió Scott—, pero fue la única frase que leyó palabra por palabra en las dos horas de reunión. Creo que ni siquiera la escribió él. Algún consejero preparó la declaración. Y lo más importante es que Rabin se la creyó.

—¿Cree que los israelíes tienen un plan para asesinar a Saddam Hussein?

—Sí, y aún le diré más. Pese a lo que afirma Rabin acerca de contener a su pueblo, sospecho que la idea partió de él. Creo que conoce todos los detalles, incluyendo la fecha y el lugar probables.

—¿Tiene alguna teoría sobre el enfoque?

—No, señor.

Christopher se volvió hacia Susan.

—Quiero que Ed Djerijian y sus expertos en Oriente Próximo se reúnan conmigo en mi despacho dentro de una hora, y debo ver al presidente antes de que parta hacia Houston.

Christopher hizo ademán de marcharse, pero antes de llegar a la puerta se volvió.

—Gracias, Scott. Me alegro de que pudiera venir de Yale. Tengo la impresión de que vamos a verle bastante a menudo durante las próximas semanas.

El secretario de Estado salió de la sala.

—Yo también se lo agradezco —dijo Susan, mientras recogía sus papeles y corría detrás de su jefe.

—Ha sido un placer —contestó Scott—. ¿Quiere cenar conmigo esta noche? En el Jockey Club, a las ocho.

Susan se paró en seco.

—Ha de llevar a cabo sus investigaciones más en profundidad, profesor Bradley. Vivo con el mismo hombre desde hace seis años y...

—... Y me han dicho que no les va muy bien en los últimos tiempos — interrumpió Scott—. En cualquier caso, ha ido a dar una conferencia en Seattle, ¿verdad?

La mujer garrapateó una nota y se la pasó a Dexter Hutchins. Dexter leyó las tres palabras y rio, antes de dársela a Scott: «Es un farol».

Cuando los dos se quedaron a solas, Dexter Hutchins también hizo una pregunta que necesitaba respuesta.

—¿Por qué estás tan seguro de que no planean matar a Saddam?

—No lo estoy —admitió Scott—, pero estoy seguro de que los israelíes carecen de información acerca de nuestras supuestas intenciones al respecto.

Dexter sonrió.

—Gracias por venir desde Connecticut, Scott. Seguiremos en comunicación. Tengo la intuición de que el avión a Washington se va a convertir para ti en una especie de lanzadera durante los próximos meses.

Scott asintió, y experimentó alivio al recordar que el curso iba a terminar y nadie esperaba verle en la universidad durante varias semanas.

Scott cogió un taxi para volver al Ritz Carlton, subió a su habitación y empezó a preparar la bolsa. Había pensado cientos de veces durante el año pasado que los israelíes forjarían un plan para asesinar a Saddam Hussein, pero todos adolecían de imperfecciones a causa de la férrea protección que siempre rodeaba al presidente iraquí. Scott también estaba seguro de que el primer ministro Rabin jamás aprobaría una operación semejante, a menos que existieran posibilidades de que sus hombres regresaran vivos. Israel no necesitaba que una humillación de tal calibre se sumara a sus restantes problemas.

Scott puso el telediario de la noche. El presidente se dirigía a Houston con el fin de iniciar una recogida de fondos destinada al senador Bob Krueger, que defendía el escaño de Lloyd Bentsen en las elecciones especiales de mayo. Su avión había

despegado con retraso de Andrews. No se habían dado explicaciones del retraso; el nuevo presidente se estaba ganando una rápida reputación en cuanto a su capacidad de trabajo según la Hora Oficial de Clinton. El portavoz de la Casa Blanca se limitó a decir que había mantenido una conversación a puerta cerrada con el secretario de Estado. Scott cerró la televisión y consultó su reloj. Pasaban unos minutos de las siete, y su vuelo salía a las diez menos veinte. Tiempo suficiente para comer algo antes de salir hacia el aeropuerto. Solo había tomado bocadillos y un vaso de leche en todo el día, y consideraba que la CIA le debía, como mínimo, una cena decente.

Bajó al Jockey Club y ocupó una mesa apartada. Un congresista vociferante explicaba a una rubia a la que doblaba en edad que el presidente se había reunido con Warren Christopher para «hablar sobre mi enmienda al presupuesto de defensa». La rubia compuso una expresión de apropiada admiración pero no así la chef.

Scott pidió salmón ahumado, solomillo y media botella de Mouton Cadet, antes de reflexionar una vez más sobre lo que había dicho el primer ministro israelí durante la reunión. Llegó a la conclusión de que el astuto político no había dado pistas sobre el lugar y el método que emplearían los israelíes para materializar su amenaza.

A instancias de la chef, accedió a probar el postre especial de la casa, un soufflé de chocolate. Se convenció de que no cenaría así durante bastante tiempo y, en cualquier caso, al día siguiente lo eliminaría en el gimnasio. Después de terminar el último bocado, Scott consultó su reloj: las ocho y tres minutos. Tiempo suficiente para un café antes de ir en taxi al aeropuerto.

Scott decidió no tomar una segunda taza, levantó la mano y escribió en el aire para indicar que le trajeran la cuenta. Cuando la chef regresó, ya tenía su MasterCard preparada.

—Su invitada acaba de llegar —dijo la *chef*, sin demostrar la menor sorpresa.

—¿Mi invitada?

—Hola, Scott. Lamento haberme retrasado, pero el presidente me acosó a preguntas.

Scott se levantó y guardó la MasterCard en el bolsillo, antes de besar la mejilla de Susan.

—Dijiste a las ocho, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí, en efecto —contestó Scott, como si la hubiera estado esperando.

La chef reapareció con dos gigantescas cartas y las ofreció a sus clientes.

—Les recomiendo el salmón ahumado y el solomillo —dijo, sin sonreír ni un momento.

—No, eso es demasiado para mí —dijo Susan—, pero pide lo que quieras, Scott.

—No, el presidente Clinton no es el único que hace régimen —contestó Scott—. El consomé y la ensalada de la casa serán suficientes.

Scott observó a Susan mientras esta estudiaba la carta con las gafas apoyadas sobre la punta de la nariz. Había cambiado el traje azul oscuro por un vestido rosa largo hasta la pantorrilla, que subrayaba aún más su esbelta figura. El pelo rubio le

caía suelto sobre los hombros y, por primera vez desde que la conocía, se había pintado los labios. Levantó la vista y sonrió.

—Tomaré pastel de cangrejo —dijo a la *chef*.

—¿Qué dijo el presidente? —preguntó Scott, como si aún se encontraran en el departamento de Estado.

—Poca cosa. —Susan bajó la voz—. Pero si asesinan a Saddam, sospecha que se convertirá en el objetivo número uno de los iraquíes.

—Una reacción muy humana —comentó Scott.

—No hablemos de política, sino de cosas más interesantes. ¿Por qué crees que subestiman a Ciseri y sobre todo a Bellini?

Scott se dio cuenta de que Susan también debía haber leído su expediente de cabo a rabo.

—Ah, por eso has venido. Eres una fanática del arte.

Durante la hora siguiente hablaron de Bellini, Ciseri, Caravaggio, Florencia y Venecia, lo cual les mantuvo muy ocupados hasta que la *chef* reapareció a su lado.

Recomendó el soufflé de chocolate y pareció sufrir una decepción cuando ambos rechazaron la sugerencia.

Después del café, Scott habló a su invitada sobre la vida en Yale, y Susan admitió que a veces lamentaba haber rechazado una oferta para dar clases en Stanford.

—Una de las cinco universidades que has honrado con tu erudición.

—Pero jamás Yale, profesor Bradley —replicó ella, antes de doblar la servilleta.

Scott sonrió.

—Gracias por una velada maravillosa —añadió Susan, cuando la *chef* regresó con la cuenta.

Scott se apresuró a firmar, confiando en que Susan no viera el importe y el departamento de contabilidad de la CIA no investigara por qué era una cuenta de tres personas.

Cuando Susan fue al lavabo, Scott consultó su reloj. Las diez y veinticinco. El último avión había despegado casi una hora antes. Se encaminó a recepción y preguntó si podía alojarse otra noche. La recepcionista pulsó unas cuantas teclas del ordenador y examinó el resultado.

—Sí, no hay problema, profesor Bradley. ¿Desayuno continental y el *Washington Post*, como de costumbre?

—Gracias —dijo, mientras Susan reaparecía a su lado. Ella le cogió del brazo y caminaron hacia los taxis aparcados en el camino particular pavimentado con guijarros. El portero abrió la puerta posterior del primer taxi y Scott volvió a besar a Susan en la mejilla.

—Hasta pronto, espero.

—Eso dependerá del secretario de Estado —sonrió Susan, mientras entraba en el taxi. El portero cerró la puerta tras ella y Scott agitó la mano, mientras el coche se alejaba por la avenida de Massachusetts.

Scott aspiró el aire de Washington y pensó que, después de cenar dos veces, una vuelta a la manzana no le haría ningún daño. Su mente oscilaba constantemente entre Saddam y Susan, a ninguno de los cuales acababa de tomar la medida.

Entró de nuevo en el Ritz Carlton veinte minutos después, pero antes de subir a su habitación volvió al restaurante y entregó a la *chef* un billete de veinte dólares.

—Gracias, señor —dijo la mujer—. Espero que las dos cenas le hayan gustado.

—Si alguna vez necesita un trabajo de día, conozco un local en Virginia que utilizaría a conciencia sus particulares talentos.

La *chef* hizo una reverencia. Scott salió del restaurante, subió en el ascensor a la quinta planta y caminó por el pasillo hacia la habitación 505.

Cuando sacó la llave de la cerradura y abrió la puerta, se quedó sorprendido al comprobar que había dejado encendida una luz. Se quitó la chaqueta y entró en el dormitorio. Se detuvo y contempló el espectáculo desplegado ante él. Susan estaba sentada en la cama, con un salto de cama transparente y leía las notas que Scott había tomado durante la reunión de la tarde, con las gafas apoyadas sobre la punta de la nariz. Levantó la vista y dedicó a Scott una sonrisa desarmante.

—El secretario de Estado dijo que debía investigar lo máximo posible sobre ti antes de nuestro próximo encuentro.

—¿Y cuándo será nuestro próximo encuentro?

—Mañana por la mañana, a las nueve en punto.

Button Gwinnett estaba resultando un problema. La caligrafía era muy fina y pequeña, y la «G» se inclinaba hacia delante. Pasaron varias horas antes de que Dólar Bill lograra transferir la firma a los otros pergaminos. Durante los días siguientes utilizó cincuenta y seis tonos de tinta diferentes y sutiles cambios de presión sobre la docena de puntas que probó, antes de sentirse satisfecho con Lewis Morris, Abraham Clark, Richard Stockton y Caesar Rodney, pero estaba convencido de que su obra maestra era, sin la menor duda, John Hancock. En tamaño, precisión, tono y presión.

El irlandés completó dos copias de la Declaración de Independencia cuarenta y ocho días después de haber aceptado la invitación de Angelo Santini en un bar de San Francisco.

—Hay una copia perfecta —informó a Angelo—, pero las demás tienen un pequeño fallo.

Angelo contempló asombrado los dos documentos, incapaz de pensar en las palabras que podían expresar su admiración.

—Cuando le pidieron a William J. Stone que hiciera una copia, allá por 1820, tardó casi tres años —dijo Dólar Bill—. Lo más importante es que tenía la bendición del Congreso.

—¿Va a decirme la única diferencia entre la copia final que ha elegido y el original?

—No, pero le diré que William J. Stone me condujo en la dirección correcta.

—¿Qué pasa ahora?

—Paciencia —dijo el artesano—, porque nuestro pequeño soufflé necesita tiempo para subir.

Angelo contempló a Dólar Bill mientras este trasladaba con todo cuidado los dos pergaminos a la mesa situada en el centro de la habitación, donde había colocado una lámpara Xenón hidrorrefrigerada.

—Proporciona una iluminación similar a la de la luz del día, pero de mucha más intensidad —explicó. Tocó el interruptor y la habitación se iluminó como un estudio de televisión—. Si he calculado bien, esto logrará producir en treinta horas el efecto que la naturaleza tardó más de doscientos años en obrar sobre el original. —Sonrió—. Tiempo suficiente para emborracharse.

—Aún no. —Angelo vaciló—. El señor Cavalli tiene otra petición.

—¿Y cuál es? —preguntó Dólar Bill, con su cálido acento irlandés.

Escuchó con interés la solicitud de Cavalli.

—Creo que, dadas las circunstancias, he de cobrar el doble. —Fue la única reacción del falsificador.

—El señor Cavalli ha accedido a pagarle otros diez mil.

Dólar Bill contempló las dos copias, se encogió de hombros y asintió.

Treinta y seis horas después, el presidente y el director ejecutivo de «Técnicas» subieron a un tren con destino Washington.

Debían hacer dos comprobaciones antes de volver en avión a Nueva York. Si el resultado era positivo, concertarían una cita con el equipo ejecutivo que llevaría a la práctica el acuerdo.

Si, por el contrario, no quedaban convencidos, Cavalli volvería a Wall Street y haría dos llamadas telefónicas. Una al señor al-Obaydi, para explicarle por qué era imposible complacerle, y la segunda a su contacto del Líbano, para comunicarle que no podían tratar con un hombre que había exigido el ingreso del diez por ciento del dinero en una cuenta bancaria suiza a su nombre. Cavalli proporcionaría incluso el número de la cuenta que habían abierto a nombre de al-Obaydi en Ginebra, y así la culpa del fracaso recaería sobre el secretario de la embajada de Irak.

Cuando los dos hombres salieron a la terminal, un coche les aguardaba para conducirles a Washington. Cruzaron el puente de la calle 14 y continuaron hacia la avenida de la Constitución, donde bajaron frente a la Galería Nacional, un edificio que ninguno de los dos había visitado jamás.

Una vez en el Ala Este, se sentaron en un pequeño banco apoyado contra la pared, justo debajo del móvil de Calder, y esperaron.

Lo primero que atrajo su atención fueron los aplausos. Cuando levantaron la vista para averiguar la causa de la conmoción, vieron que un grupo de turistas se apartaba con gran rapidez, intentando abrir paso.

Al verle por primera vez, los Cavalli se levantaron como autómatas. Un grupo de guardaespaldas, a dos de los cuales reconoció Antonio, precedían al hombre por el pasillo humano, mientras estrechaba todas las manos que podía.

El presidente y el director ejecutivo avanzaron unos pasos para ver mejor lo que ocurría. Era notable: la amplia sonrisa, el paso y la forma de caminar, incluso los mismos movimientos de cabeza. Cuando se paró frente a ellos y se inclinó para hablar un momento con un niño, se lo habrían creído de no conocer la verdad.

El hombre salió del edificio y los guardaespaldas le guiaron hasta la tercera limusina de una fila de seis. Desapareció al cabo de pocos instantes, y el sonido de las sirenas murió en la distancia.

—Este experimento de dos minutos nos ha costado cien mil dólares —comentó Tony, mientras volvían hacia la entrada.

Cuando empujaron las puertas giratorias, un niño pasó corriendo a su lado, gritando a pleno pulmón:

—¡Acabo de ver al presidente! ¡Acabo de ver al presidente!

—Se ha ganado hasta el último centavo —dijo el padre de Tony—. Ahora, solo nos hace falta saber si Dólar Bill estará a la altura de su reputación.

Cuando aún faltaban cuatro meses para finalizar el curso, Hannah recibió una llamada urgente para que acudiera a reunión en la embajada. Temió lo peor.

En los exámenes que se celebraban cada dos viernes, Hannah había obtenido mejores puntuaciones que los otros agentes novatos que continuaban en Londres. Se llevaría una cruel decepción si la declararan no apta en esta fase final.

La inesperada cita con el consejero de Asuntos Culturales, un título eufemístico del coronel Kratz, el principal hombre del Mossad en Londres, era a las seis de aquella tarde.

En su clase matutina, Hannah no logró concentrarse en las obras del profeta Mahoma, y por la tarde aún lo pasó peor con la Ocupación y el Mandato Británicos, 1917-1932. Se alegró de escapar a las cinco sin que le dieran trabajo extra.

Durante los dos últimos meses, la embajada israelí había sido territorio prohibido para todos los agentes principales, a menos que se les invitara de manera específica. Si les llamaban, ya sabían que era para recoger el billete de vuelta a casa: ya no les servían de nada. «Adiós» y, con suerte, «gracias». Dos de los novatos ya habían pasado por esa prueba dura el pasado mes.

Hannah solo había visto una vez la embajada, cuando pasó por delante en coche el primer día de su regreso a la capital. Ni siquiera estaba segura de su exacta ubicación. Después de consultar una guía de Londres, descubrió que estaba en Palace Green, Kensington, algo separada de la calle.

Hannah salió de la estación de metro South Kensington pocos minutos antes de las seis. Entró por la amplia acera en Palace Green, siguió hasta la embajada filipina y volvió hacia la misión israelí justo antes de la hora señalada. Sonrió al policía cuando subió los peldaños que conducían a la puerta principal.

Hannah anunció su nombre a la recepcionista, y explicó que tenía una cita con el consejero de Asuntos Culturales.

—Primer piso. Cuando llegue a lo alto de la escalera, verá una puerta verde justo enfrente de usted.

Hannah subió poco a poco por la amplia escalera y trató de serenar su mente. Experimentó una oleada de temor cuando llamó a la puerta, que se abrió de inmediato.

—Es un placer conocerla, Hannah —dijo un joven al que nunca había visto—. Me llamo Kratz. Lamento haberla llamado sin previo aviso, pero tenemos un problema. Siéntese, por favor.

Señaló una cómoda butaca que había al otro lado del enorme escritorio. El hombre iba al grano, fue la primera conclusión de Hannah.

Se sentó muy erguida en la butaca y contempló al hombre, que parecía demasiado joven para ser consejero de Asuntos Culturales. Entonces, recordó el verdadero

motivo de que hubieran destinado a Kratz a Londres. El rostro de Kratz era sencillo y cordial, y de no haber sido por la calva prematura, se le habría podido considerar apuesto.

Apoyó sus enormes manos sobre el escritorio y miró a Hannah. No le quitó los ojos de encima ni un momento, y Hannah empezó a ponerse nerviosa.

Hannah cerró el puño. Si la iban a enviar a casa, defendería su caso, que ya había preparado y ensayado.

El consejero vaciló, como si estuviera decidiendo la mejor forma de expresar lo que quería decir. Hannah deseó que se lanzara de una vez. Era peor que esperar el resultado de un examen que ya se sabía suspendido.

—¿Está bien instalada en casa de los Rubin? —preguntó Kratz.

—Muy bien, gracias.

Hannah no dio detalles. Estaba decidida a conducirlo hacia el auténtico propósito de la entrevista.

—¿Cómo va el cursillo?

Hannah asintió y se encogió de hombros.

—¿Tiene ganas de volver a Israel?

—Solo si me espera un trabajo que valga la pena —replicó Hannah, molesta por haber bajado la guardia. Ojalá que Kratz apartara la vista un momento.

—Bien, es posible que no vuelva a Israel.

Hannah cambió de postura en la butaca.

—Al menos, no de forma inmediata. Quizá debería explicarme. Aunque todavía faltan cuatro meses para que termine el cursillo. —Abrió una carpeta que tenía delante—, su preceptor nos ha comunicado que, muy probablemente, superará a los otros cinco agentes en los exámenes finales, como sin duda ya sabrá.

Era la primera vez que la llamaban agente.

—Ya hemos decidido que formará parte del equipo definitivo —continuó Kratz, como anticipando su pregunta—, pero, como suele suceder en nuestra profesión, ha aparecido una oportunidad que, en nuestra opinión, es ideal para usted.

Hannah se inclinó hacia delante.

—Pensaba que me preparaban para ir a Bagdad.

—Así es, y a su debido tiempo irá a Bagdad, pero ahora queremos introducirla en un territorio enemigo diferente. Es la mejor forma de averiguar cómo se comporta bajo presión.

—¿Qué lugar han pensado? —preguntó Hannah, incapaz de disimular su satisfacción.

—París.

—¿París? —repitió Hannah, sin dar crédito a sus oídos.

—Sí. Nos han informado de que el jefe de la delegación comercial iraquí ha solicitado a su gobierno una segunda secretaria. La joven ha sido seleccionada y partirá de Bagdad en dirección a París dentro de diez días. Si desea ocupar su lugar, la

pobre nunca llegará al aeropuerto Charles de Gaulle.

—Pero enseguida sabrán que no soy la persona escogida.

—Es muy poco probable. —Kratz extrajo una carpeta más gruesa de un cajón del escritorio y pasó unas páginas—. La chica en cuestión fue educada en el colegio Putney, y luego fue a la universidad de Durham para estudiar inglés, siempre becada por el gobierno iraquí. Quería quedarse en Inglaterra, pero la obligaron a regresar a Bagdad cuando se rescindieron los visados para estudiantes, hace algo más de dos años.

—Pero su familia...

—Su padre murió en la guerra contra Irán y su madre se ha ido a vivir con su hermana, en las afueras de Karbala.

—¿Hermanos y hermanas?

—Un hermano en la Guardia Republicana, ninguna hermana. Todo está en el expediente. Le concederemos unos días para estudiar los antecedentes antes de que tome la decisión. Tel Aviv está convencido de que existen buenas posibilidades de que usted ocupe su lugar. Su detallado conocimiento de París constituye una gran ayuda. Como máximo, pasará allí entre tres y seis meses.

—¿Y luego?

—Volverá a Israel para ultimar los preparativos de Bagdad. Por cierto, si decide aceptar esta misión, nuestro principal propósito no es utilizarla como espía. Ya tenemos varios agentes en París. Solo queremos que asimile todo cuanto la rodee y se acostumbre a vivir con los árabes y a pensar como ellos. No debe guardar informes, ni siquiera notas. Apréndalo todo de memoria. Ya informará cuando acabe su trabajo. No olvide que su misión definitiva es mucho más importante para el estado de Israel que esta. —Sonrió por primera vez—. Quizá quiera reflexionar unos días.

—No, gracias. —Esta vez era Kratz quien parecía ansioso—. Me encanta el trabajo, pero tengo un problema.

—¿Cuál es?

—No sé escribir a máquina, y mucho menos en árabe.

El joven rio.

—Habrà que darle un curso acelerado. Vuelva a casa de los Rubin al instante y trasládese a la embajada mañana por la noche. No le pedirán explicaciones, y usted no dará ninguna. Entretanto, estudie esto. —Le pasó una carpeta de papel manila con el nombre «Karima Saib» escrito con mayúsculas en la parte superior de la carpeta—. Dentro de diez días, ha de saberse de memoria el contenido. Los datos que retenga tal vez le salven la vida.

Kratz se levantó y rodeó el escritorio para acompañar a Hannah hasta la puerta.

—Una cosa más —dijo, mientras abría la puerta—. Creo que esto es suyo.

El consejero de Asuntos Culturales tendió a Hannah una pequeña y maltratada maleta.

Mientras volvían en coche a Georgetown, Cavalli explicó; a su padre que, a cien metros de distancia de la galería, las sirenas habían enmudecido y las limusinas desviado una tras otra por los seis cruces siguientes, hasta perderse en el tráfico normal de la mañana.

—¿Y el actor?

—Sin la peluca y con gafas oscuras, nadie se fijaría en Lloyd Adams. Esta tarde regresará a Nueva York en el Metroliner.

—Muy listo.

—En cuanto hayan cambiado las matrículas, las seis limusinas volverán a la ciudad dentro de un par de días, con sus matrículas auténticas de Nueva York.

—Has llevado a cabo un trabajo muy profesional —dijo su padre.

—Sí, pero eso solo ha sido el ensayo de una única escena. Lo que planeamos para dentro de cuatro semanas es una ópera en tres actos, con todo Washington como público invitado.

—Intenta no olvidar que nos pagan cien millones de dólares por nuestros desvelos —le recordó el anciano.

—Si triunfamos, habrá valido la pena.

El coche pasó frente al hotel Cuatro Estaciones. El chófer giró a la izquierda por una calle lateral y se detuvo ante una pintoresca casa de madera antigua. Angelo esperaba junto a una pequeña puerta de hierro, en lo alto de un breve tramo de peldaños de piedra. El presidente y el director ejecutivo salieron del coche y siguieron a Angelo escaleras abajo a buen paso, sin hablar.

La puerta del fondo ya estaba abierta. En cuanto entraron, Angelo les presentó a Bill O'Reilly. Bill les condujo por el pasillo hasta su habitación. Cuando llegó a la puerta cerrada, giró la llave como si fueran a penetrar en la cueva de Aladino. Abrió la puerta y se detuvo un momento antes de encender las luces. Después, guio al grupo hacia el centro de la habitación, donde los dos manuscritos aguardaban su inspección. Explicó a sus visitantes que solo uno era la copia perfecta del original.

Bill pasó a los dos hombres una lupa, y dio un paso atrás para esperar su dictamen. Tony y su padre no sabían muy bien por dónde empezar, y se pusieron a estudiar ambos documentos durante varios minutos sin pronunciar ni una palabra. Tony se demoró en el primer párrafo: «Cuando en el curso de los acontecimientos humanos...», mientras su padre se quedaba fascinado por las firmas de Francis Lightfoot Lee y Carter Braxton, cuyos colegas de Virginia les habían dejado muy poco espacio al pie del pergamino para añadir sus nombres.

Al cabo de un rato, el padre de Tony se irguió en toda su estatura, se volvió hacia el menudo irlandés y le devolvió la lupa.

—Maestro, solo puedo decirle que William J. Stone se habría sentido orgulloso de conocerle.

Dólar Bill hizo una reverencia, en reconocimiento del cumplido.

—¿Cuál es la copia perfecta y cuál la que contiene un error? —preguntó Cavalli.

—Ah —dijo el falsificador—. También fue William J. Stone quien me encaminó en la dirección correcta para solucionar ese pequeño problema.

Los Cavalli esperaron con paciencia a que Dólar Bill continuara su explicación.

—Cuando Timothy Matlock transcribió el original en 1776, cometió tres equivocaciones. Pudo corregir dos mediante simples insertos. —Dólar Bill señaló la palabra «representante» en que faltaban la «e» y la «n», y luego la palabra «solo», que había sido omitida unas líneas más abajo. Ambas correcciones habían sido insertadas con una señal en forma de llave—. Pero —continuó Dólar Bill— el señor Matlock también cometió un error que no corrigió. En una de las copias, verán yo sí lo he hecho.

Hannah aterrizó en el aeropuerto de Beirut la noche antes de volar a París. Nadie del Mossad acompañaba a la nueva agente para evitar el peligro de comprometerla. Cualquier israelí descubierto en el Líbano es detenido al instante.

Hannah tardó una hora en pasar la aduana, pero por fin salió, provista de un pasaporte británico, la bolsa de mano y algunas libras libanesas. Veinte minutos después se inscribió en el Hilton del aeropuerto. Explicó a la recepcionista que solo se hospedaría una noche y pagó la cuenta por adelantado con las libras libanesas. Subió directamente a su habitación de la novena planta y no volvió a salir.

Recibió una sola llamada telefónica, a las siete y veinte. A la pregunta de Kratz se limitó a contestar «Sí», y la comunicación se cortó.

Se acostó a las once menos veinte, pero no pudo dormir más de una hora cada vez. Encendía de vez en cuando la televisión para ver *spaghetti westerns* doblados al árabe. En el ínterin, daba alguna cabezada. Se levantó a las siete menos diez de la mañana, comió una pastilla de chocolate que encontró en la pequeña nevera, se cepilló los dientes y tomó una ducha fría.

Se vistió con ropas que sacó de la bolsa de mano, de un tipo que favorecían a Karima, según su expediente, y se sentó en la esquina de la cama para mirarse en el espejo. No le gustó lo que vio. Kratz había insistido en que se cortara el pelo para parecerse a la borrosa fotografía de la señorita Saib que tenían en su posesión. También esperaban que llevara gafas con montura de acero, aunque no fueran graduadas. Había utilizado las gafas durante toda la semana anterior, pero no se había acostumbrado a ellas. A menudo, olvidaba ponérselas o, peor aún, las extraviaba.

A las ocho y diecinueve minutos recibió una segunda llamada telefónica para informarla de que el avión había despegado de Ammán, con el «cargamento» a bordo.

Cuando Hannah oyó unos momentos después a las mujeres de la limpieza, que charlaban en el pasillo, abrió la puerta y se apresuró a colocar el cartel de «No molestar. —Esperó impaciente en la habitación la llamada que diría—: Su equipaje se ha extraviado», lo cual significaba que debía regresar a Londres porque no habían logrado secuestrar a la muchacha, o bien: «Han recuperado su equipaje», que indicaba éxito. En el caso de este segundo mensaje, debía abandonar la habitación de inmediato, coger el minibús del hotel al aeropuerto y dirigirse a la librería de la planta baja, donde debería mirar libros hasta que alguien se pusiera en contacto con ella.

Un correo se acercaría a Hannah y dejaría un pequeño paquete, que contendría el pasaporte de Saib con la foto cambiada, el billete a nombre de Saib y cualquier resguardo de equipaje o efectos personales que llevara encima.

Luego, Hannah subiría al avión de París lo más rápido posible, con la bolsa de mano que había traído de Londres. En cuanto aterrizara en el Charles de Gaulle,

recogerla el equipaje de Saib y se dirigiría al aparcamiento de los VIP, donde sería recibida por el chófer del embajador iraquí, quien la conduciría a la embajada de Jordania, sede de la delegación comercial iraquí, pues la embajada iraquí en París estaba oficialmente cerrada. Desde aquel momento, Hannah no contaría con nadie más, y debería obedecer las instrucciones del personal de la embajada, sin olvidar en concreto que, al contrario que las mujeres judías, las mujeres árabes estaban sometidas a los hombres. Nunca debía ponerse en contacto con la embajada israelí o tratar de averiguar quiénes eran los agentes del Mossad en París. En caso necesario, uno de dichos agentes se pondría en contacto con ella.

—¿Qué hago con las ropas, si las de Saib no me van bien? —había preguntado a Kratz—. Sabemos que es más alta que yo.

—Deberá llevar en la bolsa de mano lo suficiente para los primeros días, y luego comprar lo que necesite para una estancia de seis meses. Se han destinado dos mil francos a este propósito.

—Debe de hacer tiempo que no va de compras por París. Con eso solo me alcanzará para unos tejanos y un par de camisetas. Kratz le había dado de muy mala gana otros cinco mil francos.

El teléfono sonó a las nueve y veintisiete.

Cuando Tony Cavalli y su padre entraron en la sala de juntas, ocuparon las sillas que quedaban en ambos extremos de la mesa, como el presidente y el director ejecutivo de cualquier empresa distinguida. Para tales reuniones, Cavalli siempre utilizaba la sala chapada en roble que se encontraba en el sótano de la casa de su padre, en la calle 75, pero ninguno de los presentes creía que se fuera a celebrar una reunión de junta normal. Sabían que no habría orden del día ni actas.

Frente a cada una de las seis plazas donde se sentaban los miembros de la junta había un cuaderno de notas, lápiz y un vaso de agua, como en cualquiera de las miles de reuniones que se estarían celebrando en Estados Unidos en aquel momento. En esta reunión, sin embargo, también había dos sobres largos, uno delgado y otro abultado, sin que ninguno proporcionara la menor pista sobre su contenido.

Los ojos de Tony escudriñaron a los seis hombres sentados alrededor de la mesa. Todos tenían dos cosas en común: habían llegado a la cumbre de su profesión y deseaban quebrantar la ley. Dos de ellos habían cumplido condenas de cárcel, si bien algunos años antes, mientras otros tres habrían seguido la misma suerte de no poder permitirse los mejores abogados disponibles. De hecho, el sexto era abogado.

—Caballeros —empezó Cavalli—, les he invitado a reunirse conmigo esta noche para hablar sobre una proposición comercial que podría describirse como poco común. —Hizo una pausa antes de continuar—. Una parte interesada nos pidió que robemos la Declaración de Independencia de los Archivos Nacionales.

Tony hizo otra pausa cuando un rugido unánime se desató y los invitados

compitieron en ingeniosidades.

—Enróllela y llévesela.

—Supongo que podríamos sobornar a toda la plantilla.

—Peguemos fuego a la Casa Blanca. Eso provocará una pequeña distracción.

—Escriba y dígales que la ganó en un concurso de televisión.

Tony esperó a que sus colegas agotaran las gracias antes de proseguir.

—Esa fue mi reacción exacta la primera vez que me abordaron —admitió—, pero tras varias semanas de investigación y preparativos, espero que me concedan la oportunidad de explicar el caso.

Los presentes volvieron al orden y se concentraron en cada palabra de Tony, si bien «escepticismo» habría descrito a la perfección la expresión de sus rostros.

—Durante las últimas semanas, mi padre y yo hemos estado trabajando en un plan provisional para robar la Declaración de Independencia. Ya estamos preparados para compartir nuestros descubrimientos con ustedes, pues debo admitir que hemos llegado a un punto en que resulta imposible avanzar más en el proyecto sin las capacidades profesionales de todos ustedes. Permítanme confirmarles, caballeros, que su elección no ha sido producto del azar.

»Pero primero, me gustaría que vieran con sus propios ojos la Declaración de Independencia.

Tony apretó un botón oculto bajo la mesa y las puertas situadas a su espalda se abrieron. El mayordomo entró en la sala con un pergamino encerrado entre dos hojas de cristal. Colocó el marco en el centro de la mesa. Los seis escépticos se inclinaron hacia delante para estudiar la obra maestra. Pasaron varios segundos antes de que alguien opinara.

—Yo diría que esto es obra de Bill O'Reilly —dijo Frank Piemonte, el abogado, mientras se inclinaba para admirar el perfecto detalle de las firmas al pie del texto—. Una vez, me ofreció pagarme en billetes falsos, y habría aceptado si hubiera conseguido sacarle libre.

Tony asintió.

—Bien —dijo, después de dejarles un rato más de examen—, permítanme que corrija mi anterior declaración. Nuestra intención no es tanto robar la Declaración de Independencia como sustituir el original por esta copia.

Una sonrisa se dibujó en los labios de dos exescépticos.

—Se habrán dado cuenta ahora —siguió Tony— de la cantidad de preparativos llevados a cabo hasta el momento, así como de los gastos que mi padre y yo hemos sufragado. La razón de haber continuado es nuestra creencia de que, si triunfamos, la recompensa supera en mucho el peligro de ser detenidos. Si abren los sobres que tienen frente a ustedes, creo que el contenido será más elocuente que mis palabras. Dentro de cada sobre encontrarán una hoja de papel en la que está escrita la cantidad de dinero que recibirán si deciden convertirse en miembros del equipo ejecutivo.

Mientras los seis hombres abrían el más delgado de los sobres, Tony continuó.

—Si consideran, después de conocer la cantidad, que la recompensa no merece el riesgo, es hora de que se marchen. Espero que aquellos de nosotros que nos quedemos confiemos en su discreción, porque, como sabrán muy bien, nuestras vidas están en sus manos.

—Y las suyas en las nuestras —dijo el presidente, que abría la boca por primera vez.

Nerviosas carcajadas recorrieron la mesa cuando los seis hombres contemplaron el cheque sin firmar que tenían delante.

—Esa cifra —explicó Tony— es el pago que recibirán en caso de fracaso. Si triunfamos, la cifra se triplicará.

—Al igual que la sentencia de prisión —comentó Bruno Morelli.

—En suma, caballeros —dijo Cavalli, sin hacer caso del comentario—, si deciden unirse al equipo ejecutivo, recibirán el diez por ciento de ese pago en cuanto termine la reunión, y la suma restante a los siete días de terminar el trabajo. Será ingresada en cualquier banco de cualquier país que elijan.

»Antes de que tomen su decisión, quiero que vean algo más.

Tony volvió a apretar el botón, pero en esta ocasión se abrieron las puertas del fondo. Lo que vieron provocó que dos de los invitados se pusieran de pie al instante, otro lanzara una exclamación ahogada, y los tres restantes no dieran crédito a sus ojos.

—Caballeros, me alegro de que hayan podido reunirse conmigo. Quería anunciarles mi total adhesión a este proyecto, y espero que se sientan con fuerzas para formar parte del equipo ejecutivo. Ahora, debo dejarles, caballeros —dijo el hombre que se erguía junto al presidente, con el acento de los Ozark^[2] que tan familiar se había hecho para el pueblo norteamericano durante los últimos meses—, para que puedan estudiar con más detalle la proposición del señor Cavalli. Pueden estar seguros de que haré cuanto esté en mi mano para impulsar los cambios que este país necesita. Sin embargo, en este momento me esperan asuntos más urgentes. Sé que sabrán comprenderme.

El actor sonrió, estrechó enérgicamente las manos de todos los presentes y salió de la sala de juntas.

Aplausos espontáneos estallaron cuando la puerta se cerró detrás de él. Tony se permitió una sonrisa de satisfacción.

Caballeros, mi padre y yo les dejaremos unos minutos, a solas para que mediten su decisión.

El presidente y el director ejecutivo se levantaron sin decir nada más y abandonaron la sala.

—¿Qué opinas? —preguntó Tony, mientras servía a su padre un *whisky* con agua.

—Más agua. Tengo la sensación de que la noche puede ser larga.

—¿Pero se lo han tragado?

—No estoy seguro —contestó el viejo—. Miraba sus caras mientras tú te

encargabas de la presentación, y te aseguro que no pusieron en duda el trabajo que habías llevado a cabo. Todos estaban impresionados por el pergamino y la actuación de Lloyd Adams, pero, aparte de Bruno y Frank, no soltaron prenda.

—Empecemos con Frank.

—Una de cal y una de arena, como siempre dice Frank, pero le gusta el dinero demasiado para rechazar una oferta tan succulenta como esta.

—¿Tanto confías?

—No es solo por el dinero —replicó su padre—. Frank no tendrá que estar presente el día de autos, ¿verdad? Así que se llevará su parte, pase lo que pase. Nunca he conocido a un abogado que pudiera llegar a ser un buen oficial. Están demasiado acostumbrados a cobrar, tanto si ganan como si pierden.

—Si estás en lo cierto, Al Calabrese puede convertirse en un problema. Es el que tiene más que perder.

—Nuestro líder sindicalista tendrá que pasarse casi todo el día en el centro del escenario, desde luego, pero sospecho que no será capaz de resistir el desafío.

—¿Y Bruno? Si... —empezó el director ejecutivo, pero se interrumpió cuando las puertas se abrieron—. Estábamos hablando de ti, Al.

—Mal, supongo.

—Bueno, eso depende de...

—¿De si participo?

—O de si te niegas —dijo el presidente.

—Me meteré hasta el cuello, esa es la respuesta —sonrió Al—. De modo que ya podéis ir pensando en un plan a prueba de fallos. —Se volvió hacia Tony—. Porque no quiero pasar el resto de mi vida en los primeros puestos de la lista de hombres más buscados de Estados Unidos.

—¿Y los demás? —preguntó el presidente, mientras Bruno se marchaba sin tan siquiera decir buenas noches.

Hannah agarró con nerviosismo el auricular.

—Al habla recepción, *madame*. Nos estábamos preguntando si se marchará antes de mediodía o si necesitará la habitación otra noche.

—No, gracias. A las doce ya me habré marchado.

Dos minutos después, el teléfono sonó de nuevo. Era el coronel Kratz.

—¿Con quién estaba hablando hace un momento?

—Recepción me preguntó cuándo iba a marcharme.

—Entiendo. Han recuperado su equipaje.

Hannah colgó el teléfono y se levantó. Sintió que la adrenalina recorría su cuerpo mientras se preparaba para la primera prueba real. Cogió su bolsa de mano y salió de la habitación, cambiando el letrero de la puerta por el «Límpieme, por favor».

En cuanto llegó al vestíbulo, solo tuvo que esperar unos minutos a que el minibus del hotel llegara de su viaje de circunvalación desde el aeropuerto. Se sentó sola en la parte posterior hasta llegar a la zona de salidas, y luego se encaminó directamente a la librería, tal como le habían indicado. Empezó a curiosear los libros de tapas duras, y se asombró de la cantidad de autores norteamericanos e ingleses que leían los libaneses.

—¿Sabe dónde puedo cambiar dinero, señorita?

Hannah se volvió y descubrió a un sonriente sacerdote, que había hablado en árabe con un leve acento de la costa Este norteamericana. Hannah se disculpó y contestó en árabe que no sabía dónde estaba la oficina de cambios, pero tal vez la chica del mostrador podría ayudarle.

Cuando se volvió, Hannah reparó en que había alguien su lado. El hombre sacó un ejemplar de *A Suitable Boy* del estante y lo sustituyó por un voluminoso paquete.

—Buena suerte —susurró, y desapareció antes de que ella pudiera verle la cara.

Hannah cogió el paquete del estante y salió poco a poco de la librería. Empezó a buscar el mostrador del avión a París. Era el de la cola más larga.

Cuando le llegó el turno, pidió una plaza de no fumadores. La chica del mostrador comprobó su billete y tecleó en su ordenador.

—¿No le gustaba el asiento que le habían reservado, señorita Saib?

—No, mejor este —dijo Hannah, y se maldijo por haber cometido un error tan estúpido—. Lamento haberla molestado.

—La salida será por la puerta 17 dentro de quince minutos —añadió la muchacha, y sonrió.

Un hombre que fingía leer la novela de Vikram Seth que acababa de comprar vio despegar el avión. Satisfecho de haber seguido las instrucciones al pie de la letra, se dirigió a la cabina telefónica más próxima y llamó primero a París, y después al coronel Kratz, para confirmar que «el pájaro ha volado».

El hombre ataviado con hábito de sacerdote también vio a la señorita Saib subir al avión, y también hizo una llamada telefónica. No a París ni a Londres, sino a Dexter Hutchins, en Langley (Virginia).

Cavalli y su padre entraron de nuevo en la sala y ocuparon sus lugares respectivos. Una silla estaba vacía.

—Una pena lo de Bruno —comentó el presidente, y se humedeció los labios—. Tendremos que encontrar a otra persona que lleve la espada.

Cavalli abrió una de las seis carpetas que tenía delante, la marcada «Transporte». Pasó una copia a Al Calabrese.

—Empecemos con la caravana presidencial. Voy a necesitar, como mínimo, cuatro limusinas, seis policías motorizados, dos o tres coches para el séquito, dos furgonetas con cámaras de vigilancia y un equipo antiterrorista en un Chevy Suburban negro, todos ellos capaces de engañar al ojo más experto. También quiero una furgoneta de más, que normalmente transportaría a los medios de comunicación de la Casa Blanca: la comitiva fúnebre. No olvide que la caravana de automóviles se verá sometida a un escrutinio mucho más duro que el de la semana pasada, cuando solo tuvimos que encender las sirenas en el último momento, y solo unos segundos. Puede que haya alguien entre la multitud que, o bien trabaje para el gobierno, o bien sea un adicto a la Casa Blanca. Son los niños quienes se fijan en los errores más elementales, y se lo dicen a sus padres.

Al Calabrese abrió su carpeta y encontró docenas de fotografías de la caravana motorizada del presidente, en el momento de abandonar la Casa Blanca camino de la Colina^[3]. Las fotografías iban acompañadas de igual número de páginas con notas.

—¿Cuánto tiempo tardarás en tenerlo todo arreglado? —preguntó Cavalli.

—Tres semanas, tal vez cuatro. Tengo un par de limusinas grandes que darán el pego y otra a prueba de balas, que se alquila a menudo cuando jefes de estado sin importancia visitan la capital. Creo que el último blasón que debimos pintar en la puerta fue el de Uruguay, y el pobre tipo ni siquiera llegó a ver al presidente. Solo consiguió veinticinco minutos con Warren Christopher.

—Vamos a lo más crudo, Al. Necesito seis motoristas, con motos de la policía, y todos uniformados correctamente.

—Eso tardará más —dijo Al tras una pausa.

—No hay tiempo, Al. Un mes es lo máximo.

—No es tan fácil, Tony. No puedo poner un anuncio en el *Washington Post* pidiendo policías...

—Sí puedes, y enseguida comprenderás por qué. La mayoría de los que están sentados alrededor de esta mesa deben preguntarse por qué Johnny Scasiatore, un hombre nominado para el Oscar por su dirección de un abogado íntegro, nos honra con su presencia.

Cavalli se calló que, desde que la policía había descubierto a Johnny en la cama con una chica de doce años, los estudios no le reclamaban con tanta frecuencia como en el pasado.

—Yo también empezaba a preguntármelo —admitió Johnny algo nervioso.

El director ejecutivo sonrió.

—La verdad es que tú eres el motivo de que podamos seguir adelante con el plan. Porque vas a dirigir toda la operación.

—¿Vas a robar la Declaración de Independencia y rodar una película al mismo tiempo? —preguntó Johnny incrédulo.

Cavalli esperó a que las carcajadas enmudecieran.

—No exactamente, pero ese día todos los habitantes de Washington creerán que estás rodando una película, no sobre el robo de la Declaración de Independencia, sino sobre la visita del presidente al Congreso. El hecho de que se detenga en los Archivos Nacionales camino del Capitolio es algo que no necesitarán saber.

—Ya me he perdido —dijo Frank Piemonte, el abogado del equipo—. ¿Puedes hablar un poco más despacio?

—Claro, Frank, porque ahí entras tú. Necesito un permiso de la ciudad para cerrar la ruta entre la Casa Blanca y el Congreso durante una hora de cualquier día que elija en la última semana de mayo. Trata directamente con la oficina de cine y televisión de la ciudad.

—¿Qué razones aduzco?

—Que Johnny Scasiatore, el distinguido director, quiere filmar al presidente de Estados Unidos camino del Senado para dirigirse a una sesión conjunta con el Congreso. —Piemonte no parecía muy convencido—. Clint Eastwood lo consiguió el año pasado, de modo que nada te impide lograrlo.

—En ese caso, será mejor que ingreses doscientos cincuenta mil dólares en la Orden Fraternal de la Policía, sede número 1 —sugirió Piemonte—. Y el alcalde esperará una cantidad similar para los fondos de su reelección.

—Puedes sobornar a cualquier concejal que conozcas —continuó Tony—, y también quiero que todos los miembros de la fuerza policial de la ciudad que están en nómina se movilicen el día de marras. Han de creer que estamos filmando una película sobre el nuevo presidente.

—¿Tienes idea de lo que va a costar el montaje de una operación semejante? —preguntó Johnny Scasiatore.

—A juzgar por el presupuesto de tu última película, y lo que recibimos a cambio de nuestra inversión, yo diría que sí —replicó Tony—. Por cierto, Al —añadió, y desvió su atención hacia el viejo jefe del sindicato de camioneros—, sesenta policías se van a jubilar en abril. Puedes emplear a tantos como necesites. Diles que es una escena de masas y págales el doble.

Al Calabrese añadió una nota a su carpeta.

—Bien, la clave del éxito de la operación —prosiguió Tony— es la media

manzana que separa el cruce de la calle 7 y la avenida de Pennsylvania de la entrada de servicio de los Archivos Nacionales. —Desdobló un gran plano de Washington y lo colocó en el centro de la mesa. Después, siguió con el dedo la avenida de la Constitución—. En cuanto te dejen, Johnny, empezará lo bueno.

—¿Cómo vamos a entrar y salir de los Archivos?

—Ese no es tu problema, Johnny. Tu contribución termina cuando los seis motoristas y la caravana del presidente se internan en la calle 7. A partir de entonces, entra en escena Gino.

Hasta aquel momento, Gino Sartori, exmarine que dirigía la mejor red de protección del West Side, no había hablado. Su abogado siempre le repetía: «No hables hasta que yo te lo diga». Como su abogado no estaba presente, no había abierto la boca.

—Gino, tú me proporcionarás la artillería pesada. Necesito ocho agentes del Servicio Secreto que actúen como equipo antiterrorista, a ser posible entrenados por el gobierno y bien educados. Mi intención es permanecer en el interior del edificio unos veinte minutos, pero hay que meditar bien cada segundo de ese tiempo. Debbie seguirá actuando como secretaria y Angelo irá vestido con uniforme naval, cargado con un maletín negro. Yo seré el ayudante del presidente, y Dólar Bill su médico.

Su padre levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Estarás en los Archivos Nacionales cuando se cambie el documento?

—Sí —replicó Tony con firmeza—. Soy la única persona que conoce todos los detalles del plan, y no quiero ser un mero espectador.

—Una pregunta —dijo Gino—. Si puedo proporcionarte las veinte personas que necesitas, dime una cosa: cuando llegemos a los Archivos Nacionales, ¿van a abrirnos las puertas, invitarnos a entrar y entregarnos la Declaración de Independencia?

—Algo así —contestó Cavalli—. Mi padre me enseñó que el éxito de cualquier empresa siempre depende de los preparativos. Aún os reservo otra sorpresa. —Atrajo de nuevo su atención—. Tenemos nuestro propio asesor especial del presidente en la Casa Blanca. Se llama Rex Butterworth, y el ministerio de Comercio le ha concedido un permiso de seis meses. Se reintegra a su antiguo empleo cuando el candidato nombrado por Clinton haya terminado su contrato en Little Rock y pase a formar parte del equipo del presidente. Otro motivo por el que hemos de actuar en mayo.

—Muy conveniente —dijo Frank.

—No tanto —replicó Cavalli—. Da la casualidad de que el presidente cuenta con cuarenta y seis asesores especiales a la vez, y cuando Clinton dejó claro su interés en el comercio, Butterworth se ofreció para el puesto. En el pasado, nos consiguió varios contratos con el extranjero, pero esto será lo más grande que haya hecho por nosotros. Por motivos obvios, también será su último encargo.

—¿Es de confianza? —preguntó Frank.

—Ha estado en nómina durante quince años, y su tercera esposa le está arruinando.

—Dime una que no lo haga. —Gruñó Al.

—Butterworth desea desesperadamente una buena oportunidad para solucionar sus problemas, y es esta. Lo que me lleva a usted, señor Vicente, como amigo íntimo de mi padre y propietario de una de las más importantes agencias de viajes de Manhattan.

—En el aspecto legal de mis negocios —replicó el anciano que se sentaba a la derecha del presidente, una cortesía de su más antiguo amigo.

—No para lo que tengo en mente —prometió Tony—. En cuanto la Declaración se encuentre en nuestro poder, será preciso ocultarla unos días, para luego enviarla al extranjero.

—Mientras nadie se dé cuenta del cambiazo y se me avise por anticipado del lugar donde hay que entregarla, será fácil.

—Le concedo una semana —dijo Cavalli.

—Prefiero dos —dijo Vicente, y enarcó una ceja.

—No, Nick, solo una semana —repitió el director ejecutivo.

—¿Puedes darme una pista sobre cuánto dista el lugar elegido? —preguntó Vicente, mientras pasaba las páginas de la carpeta que Tony le había entregado.

—Varios miles de kilómetros, y en lo que a usted concierne, es pago contra entrega, porque si no entrega la mercancía, ninguno de nosotros cobra.

—Eso me figuraba, pero aún me hace falta saber cómo se va a transportar. Para empezar, ¿tendré que conservar la Declaración entre las dos hojas de cristal todo el tiempo?

—No lo sé, pero confío en que pueda enrollarla y depositarla en un tubo cilíndrico que he mandado fabricar expresamente.

—¿Eso explica por qué hay varias hojas de papel en blanco en mi carpeta? —preguntó Nick.

—Sí —contestó Tony—, solo que esas hojas no son de papel, sino de pergamino, y cada una tiene el tamaño exacto la Declaración de Independencia.

—Por lo tanto, debo confiar en que todos los agentes de aduanas y guardacostas no la busquen.

—Quiero que dé por sentado que todo el mundo la va buscar —replicó Cavalli—. No le pagan tanto dinero por hacer un trabajo que podría solucionar con una llamada a la Federal Express.

—Pensaba que dirías algo parecido —repuso Nick—. Sin embargo, tuve el mismo problema cuando ordenaste el robo del Vermeer de Russborough, y los aduaneros irlandeses aún no han descubierto cómo saqué el cuadro del país.

Cavalli sonrió.

—Bien, ahora todos sabemos lo que se espera de nosotros, y creo que, en el futuro, deberíamos reunirnos dos veces por semana, como mínimo, los domingos a

las tres de la tarde y los jueves a las seis, para comprobar que ninguno se retrasa. Bastará con que una sola persona se desvíe del plazo para que todos los demás queden paralizados.

Tony levantó la vista y recibió como respuesta asentimientos de acuerdo.

Siempre fascinaba a Cavalli el hecho de que el crimen organizado necesitara ser dirigido con la eficacia de una empresa privada para obtener dividendos.

—Por lo tanto, nos encontraremos de nuevo el próximo jueves a las seis.

Los cinco hombres asintieron y tomaron nota en sus agendas.

—Caballeros, ya pueden abrir el segundo sobre.

Una vez más, los cinco hombres abrieron sus sobres, y cada uno sacó un grueso fajo de billetes de mil dólares. El abogado se puso a contar billete a billete.

—El adelanto —explicó Tony—. Los gastos se abonarán cada fin de semana, y se agradecerá la entrega de facturas, siempre que sea posible. Por cierto, Johnny —Tony se volvió hacia el director—, no estamos financiando *La puerta del cielo*^[4].

Scasiatore forzó una sonrisa.

—Gracias, caballeros —dijo Tony, y se puso en pie—. Les esperamos a todos el próximo jueves, a las seis en punto.

Los cinco hombres se levantaron y caminaron hacia la puerta, pero antes se detuvieron para estrechar la mano del padre de Tony. Este les acompañó a sus coches. Cuando se hubo marchado el último, volvió y descubrió que su padre se había desplazado al estudio, donde se estaba sirviendo un *whisky*, mientras contemplaba la perfecta copia de la Declaración de Independencia que Dólar Bill había intentado destruir.

—Calder Marshall, por favor.

—El Archivero no puede ser interrumpido en este momento. Está reunido. ¿Quién le llama?

—Soy Rex Butterworth, asesor especial del presidente. Tal vez el Archivero tenga la amabilidad de llamarme cuando esté libre. Me encontrará en la Casa Blanca.

Rex Butterworth colgó el teléfono sin esperar a oír lo que solía suceder cuando se descubría que la llamada procedía de la Casa Blanca: «Oh, estoy segura de que puedo interrumpirle, señor Butterworth. ¿Puede esperar un momento?».

Pero eso no era lo que Butterworth quería. No, el asesor especial necesitaba que Calder Marshall le llamara, porque una vez hubiera conectado con la centralita, pasarían la llamada a Rex. Este también era consciente de que, como uno más de los cuarenta y seis asesores especiales del presidente, y en su caso tan solo temporalmente, cabía la posibilidad de que la telefonista ni siquiera conociera su nombre. Una rápida visita a la pequeña habitación que albergaba a las telefonistas de la Casa Blanca había solucionado el problema.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio y contempló con satisfacción la carpeta que tenía delante. Uno de los dos secretarios del presidente le había proporcionado la información que necesitaba. La carpeta revelaba que el Archivero había invitado a los tres últimos presidentes (Bush, Reagan y Carter) a visitar los Archivos Nacionales, pero debido a «compromisos ineludibles» ninguno había encontrado un momento.

Butterworth sabía muy bien que el presidente recibía un promedio de mil setecientas peticiones a la semana para asistir a un acontecimiento u otro. La última carta del señor Marshall, fechada el 22 de enero de 1993, había conseguido la respuesta de que, si bien al presidente no le era posible aceptar su amable invitación en aquel momento, el señor Clinton esperaba gozar de la oportunidad más adelante, la respuesta habitual que recibían mil seiscientos noventa y nueve peticiones semanales.

Pero en esta ocasión, el deseo del señor Marshall estaba a punto de ser complacido. Butterworth continuó tamborileando con los dedos sobre el escritorio, mientras se preguntaba cuánto tardaría Marshall en devolverle la llamada. Menos de dos minutos, opinaba. Dejó que su mente repasara los acontecimientos de la semana pasada.

Cuando Cavalli le había explicado la idea, había lanzado una carcajada más sonora que las de los seis hombres que se habían reunido alrededor de la mesa de la calle 75, pero después de estudiar el pergamino durante más de una hora sin poder identificar el error, y entrevistarse más tarde con Lloyd Adams, empezó a creer, como los demás escépticos, que cambiar la Declaración era posible.

Aquella noche, mientras pensaba en la proposición, también llegó a la conclusión

de que Cavalli no podía dar el siguiente paso sin él y, lo más importante, su papel en el trueque resultaría evidente a los pocos minutos de ser descubierto, con lo cual podía terminar el resto de sus días en Leavenworth. Contra esa posibilidad sopesó el hecho de que contaba cincuenta y siete años, le faltaban tres para jubilarse y su tercera esposa le pedía un divorcio que no podía permitirse. Butterworth ya no soñaba en ascensos. Intentaba reconciliarse con el hecho de que, probablemente, pasaría solo el resto de su vida, subsistiendo a base de una roñosa pensión del gobierno.

Cavalli también estaba al corriente de esas circunstancias, y la oferta de un millón de dólares (cien mil el día que firmara, y los restantes novecientos mil el día que se efectuara el cambio), más un billete de primera clase a cualquier país de la tierra, casi habían convencido a Butterworth de aceptar la propuesta de Cavalli.

Pero fue María quien inclinó la balanza a favor de Cavalli. El año pasado, durante una conferencia de negocios en Brasil, Butterworth había conocido a una chica nativa que contestó a casi todas sus preguntas de día y al resto por la noche. La había llamado a la mañana siguiente de la primera entrevista con Cavalli. María pareció contenta de oírle, y su alegría aumentó cuando se enteró de que Rex dejaría el servicio y, tras haber entrado en posesión de una «herencia razonable», pensaba establecerse en el extranjero.

El asesor especial de presidente se incorporó al equipo al día siguiente.

Había gastado la mayor parte de los cien mil dólares al terminar la semana, después de pagar sus deudas y ponerse al día en lo tocante a la pensión alimenticia de sus dos primeras esposas. Cuando solo le quedaron unos cuantos miles, la única salida consistía en entregarse al plan en cuerpo y alma. No pensó ni un momento en cambiar de opinión, porque sabía que jamás podría devolver el dinero. No había olvidado que el hombre al que había sustituido en la nómina de Cavalli se había negado en una ocasión a devolver una cantidad mucho más pequeña después de hacer ciertas promesas. Una vez fue suficiente: el padre de Cavalli le había enterrado bajo el World Trade Center cuando no logró hacerse con el contrato prometido del edificio. Un final similar no atraía a Butterworth.

A lo largo de los años, Butterworth había servido bien a la familia Cavalli. Se habían concertado citas con políticos en un periquete, alguien a quien se consideraba bien situado en Washington susurró ciertas palabras en los oídos de altos ejecutivos, y se propagó el rumor de que los ingresos de Butterworth equivalían a la elevada opinión que tenía de su propia valía.

Habían transcurrido menos de dos minutos, y sonó el teléfono del escritorio de Butterworth, tal como había previsto, pero dejó que sonara unos segundos más antes de descolgar. Su secretaria temporal anunció que llamaba un tal señor Marshall, y preguntó si quería recibir la llamada.

—Sí, gracias, señorita Daniels.

—¿Señor Butterworth? —preguntó una voz.

—Al habla.

—Soy Calder Marshall y le llamo desde los Archivos Nacionales. Tengo entendido que llamó mientras me encontraba reunido. Lamento la circunstancia.

—Carece de importancia, señor Marshall. Me pregunto si le sería posible pasarse por la Casa Blanca. Me gustaría hablar con usted de un asunto confidencial.

—Por supuesto, señor Butterworth. ¿A qué hora le parece conveniente?

—Estaré muy ocupado todo el resto de la semana —dijo Butterworth, mientras contemplaba las páginas en blanco de su agenda—, pero el presidente se ausentará a principios de la semana próxima, así que podríamos vernos entonces.

Siguió una pausa durante la cual Marshall debió consultar su agenda, en opinión de Butterworth.

—¿Qué le parece el martes, a las diez de la mañana? —preguntó el Archivero.

—Permítame que consulte mi otra agenda —dijo Butterworth, con la vista clavada en la lejanía—. Sí, está bien. Tengo otra cita a las diez y media, pero creo que habrá tiempo de sobra para comentarle todo cuanto deseo. ¿Sería tan amable de acudir por la entrada de la avenida de Pennsylvania, en el edificio de la Antigua Oficina Ejecutiva? Alguien le estará esperando y le acompañará a mi despacho después de pasar los controles de seguridad.

—La entrada de la avenida de Pennsylvania. Por supuesto.

—Gracias, señor Marshall. Nos veremos el martes a las diez de la mañana —dijo Butterworth antes de colgar.

Scott prometió a Dexter Hutchins que estaría presente cuando el hijo de Dexter fuera a Yale para su entrevista de admisión.

—Me ha dado permiso para acompañarle —dijo Dexter—, lo cual me proporcionará la oportunidad de ponerte al día sobre nuestro pequeño problema con los israelíes. Y hasta puede que haya encontrado algo para tentarte.

—Dexter, si piensas que puedo meter a tu hijo en Yale a cambio de un trabajo práctico, debo comunicarte que no tengo la menor influencia en el Comité de Admisiones. —La risa de Dexter resonó en el teléfono—, pero será un placer enseñaros el lugar y darle al chico toda mi ayuda.

Dexter Jr. no podía ser más igual a su padre: metro setenta y cinco, fornido, siempre erguido como un huso y la misma costumbre de llamar «señor» a todo lo que se movía. Cuando, después de una hora de pasear por las instalaciones, dejó a su padre para dirigirse a la entrevista con el director del Comité de Admisiones, el profesor de Derecho Constitucional guio al subdirector de la CIA hacia sus aposentos.

Antes de que la puerta se cerrara, Dexter ya había encendido un puro.

—¿Has sacado algo en limpio del mensaje cifrado que nos envió nuestro agente en Beirut? —preguntó, después de unas cuantas chupadas.

—Tan solo que todo el mundo que trabaja en Inteligencia tiene extraños motivos personales para querer hacerlo. En mi caso, es por culpa de mi padre y una determinación de *boy scout* moralista. En el caso de Hannah Kopec, Saddam Hussein se pule a su familia, y ella ofrece de inmediato sus servicios al Mossad. Con un motivo tan poderoso, no seré yo quien se cruce en su camino.

—Pues eso es exactamente lo que queremos que hagas. Siempre dices que tienes ganas de ponerte a prueba en la práctica. Bien, esta es tu oportunidad.

—¿Te estoy escuchando bien?

—El trimestre de primavera está a punto de terminar, ¿no?

—Sí, pero eso no significa que no tenga muchísimo trabajo.

—Oh, entiendo. Un aficionado dichoso, doce veces al año cuando te conviene, pero en cuanto tienes que ensuciarte las manos...

—No he dicho eso.

—Bueno, pues escúchame bien. Primero, sabemos que Hannah Kopec fue una de las ocho chicas elegidas entre cien para ir a Londres y estudiar árabe durante seis meses, después de un año de entrenamiento físico intensivo en Herzliyah, donde la instruyeron en defensa personal, conocimiento del terreno y trabajo de vigilancia. Los informes sobre ella fueron excelentes. Segundo, una charla con la mujer de su anfitrión en el Sainsbury de Camden Town, esté donde esté, y descubrimos que se largó de repente, pese a que tenía todos los números para regresar a Israel y formar parte del grupo que prepara el asesinato de Saddam. Entonces es cuando la perdemos de vista. Luego, ocurre una de esas casualidades que son fruto de un buen trabajo detectivesco. Uno de nuestros agentes, que trabaja en Heathrow, la ve en la tienda libre de impuestos comprando un perfume barato.

»Después de subir a un avión en dirección al Líbano, el agente telefona a nuestro hombre en Beirut, que la sigue desde el momento en que llega. Debo añadir que no fue tan fácil. La perdemos durante varias horas. Luego, como surgida de la nada, reaparece de nuevo, pero esta vez como Karima Saib, a la que Bagdad considera camino de París como segunda secretaria del embajador. Entretanto, la auténtica señorita Saib es raptada en el aeropuerto de Beirut, y ahora se encuentra retenida en algún lugar al otro lado de la frontera, en las afueras de Tel Aviv.

—¿Adónde quieres ir a parar, Dexter?

—Paciencia, profesor. —Dexter volvió a encender el puro, que no ardía desde hacía varios minutos—. No todos hemos nacido con tu agudeza académica.

—Continúa —sonrió Scott—, porque mi agudeza académica aún no da para tanto.

—La siguiente información es la que te va a gustar. Hannah Kopec no ha sido infiltrada en la delegación comercial iraquí de la embajada jordana en París para espiar.

—Entonces, ¿para qué tantas molestias? En cualquier caso, ¿por qué estás tan seguro?

—Porque el agente del Mossad en París... ¿cómo decirlo?, trabaja un poco para

nosotros, y aún no ha sido informado de su existencia.

Scott frunció el ceño.

—¿Y por qué han metido a la chica en la embajada?

—No lo sabemos, pero nos gustaría averiguarlo. Pensamos que Rabin no dará vía libre para matar a Saddam mientras la Kopec siga en Francia, de modo que necesitamos saber, como mínimo, cuándo regresará a Israel. Y ahí entras tú.

—Pero ya habrá uno de nuestros hombres en París.

—Varios, de hecho, pero el Mossad reconoce a cualquiera de ellos a cien pasos y, sospecho, los iraquíes a diez. Bien, si Hannah Kopec está en París sin que el agente del Mossad lo sepa, me gustaría que fueras a París sin que nuestra gente se entere. Bueno, si crees que puedes separarte de Susan Anderson.

—Rompió conmigo el día en que su novio volvió de la conferencia. No sé qué les hago a las mujeres. Me llamó la semana pasada para anunciarme que se casan el mes que viene.

—Más motivos para que vayas a París.

—En una misión imposible.

—No tan imposible y, en cualquier caso, no quiero volver a leer en la primera plana del New York Times otro artículo sobre un nuevo y brillante golpe israelí, para luego tener que explicarle al presidente por qué la CIA no sabía nada al respecto.

—¿Por dónde voy a empezar?

—A su debido tiempo entrarás en contacto con ella. Le dirás que eres el agente del Mossad en París.

—Pero no va a creer...

—¿Por qué no? No sabe quién es el agente, solo que hay uno. Scott, necesito saber...

La puerta se abrió de pronto y entró el hijo de Dexter.

—¿Cómo ha ido? —preguntó su padre.

El joven cruzó la habitación y se derrumbó sobre una butaca sin decir palabra.

—Fatal, ¿eh, hijo?

—Señor Marshall, es un placer conocerle —dijo Butterworth, y extendió la mano para saludar al Archivero de los Estados Unidos.

—Lo mismo digo, señor Butterworth —respondió con nerviosismo Calder Marshall.

—Me alegro de que haya encontrado tiempo para venir —dijo Butterworth—. Siéntese.

Butterworth había conseguido la Sala Roosevelt del Ala Oeste para el encuentro. Le había costado muchísimo persuadir a una secretaria especialmente puntillosa que conocía muy bien la situación real del señor Butterworth. Accedió de mala gana a cederle la sala durante media hora, y solo porque iba a entrevistarse con el Archivero

de los Estados Unidos. También accedió a su segunda petición, pues el presidente se encontraba ausente de la ciudad aquel día. El ayudante especial ocupaba la cabecera de una mesa a cuyo alrededor solían sentarse veinticuatro personas, e indicó al señor Marshall que se sentara a su derecha, frente al cuadro de Tade Stykal Theodore Roosevelt a caballo.

El Archivero debía medir algo más de metro ochenta, y la mayoría de mujeres a las que doblaba en edad envidiarían su delgadez. Estaba casi calvo, excepto por un semicírculo de mechones grises que rodeaban la base de su cráneo. Vestía un traje que le sentaba bastante mal, y que tenía aspecto de ser utilizado tan solo los domingos por la mañana. Por su expediente, Butterworth sabía que el Archivero era más joven que él, pero juzgó que, si les veían juntos, nadie lo diría.

Debió nacer viejo, pensó Butterworth, pero el asesor especial no sentía tal menosprecio por la mente del hombre. Después de un *magna cum laude* en la universidad de Duke, Marshall había escrito un libro sobre la historia de la Declaración de Derechos, que ahora se consideraba texto obligatorio de cualquiera que estudiara la historia de Estados Unidos. Le había deparado una pequeña fortuna, cosa que nadie habría adivinado por la forma en que vestía, pensó Butterworth.

Frente a él tenía una carpeta con el sello de «Confidencial» y el nombre «Calder Marshall» escrito con mayúsculas... Pese a que el Archivero llevaba gafas de cristales gruesos con montura de concha, Butterworth pensó que difícilmente no iba a verlo.

Butterworth hizo una pausa antes de iniciar un discurso que había preparado con tanta minuciosidad como el presidente su mensaje inaugural. Marshall, con los dedos entrelazados, aguardaba nerviosamente a que Butterworth empezara.

—Durante los últimos dieciséis años, usted ha solicitado varias veces que el presidente visitara los Archivos Nacionales. —Butterworth se sintió complacido al ver la mirada esperanzada de Marshall—. Este presidente en particular desea aceptar su invitación. A tal fin, el presidente Clinton me pidió durante nuestra reunión semanal que le transmitiera un mensaje personal que, como comprenderá, debe mantener en el más riguroso secreto.

—En el más riguroso secreto. Por supuesto.

—El presidente estaba seguro de que podía confiar en su discreción, señor Marshall. Por lo tanto, puedo informarle de que estamos intentando encontrar un hueco en la última semana de este mes para que visite los Archivos, pero no hay nada definitivo hasta el momento.

—No hay nada definitivo hasta el momento. Por supuesto.

—El presidente Clinton también ha solicitado que la visita sea estrictamente privada, y que no esté abierta al público y a la prensa.

—Que no esté abierta a la prensa. Por supuesto.

—Después de la explosión ocurrida en el World Trade Center, toda precaución es poca.

—Toda precaución es poca. Por supuesto.

—Le agradeceré que no hable de la visita a su personal, por elevado que sea su rango, hasta que podamos confirmar una fecha definitiva. Estas cosas se propagan con facilidad y, entonces, tendríamos que suspender la visita por motivos de seguridad.

—Por motivos de seguridad. Por supuesto. De todos modos, puesto que es una visita privada, ¿hay algo en particular que el presidente desee ver, o será la típica visita al edificio?

—Me alegro de que haga esa pregunta —dijo el señor Butterworth, y abrió la carpeta que tenía delante—. El presidente ha hecho una petición concreta, cuya respuesta está en su mano.

—En mi mano. Por supuesto.

—Quiere ver la Declaración de Independencia.

—La Declaración de Independencia. Eso es muy sencillo.

—Esa no es la petición.

—¿No es la petición?

—No. El presidente desea ver la Declaración, pero no como la vio cuando era estudiante en Georgetown, detrás de un grueso cristal. Desea que el marco sea extraído de la vitrina para poder examinar el pergamino. Desea que usted acceda a esta petición, al menos por unos breves momentos.

Esta vez, el Archivero no dijo de inmediato «por supuesto».

—Qué raro. Espera que yo acceda a esta petición, al menos por unos breves momentos. —Hizo una larga pausa—. Estoy seguro de que será posible, por supuesto.

—Gracias —contestó el señor Butterworth, procurando disimular su alivio—. Sé que el presidente le estará muy agradecido. Y, si me permite insistir, ni una palabra sobre esto hasta que se confirme la fecha.

Butterworth se levantó y echó un vistazo al reloj de pared situado al final de la sala. La entrevista había durado veintidós minutos. Aún podría escapar por la sala de conferencias, antes de que la quisquillosa mujer de Citaciones le echara.

El ayudante especial del presidente guio a su invitado hasta la puerta.

—El presidente se preguntó si a usted le gustaría ver Despacho Oval, aprovechando su visita.

—El Despacho Oval. Por supuesto, por supuesto.

Dejaron solo a Hamil al-Obaydi en el centro de la habitación. Después de que dos de los cuatro guardias le hubieran desnudado, el otro par había registrado minuciosamente toda su ropa, en busca de algo que pudiera poner en peligro la vida del presidente.

A un gesto del hombre que parecía ser el jefe, se abrió una puerta lateral y entró un médico en la habitación, seguido por un enfermero que cargaba una silla en una mano y un guante de goma en la otra. Dejó la silla junto a al-Obaydi, y le invitaron a sentarse. Obedeció. El médico examinó primero sus uñas y orejas, antes de indicarle que abriera la boca, para dar golpecitos con una espátula sobre cada diente. Después, colocó una abrazadera en su mandíbula para que la abriera más, lo cual le permitió inspeccionar con más lentitud cada hueco. Satisfecho, apartó la abrazadera. Entonces, pidió a al-Obaydi que se levantara, diera la vuelta, se abriera de piernas y se inclinara hasta tocar con las manos el asiento de la silla. Al-Obaydi oyó que el doctor se ponía en la mano el guante de goma, y al instante siguiente experimentó una oleada de dolor cuando le hundió dos dedos en el recto. Gritó y los guardias se pusieron a reír. Los dedos fueron extraídos con la misma brusquedad, y el dolor se repitió por segunda vez.

—Gracias, señor secretario —dijo el médico, como si hubiera tomado la temperatura a al-Obaydi—. Ya puede vestirse.

Al-Obaydi se arrodilló y recogió sus calzoncillos mientras el médico y el enfermero salían de la habitación.

Mientras se vestía, al-Obaydi no pudo por menos que preguntarse si cada miembro del Consejo de Seguridad sufría la misma humillación cada vez que Saddam convocaba una reunión del Consejo Supremo de la Revolución.

La orden de regresar a Bagdad para que al-Obaydi informara al *Sayedi* de los últimos movimientos, en palabras del embajador de la ONU, había embargado de temor a al-Obaydi; pese a que después de su última entrevista con Cavalli creía que tenía respuestas para cualquier pregunta que el presidente le formulara.

En cuanto al-Obaydi llegó a Bagdad después de un viaje aparentemente interminable a través de Jordania (los vuelos directos habían sido suspendidos, como parte de las sanciones de las Naciones Unidas), no se le permitió descansar ni cambiarse de ropa. Le habían conducido directamente a la sede del Ba'ath en un Mercedes negro.

Cuando al-Obaydi terminó de vestirse, se miró en un pequeño espejo de la pared. En esta ocasión, su apariencia era modesta comparada con las prendas que había dejado en su apartamento de Nueva York: trajes de Saks de la Quinta Avenida, jerseys Valentino, zapatos Church y un reloj de oro macizo Cartier. Todo esto había sido sustituido por una colección de ropas árabes baratas, guardadas en el último

cajón de su ropero de Manhattan.

Al-Obaydi se volvió del espejo, y uno de los guardias le indicó que le siguiera, en tanto se abría por primera vez la puerta del fondo. El contraste con el entorno desnudo, casi de barracón, de la sala de examen le pilló por sorpresa: un pasillo alfombrado, decorado con pinturas y bien iluminado por candelabros que colgaban cada pocos pasos.

El secretario de embajada siguió al guardia por el pasillo, a cada paso que daba más consciente de la maciza puerta pintada de oro que se cernía delante de él. Cuando faltaban pocos pasos para llegar, el guardia abrió una puerta lateral y le introdujo en una antesala que calcaba la opulencia del pasillo.

Al-Obaydi se quedó solo en la habitación, pero nada más sentarse en el amplio sofá, la puerta volvió a abrirse. Al-Obaydi se puso en pie de un brinco, pero solo era una muchacha que traía una bandeja, en cuyo centro se veía una pequeña taza de café turco.

Dejó el café sobre la mesa contigua al sofá, hizo una reverencia y se marchó tan silenciosamente como había entrado. Al-Obaydi jugueteó con la taza, consciente de que había caído en la costumbre occidental de preferir el capuchino. Bebió el líquido negro y lleno de posos por puro deseo nervioso de hacer algo.

Transcurrió una lenta hora, y se puso cada vez más nervioso. En la habitación no había nada para leer, y lo único que se podía mirar era el inmenso retrato de Saddam Hussein. Al-Obaydi aprovechó el tiempo para repasar cada detalle de lo que Cavalli le había dicho, y deseó tener a mano su maletín, que los guardias le habían arrebatado mucho antes de llegar a la sala de examen.

Durante la segunda hora, su confianza empezó a desvanecerse. Durante la tercera, empezó a preguntarse si saldría vivo del edificio.

De pronto, la puerta se abrió y al-Obaydi reconoció el destello rojo y amarillo del uniforme de la Guardia Presidencial de Saddam, la Hemaya.

—El presidente le recibirá ahora. —Fue lo único que dijo el joven oficial.

Al-Obaydi se puso en pie y le siguió a toda prisa por el pasillo en dirección a la puerta pintada de oro.

El oficial llamó, abrió la puerta maciza y se apartó para que el secretario de embajada entrara a la reunión del Consejo Supremo de la Revolución.

Al-Obaydi se quedó inmóvil y esperó, como un prisionero en el banquillo de los acusados a la espera de que el juez le permitiera sentarse. Sabía que nadie estrechaba la mano del presidente, a menos que se le invitara expresamente. Contemplo a los doce hombres reunidos y reparó en que solo dos, el primer ministro Tariq Aziz y el fiscal del Estado Nakir Farrar, llevaban traje. Los otros diez miembros vestían uniformes militares, aunque no iban armados. La única pistola, aparte de la que exhibía el general Hamil, comandante de la Guardia Presidencial, y los dos soldados armados erguidos detrás de Saddam, estaba sobre la mesa, delante del presidente, en el lugar donde otros jefes de estado tendrían la agenda.

Al-Obaydi se dio cuenta con pavor de que los ojos del presidente no se habían apartado de él ni un momento desde que entró en la sala. Saddam agitó su puro Cohiba en dirección al secretario de embajada, para indicarle que ocupara el asiento vacío al otro extremo de la mesa.

El ministro de Asuntos Exteriores miró al presidente, quien asintió. Entonces, concentró su atención en el nervioso hombre sentado en la silla del final.

—Este, como ya sabe usted, señor presidente, es Hamid al-Obaydi, nuestro secretario de embajada en las Naciones Unidas, al cual honró con la responsabilidad de cumplir su orden de robar la Declaración de Independencia a los infieles norteamericanos. Siguiendo sus instrucciones, ha vuelto a Bagdad para informarle en persona de los progresos logrados. No he tenido aún la oportunidad de hablar con él, señor presidente, y por tanto le ruego que me perdone si parezco, al igual que usted, ansioso de información.

Saddam agitó de nuevo el puro para indicar al ministro de Asuntos Exteriores que podía proseguir.

—Quizá podría empezar, señor secretario. —Al-Obaydi se sintió sorprendido por un tratamiento tan formal, como si sus dos familias no se conocieran desde hacía generaciones, pero admitió que demostrar amistad ante Saddam equivalía a una confesión de conspiración—, por pedirle que nos ponga al día sobre los progresos del imaginativo plan del presidente.

—Gracias, señor ministro de Asuntos Exteriores —contestó al-Obaydi, como si fuera la primera vez que le veía. Se volvió hacia Saddam, cuyos ojos negros seguían fijos en él—. Para empezar, señor presidente, permítame agradecerle el honor de haberme confiado esta tarea, sobre todo recordando que la idea ha emanado de su Excelencia.

Todos los miembros del Consejo concentraban su atención en el secretario de embajada, pero al-Obaydi observó que, de vez en cuando, volvían la vista en dirección a Saddam para tomar nota de sus reacciones.

—Me complace comunicarle que el equipo liderado por el señor Cavalli...

Saddam levantó una mano y miró al fiscal del Estado, quien abrió un grueso expediente que tenía delante.

Nakir Farrar, el fiscal del Estado, era el segundo hombre más temido del régimen iraquí. Todo el mundo conocía su reputación. Graduado en jurisprudencia con todos los honores en Oxford, presidente de la asociación estudiantil, asiduo cliente del Lincoln's Inn, donde al-Obaydi le había conocido por primera vez, aunque Farrar no hubiera reparado en su existencia. Destinado a ser el primer Consejero Real iraquí de la historia, la invasión de la decimonovena provincia provocó que los ingleses le expulsaran del país, pese a la intercesión de varias personas importantes. Farrar regresó a una ciudad que había abandonado a la edad de once años y ofreció de inmediato su talento a Saddam Hussein. Al cabo de un año, fue nombrado fiscal del Estado. Se rumoreaba que él, personalmente, había elegido el cargo.

—Cavalli es un delincuente de Nueva York, señor presidente, quien, por el hecho de poseer un título de abogado y un bufete privado, proporciona una pantalla legal a la operación.

Saddam asintió y devolvió su atención a al-Obaydi.

—El señor Cavalli ha terminado los preparativos y su equipo ya está dispuesto a ejecutar las órdenes del presidente.

—¿Se ha fijado ya una fecha? —preguntó Farrar.

—Sí, señor fiscal del Estado. El 25 de mayo. Clinton pasará todo el día en la Casa Blanca, ocupado por la mañana con los que redactan sus discursos, y por la tarde con el equipo encargado de llevar a la práctica la política sanitaria de su mujer. —El embajador iraquí en la ONU había advertido a al-Obaydi que nunca se refiriera a Clinton como «el presidente»—. Por tanto, ese día no asistirá a actos públicos, lo cual habría imposibilitado nuestra misión.

—Dígame, señor embajador —habló el fiscal del Estado—, ¿el abogado del señor Cavalli consiguió un permiso para cerrar la calle entre la Casa Blanca y los Archivos Nacionales, durante el tiempo que Clinton se halle ocupado en sus reuniones internas?

—No, señor fiscal del Estado. No obstante, la oficina del alcalde ha dado permiso para rodar una película en la avenida de Pennsylvania, desde la calle 13 Este. La calle solo permanecerá cerrada cuarenta y cinco minutos. Parece que este alcalde no es tan fácil de convencer como sus predecesores.

Algunos miembros del Consejo expresaron su estupor.

—¿No es tan fácil de convencer? —preguntó el ministro de Asuntos Exteriores.

—Quizá «persuadir» sería la palabra más precisa.

—¿Y cómo se llevó a cabo esta persuasión? —preguntó el general Hamil, que estaba sentado a la derecha del presidente y solo conocía una forma de persuasión.

—Una contribución de doscientos cincuenta mil dólares al fondo destinado a su reelección.

Saddam rio, y los demás le imitaron.

—¿El Archivero sigue convencido de que será Clinton quien le visite? —preguntó el fiscal del Estado.

—Sí. Poco antes de marcharme, Cavalli envió a ocho de sus hombres, que fingían componer un equipo de reconocimiento preliminar del Servicio Secreto, a efectuar una inspección. El Archivero no pudo ser más solícito, y Cavalli tuvo tiempo de sobra para examinarlo todo. Así le será más sencillo cambiar la Declaración de Independencia el 25 de mayo.

—Pero en el caso de que consigan apoderarse del original, ¿han llevado a cabo preparativos para entregárselo a usted? —preguntó el fiscal del Estado.

—Sí —contestó con seguridad al-Obaydi—. Tengo entendido que el presidente desea que el documento sea entregado a Barazan al-Tikriti, nuestro venerado embajador en las Naciones Unidas en Ginebra. Cuando haya recibido el pergamino, y

no antes, autorizaré el pago final.

El presidente asintió para demostrar su aprobación. Al fin y al cabo, el venerado embajador en Ginebra era su medio hermano. El fiscal del Estado prosiguió su interrogatorio.

—¿Cómo estaremos seguros de que nos entregan el original, y no una copia excelente? —preguntó—. ¿Qué les impedirá entrar y salir de los Archivos Nacionales, pero sin cambiar los documentos?

Una sonrisa se dibujó por primera vez en los labios de al-Obaydi.

—Tomé la precaución, señor fiscal del Estado, de exigir tal prueba —contestó—. Cuando la falsificación sustituya al original, continuará siendo exhibida al público. No dude de que yo estaré entre el público.

—No ha respondido a mi pregunta —replicó el fiscal del Estado—. ¿Cómo sabrá que el nuestro es el original?

—Porque en el documento original, escrito a mano por Timothy Matlock, hay un pequeño error ortográfico que ha sido corregido en la copia ejecutada por Bill O'Reilly.

El fiscal del Estado se reclinó en su asiento a regañadientes cuando su amo levantó una mano.

—Otro delincuente, Excelencia —explicó el ministro de Asuntos Exteriores—. En este caso, un falsificador, responsable de la falsificación del documento.

—Bien —dijo el fiscal del Estado, y se inclinó de nuevo hacia delante—, si el error continúa en el documento que se exhibirá el 25 de mayo en los Archivos Nacionales, usted sabrá que tenemos una copia y no pagará ni un centavo más. ¿Correcto?

—Sí, señor fiscal del Estado —dijo al-Obaydi.

—¿Qué palabra del original está mal escrita? —preguntó el fiscal del Estado.

Cuando el secretario de embajada la reveló, Nakir Farrar contestó:

—Muy apropiado. Cerró el expediente.

—Sin embargo, necesitaré tener a mano el pago final —continuó al-Obaydi—, en caso de que cumplan su parte del trato y entremos en posesión del pergamino auténtico.

El ministro de Asuntos Exteriores miró a Saddam, quien asintió de nuevo.

—Lo tendrá a su disposición el 25 de mayo —dijo el ministro de Asuntos Exteriores—. Me gustaría comentar algunos detalles con usted antes de que regrese a Nueva York, siempre que esta entrevista cuente con el beneplácito del presidente.

Saddam agitó una mano para indicar que tal petición le era indiferente. Sus ojos seguían fijos en al-Obaydi. El secretario de embajada no estaba seguro de si debía marcharse o esperar más preguntas. Se decantó por la cautela, y continuó sentado en silencio. Pasó un rato antes de que nadie hablara.

—Supongo que sentirá curiosidad, Hamid, acerca de por qué concedo tanta importancia a ese inútil pedazo de papel.

Como el secretario de embajada nunca había visto antes en persona al presidente, se quedó sorprendido al ser interpelado por su nombre.

—No me compete a mí indagar en los razonamientos de su Excelencia —contestó.

—Sin embargo, no sería humano si no se preguntara por qué deseo gastarme cien millones de dólares y, al mismo tiempo, correr el riesgo de un ridículo internacional, si usted fracasa.

Al-Obaydi reparó en aquel «usted» con cierta inquietud.

—Sería fascinante saberlo, *Sayedi*, si deposita su confianza en esta alma abyecta.

Los doce miembros del Consejo volvieron la vista hacia el presidente para calibrar su reacción ante el comentario del secretario de embajada. Al-Obaydi comprendió al instante que había ido demasiado lejos. Siguió sentado, aterrorizado, durante lo que consideró el silencio más largo de su vida.

—En ese caso, permitiré que comparta mi secreto, Hamid —dijo Saddam, y sus ojos negros escrutaron al secretario de embajada—. Cuando recuperé la decimonovena provincia para mi amado pueblo, me encontré en guerra no solo con los traidores a quienes habíamos invadido, sino con la fuerza combinada del mundo occidental, y ello pese a mi acuerdo previo con la embajadora norteamericana. ¿Y por qué?, tuve que preguntarme, cuando todo el mundo sabía que en Kuwait gobernaban unas pocas familias corruptas, muy poco interesadas en el bienestar de su pueblo. Le diré por qué. Petróleo, en una palabra. Si la decimonovena provincia hubiera exportado granos de café, no habría visto entrar en el Golfo ni a un bote de remos norteamericano armado con una catapulta.

El ministro de Asuntos Exteriores asintió y sonrió.

—¿Y quiénes fueron los líderes que se aliaron contra mí? Thatcher, Gorbachev y Bush. De eso hace menos de tres años. ¿Y qué les ha ocurrido desde entonces? Thatcher fue destituida por sus propios partidarios; Gorbachev fue depuesto por un hombre del que se había desprendido solo un año antes, y cuya posición actual parece bastante inestable; Bush sufrió una humillante derrota a manos del pueblo norteamericano. Pero yo sigo siendo el Supremo Líder y Presidente de mi país.

Una salva de aplausos estalló al instante, y enmudeció en cuanto Saddam volvió a hablar.

—Eso constituye una amplia recompensa para mi pueblo, pero no para mí, Hamid. Porque el lugar de Bush ha sido ocupado por ese tal Clinton, que no ha aprendido nada de los errores de sus predecesores, y que ahora también quiere desafiar mi supremacía, pero esta vez mi intención es humillarle, además de a los infieles norteamericanos, mucho antes de que tengan la oportunidad de hacerlo ellos. Y lo haré de tal manera que Clinton no podrá recuperar su credibilidad en toda su vida. Mi intención es convertir a Clinton y al pueblo norteamericano en el hazmerreír del mundo.

Las cabezas de los congregados continuaron asintiendo.

—Ya ha sido testigo de mi capacidad de dirigir la codicia de su propio pueblo hacia el deseo de robar el documento más sagrado de la historia de su nación. Y usted, Hamid, es el vehículo elegido para lograr que mi genio sea reconocido.

Al-Obaydi inclinó la cabeza.

—En cuanto esté en posesión de la Declaración, aguardaré pacientemente hasta el 4 de julio, cuando todo Estados Unidos se disponga a pasar un tranquilo domingo celebrando el Día de la Independencia.

Ninguno de los presentes habló cuando el presidente hizo una pausa.

—Yo también celebraré el Día de la Independencia, pero no en Washington o Nueva York, sino en la plaza Tahrir, rodeado de mi amado pueblo. Cuando yo, Saddam Hussein, presidente de Irak, me halle ante los medios de comunicación de todo el mundo, reduciré a cenizas la Declaración de Independencia de Estados Unidos.

Hannah yacía despierta en la cama de su habitación, más o menos como la niña que había sido quince años antes, cuando pasó su primera noche en el internado.

Había recogido las maletas de Karima Saib en la cinta transportadora del aeropuerto Charles de Gaulle, temerosa de lo que podía encontrar en su interior.

Un chófer la había recogido, según lo convenido, pero como no había hecho el menor esfuerzo por entablar conversación, no tenía ni idea de lo que la esperaba cuando se detuvieran ante la embajada de Jordania. Sus dimensiones la sorprendieron.

El hermoso caserón, situado a espaldas del bulevar Maurice Barres, había sido mansión del difunto Aga Khan. El anexo iraquí ocupaba dos plantas completas, prueba tangible de que los jordanos no deseaban enemistarse con Saddam.

Al entrar en el anexo de la embajada, la primera persona con quien se encontró fue Abdul Kanuk, el administrador jefe.

No parecía un diplomático, y lo demostró en cuanto abrió la boca. Kanuk la informó de que el embajador y su secretaria principal, Muna Ahmed, estaban ocupados en diversas reuniones, por lo cual debía deshacer las maletas y esperar en su habitación hasta que la llamaran.

En el estrecho aposento apenas había sitio para una cama y dos maletas. Supuso que habría servido de almacén antes, de que la delegación iraquí se trasladara. Cuando logró abrir la maleta de Karima Saib, no tardó en descubrir que solo los zapatos de la mujer le iban a su medida. Hannah no supo si sentir alivio por los gustos de la Saib, o angustia por las pocas prendas que podía utilizar.

Aquella noche, Muna Ahmed, la secretaria principal, se reunió en la cocina con ella para cenar. Daba la impresión de que las secretarias de la embajada recibían el mismo trato que los criados. Hannah logró convencer a Muna de que era mejor de lo que ella esperaba, sobre todo porque solo podían utilizar el anexo de la embajada

jordana. Muna explicó que, en lo concerniente al Cuerpo Diplomático de Francia, el embajador iraquí era tratado como simple jefe de la delegación comercial, aunque siempre debían dirigirse a él como «Su Excelencia» o «embajador».

Durante los primeros días de su nuevo empleo, Hannah se sentó en la habitación contigua a la del embajador, al otro lado del escritorio de Muna. Pasó la mayor parte de su tiempo retorciéndose los dedos. Hannah descubrió enseguida que nadie se interesaba demasiado por ella, siempre que terminara los trabajos que el embajador le dejaba en el dictáfono. En realidad, ello se convirtió en el principal problema de Hannah, pues tuvo que bajar el ritmo para dar la impresión de que Muna era más eficiente. El único detalle que Hannah siempre olvidaba era ponerse las falsas gafas.

Por las noches, después de cenar, Hannah averiguaba por mediación de Muna todo cuanto podía esperarse de una mujer iraquí en el extranjero, incluyendo cómo evitar los avances de Abdul Kanuk, el administrador jefe. A la segunda semana, su curva de aprendizaje había descendido, y Hannah descubrió que el embajador ya confiaba en su talento. Intentó no demostrar excesiva iniciativa.

En cuanto terminaban su trabajo, Hannah y Muna debían permanecer en el edificio, y no tenían permiso para abandonarlo de noche, como no fuera acompañadas por el administrador jefe, una perspectiva que no atraía a ninguna de las dos. Como Muna demostraba escaso interés hacia la música, el teatro o frecuentar cafés, pasaba el tiempo en su habitación leyendo los discursos de Saddam Hussein.

A medida que los días transcurrían lentamente, Hannah empezó a abrigar la esperanza de que el agente del Mossad en París se pusiera en contacto con ella, con el fin de que la enviaran de vuelta a Israel para preparar su misión, si bien no tenía ni idea de quién podría ser. Se preguntaba si había uno en la embajada. A solas en su habitación, daba rienda suelta a las especulaciones. ¿El chófer? Demasiado lento. ¿El jardinero? Demasiado torpe. ¿La cocinera? Cabía la posibilidad: la comida era tan mala como para suponer que se trataba de su segunda ocupación. ¿Abdul Kanuk, el administrador jefe? Difícil, pues, como recordaba al menos tres veces al día, era primo de Barazan al-Tikriti, medio hermano de Saddam Hussein y embajador en Ginebra ante las Naciones Unidas. Kanuk era también el mayor charlatán de la embajada, y en una sola noche proporcionó más información a Hannah acerca de Saddam Hussein y su cortejo que el embajador en una semana. De hecho, el embajador apenas hablaba de *Sayedi* en su presencia, y cuando lo hacía siempre se mostraba circunspecto y respetuoso.

Fue durante la segunda semana cuando Hannah fue presentada a la esposa del embajador. No tardó en descubrir que era ferozmente independiente, en parte por ser medio turca, y no se consideraba obligada a permanecer encerrada siempre en el recinto de la embajada. Hacía cosas que se consideraban osadas según los parámetros iraquíes, como acompañar a su marido a fiestas, e incluso se sabía que bebía sin esperar a que la invitaran. Lo más importante para Hannah era que iba a nadar dos veces por semana a una piscina pública cercana, en el bulevar Lannes. El embajador

se mostró de acuerdo, tras un poco de persuasión, en que sería aceptable para la nueva secretaria acompañar a su mujer.

Scott llegó a París el domingo. Le habían dado la llave de un pequeño apartamento situado en la avenida de Messine, y le habían abierto una cuenta en la Société Générale del bulevar Haussmann, a nombre de Simon Rosenthal.

Tenía que telefonar o enviar un fax a Langley solo después de haber localizado al agente del Mossad. Ningún otro agente había sido informado de su existencia, y había recibido la orden de evitar todo contacto con cualquier agente destinado en Europa con el que hubiera trabajado en el pasado.

Scott dedicó los dos primeros días a descubrir los nueve lugares desde los que podía observar la puerta principal de la embajada jordana sin ser visto por nadie del edificio.

A finales de la semana había empezado a comprender por primera vez lo que querían decir los agentes con la expresión «horas de soledad». Incluso echó de menos a algunos de sus estudiantes.

Se ci n  a una rutina. Cada mañana, antes de desayunar, corría siete kilómetros en el Parc Monceau, antes de empezar el turno matutino. Todas las noches pasaba dos horas en un gimnasio de la calle de Berne, antes de preparar su solitaria cena en el apartamento.

Scott empezó a temer que el agente del Mossad no fuera a salir nunca del edificio, y se preguntó si aún seguía en la embajada. Daba la impresión de que la única mujer que entraba y salía a su capricho era la esposa del embajador.

Y el martes de la segunda semana, inesperadamente, alguien más salió del edificio, acompañando a la mujer del embajador.  Ser a Hannah Kopec? Solo tuvo tiempo de echar un vistazo antes de que el coche se alejara.

Siguió al Mercedes, adoptando siempre un ángulo que dificultaría al chófer atisbarle por el retrovisor. La observó con atención. En las fotografías que le habían enseñado en Langley, Hannah Kopec tenía el pelo largo y negro. Ahora lo llevaba corto, pero no cabía duda de que era ella.

Scott continuó cien metros más, dobló a la derecha y aparcó el coche. Volvió sobre sus pasos, entró en el edificio y compr  un billete de espectador que le costó dos francos. Subió a la galería que dominaba la piscina. Cuando seleccionó un asiento discreto, la agente del Mossad ya estaba nadando de un lado a otro. Scott solo tardó un momento en calibrar su esbeltez, pese a ir embutida en la versión iraquí de un traje de baño. Solo bajó el ritmo cuando la esposa del embajador apareció en el borde de la piscina. A partir de aquel momento, la Kopec se limitó a nadar como cualquier persona normal.

Unos cuarenta minutos después, cuando la esposa del embajador salió de la piscina, la Kopec aceleró de inmediato el ritmo y cubrió cada largo en menos de un

minuto. Al cabo de diez, salió del agua y se dirigió a los vestidores.

Scott volvió a su coche, y cuando las dos mujeres reaparecieron dejó que el Mercedes se adelantara antes de seguirlas hasta la embajada.

Aquella noche, envió un fax a Dexter Hutchins para informarle que la había visto y procuraría ponerse en contacto con ella.

A la mañana siguiente, compró un par de bañadores.

Hannah se fijó en él por primera vez el jueves. Nadaba a gran velocidad y ejecutaba cada largo en unos cuarenta segundos. Tenía aspecto de haber sido atleta. Intentó mantener su ritmo, pero al cabo de cinco largos la superó. Vio que salía del agua después de otra docena de largos y se encaminaba a los vestidores masculinos.

La mañana del lunes siguiente, la esposa del embajador informó a Hannah de que el martes no podría ir a nadar, pues debía acompañar al embajador a Ginebra para entrevistarse con el medio hermano de Saddam Hussein. El administrador jefe, que parecía enterado de todos los detalles, ya había hablado a Hannah del asunto.

—No entiendo por qué no la han invitado a usted también —dijo la cocinera aquella noche.

El administrador jefe guardó silencio un par de minutos, hasta que Muna salió de la cocina para ir a su habitación. Entonces, reveló algo a Hannah que la inquietó.

Al día siguiente, Hannah recibió permiso para ir a nadar sola. Se alegró de tener una excusa para ausentarse del edificio, sobre todo porque Kanuk se encontraba al frente de la delegación, en ausencia del embajador. Como se había reservado el Mercedes, Hannah fue en metro al bulevar Lannes. Cuando se dispuso a iniciar sus treinta largos, se llevó una decepción al no ver por ninguna parte al hombre que nadaba tan bien. Al terminar el ejercicio se aferró al borde, cansada y sin aliento. De pronto, observó que el hombre nadaba hacia ella por la calle exterior. Cuando tocó el borde, se volvió apenas y dijo con claridad:

—No se mueva, Hannah. Vuelvo enseguida.

Hannah supuso que la recordaba de sus tiempos de modelo, y su inmediata reacción fue alejarse, pero esperó a que regresara, por si era el agente del Mossad al que Kratz se había referido.

Le observó mientras nadaba hacia ella, y sus temores fueron aumentando a cada momento. Cuando tocó el borde, se detuvo de repente.

—¿Está sola? —preguntó.

—Sí.

—Ya me lo parecía. La esposa del embajador suele desplazar mucha agua, sin apenas avanzar. Por cierto, soy Simon Rosenthal. El coronel Kratz ordenó que me pusiera en contacto con usted. Traigo un mensaje.

Hannah se sintió bastante estúpida cuando se estrecharon las manos, los dos aferrados al borde de la piscina.

—¿Conoce la avenida Bugeaud?

—Sí —contestó.

—Estupendo. Nos veremos en el bar de la Porte Dauphine dentro de quince minutos.

Salió de la piscina con un solo movimiento y desapareció en dirección al vestidor de hombres antes de que la joven pudiera contestar.

Algo más de quince minutos después, Hannah entró en el bar de la Porte Dauphine. Paseó la vista por el salón y le localizó sentado en una silla de madera de respaldo alto, bajo un mural grande y colorido.

Él se levantó para recibirla y pidió otro café. Advirtió que solo debían pasar juntos unos minutos, porque Hannah debía volver a la embajada sin retrasarse. Mientras sorbía el primer café auténtico que probaba desde hacía semanas, Hannah le examinó con mayor atención, y empezó a recordar lo agradable que era beber con alguien interesante. La siguiente frase del hombre la devolvió con brusquedad al mundo real.

—Kratz planea sacarla de París dentro de poco.

—¿Por algún motivo en particular?

—Se ha fijado fecha para la operación en Bagdad.

—Gracias a Dios.

—¿Por qué dice eso? —se interesó Scott, arriesgándose a formular su primera pregunta.

—El embajador está a la espera de ser llamado a Bagdad para ocupar un nuevo cargo. Tiene la intención de pedirme que le acompañe. Eso es lo que va diciendo el administrador jefe a todo el mundo, excepto a Muna.

—Avisaré a Kratz.

—Por cierto, Simon, he conseguido cierta información que tal vez Kratz considere útil.

El hombre cabeceó y escuchó, mientras Hannah le refería detalles sobre la organización interna de la embajada, y sobre las idas y venidas de diplomáticos y hombres de negocios que hablaban en público contra Saddam, mientras intentaban cerrar tratos con él al mismo tiempo. La interrumpió al cabo de unos minutos.

—Será mejor que se vaya. Es posible que ya la echen de menos. Trataré de arreglar otro encuentro cuando sea posible —añadió.

La joven sonrió, se levantó y salió sin mirar atrás. Aquella noche, Scott envió un mensaje en clave a Dexter Hutchins en Virginia, para comunicarle que había establecido contacto con Hannah Kopec.

Una hora después, llegó un fax con una sola instrucción.

El 25 de mayo de 1993, el sol se alzó sobre el Capitolio pocos minutos después de las cinco. Sus rayos resbalaron sobre el césped de la Casa Blanca, y pocos minutos después se introdujeron en el Despacho Oval. A unos cientos de metros, Cavalli se retorció las manos detrás de la espalda.

Cavalli había pasado el día anterior en Washington, repasando los detalles más delicados por enésima vez. Debía dar por sentado que algo saldría mal y, fuera lo que fuera, se convertiría automáticamente en su responsabilidad.

Johnny Scasiatore se acercó a Cavalli y le tendió una taza humeante de café.

—No tenía ni idea de que hacía tanto frío en Washington —dijo Cavalli a Johnny, que llevaba un chaquetón de piel de oveja.

—A esta hora de la mañana, hace frío en casi todo el mundo —replicó Johnny—. Pregúntalo a cualquier director de cine.

—¿De veras necesitas seis horas para preparar tres minutos de rodaje? —preguntó Cavalli, incrédulo.

—Dos horas de preparación por minuto de trabajo es la regla general. No olvides que tendremos que repetir dos veces esta escena en particular, en circunstancias bastante anormales.

Cavalli, inmóvil en la esquina de la calle 13 con la avenida de Pennsylvania, observó a las cincuenta personas que trabajaban bajo las órdenes de Johnny. Algunas preparaban unos rieles paralelos a la acera, gracias a los cuales una cámara seguiría a los seis coches cuando se desplazaran con lentitud por la avenida de Pennsylvania. Otras se dedicaban a fijar enormes focos voltaicos IK a lo largo de los setecientos metros, alimentados por el generador de doscientos kilowatios que había sido transportado al corazón de la capital a las cuatro de la madrugada. Estaban comprobando el equipo de sonido para asegurarse de que captaría todos los sonidos: pies caminando sobre una acera, puertas de coches al cerrarse, el rugido del metro incluso las campanadas del reloj ubicado en la torre de Correos.

—¿Son necesarios todos estos gastos?

—Si quieres que todo el mundo, excepto nosotros, crea que está participando en una película, no puedes permitirte ahorros. Voy a rodar una película que todo el mundo que nos observe, aficionado o profesional, confiará ver algún día en un cine. Incluso he pagado a los extras las tarifas indicadas por el sindicato de actores.

—Menos mal que ninguno de mis hombres está sindicado —comentó Cavalli.

El sol le daba ahora de lleno en la cara, veintiún minutos después de que el presidente hubiera tomado su desayuno recalentado en la Casa Blanca.

Cavalli examinó la lista que llevaba sujeta a su tablilla. Al Calabrese ya había colocado sus doce vehículos junto al bordillo, y los chóferes aguardaban formando un corro mientras bebían café, protegidos del frío por uno de los muros de la plaza de la

Libertad. Las seis limusinas centelleaban bajo el sol de la mañana, mientras los peatones, limpiadoras y conserjes que abandonaban los despachos, así como los trabajadores que salían de la parada de metro triángulo Federal, aminoraban el paso para admirar el espectáculo. Un pintor estaba dando los últimos retoques al asiento presidencial del tercer vehículo, mientras una muchacha estaba desplegando una bandera sobre el guardabarros derecho.

Cavalli se volvió y vio un furgón de la policía, con la compuerta de cola bajada, aparcado frente al edificio del Distrito de Columbia. Se habían situado barreras en la acera para impedir que peatones despistados entraran en el set durante aquellos cruciales tres minutos que duraría el rodaje.

Lloyd Adams había dedicado el día anterior a repasar sus diálogos por última vez y estudiar un libro más sobre la historia de la Declaración de Independencia. Aquella noche, había contemplado una y otra vez un vídeo de Bill Clinton durante su paseo por la avenida Georgia, fijándose en la inclinación de la cabeza, su acento pronunciado, la forma en que se mordisqueaba inconscientemente el labio inferior. El lunes anterior, Adams había comprado un traje idéntico al que llevaba el presidente cuando recibió al primer ministro británico en febrero (salido de los almacenes Dillard). Escogió una corbata roja, blanca y azul, copiada de la utilizada por Clinton en la portada del número de marzo de *Vanity Fair*. Un Timex Ironman había sido el toque final de su guardarropa. Le habían confeccionado una segunda peluca durante la semana anterior, un poco más gris, con la que Adams se sentía cómodo. El director y Cavalli le habían sometido a un ensayo de vestuario la noche anterior: perfecto, si bien Johnny había comentado que su caída al final de la escena era un lamentable ejemplo de sobreactuación. Cavalli pensó que el Archivero estaría demasiado agobiado para darse cuenta.

Cavalli pidió una vez más a Al Calabrese que le detallara la composición de su personal. Al intentó disimular su exasperación, pues ya la había recitado durante las tres últimas reuniones de la junta.

—Doce chóferes, seis motoristas —espetó—. Cuatro son expolis o policías militares, y todos han trabajado conmigo en otras ocasiones, pero como ninguno va a entrar en los Archivos Nacionales, solo se les ha dicho que van a participar en una película. Solo los que trabajan directamente bajo las órdenes de Gino Santori saben de qué va el rollo.

—Pero ¿saben bien lo que deben hacer cuando lleguen a los Archivos?

—Ya lo creo —replicó Al—. Ayer lo repasamos media docena de veces, primero en mi despacho, sobre un plano, y después vinimos aquí por la tarde y recorrimos el trayecto. Conducen a quince kilómetros por hora por la avenida Pennsylvania mientras les filman, y continúan hacia el este hasta llegar a la calle 7. Entonces, doblan a la derecha, donde no les verá la gente de la película, y mucho menos la policía. Luego, tuercen a la derecha de nuevo, hacia la entrada de servicio de los Archivos Nacionales y se detienen frente a la zona de carga y descarga. Angelo,

Dólar Bill, Debbie y tú y la dotación antiterrorista dejáis los vehículos y acompañáis al actor hacia el interior del edificio, donde os recibirá Calder Marshall.

»En cuanto vuestro grupo haya entrado en el edificio, los coches subirán por la rampa y doblarán a la derecha por la calle 7, otro giro a la derecha en la avenida de la Constitución y después seguirán por la calle 14, antes de volver al lugar donde empezó la filmación. Cuando des la señal de que la Declaración de Independencia ha sido cambiada, la segunda toma comenzará de inmediato, solo que en esta ocasión recogeremos a los trece agentes que dejamos frente a los Archivos Nacionales.

—Y, si todo ha salido bien, la Declaración de Independencia también —dijo Cavalli—. ¿Qué ocurre después? —preguntó, para asegurarse de que nada había cambiado desde la última reunión de la junta en Nueva York.

—Las limusinas abandonan Washington por seis rutas diferentes —continuó Al—. Tres regresan a la capital por la tarde, pero no antes de haber cambiado las matrículas; otras dos van a Nueva York, y una se dirige a un destino que solo conoces tú; será el vehículo que transporte la Declaración.

—Si todo sale tan bien como lo pintas, Al, te habrás ganado tu paga. Pero no será así, y entonces descubriremos lo bueno que eres.

Cabeceó mientras Al se iba a por otra taza de café y a reunirse con sus hombres.

Cavalli consultó su reloj: las siete y veintidós. Cuando levantó los ojos, vio que Johnny se dirigía hacia él, congestionado. Gracias a Dios que no he de trabajar en Hollywood, pensó Cavalli.

—Tengo problemas con un poli. Dice que no puedo colocar mi equipo de iluminación en la acera hasta las nueve y media. Eso significa que no podré empezar a rodar hasta después de las diez, y si solo tengo cuarenta y cinco minutos para empezar con...

—Cálmate, Johnny —le interrumpió Cavalli, y consultó su lista de personal. Alzó la vista y escudriñó la multitud de trabajadores que invadía la plaza de la Libertad. Localizó al hombre que necesitaba—. ¿Ves a aquel tío alto de pelo gris que le está echando los tejos a Debbie? —preguntó.

—Sí —dijo Johnny.

—Es Tom Newbolt, exjefe de policía del DPDC^[5], ahora consultor de seguridad. Le hemos contratado durante todo el día. Ve y dile cuál es tu problema, y así averiguaremos si vale los cinco mil dólares que su empresa me cobra.

Cavalli sonrió cuando Johnny se encaminó como un rayo hacia Newbolt.

Angelo se irguió sobre el cuerpo derrumbado. Se inclinó, cogió a Dólar Bill por los hombros y empezó a sacudirle frenéticamente.

El menudo irlandés emitió un ronquido más propio de un tractor asmático que de un ser humano. Angelo se acercó un poco más, y descubrió que Dólar Bill olía como si hubiera pasado la noche en la destilería local.

Angelo comprendió que no habría debido dejar solo a Bill la noche anterior, ni siquiera un momento. Si no arrastraba al muy bastardo hacia los Archivos a tiempo, Cavalli les mataría a los dos. Hasta sabía quién se encargaría del trabajo, y el método que la mujer utilizaría. Siguió agitándole, pero los ojos de Dólar Bill continuaron tozudamente cerrados.

A las ocho en punto sonó un claxon, y el equipo de filmación se tomó un descanso para desayunar.

—Treinta minutos. Normas del sindicato —explicó Johnny, cuando Cavalli puso cara de exasperación.

El equipo rodeó un remolque aparcado en la acera (otro gasto importante), donde les sirvieron huevos, jamón y judías pintas. Cavalli se vio obligado a admitir que las multitudes congregadas detrás de las barreras policiales y los transeúntes que se paraban en la acera no parecían dudar ni por un momento de que un equipo cinematográfico estaba a punto rodar.

Cavalli decidió aprovechar el descanso de media hora para comprobar en persona que, cuando los coches doblaran por la calle 7, no podría verlos ningún miembro del equipo desde la avenida de Pennsylvania.

Se alejó a buen paso del tumulto, y cuando llegó a la esquina de la calle 7 torció a la derecha. Fue como entrar en un mundo diferente. Se sumó a un grupo de gente que ignoraba por completo lo que sucedía a menos de medio kilómetro. Era como Washington en un martes por la mañana normal. Se quedó complacido al divisar a Andy Borzello, sentado en el banco de la parada del autobús cerca de la zona de carga y descarga de los Archivos Nacionales, leyendo el *Washington Post*.

Cuando Cavalli regresó, el equipo de filmación se disponía a efectuar las últimas comprobaciones; nadie quería ser la persona responsable de que una toma debiera repetirse.

Las muchedumbres que se agolpaban ante las barreras aumentaban a cada momento, y la policía dedicaba la mayor parte de su tiempo a explicar que iban a rodar una película, aunque al cabo de un par de horas, como mínimo. Varias personas se mostraron decepcionadas por la información y se alejaron, pero no tardaron en ser reemplazadas por nuevos curiosos.

El teléfono inalámbrico de Cavalli empezó a sonar. Apretó el botón para hablar y oyó las vocales de su padre, típicas de Brooklyn. El presidente fue cauto por teléfono, y solo preguntó si habían surgido problemas.

—Varios —admitió Tony—, pero ninguno que no hubiéramos anticipado o que no podamos resolver, de momento.

—No olvides suspender la operación si no te satisface la respuesta a tu llamada de las nueve. En cualquier caso, no debe volver a la Casa Blanca.

La comunicación se interrumpió. Cavalli sabía que su padre tenía razón en lo

tocante a las dos cuestiones.

Cavalli volvió a consultar su reloj: las ocho y cuarenta y tres minutos. Se acercó a Johnny.

—Voy al Willard. Supongo que no tardaré mucho, de manera que sigue con lo tuyo. Por cierto, veo que has dispuesto todo tu equipo sobre la acera.

—Claro —dijo Johnny—. En cuanto Newbolt habló con ese poli, hasta nos ayudó a cargar el maldito material.

Cavalli sonrió y se encaminó hacia el hotel Willard, pasando por el Teatro Nacional. Gino Sartori venía en dirección contraria.

—Gino —dijo Cavalli, y se detuvo ante el exmarine—. ¿Están todos tus hombres preparados?

—Todos y cada uno de los bastardos.

—¿Puedes garantizar su silencio?

—Como tumbas. Si no quieren terminar cavando la suya, vamos.

—¿Dónde están ahora?

—Llegando desde ocho direcciones diferentes. Todos han de presentarse ante mí a las nueve y media. Trajes oscuros elegantes, corbatas discretas y pistolerías que no se vean.

—Avísame en cuanto hayan llegado todos.

—Lo haré.

Cavalli continuó hacia el hotel Willard y, después de consultar su reloj, aceleró el paso.

Entró en el vestíbulo y vio que Rex Butterworth paseaba de un lado a otro nerviosamente, como si el único objetivo de su vida fuera gastar la alfombra azul y dorada. Puso cara de alivio al ver a Cavalli, y se reunió con él cuando se encaminó hacia el ascensor.

—Te dije que me esperaras sentado en un rincón, no que desfilaras arriba y abajo delante de todos los reporteros que buscan un artículo.

Butterworth murmuró una disculpa mientras entraban en el ascensor. Cavalli apretó el botón once. Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que estuvieron dentro de la 1137, la habitación en que Cavalli se había alojado aquella noche.

Cavalli observó con más atención a Rex Butterworth, ahora que se encontraban solos. Sudaba como si acabara de correr diez kilómetros, en lugar de haber subido once pisos en ascensor.

—Cálmate —dijo Cavalli—. Hasta el momento, lo has hecho muy bien. Una llamada telefónica más, y habrás terminado. Estarás volando a Río antes de que nuestro primer motorista llegue a los Archivos Nacionales. Bien, ¿tienes claro lo que has de decirle a Marshall?

Butterworth sacó unas notas escritas a mano, masculló algunas palabras y dijo:

—Sí, lo tengo claro y estoy preparado.

Temblaba como un flan.

Cavalli marcó el número particular del despacho del Archivero, y cuando oyó el primer timbrazo pasó el auricular a Butterworth. Los dos escucharon los continuos timbrazos. Por fin, Cavalli alargó la mano para recuperar el auricular. Probarían otra vez al cabo de unos minutos. De pronto, se oyó un clic y una voz.

—Al habla Calder Marshall.

Cavalli entró en el cuarto de baño y descolgó el supletorio.

—Buenos días, señor Marshall. Soy Rex Butterworth, desde la Casa Blanca. Quería saber si ya lo tiene todo dispuesto.

—Desde luego, señor Butterworth. Todos los miembros de mi personal han recibido la orden de estar en sus puestos a las nueve en punto. De hecho, ya he visto a la mayoría, pero solo mi ayudante y el Conservador conocen el auténtico motivo de que les haya pedido estricta puntualidad esta mañana.

—Bien hecho —dijo Butterworth—. El presidente va bien de tiempo y calculamos que se reunirá con usted alrededor de las diez, pero me temo que deberá regresar a la Casa Blanca hacia las once.

—A las once, por supuesto. Espero que podamos enseñarle todo el edificio en cincuenta minutos, porque muchos miembros del personal desean estrecharle la mano.

—Esperemos que esos cincuenta minutos sean suficientes. ¿Puedo tener la certeza de que no existen problemas en lo tocante a la petición personal del presidente?

—No, que yo sepa. El Conservador se sentirá muy complacido de quitar el cristal para que el presidente pueda examinar el pergamino en su forma original. Guardaremos la Declaración en la bóveda hasta que el presidente haya abandonado el edificio. Confío en que el documento vuelva a estar expuesto al público pasados unos minutos de su marcha.

—Tengo la impresión de que lo tiene todo controlado, señor Marshall —dijo Butterworth, la frente perlada de sudor—. Acabo de ver al presidente y me temo que ya no volveremos a encontrarnos en toda la mañana, pero esta tarde le llamaré para que me cuente cómo ha ido todo.

Cavalli dejó el teléfono en un lado del baño y volvió al dormitorio como una flecha. Se detuvo frente al asesor especial del presidente. Butterworth compuso una expresión aterrorizada. Cavalli meneó violentamente la cabeza de un lado a otro.

—De hecho, ahora que veo mi agenda, creo que hoy no podrá localizarme, señor Marshall, porque prometí a mi mujer que me iría del despacho un poco antes de lo normal para preparar nuestras vacaciones anuales, que empiezan mañana.

—Oh, ¿adónde van? —preguntó con candidez Marshall.

—A Charleston, a ver a mi madre, pero confío en que la visita del presidente a los Archivos constituya un gran éxito. ¿Por qué no nos vemos en cuanto regrese?

—Me gustaría mucho —contestó Marshall—. Espero que tenga una estancia agradable en Carolina del Sur. Las azaleas aún estarán floreciendo.

—Sí, supongo que sí —dijo Butterworth. Miró a Cavalli y este se pasó un dedo

horizontalmente sobre la garganta—. Tengo una llamada por la otra línea —añadió, y colgó sin decir nada más.

—Has hablado demasiado, idiota. No nos interesa que intente ponerse en contacto contigo otra vez.

Butterworth le miró con temor.

—¿Cuánto tiempo tardará la Casa Blanca en preguntarse por tu paradero? —preguntó Cavalli.

—Una semana, como mínimo. Es verdad que me toca mi permiso anual, y hasta mi jefe cree que voy a Charleston con mi mujer.

—Bien, al menos eso lo has hecho bien —dijo Cavalli, mientras entregaba a Butterworth un billete de ida a Río de Janeiro y una carta de confirmación de que la cantidad de novecientos mil dólares había sido depositada en el Banco do Brasil—. He de volver al set —continuó Cavalli—. Quédate aquí diez minutos, y luego ve en taxi al aeropuerto Dulles. Y cuando llegues a Brasil, no te gastes todo el dinero en una chica. Y, Rex, ni se te ocurra volver. Si lo haces, no solo serán los federales quienes te esperen en el aeropuerto.

Angelo había logrado que Dólar Bill se vistiera, pero aún hedía a Guinness, y no guardaba el más mínimo parecido con el médico personal del presidente, desde luego..., ni con el médico de nadie.

—Lo siento, muchacho. Lo siento, muchacho —repetía Dólar Bill—. Espero que no te haya metido en un lío.

—Eso ocurrirá si no te serenás a tiempo de interpretar tu papel y te ocupas de que el pergamino sea transferido al cilindro especial. Porque si Cavalli descubre que anoche no estuve contigo, eres hombre muerto, y aún peor, yo también.

—Calma, muchacho, y prepárame un Bloody Mary. Dos partes de zumo de tomate y una de *vodka*. Me pondré bien en un periquete, ya lo verás.

Angelo compuso una expresión escéptica, mientras la cabeza del hombrecillo se desplomaba sobre la almohada.

Cuando Cavalli cerró la puerta de la habitación 1137, una mujer que empujaba un enorme carro de lavandería se cruzó con él. Bajó en ascensor a la planta baja y salió del hotel. Lo primero que vio cuando dejó el Willard y cruzó la plaza que separaba el hotel de la avenida de Pennsylvania fue que el tráfico se había paralizado y la retención ocupaba más de medio kilómetro de la calle 15.

Al y Johnny fueron corriendo hacia él desde direcciones diferentes.

—¿Qué pasa? —Fueron las primeras palabras de Cavalli.

—El tráfico normal de la mañana procedente de Virginia, dice la policía, solo que estamos bloqueando un carril y medio con nuestros doce vehículos y seis motoristas.

—Maldita sea, es culpa mía —masculló Cavalli—. Tendría que haberlo previsto. ¿Qué sugieres, Al?

—He enviado a mis chicos al garaje Atlántico, en la esquina de la 13 y la F, hasta que la policía agilice el tráfico, y volverán cuando casi sea la hora de empezar.

—Es muy peligroso —dijo Johnny—. El permiso solo me concede cuarenta y cinco minutos para rodar, y no lo alargarán ni un segundo más.

—Muy bien, Al. Adelante con tu plan, pero tenéis que estar de vuelta a las diez menos diez. —Cavalli consultó su reloj—. Eso hace veintisiete minutos.

Al corrió hacia los coches aparcados.

Cavalli desvió su atención hacia el director.

—¿A qué hora sacarás al actor?

—A las nueve cincuenta, o cuando regrese el último coche. Se está maquillando en aquel remolque —señaló Johnny.

Cavalli vio cómo la sexta limusina se alejaba, y experimentó un gran alivio al ver que el tráfico empezaba a moverse.

—¿Qué pasará con los agentes del Servicio Secreto de Gino, ahora que los coches se han ido?

—La mayoría están mezclados con los extras, pero no parecen demasiado convencidos.

El teléfono inalámbrico de Cavalli empezó a sonar.

—Debo volver, o te quedarás sin película, real o ficticia —advirtió Johnny.

—Sí —dijo Cavalli en el auricular, mientras el director se alejaba a toda prisa. Algo captó la atención de Cavalli, mientras intentaba concentrarse en la voz al otro extremo de la línea.

—El helicóptero está preparado para despegar a las diez en punto, jefe, pero el permiso solo es de siete minutos. Los guardias de tráfico no permitirán que siga volando después de eso, por mucho que hayas dado a la Orden Fraternal de la Policía.

—Aún vamos bien de tiempo, pese a algunos problemas, o sea que hazlo despegar a las diez y que sobrevuele la ruta. Marshall y su personal os verán y oirán cuando llegemos a los Archivos. Eso es lo único que me interesa.

—Muy bien, jefe. Comprendido.

Cavalli volvió a consultar su reloj. Eran las nueve y treinta y seis y el tráfico circulaba con fluidez. Se acercó al oficial encargado de coordinar el rodaje, que actuaba en nombre de la oficina de cine y televisión de la ciudad.

—No se preocupe —dijo el teniente, antes de que Cavalli abriera la boca—. El tráfico se detendrá y las señales de desvío se colocarán a las nueve y cincuenta y nueve. Le prometo que podrán iniciar el rodaje a la hora convenida.

—Gracias, oficial —respondió Cavalli, quien llamó de inmediato a Al Calabrese.

—Será mejor que llames a tus chicos...

—El número uno ya ha salido con dos motoristas. El número dos está a punto de hacerlo. Los demás, saldrán a intervalos de veinte segundos.

—Tendrías que haber sido general del ejército.

—Echa la culpa al gobierno. No recibí la educación adecuada.

De pronto, la avenida de Pennsylvania estalló en luces. Cavalli, como todo el mundo, se protegió los ojos, y luego, con igual celeridad, las luces se apagaron, reduciendo el sol de la mañana a una difusa bombilla.

—Buen trabajo. —Oyó gritar Cavalli al director—. Solo he localizado una que no funcionaba. La séptima de la derecha.

Cavalli permaneció inmóvil y miró hacia la esquina de la calle 13. Vio la primera limusina de Al, escoltada por dos motoristas, que se abría paso entre el tráfico. La visión de la reluciente limusina negra le puso nervioso por primera vez.

Un hombre alto, calvo y robusto, ataviado con gafas de sol, traje azul oscuro, camisa blanca y corbata a rayas rojas, blancas y azules caminaba hacia él. Se detuvo al lado de Cavalli cuando el primero de los dos motoristas y el coche de policía que abría la marcha giró hacia el bordillo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Cavalli.

—Como todas las noches de estreno —contestó Lloyd Adams—. Me pondré en forma en cuanto se levante el telón.

—Bien, anoche te sabías los diálogos a la perfección.

—Mis diálogos no representan ningún problema. Es Marshall quien me preocupa.

—¿Qué quieres decir?

—No ha podido asistir a ningún ensayo, ¿verdad? —contestó el actor—. Por lo tanto, no se sabe sus diálogos.

El segundo coche apareció, acompañado por dos motoristas más, mientras Al Calabrese se acercaba corriendo y Lloyd Adams se encaminaba hacia el remolque.

—¿Todavía puedes hacerlo en nueve minutos? —preguntó Cavalli, y consultó su reloj una vez más.

—Siempre que la elite del jefe Thomas no meta la pata, como cada mañana.

Al se dirigió hacia los coches y empezó a organizar el despliegue de la bandera presidencial en la parte delantera del tercer coche, antes de inspeccionar las posibles motas de polvo que hubieran aparecido sobre la carrocería después de la vuelta a la manzana.

La furgoneta del equipo hizo acto de aparición. De inmediato, Scasiatore se giró en su taburete y, mediante un megáfono, ordenó al actor, al secretario, al teniente y al médico que se dispusieran a subir al tercer y cuarto vehículos.

Cuando el director preguntó por el teniente y el médico Cavalli recordó de repente que no había visto a Dólar Bill y Angelo en toda la mañana. Quizás estaban esperando en el remolque.

La cuarta limusina apareció mientras los ojos de Cavalli barrían el horizonte en busca de Angelo.

La bocina volvió a sonar durante varios segundos, en esta ocasión para alertar al equipo de rodaje de que quedaban diez minutos para empezar a grabar. El ruido casi

impidió que Cavalli oyera el timbre de su teléfono.

—Soy Andy, jefe. Llamo para informarle de que continúo frente a los Archivos Nacionales. La animación es la misma que cuando usted vino, hace una hora.

—Alguien está despierto, al menos —dijo Cavalli.

—En este momento, no habrá más de veinte o treinta personas.

—Me alegra saberlo, pero no vuelvas a llamarme, a menos que algo vaya mal.

Cavalli cortó la comunicación y trató de recordar qué le preocupaba antes de que sonara. Ya habían ocupado su lugar once vehículos y seis motoristas. Aún faltaba un coche, pero algo más le atormentaba. Se distrajo cuando un agente que se erguía en mitad de la avenida de Pennsylvania anunció a voz en grito que estaba preparado para interrumpir el tráfico en cuanto el director lo ordenara. Johnny se alzó en su silla y apuntó frenéticamente hacia el duodécimo coche, atrapado en el tráfico a unos doscientos metros de distancia.

—Si desvía el tráfico ahora —aulló Johnny—, ese nunca conseguirá sumarse al desfile.

El oficial continuó en mitad de la calle y trató de agilizar la circulación con gran profusión de ademanes, con la esperanza de que la limusina llegara cuanto antes, pero sin gran éxito.

—¡Extras a la calle! —gritó Johnny, y varias personas que Cavalli suponía miembros del público salieron a la acera y empezaron a andar arriba y abajo como auténticos profesionales.

Johnny se alzó en su silla de nuevo, pero esta vez se volvió hacia la muchedumbre congregada detrás de las barreras. Un ayudante le alargó un megáfono para que pudiera hablarles.

—Damas y caballeros —empezó—. Vamos a rodar una breve toma para la escena de una película en que el presidente se dirige a la Colina para asistir a una sesión conjunta del Congreso. Les agradecería que saludaran, aplaudieran y vitorearan como si se tratara del auténtico presidente. Muchas gracias.

Estallaron aplausos espontáneos, lo cual provocó las primeras carcajadas de Cavalli aquella mañana. No había reparado en que el exjefe de policía se le había acercado por detrás durante la arenga del director.

—Esto va a costarle un montón de dinero —susurró en su oído— si no sale bien la primera vez.

Cavalli se volvió hacia el antiguo policía y trató de disimular su nerviosismo.

—Me refiero al atraco. Si no terminan la escena esta mañana, las autoridades les prohibirán repetir esta payasada hasta el fin de los tiempos.

—No necesito que me lo recuerde —espetó Cavalli. Devolvió su atención a Johnny, que había bajado de la silla y caminaba hacia el carro portacámara, preparado para moverse en cuanto el duodécimo vehículo ocupara su lugar. El ayudante tendió de nuevo el megáfono a Johnny.

—Esta es la comprobación final. Verifiquen sus posiciones, por favor. Esta es la

comprobación final. ¿Todos preparados en el coche uno? —Se oyó como respuesta un fuerte bocinazo—. ¿Coche dos? —Otro bocinazo—. ¿Coche tres? —Otro bocinazo desde el coche de Lloyd Adams. Cavalli vio por la ventanilla que el actor calvo sacaba la tapa de la caja donde guardaba la peluca—. ¿Coche cuatro?

No surgió ningún sonido del coche cuatro.

—¿Están todos los que deberían estar en el coche cuatro? —Ladró el director.

Fue entonces cuando Cavalli recordó lo que le había atormentado: no había visto a Dólar Bill y Angelo en toda la mañana. Tendría que haberlo comprobado antes. Corrió hacia el director, justo cuando un teniente de la Armada saltaba de un coche que había abandonado en mitad de la calle. Un policía se puso a perseguirle, mientras Dólar Bill, cargado con un maletín de piel, le seguía a unos metros de distancia, a paso lento. Cuando Cavalli comprendió lo que había sucedido, cambió de dirección y caminó con calma hacia el centro de la calle. El oficial naval se paró a su lado. Medía un metro ochenta, llevaba el pelo corto y vestía un uniforme blanco, con una espada que colgaba al costado y medallas sobre el pecho por los servicios prestados en Panamá y el Golfo. Sostenía en la mano derecha una caja negra.

—¿A qué coño crees que estás jugando? —gritó Cavalli.

—El tráfico nos retuvo —se lamentó Angelo.

—Si toda la operación fracasa por tu culpa...

El rostro de Angelo adquirió el tono de su uniforme cuando pensó en el destino de Bruno Morelli.

—¿La espada? —espetó Cavalli.

—Una copia perfecta.

—Y nuestro médico, ¿está perfecto?

—Te prometo que hará su trabajo —dijo Angelo, mientras miraba hacia atrás.

—¿En qué coche vais?

—El número cuatro. Justo detrás del presidente.

—Pues subid ahora mismo.

—Lo siento, lo siento —dijo Dólar Bill, cuando llegó jadeante—. No ha sido culpa de Angelo, sino mía. Lo siento muchísimo —repitió, cuando el teniente abrió la puerta posterior del coche cuatro para que entrara. En cuanto Dólar Bill se acomodó, Angelo se reunió con el falso médico y cerró la puerta.

El policía que había perseguido a Angelo sacó su libreta cuando Cavalli se volvió en busca de Tom Newbolt. Este ya se acercaba corriendo.

—Déjemelo a mí. —Fue todo cuanto dijo.

La segunda furgoneta, con las cámaras de vigilancia dentro, se detuvo con un chirrido de neumáticos y completó la formación. La ventanilla delantera descendió.

—Lo siento, jefe —dijo el chófer—. Al capullo que iba delante de nosotros se le averió el coche.

El reloj de la antigua torre de Correos dio las diez. En aquel momento, a una señal del oficial de coordinación, varios policías salieron a la calle. Unos detuvieron el

tráfico que descendía por la avenida de Pennsylvania, mientras otros colocaban señales de desviación para alejar a los coches del lugar de rodaje.

Cavalli concentró su atención en el otro extremo de la avenida de Pennsylvania, a unos setecientos metros de distancia. El tráfico se había paralizado de nuevo.

—¡Vamos, vamos! —gritó, mientras consultaba su reloj y aguardaba con impaciencia a que la ruta se despejara.

—¡Ya va! —replicó el oficial, parado en mitad de la calle. Cavalli levantó la vista hacia el helicóptero azul y blanco de la policía, que rugía sobre sus cabezas.

Ni él ni el oficial volvieron a hablar hasta pasados un par de minutos, cuando oyeron que un agudo silbido se repetía tres veces al final de la avenida de Pennsylvania. Cavalli echó un vistazo a su reloj. Habían perdido seis preciosos minutos.

—Mataré a Angelo —dijo—. Si...

—¡Todo despejado! —gritó el oficial de coordinación. Se volvió hacia Cavalli, que levantó ambos pulgares hacia el director.

—Aún les quedan treinta y nueve minutos —chilló el oficial—. Suficiente para realizar la toma dos veces.

Cavalli no oyó las últimas palabras, pues ya corría hacia el segundo coche. Abrió la puerta y saltó al asiento contiguo al chófer.

Entonces, otra idea torturante le asaltó. Miró por la ventanilla lateral y se puso a escudriñar la muchedumbre.

—¡Luces! —chilló el director, y la avenida de Pennsylvania se iluminó como Macy's la víspera de Navidad.

—Todo el mundo preparado. Empezaremos a rodar dentro de sesenta segundos.

Los motores de limusinas y motos se encendieron. Los extras empezaron a pasear arriba y abajo, mientras la policía alejaba a los curiosos de la escena. El director se reclinó en su silla para examinar las luces y comprobar si la séptima de la fila funcionaba.

—Treinta segundos. —Johnny miró al conductor del primer coche y habló por el megáfono—. No olvides tomártelo con calma. Mi carro portacámara solo alcanza los quince metros por hora en marcha atrás. En cuanto a los transeúntes. —El director paseó la mirada por la acera—, hagan el favor de dar la impresión de caminar, no de estar haciendo una prueba para Hamlet.

El director desvió su atención hacia la multitud.

—Y ustedes, no me decepcionen. Aplaudan, vitoreen y saluden, y recuerden que repetiremos el mismo número dentro de unos veinte minutos, así que hagan el favor de quedarse en su sitio, si pueden.

»Quince segundos —dijo el director, y se volvió hacia el primer coche de la fila—. Buena suerte a todos.

Tony miró a Scasiatore, como si quisiera darle ánimos.

Llevaban ocho minutos de retraso, lo cual, con este presidente en concreto, añadía

un toque de autenticidad.

—Diez segundos. Rodando. Nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Acción!

La mujer que empujaba el carrito de la lavandería por el pasillo hizo caso omiso del cartel de «No molesten», colgado en la puerta de la habitación 1137, y entró sin llamar.

Un hombre algo obeso, que sudaba profusamente, se sentaba en el borde de la cama. Estaba tecleando unos números en el teléfono cuando se volvió y la vio.

—Fuera de aquí, puta estúpida —dijo, y volvió a teclear los números.

La mujer se colocó detrás de él en tres rápidas zancadas. El hombre se volvió una vez más, justo cuando ella se inclinaba, cogía el cable del teléfono con las dos manos y lo pasaba alrededor de su cuello. El hombre levantó un brazo para protestar, mientras ella retorció las muñecas con un gesto brusco. El hombre se desplomó sobre la alfombra, justo cuando la voz del teléfono decía:

—Gracias por utilizar AT & T.

Comprendió que no debería haber utilizado el cable del teléfono. Muy poco profesional..., pero nadie la llamaba puta estúpida.

Colgó el teléfono, se agachó y cargó al asesor especial del presidente sobre su hombro. Lo arrojó dentro del carrito. Nadie pensaría que una mujer tan frágil pudiera levantar semejante peso. En realidad, su título de físicas solo le servía para aplicar los principios de los fulcros, ejes y palancas en la profesión que había elegido.

Abrió la puerta y examinó el pasillo. A esta hora, era improbable que hubiera mucha gente. Empujó el carrito por el pasillo hasta llegar al ascensor de servicio. Esperó pacientemente. Cuando llegó el ascensor, apretó el botón que la bajaría al garaje.

El ascensor se detuvo en el semisótano. Sacó el carrito y lo empujó hasta el maletero de un Honda Accord, el segundo coche más popular de Estados Unidos.

Ocultó tras una columna, trasladó rápidamente al asesor especial del carrito al maletero del coche. Después, devolvió el carrito al ascensor, se quitó el abolsado uniforme negro, lo tiró al carrito, extrajo el bolso con la larga asa de cuerda y envió el carrito de la lavandería al vigésimo quinto piso.

Se alisó su vestido Laura Ashley antes de subir al coche y esconder el bolso debajo del asiento. Salió desde el aparcamiento a la calle F, y había recorrido un trayecto muy corto cuando un policía de tráfico la detuvo.

Bajó la ventanilla.

—Siga la señal de desvío —dijo el agente, sin ni siquiera mirarla.

La mujer echó un vistazo al reloj del tablero de instrumentos. Eran las diez y siete.

Mientras el primer coche de la policía se alejaba lentamente del bordillo, el carro portacámara corría hacia atrás sobre sus railes a la misma velocidad. Las multitudes agolpadas detrás de las barreras empezaron a saludar y vitorear. Si hubieran estado rodando una película auténtica, el director habría gritado «¡Corten!» al cabo de veinte segundos, porque el imbécil del oficial de coordinación seguía de pie en medio de la calle con los brazos en jarras, indiferente al hecho de que no era la estrella de la película.

Cavalli no se fijó en el oficial, porque tenía la vista clavada en el frente. Telefoneó a Andy, pues sabía que seguiría sentado en el banco de la calle 7, leyendo el *Washington Post*.

—Poca acción por este lado, jefe. Cierta actividad al pie de la rampa, pero en la calle nadie demuestra verdadero interés. ¿Va todo bien por ahí? Se están retrasando.

—Sí, lo sé, pero nos reuniremos contigo dentro de sesenta segundos —dijo Cavalli, mientras el director llegaba al final de su vía particular y levantaba un pulgar para indicar a los coches que podían aumentar la velocidad a cuarenta kilómetros por hora. Johnny Scasiatore saltó del carro y regresó poco a poco por la avenida de Pennsylvania para preparar la segunda toma.

Cavalli cortó la comunicación y respiró hondo cuando la caravana de automóviles rebasó la calle 9. Contempló el monumento a Franklin Delano Roosevelt, que se alzaba en un parche de hierba frente a la entrada principal de los Archivos. El primer coche dobló a la derecha por la calle 7; solo quedaba media manzana para que llegaran al camino particular que conducía a la zona de carga y descarga. Los primeros motoristas aceleraron y, cuando pasaron frente a Andy, que se había puesto de pie, giraron a la derecha y descendieron por la rampa.

El resto de la caravana formó una hilera directamente opuesta a la entrada de servicio, en tanto la tercera limusina bajaba por la rampa hasta la zona de carga.

La dotación antidisturbios fue la primera en pisar la calle. Ocho de sus miembros formaron a toda prisa un círculo alrededor del tercer coche.

En cuanto los ocho hombres hubieron escudriñado las cercanías en todas direcciones, Cavalli saltó del segundo coche, corrió hacia ellos y abrió la puerta posterior del tercero para que Lloyd Adams saliera.

Calder Marshall aguardaba en la zona de carga, y se adelantó para recibir al presidente.

—Encantado de conocerle, señor Marshall —dijo el actor y extendió la mano—. Hacía tiempo que aguardaba esta ocasión.

—Y nosotros también, señor presidente. Permítame que le dé la bienvenida, en nombre de mi personal, a los Archivos Nacionales de Estados Unidos. Sígame, por favor.

Lloyd Adams y su séquito siguieron a Marshall hasta un austero montacargas. Mientras un agente del Servicio Secreto apoyaba el dedo en el botón de «apertura», Cavalli ordenó que la caravana regresara al punto de origen. Seis motos y los doce vehículos se alejaron para reunirse con el director y preparar la segunda toma.

El proceso de introducir al actor en el edificio y enviar la caravana de vuelta había durado menos de dos minutos, pero Cavalli quedó consternado al ver que una pequeña muchedumbre ya se había congregado en el otro extremo de la calle, junto a la Comisión de Comercio Federal, al intuir que estaba ocurriendo algo importante. Solo podía confiar en que Andy solucionara el problema.

Cavalli entró en el montacargas y se colocó detrás de Adams. Marshall había empezado a narrar una breve historia sobre cómo había terminado la Declaración de Independencia en los Archivos Nacionales.

—Casi todo el mundo sabe que John Adams y Thomas Jefferson redactaron el borrador de la Declaración, que fue aprobada por el Congreso el 4 de julio de 1776. Sin embargo, muy pocas personas saben que el segundo y tercer presidentes murieron el mismo día, el cuatro de julio de 1826, cincuenta años justos después de la firma oficial.

Las puertas del montacargas se abrieron en la planta baja. Marshall salió a un pasillo de mármol y les guio hacia su despacho.

—La Declaración, señor presidente, padeció un largo y turbulento viaje antes de acabar en este edificio.

Cuando llegaron a la quinta puerta de la izquierda, Marshall condujo al presidente y a su séquito al interior de su despacho, donde les esperaba café. Dos agentes del Servicio Secreto entraron, en tanto los otros seis se quedaban en el pasillo.

Lloyd Adams sorbió su café, pero Marshall hizo caso omiso del suyo y prefirió proseguir la lección de historia.

—Después de la ceremonia de la firma, el 2 de agosto de 1776, la Declaración fue depositada en Filadelfia, pero por temor a que el documento cayera en manos de los ingleses, el pergamino fue trasladado a Baltimore en un carromato.

—Fascinante —dijo lentamente Adams—, pero en caso de ser capturado por la infantería británica, debían existir otras copias, ¿verdad?

—Oh, por supuesto, señor presidente. De hecho, tenemos un buen ejemplo en este mismo edificio, una copia efectuada por William J. Stone. Sin embargo, el original permaneció en Baltimore hasta 1777, cuando fue devuelto a la relativa seguridad de Filadelfia.

—¿En otra carreta?

—Exactamente —dijo Marshall, sin advertir que su interlocutor bromeaba—. Incluso sabemos el nombre de la persona que la condujo, un tal Samuel Smith. Más tarde, en 1800, bajo la dirección del presidente Adams, la Declaración fue trasladada a Washington, donde fue depositada primero en el ministerio de Hacienda, pero entre 1800 y 1814 viajó por toda la ciudad, hasta terminar en el antiguo edificio del

ministerio de la Guerra, en la calle 17.

—Y en aquel tiempo todavía seguíamos en guerra con Inglaterra, claro está —dijo el actor.

Cavalli se quedó admirado no solo de lo bien que había aprendido Adams su diálogo, sino también de su profunda investigación.

—Exacto, señor presidente —dijo el Archivero—. Y cuando la flota británica apareció en la bahía de Chesapeake, el secretario de estado, James Monroe, ordenó que el documento volviera a ser trasladado, porque, como bien sabrá el señor presidente, el responsable de la seguridad del pergamino no es el presidente, sino el secretario de Estado.

Lloyd Adams lo sabía, pero no estaba tan seguro respecto al verdadero presidente, por lo cual decidió jugar sobre seguro.

—¿Es eso cierto, señor Marshall? En ese caso, tal vez le tocaría a Warren Christopher, quien se encuentra hoy en la capital, supervisar la Declaración, no a mí.

—El secretario de Estado tuvo la amabilidad de visitarnos cuando entró en funciones —replicó Marshall.

—Pero no quiso que volviera a trasladar el documento —dijo el actor.

Marshall, Cavalli, el teniente y el médico corearon el comentario con las carcajadas de rigor, antes de que el Archivero continuara.

—Monroe, cuando supo que los británicos avanzaban hacia Washington, ordenó que transportaran la Declaración por el Potomac hasta Leesburg, en Virginia.

—El 24 de agosto —dijo Adams—, cuando redujeron a cenizas la Casa Blanca.

—Exactamente —admitió Marshall—. Está bien informado, señor.

—Para ser justo —declaró el actor—, mi asesor especial, Rex Butterworth, me ha aleccionado a la perfección.

Marshall dio muestras de reconocer el nombre, pero Cavalli se preguntó si el actor no se estaba pasando de listo.

—Aquella noche —prosiguió Marshall—, mientras la Casa Blanca ardía, la Declaración fue depositada sana y salva en Leesburg, gracias a la previsión de Monroe.

—Entonces, ¿cuándo regresó a Washington el pergamino? —preguntó el actor, que habría podido decirle a Marshall la fecha exacta.

—Al cabo de pocas semanas, señor. El 17 de setiembre de 1814, para ser exacto. La Declaración ha permanecido en la capital desde entonces, salvo un viaje a Filadelfia para la celebración del centenario y el tiempo que pasó en Fort Knox durante la Segunda Guerra Mundial.

—Pero no en este edificio —precisó Adams.

—No, señor presidente, tiene razón de nuevo. Ha pasado por otros hogares antes de acabar aquí, y el peor fue la Oficina de Patentes, donde estuvo colgada frente a una ventana durante años, expuesta a la luz del sol, lo cual causó al pergamino daños irreparables.

Bill O'Reilly, de pie en un rincón, pensó en las horas de trabajo y las copias que había destruido durante la fase preparatoria por culpa de aquella estupidez. Maldijo a todos aquellos que habían trabajado en la Oficina de Patentes.

—¿Cuánto tiempo estuvo colgada allí? —preguntó Adams.

—Treinta y cinco años, señor —contestó Marshall, con un suspiro que delató una irritación comparable a la de Dólar Bill hacia sus irresponsables predecesores—. En 1877, la Declaración fue trasladada a la biblioteca del departamento de Estado. No solo era habitual fumar en aquel tiempo, sino que también había una chimenea en la sala. Debo añadir que el edificio fue dañado por un incendio pocos meses después de que el pergamino fuera trasladado.

—Faltó poco —dijo Adams.

—Cuando la guerra terminó —continuó Marshall—, la Declaración fue sacada de Fort Knox y devuelta a Washington en un vagón Pullman, antes de depositarse en la Biblioteca del Congreso.

—Espero que no estuviera expuesta a la luz otra vez —dijo Adams, mientras el teléfono de Cavalli sonaba.

Cavalli se encaminó a un rincón distante y oyó la voz del director.

—Hemos vuelto al punto de partida, y estamos preparados para movernos en cuanto digáis.

—Te llamaré cuando te necesite —se limitó a contestar Cavalli. Cortó la comunicación y siguió escuchando las disquisiciones del Archivero.

—... En un recipiente hermético, equipado con un filtro, que neutralizaba los rayos ultravioletas perjudiciales.

—Fascinante. ¿Cuándo llegó el documento definitivamente a este edificio? —preguntó Adams.

—El 13 de diciembre de 1952. Fue transportado desde la Biblioteca del Congreso a los Archivos Nacionales en un tanque, escoltado por la Infantería de Marina.

—Primero, una carreta, y por fin, un tanque —dijo Adams consciente de que Cavalli estaba consultando su reloj—. Quizás ha llegado el momento de que contemple la Declaración en toda su gloria.

—Por supuesto, señor Presidente.

Marshall salió al pasillo, seguido del actor y su séquito.

—Por lo general, la Declaración se expone al público en la rotonda de la planta baja, pero nosotros la veremos en la bóveda, adonde fue transportada anoche.

Cuando llegaron al final del pasillo, el Archivero precedió al presidente por un tramo de escalera descendente, mientras Cavalli inspeccionaba la ruta que les proporcionaría la huida más rápida si se producían problemas. Se quedó muy complacido al comprobar que el Archivero había obedecido sus instrucciones, alejando al personal de los pasillos.

Bajaron la escalera y se detuvieron ante una inmensa puerta de acero, ante la cual aguardaba un hombre de edad avanzada, cubierto con una larga bata blanca. Sus ojos

se iluminaron cuando vio al actor.

—Les presento al señor Mendelssohn —dijo Marshall—. El señor Mendelssohn es el Conservador y, debo confesar, el auténtico experto en lo tocante a todos los aspectos del pergamino. Será su guía durante los siguientes minutos, antes de que visitemos el resto del edificio.

El actor se adelantó y extendió la mano.

—Encantado de conocerle, señor Mendelssohn.

El anciano se inclinó, estrechó la mano del actor y abrió la puerta de acero.

—Tenga la bondad de seguirme, señor presidente —dijo, con acento centroeuropeo.

Una vez en el interior de la bóveda, Cavalli vio que sus hombres se desplegaban en un pequeño círculo, mientras sus ojos se fijaban en todo, excepto en el presidente. Bill O'Reilly, Angelo y Debbie también ocuparon sus lugares, tal como habían ensayado la noche anterior.

Cavalli lanzó un rápido vistazo a Dólar Bill, quien tenía aspecto de ser él quien necesitara un médico.

Mendelssohn guio al actor hacia un enorme bloque de hormigón que abarcaba la mayor parte de la pared opuesta. Palmeó la losa de hormigón y explicó que la capa protectora había sido construida en una época en que el mayor temor de la nación residía en un ataque nuclear.

—La Declaración está protegida por cinco toneladas de hojas metálicas entrelazadas, empotradas en la bóveda de hormigón y acero que ve ante usted, y cuyo peso se calcula en cincuenta y cinco toneladas. Puedo asegurarle, señor presidente —añadió Mendelssohn—, que si Washington fuera reducida a cenizas, la Declaración de Independencia permanecería intacta.

—Impresionante —dijo Adams—. Muy impresionante.

Cavalli consultó su reloj: eran las diez y veinticuatro, y ya llevaban diecisiete minutos en el interior del edificio. Aunque las limusinas les esperaban, no tenía otro remedio que adaptarse al ritmo del Conservador. Al fin y al cabo, sus anfitriones eran conscientes de las limitaciones horarias del presidente, si aún confiaban en enseñarle el resto del edificio.

—Todo el sistema, señor presidente —continuó el Conservador, entusiasmado—, funciona electrónicamente. Al apretar un botón, la Declaración, que siempre se exhibe y guarda en posición vertical, se eleva desde este nivel a través de puertas trabadas que se abren antes de que el documento se deposite en un recipiente de bronce macizo, protegido por cristales antibalas y láminas de plástico, provistas de filtros ultravioletas que dotan a la capa interna de un leve tono verdoso. —El actor parecía perdido, pero el señor Mendelssohn continuó, sin darse cuenta—. Nos encontramos ahora a unos seis metros y medio por debajo de la sala de exposición y, como es posible accionar el mecanismo manualmente, puedo detener la maquinaria en cualquier momento. Con su permiso, señor Marshall.

El Archivero cabeceó, y el Conservador tocó un botón que ni Cavalli ni el actor habían visto hasta aquel momento. Las hojas de cinco toneladas empezaron a separarse sobre sus cabezas. Se oyó un estruendo metálico cuando el enorme armazón metálico que alojaba el pergamino inició su recorrido diario hacia el techo. Al llegar a la altura del escritorio, el señor Mendelssohn apretó un segundo botón, y el ruido metálico cesó al instante. Entonces, elevó su palma abierta hacia el recipiente.

Lloyd Adams avanzó un paso y contempló el histórico documento.

—Ahora, señor presidente, recordando su deseo personal, nosotros también vamos a pedirle algo.

Dio la impresión de que el actor se mostraba inseguro sobre lo que debía decir, y desvió la vista hacia Cavalli.

—¿Cuál es esa petición? —preguntó Cavalli, temeroso de un cambio en sus planes a última hora.

—Simplemente —dijo el señor Mendelssohn— que, mientras el Archivero y yo extraemos el recipiente externo de la Declaración, sus hombres tengan la bondad de ponerse de cara a la pared.

Cavalli vaciló, consciente de que el Servicio Secreto jamás permitiría que sus hombres dejaran de ver al presidente ni un solo segundo.

—Permítame facilitarle la tarea, señor Mendelssohn —dijo Adams—. Yo seré el primero en complacer su petición.

El actor dio la espalda al documento, y el resto de su séquito le imitó.

En el breve espacio de tiempo que el séquito no pudo ver lo que ocurría detrás de ellos, Cavalli oyó doce claros tics y los exagerados suspiros de dos hombres poco acostumbrados a mover grandes pesos.

—Gracias, señor presidente —dijo Calder Marshall—. Espero que no le hayamos causado graves inconvenientes. Los trece intrusos se volvieron y contemplaron el enorme marco. Habían alzado el recipiente de bronce para dar la impresión de un libro abierto.

Lloyd Adams, seguido a un paso de distancia por Cavalli y Dólar Bill, avanzó para admirar el original, mientras Marshall y el Conservador seguían examinando el viejo pergamino. De pronto, sin previo aviso, el actor trastabilló hacia atrás, se llevó las manos a la garganta y cayó al suelo. Cuatro agentes del Servicio Secreto rodearon de inmediato a Adams, mientras los otros cuatro arrastraban hacia el pasillo al Conservador y al Archivero, antes de que pudieran pronunciar palabra. Tony se vio forzado a admitir que Johnny tenía razón: había sido un pésimo ejemplo de sobreactuación.

En cuanto se cerró la puerta, Cavalli vio que Dólar Bill ya estaba contemplado el pergamino, los ojos brillantes de emoción, con el teniente a su lado.

—Pongamos manos a la obra, Angelo —dijo el irlandés. Extendió los dedos. El teniente extrajo un par de guantes de goma del maletín del doctor y se los calzó. Dólar Bill agitó los dedos como un concertista de piano antes del recital. Una vez

colocados los guantes, Angelo se agachó y sacó del maletín un largo y fino cuchillo, y depositó con firmeza el mango en la mano derecha de Dólar Bill.

Mientras se llevaban a cabo estos preparativos, los ojos de Dólar Bill no se habían apartado ni un instante del documento. Un silencio sepulcral cayó sobre la bóveda cuando el falsificador se inclinó hacia el pergamino y colocó con suavidad la hoja del cuchillo bajo la esquina superior derecha. Se desprendió lentamente. Dólar Bill transfirió el cuchillo a la esquina izquierda, que también se desprendió. Devolvió el cuchillo a Angelo y dobló el pergamino con sumo cuidado, para no dañarlo.

Al mismo tiempo, Angelo extrajo el puño de la espada sostuvo la hoja frente a él. Cavalli avanzó un paso y extrajo poco a poco la copia efectuada por Cavalli de la cámara, especialmente construida, que ocupaba el lugar de la hoja.

Cavalli y Dólar Bill intercambiaron su botín e invirtieron el proceso. Mientras Cavalli introducía la Declaración verdadera, centímetro a centímetro, en la vaina de la espada, Bill empezó a desenrollar su falsificación sobre la placa posterior del cristal laminado; la mezcla química húmeda contribuyó a que el documento se quedara fijo. El falsificador olfateó el aire ruidosamente. El fuerte olor sugería timol a su sensible olfato. Dólar Bill dedicó a su copia una larga mirada más, comprobó la corrección ortográfica y dio un paso atrás, abandonando a regañadientes su obra maestra a los tiernos cuidados de los Archiveros Nacionales y a su prisión de hormigón.

Una vez completada su tarea, Dólar Bill se acercó a Lloyd Adams. Debbie ya había desabotonado el cuello de su camisa, aflojado la corbata y aplicado una base de maquillaje pálido a sus mejillas. El falsificador dobló una rodilla, se quitó los guantes de goma y los tiró dentro del maletín, lleno de productos de maquillaje, mientras Cavalli marcaba un número en su teléfono inalámbrico.

Recibió la respuesta antes de que terminara el primer timbrado, pero Cavalli solo oyó una voz tenue.

—Toma dos —dijo Cavalli con energía, y cortó la comunicación antes de señalar a la puerta. Un agente del Servicio Secreto abrió la rejilla de acero y Cavalli vio que el señor Mendelssohn irrumpía como una exhalación por el hueco y se precipitaba hacia el marco de latón, en tanto Marshall, pálido y tembloroso, corría hacia el presidente.

Cavalli experimentó alivio al observar que una sonrisa curvaba los labios del Conservador cuando se inclinó sobre la falsa Declaración. Con la ayuda de Angelo, tiró hacia sí del recipiente y dedicó al manuscrito una mirada amorosa, antes de bajar la tapa. Después, aseguró los doce cerrojos que rodeaban el exterior del estuche. Presionó un botón, se oyeron de nuevo los ruidos metálicos y el macizo marco de latón desapareció poco a poco en el suelo.

Cavalli devolvió su atención al actor y vio que dos agentes del Servicio Secreto le ayudaban a levantarse, mientras Dólar Bill cerraba su maletín.

—¿Qué producto químico protege el pergamino? —preguntó Dólar Bill.

—Timol —contestó el Archivero.

—Claro, tendría que haberlo adivinado. Teniendo en cuenta el problema de alergia del presidente, tendría que haber esperado esta reacción. No tenga miedo. En cuanto le saquemos de nuevo al exterior, se recobrará enseguida.

—Gracias a Dios —dijo Marshall, que aún temblaba.

—Amén —contestó el menudo irlandés, mientras transportaban al actor hacia la puerta.

Cavalli dejó atrás al tambaleante Lloyd Adams y se acercó al Archivero.

—Nadie, repito, nadie debe enterarse de este incidente —dijo—. Nada podría perjudicar más al presidente, sobre todo teniendo en cuenta que ejerce el cargo desde hace muy poco tiempo y lo que el señor Bush padeció después de su viaje a Japón.

—Después de su viaje a Japón. Por supuesto, por supuesto.

—Si algún miembro del personal pregunta por qué el presidente no terminó su visita al edificio, cíñase al guión de que le llamaron urgentemente desde la Casa Blanca.

—Le llamaron urgentemente desde la Casa Blanca. Por supuesto, por supuesto —dijo Marshall, más blanco que el actor.

Cavalli experimentó un gran alivio al comprobar que sus órdenes acerca de no permitir la presencia en el pasillo inferior de ningún miembro del personal durante la visita presidencial se habían cumplido.

En cuanto llegaron al montacargas y todo el grupo estuvo dentro, descendieron al nivel de la zona de carga y descarga. Cavalli se adelantó a todos y subió por la rampa a la calle 7.

Se irritó al descubrir que aún seguía congregada una pequeña multitud en la acera opuesta, y ninguna señal de la caravana. Miró nerviosamente a su derecha, donde Andy se encontraba de pie sobre el banco, señalando hacia la avenida de Pennsylvania. Cavalli se volvió a mirar en la misma dirección y vio que el primer motorista doblaba por la calle 7.

Bajó corriendo la rampa y descubrió a Lloyd Adams junto a un buzón de correos, sostenido por dos agentes del Servicio Secreto.

—Démonos prisa —dijo Cavalli—. Hay una pequeña multitud ahí fuera, y se está preguntando qué ocurre.

Se volvió hacia el Archivero, de pie al lado del Conservador en la zona de carga.

—Recuerden que el presidente fue requerido urgentemente desde la Casa Blanca, se lo ruego.

Ambos asintieron vigorosamente, mientras Cavalli volvía a ascender la rampa a toda prisa. Cuatro agentes del Servicio Secreto se lanzaron hacia delante justo cuando el tercer vehículo frenó frente a la zona de carga, al final de la rampa.

Cavalli abrió la puerta de la tercera limusina e introdujo rápidamente al actor. Los primeros motoristas detuvieron el tráfico hasta que el último coche frenó ante la boca de la entrada de servicio. Mientras ayudaban a Lloyd Adams a entrar en la limusina,

la muchedumbre de la acera opuesta empezó a señalar y aplaudir.

Un agente del Servicio Secreto cabeceó en dirección al edificio. Angelo saltó dentro del segundo coche, aferrando todavía la espada, en tanto Dólar Bill y la secretaria entraban en el cuarto. Cuando Cavalli se reunió con Angelo en la parte posterior del segundo coche, la escolta motorizada ya se encontraba en mitad de la calle 7 para detener el tráfico y permitir que la caravana avanzara hacia la avenida de la Constitución.

Mientras las sirenas aullaban y las limusinas iniciaban el recorrido de la calle 7, Cavalli miró hacia atrás y experimentó un gran alivio al no ver ya a Marshall y Mendelssohn.

Desvió su atención hacia la parte este de la calle 7, donde Andy explicaba a la multitud que no se trataba del presidente, sino de un ensayo para la escena de una película. La mayoría de los curiosos demostraron decepción y se dispersaron enseguida.

Entonces, creyó volver a verle.

Mientras el coche de Cavalli circulaba por la avenida de la Constitución, el primer coche de la policía ya había doblado por la calle 14, acompañado por dos motoristas. Las sirenas habían enmudecido, y el resto de los vehículos fueron desviándose uno a uno, a medida que llegaban al cruce asignado.

El primer coche giró a la derecha en la calle 9, y otra vez a la derecha por la avenida de Pennsylvania, antes de dirigirse hacia el Capitolio. El tercero continuó por la avenida de la Constitución, sin moverse del carril central, mientras el cuarto doblaba a la izquierda por la calle 12, y el sexto a la izquierda por la 13.

El quinto giró a la izquierda en la calle 23, cruzó el Memorial Bridge y siguió los letreros que conducían a la Ciudad Vieja, en tanto el segundo coche doblada a la izquierda por la calle 14 y se encaminaba hacia el Jefferson Memorial y el paseo de George Washington.

Cavalli, sentado en el asiento posterior del segundo coche, llamó al director. Cuando Johnny contestó, las únicas palabras que oyó fueron:

—Asunto concluido.

Scott rezó para que la esposa del embajador no pudiera salir el jueves, o bien continuara en Ginebra. Recordó las palabras de Dexter Hutchins: «La paciencia no es una virtud cuando trabajas para la CIA, sino las nueve décimas partes del trabajo».

Cuando se detuvo al borde de la piscina, Hannah dijo que la esposa del embajador aún no había regresado de Ginebra.

No se molestaron en nadar otro largo, y acordaron encontrarse más tarde en el parque de atracciones del bosque de Vincennes.

En cuanto la vio cruzando la calle deseó tocarla. Ningún manual de la CIA daba instrucciones sobre cómo actuar en tal situación, y ningún agente había planteado el problema durante los últimos nueve años.

Hannah le informó sobre todo cuanto estaba ocurriendo en la embajada, incluyendo que «algo grande» se fraguaba en Ginebra, aunque aún desconocía los detalles. Scott contestó a su pregunta que ya había informado a Kratz, y que no tardaría en ser trasladada. La joven pareció complacida.

En cuanto empezaron a hablar de otras cosas, el adiestramiento de Scott le recomendó insistir en que Hannah volviera a la embajada, pero esta vez dejó que ella tomara la decisión a ese respecto. Parecía relajada por primera vez, e incluso rio al escuchar las historias de Scott sobre los machos parisinos con quienes se encontraba en el gimnasio cada noche.

Mientras paseaban por el parque de atracciones, Scott descubrió que era Hannah la que ganaba los ositos de peluche en la galería de tiro, pero no se sintió en absoluto molesto.

—¿Por qué compras azúcar hilado? —preguntó.

—Para que nadie piense que somos agentes —contestó Hannah—. Todo el mundo dará por sentado que somos amantes.

Cuando se separaron, dos horas más tarde, la besó en la mejilla. Dos profesionales comportándose como aficionados. Se disculpó. Ella rio y se alejó.

Poco después de las diez, Hamid al-Obaydi se sumó a una pequeña multitud congregada frente a una entrada lateral de los Archivos Nacionales. Tuvo que esperar veinte minutos antes de que la puerta volviera a abrirse. Cavalli salió corriendo de la rampa, justo cuando la cabalgata reaparecía en la esquina de la calle 7. Cavalli hizo una señal y todos se precipitaron hacia los coches que aguardaban. Al-Obaydi no dio crédito a sus ojos. La pantomima engañó por completo a la pequeña multitud, que se puso a saludar y vitorear.

Cuando el primer coche desapareció por la esquina, un hombre que llevaba todo

el rato en aquel punto explicó que no era el presidente, sino el ensayo de una película.

El doble engaño arrancó una sonrisa a al-Obaydi, mientras los curiosos decepcionados se dispersaban. Cruzó la calle 7 y se colocó en la cola de turistas, escolares y curiosos que querían ver la Declaración de Independencia.

Tardó en subir los treinta y nueve escalones de los Archivos Nacionales otros tantos minutos, y cuando el secretario de embajada entró en la rotonda, el río de gente se había reducido a un afluente que surcaba el vestíbulo de mármol en fila india, ascendía otros nueve escalones y terminaba en un goteo, bajo la mirada de Thomas Jefferson y John Hancock. Ante él se alzaba el enorme marco de bronce que albergaba la Declaración de Independencia.

Al-Obaydi reparó en que, cuando una persona llegaba al pergamino, solo podía contemplar unos escasos segundos el histórico documento. Cuando pisó el primer escalón, su corazón se aceleró, pero por motivos diferentes al resto de quienes hacían cola. Extrajo del bolsillo interior unas gafas, cuyos cristales aumentaban cuatro veces la escritura más pequeña.

El secretario de embajada avanzó hacia el centro del último peldaño y contempló la Declaración de Independencia. Su reacción inmediata fue de horror. El documento era tan perfecto que debía tratarse del original. Cavalli le había engañado. Peor aún, había logrado robar diez millones de dólares mediante un sutil engaño. Al-Obaydi comprobó que los guardias apostados a cada lado del mismo no se fijaban en él, antes de ponerse las gafas.

Se inclinó hasta que su nariz se detuvo a escasos centímetros del cristal y buscó la única palabra que debía estar escrita correctamente si querían cobrar un solo centavo más.

Sus ojos se abrieron de incredulidad cuando llegó a la frase: «Tampoco hemos escatimado atenciones a nuestros hermanos británicos».

La esposa del embajador regresó de Ginebra con su marido el viernes siguiente. Aquella mañana, Hannah y Scott habían conseguido pasar juntos unas pocas horas.

Habían pasado menos de tres semanas desde que la había visto por primera vez en la piscina del bulevar Lannes. Algo más de una quincena desde su primera y apresurada cita en el café de la avenida Bugeaud. Fue entonces cuando empezaron las mentiras; pequeñas al principio, luego más grandes, hasta que habían tejido una intrincada red de engaños. Ahora, Scott ansiaba decirle la verdad, pero a cada día que transcurría se hacía más y más imposible.

Los mensajes cifrados habían complacido a Langley, y Dexter le había felicitado por llevar a cabo un trabajo de primera clase.

—El mejor de un agente novato que pueda recordar —admitió Dexter.

Sin embargo, Scott no había descubierto ningún código para informar al subdirector de que se estaba enamorando.

Había leído el historial de Hannah de cabo a rabo, pero no ofrecía pistas sobre su auténtico carácter. La manera de reír, la sonrisa que arrancaba sonrisas por triste o irritado que estuviera. Una mente siempre fascinante y fascinada por lo que ocurría a su alrededor. Pero sobre todo, una ternura y una calidez que convertía en eternos sus momentos de intimidad.

Y siempre que estaba con ella, se descubría igual de maduro que sus estudiantes. Sus encuentros clandestinos no habían durado más de una hora, tal vez dos, pero todos alcanzaban una intensidad máxima.

Seguía contándole todo sobre ella con una sinceridad que aumentaba la magnitud de su engaño, mientras él solo le decía un puñado de mentiras sobre un agente del Mossad cuya tapadera, mientras estuviera destinado en París, era escribir un libro, un libro de viajes, que jamás se publicaría. El problema de las mentiras consistía en que cada una daba lugar a la siguiente, en una espiral interminable. Y el problema de la confianza era que ella creía en todas y cada una de sus palabras.

Cuando regresó a casa aquella noche, tomó una decisión que Langley no iba a aprobar.

Mientras el coche se internaba en el carril exterior del paseo George Washington Memorial, camino del aeropuerto, el conductor comprobó por el retrovisor que nadie les seguía. Cavalli exhaló un profundo suspiro de alivio, aunque había preparado dos planes alternativos por si les capturaban con la Declaración. Había comprendido desde el primer momento que era preciso alejarse lo antes posible de la escena del crimen. Siempre había sido una parte crucial del plan entregar el documento a Nick Vicente a las dos horas de abandonar los Archivos Nacionales.

—Sigamos con ello —dijo Cavalli, y desvió su atención hacia Angelo, que estaba sentado a su lado.

Angelo desenvainó la espada que colgaba de su cinturón. Los dos hombres se miraron como luchadores de sumo, cada uno a la espera de que el otro efectuara el primer movimiento. Angelo colocó firmemente la espada entre sus piernas, con el puño apuntando a su jefe. Cavalli se inclinó y tiró del extremo. Entonces, con las uñas del pulgar y el índice, empezó a extraer el delgado cilindro de plástico negro de su funda. Angelo colocó de nuevo el puño en su sitio y ciñó la espada a su cinto.

Cavalli sostuvo el delgado cilindro de sesenta y cinco centímetros en sus manos.

—¿No sientes la tentación de echar un vistazo? —preguntó Angelo.

—Hay cosas más importantes que hacer en este momento. Cavalli puso el cilindro sobre el asiento, a su lado. Cogió el teléfono del coche, apretó una sola cifra, seguida por «Transmitir», y esperó la respuesta.

—¿Sí? —dijo una voz conocida.

—Estoy en camino, y traigo algo para exportar. Siguió un largo silencio, y Cavalli se preguntó si la comunicación se habría cortado.

—Bien hecho. —Llegó por fin la respuesta—. ¿Te ciñes horario previsto?

Cavalli miró por la ventanilla. Vio pasar la señal destellante que anunciaba la salida a la Ruta 395 Sur.

—Yo diría que nos encontramos a un par de minutos del aeropuerto. Si se cumplen los plazos previstos, aún confío en estar contigo alrededor de la una.

—Bien. Diré a Nick que se reúna con nosotros para que el contrato sea recogido y enviado a nuestro cliente. Te esperamos hacia la una.

Cavalli colgó el teléfono y contempló divertido a Angelo, vestido solo con chaqueta y calzoncillos. Sonrió, y ya se disponía a hacer un comentario cuando el teléfono sonó. Cavalli lo descolgó.

—Sí —dijo.

—Soy Andy. Supuse que te gustaría saber que vuelve a exhibirse al público, y que las colas son tan largas como siempre. Por cierto, había un árabe entre la multitud todo el rato que estuvisteis en el edificio, y luego hizo cola para ver la Declaración.

—Buen trabajo, Andy. Regresa a Nueva York. Ya me proporcionarás todos los detalles mañana.

Cavalli colgó el teléfono y reflexionó sobre la revelación de Andy, mientras Angelo terminaba el nudo Windsor de una corbata que ningún teniente se atrevería a llevar. Aún no se había puesto los pantalones.

El cristal ahumado que separaba a los pasajeros del chófer descendió.

—Estamos Llegando a la terminal, señor. Hasta este momento, nadie nos ha seguido.

—Bien —dijo Cavalli, mientras Angelo se ponía a toda prisa los pantalones—. Cuando hayas cambiado la matrícula, vuelve a Nueva York.

El chófer asintió y la limusina se detuvo frente al aeropuerto.

Cavalli cogió el tubo de plástico, saltó del coche, atravesó corriendo la terminal y salió a la pista de aterrizaje asfaltada. Sus ojos buscaron el Learjet blanco. Lo vio por fin. Una puerta se abrió y bajaron una escalerilla hasta el suelo. Cavalli corrió hacia ella, seguido por Angelo, que intentaba ponerse la chaqueta, pese al fuerte viento.

El capitán les esperaba en el peldaño superior.

—Llegan justo a tiempo —dijo.

Cavalli sonrió y, una vez abrochados sus cinturones de seguridad, el capitán apretó un botón y la escalerilla ascendió.

El avión despegó diecisiete minutos después y sobrevoló el Kennedy Center, pero no antes de que la azafata les hubiera servido una copa de champán. Cavalli rechazó una segunda, pues necesitaba concentrarse en lo que aún debía hacerse para considerar terminado su cometido en la operación. Sus pensamientos derivaron de nuevo hacia al-Obaydi, y se preguntó si le habría subestimado.

Cuando el Learjet aterrizó cincuenta y siete minutos después en La Guardia, el chófer de Cavalli estaba esperando junto a su coche, preparado para trasladarles a la ciudad.

Mientras el chófer cambiaba continuamente de carriles y dirección en la autopista que les conducirla hacia el oeste, sobre el puente de Triborough, Cavalli consultó su reloj. Estaban perdidos en un océano de tráfico que corría hacia Manhattan, tan solo ochenta y siete minutos después de dejar a Calder Marshall ante la entrada de servicio de los Archivos Nacionales. Más o menos, el tiempo que tardaría en comer un banquero de Wall Street, pensó Cavalli.

Cavalli descendió frente a la casa de su padre, en la calle 75, poco antes de la una, y Angelo continuó hacia la oficina de Wall Street para hacerse cargo de las llamadas que efectuarían todos los miembros del equipo.

El mayordomo abrió la puerta del número 23 cuando Tony salió del coche.

—¿Se lo cojo, señor? —preguntó, indicando el tubo de plástico.

—No, gracias, Martin. Lo llevaré yo. ¿Dónde está mi padre?

—En la sala de juntas con el señor Vicente, que llegó hace unos minutos.

Tony bajó la escalera que conducía al sótano y continuó por el pasillo. Entró en la sala de juntas y encontró a su padre sentado a la cabecera de la mesa, conversando con Nick Vicente. El presidente se levantó para saludar a su hijo, y Tony le pasó el tubo de plástico.

—Salve, héroe conquistador. —Fueron las primeras palabras de su padre—. Si hubieras rendido el mismo servicio a Jorge III, te habría nombrado caballero. «Levantaos, *sir* Antonio». Tal como están las cosas, sin embargo, tendrás que conformarte con una compensación de cien millones de dólares. ¿Se le puede permitir a un anciano que vea el original antes de que Nick se lo lleve?

Cavalli rio y quitó la tapa del cilindro, antes de extraer poco a poco el pergamino y depositarlo con cuidado sobre la mesa. A continuación, desenrolló doscientos años de historia.

Los tres hombres contemplaron la Declaración de Independencia y se apresuraron a comprobar la ortografía de «británicos».

—Magnífico —dijo el padre de Tony, y se humedeció los labios.

—Es curioso el poco espacio que dejaron para las firmas de la parte inferior —comentó Nick, después de examinar el documento durante varios minutos.

—Si todos hubieran ocupado el mismo espacio para firmar que John Hancock, habríamos necesitado una declaración dos veces más grande —añadió el presidente, justo cuando el teléfono de la mesa empezaba a sonar.

El presidente oprimió un botón de su interfono.

—¿Sí, Martin?

—Llama un tal señor Obaydi por la línea privada; dice que le gustaría hablar con el señor Tony.

—Gracias, Martin —dijo el presidente, mientras Tony alargaba la mano para coger el teléfono—. Si vas a mi despacho, escucharé por el supletorio.

Tony asintió y fue a la habitación de al lado, donde descolgó el teléfono del escritorio.

—Antonio Cavalli —dijo.

—Al habla Hamid al-Obaydi. Su padre sugirió que le llamara más o menos a esta hora.

—Nos encontramos en posesión del documento que necesita —se limitó a contestar Cavalli.

—Le felicito, señor Cavalli.

—¿Está preparado para completar el pago, tal como acordamos?

—Todo a su debido tiempo, pero no hasta que haya entregado el documento en el lugar que nosotros escojamos, señor Cavalli. Eso formaba también parte del trato, como estoy seguro recordará.

—¿Y dónde será?

—Iré a su despacho mañana a las doce para darle instrucciones. —Hizo una pausa—. Entre otras cosas.

La comunicación se cortó.

Cavalli colgó el teléfono y trató de imaginar qué había querido decir al-Obaydi con «entre otras cosas». Volvió lentamente a la sala de juntas, donde encontró a su padre y a Nick absortos en la Declaración. Tony observó que habían dado la vuelta al pergamino.

—¿Qué crees que quiso decir con «entre otras cosas»? —preguntó Tony.

—No tengo ni idea —contestó su padre, mientras dedicaba al pergamino una última mirada y empezaba a enrollarlo.

—Mañana lo descubriré, seguro —dijo Tony, mientras el presidente entregaba el documento a su hijo, quien lo introdujo meticulosamente en su funda de plástico.

—¿Cuál será su destino final? —preguntó Nick.

—Me proporcionarán los detalles mañana a las doce —contestó Tony, algo sorprendido de que su padre no hubiera informado a su más íntimo amigo de la conversación con Obaydi.

La contemplaba tendido, con la cabeza apoyada en la palma de su mano, mientras los primeros rayos del sol de la mañana se filtraban en la habitación. La joven se removió, sin despertarse, y Scott recorrió lentamente su espalda con un dedo. Ardía en deseos de que abriera los ojos para revivir los recuerdos de aquella noche:

En los primeros días, cuando Scott había visto a Hannah salir de la embajada jordana, vestida con aquellas prendas ordinarias, que sin duda habría elegido pensando en los gustos de Karima Saib, ya la había encontrado hermosísima. Algunos paquetes, cuando son despojados de su brillante envoltorio, frustran las expectativas. Cuando Hannah se había quitado el desastrado vestido de dos piezas que llevaba aquel día, no pudo creer que existiera en el mundo una mujer tan bella.

Apartó la única sábana que la cubría y admiró la visión que le había robado el aliento aquella noche. El cabello corto; se preguntó qué aspecto tendría cuando creciera y se derramara sobre sus hombros, como ella deseaba. La nuca, la tersa piel olivácea de la espalda, las piernas largas y bien torneadas.

Sus manos eran como las de un niño que hubiera abierto un paquete lleno de regalos y quisiera tocarlos todos a la vez. Recorrió con los dedos el espacio que separaba los hombros del arco de la espalda, con la esperanza de que se diera la vuelta. Se acercó un poco más y empezó a dar vueltas con un solo dedo alrededor de sus firmes pechos. Los círculos se fueron estrechando hasta tocar su suave pezón. Oyó su suspiro, y esta vez la joven se volvió y cayó en sus brazos. Sus dedos se cerraron sobre los hombros de Scott, cuando este la atrajo más cerca.

—No es justo, te estás aprovechando de mí —dijo medio dormida, mientras la mano de Scott ascendía por la parte interna de su muslo.

—Lo siento —dijo él. Apartó la mano y la besó en la mejilla.

—No tienes por qué. Por el amor de Dios, Simon, quiero que te aproveches de mí. Hannah le acercó más su cuerpo. Scott siguió acariciando su piel, y cada vez descubría nuevos tesoros.

Cuando la penetró, ella emitió un suspiro diferente, el suspiro del amor matutino, más sereno y tierno que las exigencias de la noche, pero igualmente placentero.

Para Scott había sido una nueva experiencia. Aunque había hecho el amor muchas más veces de las que podía recordar, jamás había sido con el mismo entusiasmo.

Cuando terminaron de hacer el amor, ella apoyó la cabeza sobre el hombro de Scott y él apartó un pelo de su mejilla. Rezó para que la siguiente hora transcurriera con suma lentitud. Odiaba la idea de que ella regresara a la embajada, como haría en un momento u otro. No quería compartirla con nadie.

El sol de la mañana bañaba ahora la habitación, lo cual le indujo a preguntarse cuándo podría pasar otra noche entera con ella.

El jefe de la delegación comercial había sido llamado de nuevo a Ginebra

urgentemente, y solo se había llevado una secretaria, dejando sola a Hannah en París durante todo el fin de semana. Ella ansiaba contarle a Simon el motivo del viaje, para que pasara la información a Kratz.

Había cerrado su habitación con dos vueltas de llave y abandonado la embajada por la escalera de incendios. Hannah le había dicho que se había sentido como una colegiala que se escapara de su dormitorio para acudir a una fiesta nocturna.

—Mejor que cualquier fiesta de la que me acuerde. —Fueron sus últimas palabras, antes de caer dormidos abrazados.

El día había empezado cuando fueron de compras al bulevar Saint-Michel para adquirir ropas que ella no podía llevar y una corbata que él jamás habría exhibido antes de conocerla. Habían comido en un café y tardado dos horas en dar cuenta de una ensalada y una botella de vino. Habían paseado por los Campos Elíseos, cogidos de la mano como amantes, y luego hicieron cola para ver la exposición de Clodion en el Louvre. Una buena oportunidad para ilustrarla sobre algo de lo que creía entender, solo para descubrir que era él quien aprendía cosas nuevas. Le compró un sombrero flexible de turista en la tienda situada en la base de la Torre Eiffel y recordó que su aspecto siempre era magnífico, llevara lo que llevara.

Habían cenado en Maxim's, pero solo un plato, pues ambos ya sabían que, en realidad, solo deseaban regresar al pequeño apartamento de Scott, en la orilla izquierda.

Recordó que había contemplado a Hannah quitarse cada prenda, como hipnotizado, hasta que ella se puso violenta y empezó a desnudarle. Fue casi como si no deseara hacerle el amor, como si esperara que la anticipación se prolongaría eternamente.

Nunca había experimentado nada semejante con una mujer, incluyendo a las ocasionales estudiantes promiscuas, con las cuales había sostenido relaciones de una noche, amoríos fugaces y remedos de amor. Y después, descubrió algo inusitado: el placer de dormir en sus brazos era tan estimulante como hacer el amor.

Su dedo descendió por la nuca de Hannah.

—¿A qué hora has de volver? —preguntó, casi en un susurro.

—Un minuto antes que el embajador.

—¿Y cuándo está prevista su llegada?

—Su vuelo sale de Ginebra a las once y veinte. Será mejor que esté en mi escritorio antes de las doce.

—Entonces, aún nos queda tiempo de hacer el amor una vez más —dijo Scott, mientras colocaba un dedo en sus labios.

Ella le mordió el dedo, despacio, con suavidad.

—Uy —se burló Scott.

—¿Solo una vez? —replicó la joven.

Debbie acompañó al secretario de embajada al despacho de Cavalli a las doce y veinte. Ninguno de ambos hombres comentó el retraso de al-Obaydi. Tony indicó la silla situada al otro lado del escritorio y aguardó a que su visitante tomara asiento. Por primera vez, el árabe le inquietaba.

—Como ya le dije ayer —empezó Cavalli—, nos encontramos en posesión del documento que necesita. Estamos dispuestos a intercambiarlo por la cantidad acordada.

—Ah, sí, noventa millones de dólares —dijo el iraquí. Juntó las puntas de los dedos bajo su mentón, mientras meditaba en sus próximas palabras—. En metálico cuando se efectúe la entrega, si no recuerdo mal.

—En efecto. Ahora, solo necesitamos saber dónde y cuándo.

—Necesitamos que el documento sea entregado en Ginebra a las doce del próximo martes, al señor Pierre Dummond, de la banca Dummond et Cie.

—Pero eso solo me deja seis días para encontrar la forma de sacarlo del país sin peligro y...

—Su dios creó el mundo en ese tiempo, si recuerdo bien el Génesis. Una historia de lo más necia; me paré en el Éxodo.

—La Declaración estará en Ginebra el martes a mediodía —afirmó Cavalli.

—Bien. Si el señor Dummond garantiza que el documento es auténtico, ha recibido instrucciones de transferir los noventa millones de dólares a cualquier banco del mundo que deseen. Si, por el contrario, no logran efectuar la entrega, o el documento resulta ser una falsificación, habremos perdido diez millones sin otra ganancia que una película de tres minutos rodada por un director mundialmente famoso. Ante tal eventualidad, un paquete similar a este será enviado al director del FBI y al comisionado de la Superintendencia de Contribuciones.

Al-Obaydi extrajo un grueso sobre de su bolsillo interior y lo tiró sobre la mesa. La expresión de Cavalli no se alteró cuando el secretario de embajada se levantó, hizo una reverencia y salió de la habitación sin decir palabra.

Cavalli estaba seguro de que iba a descubrir el significado de aquel «entre otras cosas».

Abrió el abultado sobre amarillo y dejó que el contenido se desparramara sobre el escritorio. Docenas de fotografías y documentos con números de series de billetes de banco sujetos a ellas. Contempló la fotografía de sí mismo enfrascado en una conversación con Al Calabrese frente al National Café, otra de él con Gino Sartori en el centro de la plaza de la Libertad, y otra con el director sentado en el carrito portacámara, mientras hablaban con el antiguo jefe del Departamento de Policía. Al-Obaydi también había tomado una foto de Rex Butterworth cuando entraba en el hotel Willard, y del actor, sin peluca, sentado en el tercer coche, y entrando más tarde en la limusina, frente a la zona de carga y descarga de los Archivos.

Cavalli tamborileó con los dedos sobre la mesa. Fue entonces cuando recordó aquel extraño hormigueo en su mente. Era al-Obaydi a quien había visto entre la multitud el día anterior. Había subestimado al iraquí. Quizá había llegado el momento de llamar a su hombre en el Líbano e informarle de la cuenta bancaria suiza que había abierto a nombre del secretario de embajada.

No. Eso debería esperar a que los noventa millones hubieran sido pagados.

—¿Qué hago, Simon, si me ofrece un empleo?

Scott vaciló. No tenía ni idea de lo que el Mossad decidiría en ese caso. Sabía exactamente lo que él deseaba que Hannah hiciera. Era inútil plantear la cuestión a Dexter Hutchins, porque no habrían vacilado ni un momento en ordenarle que siguiera utilizando a Hannah para sus propios fines.

Hannah se volvió hacia lo que Scott describía con sorna como la cocina.

—Quizá deberías preguntar al coronel Kratz qué debo hacer —sugirió, al ver que él no contestaba—. Explícale que el embajador quiere que ocupe el lugar de Muna, pero que ha surgido otro problema.

—¿Cuál? —preguntó Scott, nervioso.

—La estancia del embajador en su cargo finaliza a principios del mes que viene. Tal vez le pidan que siga en París, pero el administrador jefe va diciendo a todo el mundo que será llamado de vuelta a Bagdad y le nombrarán viceministro de Asuntos Exteriores.

Scott no dijo nada.

—¿Qué pasa, Scott? ¿Eres incapaz de tomar decisiones a estas horas de la mañana? —Scott siguió callado—. Estás tan patético de pie como en la cama —bromeó.

Scott decidió que había llegado el momento de contárselo todo. No iba a esperar ni un minuto más. Salió de la cocina, la tomó en sus brazos y le acarició el pelo.

—Hannah, necesito... —empezó, pero el teléfono sonó. Se soltó para ir a contestar.

Escuchó unos momentos antes de contestar a Dexter Hutchins.

—Sí, claro. Te volveré a llamar en cuanto haya tenido tiempo de pensarlo.

«¿Qué estará haciendo ese hombre en plena noche?», se preguntó Scott mientras colgaba el auricular.

—¿Otra amante? —preguntó Hannah, sonriente.

—Mis editores quieren saber cuándo terminaré el manuscrito. Ya he sobrepasado el plazo.

—¿Y cuál ha sido tu respuesta?

—Actualmente, estoy aturdido.

—¿Solo actualmente? —dijo Hannah, y apretó su nariz con el dedo.

—Bueno, quizá permanentemente —admitió él.

Ella le dio un beso en la mejilla.

—He de volver a la embajada, Simon —susurró—. No me acompañes, es

demasiado peligroso.

Él la retuvo entre sus brazos y quiso protestar, pero se conformó con un:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Cuando la esposa del embajador tenga ganas de nadar otra vez —contestó Hannah. Se soltó—. Pero seguiré recordándole lo bien que le sienta a su figura, y que tal vez debería hacer más ejercicio.

Lanzó una carcajada y se marchó sin añadir nada más. Scott se quedó de pie junto a la ventana, esperando a verla reaparecer. Odiaba el hecho de no poder telefonar, escribir o ponerse en contacto con ella siempre que le apeteciera. Deseaba enviarle flores, cartas, tarjetas y notas para decirle cuánto la amaba.

Hannah salió corriendo a la calle, sonriente. Levantó la vista y envió un beso a Scott antes de desaparecer por la esquina.

Otro hombre, que estaba aterido y cansado por las horas de espera, también la miraba, pero no desde la ventana de una habitación caldeada, sino desde un portal de la acera opuesta.

En cuanto Scott desapareció de su vista, el hombre salió de las sombras y siguió a la segunda secretaria del embajador hacia la embajada.

— **N**o le creo.

—Me temo que, en realidad, no desea creerme —respondió Kratz, que había llegado desde Londres aquella mañana.

—Pero él no puede trabajar para los enemigos de Israel.

—Si eso es cierto, tal vez pueda explicarme por qué se hace pasar por un agente del Mossad.

Durante las últimas dos horas, Hannah había intentado pensar en un motivo lógico por el que Simon la engañara, pero se vio obligada a admitir que aún no había encontrado una respuesta convincente.

—¿Nos ha contado todo lo que le reveló? —preguntó Kratz.

—Sí —dijo Hannah, avergonzada de repente—. Y usted, ¿ha preguntado en todas las agencias amigas?

—Por supuesto. Nadie en París conoce a ese hombre. Ni los franceses, ni los ingleses, ni tampoco la CIA, desde luego. Su jefe de zona me dijo personalmente que jamás habían tenido en nómina a alguien llamado Simon Rosenthal.

—¿Qué me pasará ahora? —preguntó Hannah.

—¿Aún desea seguir trabajando por su país?

—Ya sabe que sí.

—¿Y aún desea que la incluyamos en el equipo de Bagdad?

—Claro que sí. ¿Por qué me habría metido en todo esto, sino para participar en la operación final?

—En ese caso, también querrá cumplir el juramento que hizo en presencia de sus colegas de Herzliyah.

—Nada me impulsaría a romper ese juramento. Ya lo sabe. Dígame qué debo hacer.

—Matar a Rosenthal.

Scott se llevó una gran alegría cuando Hannah le confirmó el jueves por la tarde que podría escaparse para cenar juntos el viernes por la noche, y tal vez hasta quedarse a dormir. Por lo visto, el embajador había ido otra vez a Ginebra. Algo grande estaba ocurriendo, pero aún ignoraba exactamente qué.

Scott ya había decidido las tres cosas que iban a pasar cuando volvieran a encontrarse. Primera, él se encargaría de preparar la cena, pese a los comentarios de Hannah sobre lo inadecuado de la cocina. Segunda, iba a contarle toda la verdad, por más interrupciones que se produjeran. Y tercera...

Scott se sintió más tranquilo en cuanto decidió «purificarse», como decía su madre siempre que intentaba aclarar algo. Sabía que le llamarían de vuelta a Estados

Unidos en cuanto informara a Dexter de lo sucedido, y que al cabo de pocas semanas le despedirían para siempre, pero eso carecía de importancia, porque tercera, iba a pedirle a Hannah que volviera con él a Estados Unidos, como su mujer.

Scott dedicó la tarde a comprar en el mercado pan recién horneado, los mejores champiñones, succulentas costillas de cordero y diminutas naranjas llenas de jugo. Volvió a casa para preparar un festín que ella nunca olvidaría. También había preparado un discurso, mediante el cual esperaba alcanzar su perdón.

Cuando cayó la noche, Scott se descubría mirando el reloj de la cocina cada pocos instantes. Se sentía robado, como si Hannah siempre se retrasara más de unos pocos minutos. Había fallado a su cita anterior, si bien Scott aceptó que no tenía forma de avisarle cuando algo inesperado sucedía. Experimentó alivio cuando la vio entrar en el portal poco después de que el reloj diera las ocho.

Scott sonrió cuando Hannah se quitó la chaqueta, y vio que llevaba el vestido elegido por él cuando fueron de compras la primera vez. Un vestido azul largo que colgaba suelto de los hombros, y la dotaba de un aspecto elegante y *sexy* al mismo tiempo.

La tomó de inmediato en sus brazos, pero su reacción le sorprendió. Parecía distante, casi fría. ¿O eran imaginaciones suyas? Hannah se apartó y contempló la mesa dispuesta para dos, con su mantel a cuadros rojos y blancos y dos juegos de cubiertos diferentes.

Scott le sirvió una copa de vino blanco que había escogido para acompañar al primer plato, y luego desapareció en la cocina para dar los últimos toques a sus esfuerzos culinarios, consciente de que Hannah y él siempre gozaban de muy poco tiempo para estar juntos.

—¿Qué estás preparando? —preguntó ella por fin, con voz desmayada.

—Ya lo verás, pero puedo decirte que el primer plato es algo que aprendí cuando... —Se interrumpió—. Hace muchos años —añadió, con escasa convicción.

No vio la mueca de Hannah cuando fracasó en completar la frase.

Scott se reunió con ella pocos momentos después, cargado con dos platos de champiñones calientes y una rebanada de pan de ajo.

—¡Pero no demasiado ajo —la advirtió—, por motivos obvios!

No recibió una respuesta aguda o ingeniosa, y se preguntó si le resultaría imposible quedarse a pasar la noche. Tendría que haberla interrogado con más minuciosidad, pero había estado concentrado en la cena y en la confección del discurso.

—Ojalá pudiéramos salir de París para ir a ver Versalles, como la gente normal —dijo Scott, mientras hundía el tenedor en un champiñón.

—Sería estupendo —contestó ella.

—Y aún mejor...

Ella levantó la vista.

—Un fin de semana en el Colmendor. Me prometí hace mucho tiempo, cuando leí

la vida de Matisse en... —Vaciló una vez más, y Hannah bajó la cabeza—. Por solo hablar de Francia —siguió, procurando recobrase—, pero podríamos pasarnos toda una vida en Italia. Tienen cientos de Colmendors. Le dirigió una mirada esperanzada, pero los ojos de Hannah siguieron clavados en el plato medio vacío.

¿Había hecho él algo? ¿O tenía miedo ella de decirle algo?

Le asustaba la idea de descubrir que iba a Bagdad, cuando lo único que deseaba era llevarla a Venecia, Florencia y Roma.

Si era Bagdad lo que la inquietaba, haría todo lo posible por disuadirla.

Scott quitó los platos y volvió al cabo de pocos momentos con el apetitoso cordero a la provenzal.

—El favorito de la señora, si no recuerdo mal. Recibió una débil sonrisa a modo de recompensa.

—¿Qué pasa, Hannah? —preguntó, cuando se sentó frente a ella. Se inclinó para tocar su mano, pero ella la retiró al instante.

—Estoy un poco cansada —contestó la joven, sin gran convicción—. Ha sido una semana muy larga.

Scott intentó hablar sobre el trabajo de Hannah, el teatro, la exhibición de Clodion en el Louvre, e incluso de los esfuerzos de Clinton por reunir de nuevo a los tres Beatles vivos, pero todos sus intentos recibieron la misma respuesta apática. Siguieron comiendo en silencio, hasta que el plato de Scott quedó vacío.

—Y ahora, terminaremos con mi *pièce de résistance*.

Esperaba recibir una jocosa reprimenda por sus esfuerzos como cocinero; en cambio, solo obtuvo el atisbo de una sonrisa y una mirada triste y distante de aquellos hermosos ojos oscuros. Desapareció en la cocina y regresó al instante, cargado con un cuenco de gajos de naranja regados con *Cointreau*.

Depositó los delicados pedazos frente a ella, con la esperanza de que su humor cambiara, pero mientras Scott continuaba con su monólogo, Hannah siguió siendo un público nada receptivo.

Scott quitó los cuencos, el suyo vacío, el de ella apenas tocado, y regresó momentos después con el café. Había preparado el de Hannah tal como le gustaba: con un toque de crema flotando en la superficie y sin azúcar. El suyo, solo, con demasiado azúcar.

Cuando se sentó frente a ella, convencido de que era el momento adecuado para contarle la verdad, Hannah pidió azúcar. Scott se levantó de un brinco, levemente sorprendido, volvió a la cocina, vertió un poco de azúcar en un cuenco, cogió una cuchara y regresó, justo cuando ella cerraba su bolsito noche.

Después de sentarse y dejar el azúcar sobre la mesa, le dedicó una sonrisa. Nunca había visto tanta tristeza en aquellos ojos. Scott sirvió coñac a los dos, dio vueltas a su copa, tomó un sorbo de café y la miró. Hannah no había tocado el café ni el coñac, y el azúcar que había pedido todavía continuaba en el centro de la mesa.

—Hannah —empezó en voz baja Scott—, debo decirte algo importante. Ojalá te

lo hubiera contado hace mucho tiempo.

Vio que la joven estaba a punto de llorar. Quiso preguntarle por qué, pero temió que si le permitía cambiar de tema nunca le diría la verdad.

—Mi nombre no es Simon Rosenthal —dijo en voz baja. Hannah aparentó sorpresa, pero no de la forma que había esperado. Expresó más angustia que curiosidad. Tomó otro sorbo de café y prosiguió.

—Te he mentado desde el día en que nos conocimos, y cuanto más me he enamorado de ti, más te he mentado.

Ella no habló, y Scott se lo agradeció, porque en esta ocasión, como en sus clases, necesitaba proceder sin interrupciones. Sintió cierta sequedad en la boca, y volvió a beber café.

—Me llamo Scott Bradley. Soy norteamericano, pero no de Chicago como te dije cuando nos conocimos, sino de Denver.

Una mirada de asombro apareció en los ojos de Hannah, pero tampoco le interrumpió. Scott continuó.

—No soy un agente del Mossad en París que está escribiendo un libro de viajes. Nada por el estilo, aunque debo confesar que la verdad es mucho más extraña que la ficción. —Cogió la mano de Hannah, y esta vez la joven no la apartó—. Deja que me explique, te lo ruego, y quizá después conseguirás perdonarme.

Notó la garganta aún más seca. Terminó el café y se sirvió otra taza, con una cucharada más de azúcar. Hannah aún no había tocado el suyo.

—Nací en Denver, donde fui al colegio. Mi padre era un abogado de la ciudad, que acabó en la cárcel por fraude. Me sentí tan avergonzado que, cuando mi madre murió, acepté un puesto en la universidad de Beirut, porque era incapaz de mirar a la cara a mis conocidos.

Hannah levantó la vista y sus ojos transparentaron compasión, lo cual proporcionó a Scott la confianza necesaria para continuar.

—No trabajo para el Mossad, ni nunca lo he hecho. —Sus labios formaron una línea recta—. Mi verdadero trabajo no es, ni de lejos, tan romántico como eso. Después de Beirut, regresé a Estados Unidos para convertirme en profesor universitario.

Hannah aparentó perplejidad, y su expresión cambió rápidamente a una de angustia.

—Oh, sí. —Tuvo la impresión de que se le trababa algo la lengua—. Esta vez, estoy diciendo la verdad. Enseño Derecho Constitucional en Yale. Seamos sinceros, nadie inventaría una historia como esta —añadió, y trató de reír.

Bebió más café. Le supo menos amargo que la primera taza.

—Pero también soy lo que llaman en la profesión un espía a ratos libres y, tal como se ha demostrado, nada bueno, pese a los muchos años de adiestramiento y de enseñar a los demás cómo se debe hacer. —Hizo una pausa—. Pero eso solo era en el aula.

Hannah pareció aún más angustiada.

—No debes temer nada —dijo Scott, con la esperanza de tranquilizarla—. Trabajo para los buenos, aunque supongo que eso depende del punto de vista. En este momento, soy un agente interino de la CIA.

—¿La CIA? —tartamudeó ella, incrédula—. Pero ellos me dijeron...

—¿Qué te dijeron? —preguntó al instante Scott.

—Nada.

Hannah volvió a bajar la cabeza.

¿Ya estaba enterada de sus antecedentes, o tal vez se había dado cuenta de que su tapadera no se sostenía? Daba igual. Solo deseaba contar a la mujer que amaba toda la verdad sobre él. Basta de mentiras. Basta de engaños. Basta de secretos.

—Bien, como se trata de una confesión, no he de exagerar —continuó—. Voy a Virginia doce veces al año para comentar con los agentes los problemas que han surgido en su trabajo. Me sentía lleno de ideas útiles en la paz y tranquilidad de Langley, pero ahora les trataré con más respeto, después de experimentar algunos de los problemas a los que se enfrentan, sobre todo después del lío que me he montado.

—No puede ser verdad —exclamó ella de repente—. Dime que lo estás inventando, Simon.

—Me temo que no, Hannah. Esta vez, todo es verdad. Debes creerme. Solo terminé en París tras años de solicitar que me probaran en la práctica, porque, gracias a mis conocimientos teóricos, pensaba que sería un fenómeno si me concedían la oportunidad de demostrarlo. Scott Bradley, profesor de Derecho Constitucional. Infalible a los ojos de sus admirados estudiantes de Yale y los agentes veteranos de la CIA en Langley. No habrá una estruendosa ovación después de su actuación, de eso podemos estar seguros.

Hannah se levantó y le miró.

—Dime que no es verdad, Simon. No puede ser verdad. ¿Por qué me elegiste? ¿Por qué yo?

Scott se puso en pie y la tomó en sus brazos.

—Yo no te elegí, me enamoré de ti. Ellos me eligieron. Los míos... Los míos necesitaban averiguar por qué el Mossad te había introducido..., introducido en la embajada de Jordania, anexa a la delegación comercial iraquí.

Le costaba mantener la coherencia, y no entendía por qué sentía tanto sueño.

—Pero ¿por qué tú? —insistió Hannah, y le abrazó por primera vez aquella noche—. ¿Por qué no un agente normal de la CIA?

—Porque... Porque querían mandar a alguien..., alguien a quien no reconociera ningún profesional.

—Oh, Dios mío, ¿a quién debo creer? —exclamó Hannah, y se soltó de él. Le dirigió una mirada suplicante.

—Puedes creerme, porque demostraré..., demostraré que todo cuanto he dicho es verdad.

Scott avanzó lentamente, con paso vacilante, hacia el aparador, se agachó para abrir el cajón inferior y, después de rebuscar, extrajo un maletín de cuero con las iniciales S. B. grabadas en oro sobre la esquina superior. Dibujó una sonrisa triunfal y se volvió. Apoyó una mano en el aparador para mantener el equilibrio. Contempló la imagen borrosa de la mujer que amaba, pero ya no distinguió aquella mirada de desesperación en su cara. Intentó recordar cuánto le había contado y cuánto necesitaba ella saber todavía.

—Oh, querido, ¿qué te he hecho? —dijo Hannah, llorando.

—Nada, todo ha sido culpa mía, pero nos queda el resto de nuestras vidas para reírnos de ello. Por cierto, acabo de hacerte una proposición. Débil, lo reconozco, pero nadie podría quererte más que yo. Ya te habrás dado cuenta.

Intentó avanzar un paso hacia ella. Hannah le miró con semblante entristecido, mientras Scott se disponía a dar un segundo paso, pero esta vez se tambaleó y cayó sobre la mesa, hasta derrumbarse en el suelo, a los pies de la joven.

—No te culpo si no sientes lo mismo que... —Fueron sus últimas palabras, mientras el maletín se abría y el contenido se derramaba alrededor de su cuerpo, súbitamente inmóvil.

Hannah cayó de rodillas y cogió su cabeza entre las manos. Se puso a llorar de forma incontrolada.

—Te quiero, claro que te quiero, Simon, pero ¿por qué no confiaste en mí lo bastante para decir la verdad?

Sus ojos se posaron sobre una pequeña foto que los dedos de Scott sujetaban. La liberó de su presa. Las palabras «Katherine Bradley, verano del 66» estaban escritas en la parte posterior. Debía de ser su madre. Cogió el pasaporte caído junto a su cabeza y pasó a toda prisa las páginas, intentando leer a través de las lágrimas. Varón. Fecha de nacimiento: 11.7.56. Profesión: profesor de universidad. Volvió otra página y una foto de Paris Match cayó al suelo. Era ella, con un modelo de Ungaro de la colección de primavera de 1990.

—No, no. Que no sea verdad —dijo Hannah, mientras le alzaba entre sus brazos—. Que sean más mentiras.

Y entonces, sus ojos se fijaron en el sobre dirigido a «Hannah». Depositó con suavidad el cuerpo de Scott en el suelo, recogió el sobre y lo abrió.

Queridísima Hannah:

He intentado imaginar cientos de maneras de empezar esta carta. Hay una muy sencilla. Te quiero. Y, lo más importante, nunca he amado antes, y ahora sé que nunca podré amar a nadie de la misma forma.

—¡No! —gritó Hannah—. ¡No!

Las lágrimas casi impedían que leyera sus palabras.

No solo eres mi amor, sino mi amiga más íntima. Nunca más volveré a querer o a necesitar a nadie. Me complazco en la idea de pasar el resto de mi vida contigo, y me pregunto por qué merezco una suerte tan inmensa.

—No, por favor, Dios mío —sollozó Hannah mientras apoyaba la cabeza sobre el pecho de su amante—. Yo también te amo, Simon. Te quiero mucho.

Quiero tres hijas y dos hijos, y debo advertirte que no me conformaré con menos. Ya hablaremos de los nietos más adelante. Me temo que seré un viejecito irascible y aburrido, pero nunca dejaré de amarte.

No esperemos...

—No, no, no... —gritó Hannah, y se inclinó para besarle.

De pronto, se levantó de un salto y se precipitó hacia el teléfono. Marcó el 17.

—Dios mío, por favor —chilló—, que una píldora no sea suficiente. ¡Contesta, contesta, contesta! —gritó al teléfono, mientras la puerta del apartamento de Scott se abría. Hannah se volvió y vio irrumpir a Kratz y a otro hombre al que no conocía.

Tiró el teléfono al suelo y corrió hacia ellos. Se arrojó sobre Kratz y le derribó al suelo.

—¡Bastardo, bastardo! —aulló—. ¡Me has obligado a matar a la única persona que he querido en mi vida! ¡Ojalá te pudras en el infierno! —dijo, sin dejar de lanzar puñetazos contra su cara.

El hombre desconocido actuó con rapidez y apartó a Hannah de un empujón. Luego, los dos cogieron el cuerpo inmóvil de Scott y lo sacaron de la habitación.

Hannah quedó tendida en un rincón, llorando.

Pasó una hora, quizá dos, antes de que gateara poco a poco hacia la mesa, abriera el bolso y sacara la segunda píldora.

— Casa Blanca.

—Con el señor Butterworth, por favor. Un largo silencio.

—No encuentro a nadie que se llame así, señor. Espere un momento y le pasaré con personal.

El Archivero esperó pacientemente, más consciente a cada segundo que pasaba de que el nuevo sistema telefónico adoptado por la administración Clinton era claramente obsoleto.

—Oficina de Personal —dijo una voz femenina—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Intento localizar al señor Rex Butterworth, asesor especial del presidente.

—¿Quién llama?

—Marshall, Calder Marshall, Archivero.

—¿De...?

—Los Estados Unidos de América.

Otro largo silencio.

—El apellido Butterworth no me suena, señor, pero, como usted sabrá, hay cuarenta asesores especiales del presidente.

—No, no lo sabía.

Otro largo silencio.

—Según nuestros registros —continuó la voz femenina—, parece que ha regresado al ministerio de Comercio. Estuvo asignado aquí solo temporalmente.

—¿Consta algún número donde pueda llamarle?

—No, pero si llama al localizador del ministerio de Comercio, estoy segura de que lo encontrarán.

—Gracias por su ayuda.

—Me alegro de haberle sido útil, señor.

Hannah no pudo recordar cuánto tiempo había permanecido acurrucada en el rincón de la habitación de Simon. Era incapaz de pensar en él como Scott; siempre pensaría en él como Simon. Una hora, tal vez dos. El tiempo carecía de importancia para ella. Recordaba haber gateado hacia el centro de la habitación, esquivando sillas y mesas caídas, más propias de un club nocturno que acabara de sufrir una reyerta entre borrachos.

Extrajo la píldora del bolso y la tiró al váter, la reacción automática de todo agente bien entrenado. Después, comenzó a buscar entre los restos las fotografías y, por supuesto, la carta dirigida a «Hannah». Amontonó aquellos escasos recuerdos en su bolso y trató, con la ayuda de una silla caída, de ponerse en pie.

Más tarde, tendida en su cama de la embajada, con la vista clavada en el techo

blanco, no pudo recordar la ruta utilizada para regresar, ni si había subido por la escalera de incendios o entrado por la puerta principal. Se preguntó cuántas noches pasarían antes de que pudiera volver a dormir más de unos minutos cada vez. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que él dejara de ser su único pensamiento?

Sabía que el Mossad querría llevársela, esconderla, protegerla, a su modo, hasta que la policía francesa hubiera terminado su investigación. Los gobiernos enlazarían sus diplomáticos brazos con sus diplomáticas espaldas. Los norteamericanos exigirían mucho por el asesinato de uno de sus agentes, pero a la larga se llegaría a un acuerdo. Hannah Kopec, Simon Rosenthal y el profesor Scott Bradley se convertirían en casos cerrados. Porque los tres eran números: intercambiables, prescindibles y, por supuesto, reemplazables.

Se preguntó qué harían con su cuerpo, el cuerpo del hombre al que amaba. Una tumba decente pero anónima, sospechaba. Dirían que había sido por el bien de una causa mayor. Sabía que nunca la permitirían descubrir su tumba.

No habría tirado la píldora en el café si Kratz no la hubiera machacado una y otra vez con los treinta y nueve Scuds arrojados sobre el pueblo de Israel, y en particular con el que había matado a su madre, su hermano y su hermana.

Incluso se habría arrepentido en el último momento si no la hubieran amenazado con llevar a cabo el trabajo ellos mismos, en caso de negarse. Prometieron que, en tal caso, la muerte sería mucho más desagradable.

Justo cuando Hannah se disponía a sacar la primera píldora del bolso, había pedido a Simon un poco de azúcar, en el último esfuerzo por salvarle. ¿Por qué no se había dado cuenta? ¿Por qué no la había interrogado, bromeado acerca de su peso, hecho cualquier cosa para disuadirla? Por otra parte, ¿por qué había esperado tanto para contarle la verdad?

Si se hubiera percatado de que ella también tenía cosas que decirle... El embajador había sido llamado de vuelta a Irak. Un ascenso, había dicho. Iba a ser nombrado, como Kanuk pregonaba a los cuatro vientos, viceministro de Asuntos Exteriores, lo cual significaba que en ausencia de Muhammad Saedal-Zahiaf, trabajaría directamente con Saddam Hussein.

Su puesto en la embajada sería ocupado por un tal Hamid al-Obaydi, el número dos en las Naciones Unidas, que había prestado grandes servicios a Irak en fecha reciente, servicios que ella acabaría por descubrir. El embajador le había dado a elegir entre quedarse en París, bajo las órdenes de al-Obaydi, o volver a Irak y seguir trabajando con él. Pocos días antes, el Mossad habría considerado semejante oferta una oportunidad irresistible.

Hannah había querido decirle a Simon que Saddam ya no la obsesionaba, que gracias a él había superado su odio hacia los Scuds; incluso la muerte de su familia se transformaría, con el tiempo, en una herida cicatrizada. Sabía que ya no era capaz de matar a nadie, mientras tuviera a alguien por quien vivir.

Pero ahora que Simon había muerto, su deseo de venganza era más feroz que

nunca.

—Ministerio de Comercio.

—Rex Butterworth, por favor.

—¿Qué agencia?

—Creo que no la entiendo.

—¿Con qué agencia trabaja el señor Butterworth? —preguntó la telefonista, pronunciando cada palabra lentamente, como si hablara con un niño de cuatro años.

—No tengo ni idea —admitió el Archivero.

—No tenemos a nadie con ese nombre.

—Pero la Casa Blanca me dijo...

—Me da igual lo que le dijera la Casa Blanca. Si no sabemos a qué agencia...

—¿Puede ponerme con la Oficina de Personal?

—Un momento.

Que se convirtió en algo más de un minuto.

—Oficina de Personal.

—Soy Calder Marshall, Archivero de los Estados Unidos. ¿Puedo hablar con el director?

—Lo siento, pero no está ahora. ¿Quiere hablar con su ayudante ejecutivo, la señora Alex Wagner?

—Sí. Estupendo.

—Hoy no está. ¿Puede llamar mañana?

—Sí —suspiró Marshall.

—Me alegro de haberle sido útil, señor.

Cuando el coche de Kratz se detuvo con un chirriar de frenos frente al Centro Cardiovascular del bosque de Gilbert, tres médicos, dos enfermeros y una enfermera les esperaban en la escalera del hospital. La embajada se había encargado de todo.

Los dos enfermeros acudieron corriendo y alzaron el cuerpo del asiento posterior. Subieron a toda prisa los escalones y depositaron a Scott en una camilla que aguardaba.

Mientras la camilla rodaba por el pasillo, los tres médicos y la enfermera rodearon el cuerpo y empezaron el examen. La enfermera se apresuró a quitar la camisa y los pantalones de Scott, en tanto el primer médico le abría la boca para comprobar su respiración. El segundo, un especialista, aplicó el oído al pecho de Scott y trató de captar los latidos de su corazón, mientras el tercero le tomaba la tensión. Ninguno aparentaba optimismo.

El especialista se volvió hacia el jefe del Mossad.

—No me haga perder el tiempo con mentiras —dijo con aspereza—. ¿Cómo

ocurrió?

—Le envenenamos, pero resultó que no era...

—No me interesa —cortó el médico—. ¿Qué veneno le administraron?

—El alcaloide del cornezuelo.

El especialista desvió su atención hacia uno de sus ayudantes.

—Llame al hospital Widal y deme los detalles de su efecto y del antídoto adecuado, de prisa.

Los enfermeros abrieron las puertas de goma y entraron en un quirófano privado.

El primer médico había logrado mantener abierta la boca de Scott durante todo el trayecto, con el fin de crear una vía de aire. Ya había presionado la lengua para dejar abierta la laringe. En cuanto la camilla se detuvo en el quirófano, insertó un tubo de plástico transparente angulado, de unos doce centímetros de longitud, para impedir que se tragara la lengua.

A continuación, la enfermera colocó una mascarilla sobre la nariz y la boca de Scott, conectada a un oxigenador que colgaba de la pared. La mascarilla llevaba sujeta a un lado una bolsa de goma, que la enfermera empezó a accionar cada tres o cuatro segundos con la mano izquierda, mientras le mantenía erguida la cabeza con la derecha. Los pulmones de Scott se llenaron al instante de oxígeno.

El especialista aplicó de nuevo el oído al corazón de Scott. Siguió sin oír nada. Movié la cabeza en dirección a un enfermero, que se puso a cubrir de parafina diversas partes del pecho de Scott. Otra enfermera le siguió, para colocar electrodos sobre la parafina. Los cables de los discos iban conectados a un monitor, instalado sobre una mesa contigua a la camilla.

La línea que recorría la máquina y registraba la potencia de los latidos emitió una débil señal.

El especialista sonrió bajo su mascarilla, mientras la enfermera continuaba bombeando oxígeno por la boca y nariz del paciente.

De pronto, sin previo aviso, la máquina emitió un sonido agudo. Todo el mundo se volvió hacia el monitor, que mostraba ahora una delgada línea plana que corría de un lado a otro de la pantalla.

—¡Paro cardíaco! —gritó el especialista.

Saltó hacia delante y colocó su mano sobre el esternón de Scott, y con ambos brazos firmemente trabados empezó a realizar las maniobras de reactivación con el fin de bombear la sangre suficiente para resucitar al paciente. Como un experto levantador de pesas, logró bombear unas cuarenta o cincuenta veces por minuto.

Un enfermero empujó el desfibrilador. El especialista dispuso grandes abrazaderas eléctricas sobre la parte frontal y lateral del pecho de Scott.

—Doscientos julios —dijo el especialista—. Apártense.

Todos retrocedieron un paso cuando el generador eléctrico transmitió una descarga al cuerpo de Scott.

Contemplaron el monitor, mientras el especialista se precipitaba hacia delante y

volvía a bombear el pecho de Scott con las palmas de sus manos, pero la fina línea verde no se alteró.

—Doscientos julios. Apártense —repitió con voz firme, y todos retrocedieron de nuevo para observar el efecto de la descarga eléctrica. La línea siguió obstinadamente plana. El especialista se apresuró a golpear el pecho de Scott con las manos.

—Trescientos sesenta julios, apártense —dijo desesperado del especialista, pero la enfermera que elevó el número del cuadrante comprendió que el paciente ya había muerto.

El especialista apretó un botón, y todos vieron que la descarga máxima permitida recorría el cuerpo de Scott, dando por sentado que aquello era el fin. Se volvieron hacia el monitor.

«Le hemos perdido», iba a decir el especialista, cuando ante el asombro general, vieron que la línea empezaba a mostrar un tenue destello. Saltó hacia delante y empezó a bombear con las palmas de las manos, mientras el centelleo continuaba mostrando una fibrilación irregular.

—Trescientos sesenta julios, apártense —repitió.

Apretó el botón y concentró su atención en el monitor. La fibrilación recobró un ritmo normal. El médico más joven lanzó un grito de júbilo.

El especialista buscó una vena en el brazo izquierdo de Scott y aplicó una aguja en ella, dejando que una cánula sobresaliera, a la que rápidamente conectó un gotero flucosalino. Otro médico entró como una tromba en el quirófano.

—El antídoto es GTN —dijo a su superior.

Una enfermera se encaminó al instante hacia la vitrina de venenos y extrajo un frasco de trinitrato de gliceril, que pasó al especialista, quien ya tenía preparada la jeringa. Extrajo el líquido azul de la ampolla, lanzó un poco al aire para asegurarse de que fluía sin problemas, e inyectó el antídoto en una válvula lateral del gotero intravenoso. Se volvió a mirar el monitor. El centelleo mantenía un ritmo constante.

El especialista se volvió hacia la enfermera de mayor edad.

—¿Usted cree en milagros? —preguntó.

—No —contestó la mujer—. Soy judía. Los milagros son solo para los cristianos.

Hannah empezó a forjar un plan, un plan en el que Kratz no interferiría. Había tomado la decisión de aceptar el trabajo de secretaria principal del embajador, y de acompañarle a Irak.

A medida que pasaban las horas, su plan empezó a tomar consistencia. Era consciente de que surgirían problemas. No por parte de los iraquíes, sino de los suyos. Hannah sabía que debería burlar los intentos del Mossad por sacarla de la embajada, lo cual significaba que no podía abandonarla ni un solo momento, hasta que el embajador regresara a Irak. Utilizaría todas las técnicas que le habían enseñado durante los dos últimos años para derrotarles.

Cuando estuviera en Irak, Hannah se convertiría en un elemento indispensable para el embajador, se tomaría su tiempo y, cuando hubiera logrado su objetivo, moriría alegremente como una mártir.

Ahora que Simon había muerto, su vida solo tenía un objetivo: asesinar a Saddam Hussein.

—Ministerio de Comercio.

—Alex Wagner, por favor —dijo el Archivero.

—¿Quién?

—Alex Wagner. Oficina de Personal.

—Un momento.

Un momento bastante dilatado.

—Personal.

—Soy Calder Marshall, Archivero de los Estados Unidos. Pregunté ayer por la señora Wagner y usted me dijo que probara hoy otra vez.

—Yo no estaba ayer aquí, señor.

—Bueno, sería una de sus compañeras. ¿Puedo hablar con la señora Wagner?

—Un momento...

Esta vez, el Archivero esperó varios minutos.

—Alex Wagner —dijo una dinámica voz femenina.

—Señora Wagner, me llamo Calder Marshall. Soy el Archivero de los Estados Unidos, y es muy importante que me ponga en contacto con el señor Rex Butterworth, que en fecha reciente fue trasladado a la Casa Blanca desde el ministerio de Comercio.

—¿Es usted algún antiguo jefe del señor Butterworth? —preguntó la voz dinámica.

—No.

—¿Pariente?

—No.

—En ese caso, temo que no puedo ayudarle, señor Marshall.

—¿Por qué?

—Porque el Acta de Privacidad nos prohíbe dar información personal sobre empleados del gobierno.

—¿Puede decirme el nombre del director de Comercio, o también lo prohíbe el Acta de Privacidad? —preguntó el Archivero.

—Dick Fielding —respondió la voz con brusquedad.

—Gracias por su amabilidad.

La comunicación se cortó.

Cuando Scott despertó, su primer recuerdo fue el de Hannah. Y entonces, se durmió.

Cuando despertó por segunda vez, solo pudo distinguir figuras borrosas que parecían inclinarse sobre él. Y entonces, se durmió.

Cuando volvió a despertar, las manchas empezaron a cobrar forma. Tuvo la impresión de que la mayoría iban vestidas de blanco. Y entonces, se durmió.

Cuando despertó la siguiente vez, estaba oscuro y no había nadie con él. Se sintió muy débil y desamparado, mientras intentaba recordar lo que había ocurrido. Y entonces, nuevamente se durmió.

Cuando despertó, pudo oír por primera vez sus voces, tranquilizadoras, suaves, pero fue incapaz de distinguir las palabras, por más que se esforzó. Entonces, se durmió.

Cuando volvió a despertar, le habían incorporado en la cama. Intentaban alimentarle con un líquido caliente y carente de gusto mediante una pajita de plástico. Y entonces, se durmió.

Cuando despertó, un hombre vestido con una larga bata blanca, un estetoscopio y una cálida sonrisa, le preguntó con un acento pronunciado:

—¿Puede oírme?

Intentó asentir, pero se durmió.

Cuando despertó, otro médico (esta vez le vio con claridad) escuchó atentamente las primeras palabras de Scott.

—Hannah, Hannah. —Fue todo cuanto pudo decir. Y entonces, se durmió.

Despertó de nuevo, y una atractiva mujer de cabello oscuro corto y sonrisa cordial estaba inclinada sobre él. Le devolvió la sonrisa y preguntó la hora. Quizá debió resultarle extraño a la desconocida, pero quería saberla.

—Pasan unos minutos de las tres de la madrugada —contestó la enfermera.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Poco más de una semana, pero estuvo a punto de morir. A punto de diñarla, como dicen ustedes. Si sus amigos hubieran llegado un momento...

Y entonces, se durmió.

Cuando despertó, el médico refirió a Scott que cuando llegó, todos pensaron que era demasiado tarde, y en dos ocasiones había estado técnicamente muerto.

—Antídotos y electroestimulación del corazón, combinados con una extraña determinación de vivir, más la teoría de una enfermera de que usted era un gentil, desafiaron el diagnóstico de la técnica —afirmó con una sonrisa.

Scott preguntó si una joven llamada Hannah había ido a verle. El doctor consultó la tabla situada en el extremo de la cama. Solo registraba dos visitantes, ambos hombres. Los dos habían venido el mismo día. Y entonces, Scott se durmió.

Cuando despertó, los dos hombres que el médico había mencionado se encontraban de pie, a cada lado de la cama. Scott sonrió a Dexter Hutchins, que

intentó contener el llanto. Los adultos no lloran, quiso decir, sobre todo cuanto trabajan para la CIA. Se volvió hacia el otro hombre. Nunca había visto un rostro tan invadido por la vergüenza, tan abrumado por la culpa, o unos ojos tan enrojecidos de no dormir. Scott intentó preguntarle cuál era el motivo de tanta desdicha. Y entonces, se durmió.

Cuando despertó, los dos hombres seguían allí, sentados en incómodas sillas, medio dormidos.

—Dexter —susurró, y ambos se despertaron al instante—. ¿Dónde está Hannah?

El otro hombre (Scott observó que se estaba recuperando de un ojo morado y una nariz rota) tardó bastante en responder a su pregunta. Y entonces, Scott se durmió, y deseó no despertar jamás.

Cavalli llegó al Hotel de la Paix alrededor de mediodía. Había reservado una modesta *suite* que dominaba el lago. Ni cara ni ostentosa.

Una vez hubo deshecho su pequeña maleta y colgado la bolsa del traje, se acercó a la ventana y admiró la fuente que brotaba en el centro del lago, cuya agua se elevaba en el aire.

La noche anterior había ido en taxi al aeropuerto Kennedy, y volado a Londres con British Airways, Clase Club. El vuelo había aterrizado en Heathrow, donde bajaron casi todos los pasajeros. La tripulación cambió y nuevos pasajeros subieron para el viaje a Ginebra.

El avión había tocado tierra suiza a las diez cincuenta y cinco de la mañana, y otro taxi, en esta ocasión azul, le había depositado frente al hotel de la Paix.

Cavalli estaba seguro de que no le habían seguido durante el viaje, y solo su padre y Nick Vicente sabían con exactitud dónde se encontraba. Después de una comida ligera, hizo dos llamadas telefónicas antes de colocar el letrero de «No molesten» en la puerta. Cavalli nunca podía dormir en los aviones.

Pocos minutos después de las ocho se vistió y bajó a cenar. Pese a las recomendaciones del chef, eligió sentarse en una esquina, junto a la ventana, donde solo el camarero más observador repararía en su presencia.

Mientras jugueteaba con un extraño filete, no pudo por menos que preguntarse dónde estaría Nick en aquel preciso momento y, sobre todo, cómo había sacado la Declaración de Nueva York para que estuviera a las doce en punto del día siguiente en las oficinas de Dummond et Cie. Cavalli ya había concertado una cita por teléfono con su propio banquero, el señor Franchard, una hora antes. Pocos minutos después de las diez, el chef le ofreció un café, pero desechó la propuesta con un ademán y pidió la cuenta. Pagó en metálico y dejó una propina, para retirarse luego a su habitación.

Cuando abrió la puerta, no le sorprendió descubrir en la alfombra un sobre con la inscripción «Personal».

Supuso que era la típica nota del director en que le daba la bienvenida al hotel, al tiempo que se disculpaba por no poder hacerlo personalmente. El anónimo director solía confiar en que el detalle de una botella de champán y una selección de buenos chocolates perdonaría su descortesía. Cavalli tiró el sobre encima de la cama, pues siempre traducía aquel tipo de detalles por un «No se preocupe, ya encontraremos una forma de cargárselo en su cuenta».

Después de desnudarse, se acostó y apretó varios botones del mando a distancia hasta encontrar la CNN. Se preguntó por qué el canal no tenía el mismo número en todos los países.

Miró la televisión unos minutos, pero descubrió que la noticia sobre la primera

dimisión en el personal veterano de la Casa Blanca, provocada por Hillary Clinton, merecía más espacio que el avión iraquí abatido por los norteamericanos en la zona de seguridad. Al parecer, Clinton estaba decidido a demostrar a Saddam que era tan duro como Bush.

Todavía cansado de su vuelo, Cavalli dejó la CNN en favor del sueño. Mientras aplastaba la almohada, dura como un ladrillo, a puñetazos, el sobre que aún seguía posado a un lado de la cama le llamó la atención. Lo abrió y descubrió que el contenido no era una nota del director, sino la confirmación de su cita para «tomar el té» con su banquero, el señor Franchard, a las once de la mañana siguiente.

Rio, y ya se disponía a probar si era capaz de encestar la tarjeta en la papelera situada al otro lado de la habitación, cuando reparó en unas palabras garrapateadas en la parte inferior:

Espero que la marca sea de su agrado. Buena suerte.

N. V.

—Ministerio de Comercio.

—Con el director, por favor.

—¿Quién le llama?

—Marshall, Calder Marshall.

—¿Espera él su llamada?

—No.

—El señor Fielding solo recibe las llamadas de las personas que han pedido hora para hablar con él.

—¿Y su secretaria?

—Jamás recibe llamadas.

—Entonces, ¿cómo puedo pedir hora para hablar con el señor Fielding?

—Ha de hablar con la señorita Zelumski, que se ocupa de las reservas.

—¿Puede pasarme con la señorita Zelumski, o también he de pedir hora para hablar con ella?

—El sarcasmo es innecesario, señor. Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Perdone. ¿Puede pasarme con la señorita Zelumski? —Marshall esperó pacientemente.

—La señorita Zelumski al habla.

—Me gustaría pedir hora para hablar con el señor Fielding.

—¿Es una llamada local, de estatus superior o del extranjero? —preguntó una voz aburrida.

—Es personal.

—¿Le conoce él?

—No.

—En ese caso, no puedo ayudarle. Solo me ocupo de llamadas locales, de estatus superior o del extranjero.

El Archivero colgó antes de dar la oportunidad a la señorita Zelumski de decir: «Me alegro de haberle sido útil, señor».

Después de un desayuno ligero en su habitación, Cavalli hizo la maleta y guardó la bolsa del traje, antes de bajar. El portero contestó a sus preguntas en perfecto inglés, y confirmó la dirección de Franchard et Cie. En Suiza, los porteros de los hoteles saben las direcciones de los bancos, al igual que sus colegas de Londres saben las de los teatros y campos de fútbol.

Mientras Cavalli abandonaba el hotel y empezaba a recorrer la escasa distancia que le separaba del banco, experimentó la sensación de que algo no iba bien. Entonces, se dio cuenta de que las calles estaban limpias, y de que los transeúntes iban bien vestidos, en silencio y sin aparentar prisa. Un contraste, en todos los sentidos, con Nueva York.

Cuando llegó a la puerta principal del banco, Cavalli apretó el discreto timbre situado bajo la placa de latón, igualmente discreta, que anunciaba FRANCHARD ET CIE.

Un portero respondió a la llamada. Cavalli entró en un vestíbulo con columnas de mármol de perfectas proporciones.

—Tal vez desee subir directamente a la décima planta, señor Cavalli. Creo que el señor Franchard le está esperando —le sugirió el portero.

Cavalli solo había entrado en el edificio dos veces en toda su vida. ¿Cómo lo habían hecho? Y el portero estaba en lo cierto, porque cuando Cavalli salió del ascensor, el presidente del banco le estaba esperando para recibirle.

—Buenos días, señor Cavalli —dijo—. ¿Vamos a mi despacho?

El despacho del presidente era una habitación modesta, decorada con gusto. Los banqueros suizos no son propensos a asustar a sus clientes con exhibiciones de riqueza.

Cavalli se llevó una sorpresa al ver un gran paquete de color pardo que reposaba en el centro de la mesa de juntas, sin dar la menor pista acerca de su contenido.

—Ha llegado para usted esta mañana —explicó el banquero—. Pensé que debía de estar relacionado con nuestra cita.

Cavalli sonrió y acercó el paquete. Quitó a toda prisa el envoltorio de papel pardo, y descubrió una caja con las palabras «TÉ: BOSTON» impresas sobre ella.

Cavalli abrió la tapa de madera con la ayuda de un pesado abrecartas de plata, que cogió de una mesa lateral. No observó la leve mueca que apareció en la cara del presidente.

Cavalli escudriñó el interior. La parte superior de la caja estaba llena de virutas de

poliuretano, que extrajo con las manos y desparramó sobre la mesa de juntas.

El presidente se apresuró a acercarle una papelería, de la que Cavalli hizo caso omiso, absorto en rebuscar en la caja, hasta que encontró unos objetos envueltos en papel de seda.

Sacó uno de los objetos, que resultó ser una taza de té, con los colores confederados del Primer Congreso.

Cavalli tardó unos minutos en desenvolver todo el juego de té, que dejó sobre la mesa, frente al desconcertado banquero. Una vez desempaquetado, una expresión de perplejidad apareció también en el rostro de Cavalli. Hundió de nuevo la mano en la caja y extrajo un sobre. Lo abrió y leyó el contenido en voz alta.

Esta es una copia del famoso juego de té fabricado en 1777 por Pearson e Hijo para conmemorar el Boston Tea Party^[6]. Cada juego va acompañado por una copia auténtica de la Declaración de Independencia. Su juego es el número 20 917, y ha sido registrado en nuestros libros bajo el nombre de J. Hancock.

La carta había sido firmada y autenticada por el actual presidente, H. William Pearson VI.

Cavalli estalló en carcajadas mientras seguía rebuscando en la caja de madera, hasta encontrar un delgado cilindro de plástico. Admiró el método empleado por Nick Vicente para burlar la aduana norteamericana, exportando así el original. El banquero seguía expresando desconcierto. Cavalli colocó el cilindro en el centro de la mesa y explicó con todo lujo de detalles cómo deseaba que fuera conducida la reunión de las doce.

El banquero asintió de vez en cuando, y en alguna ocasión tomó notas en el cuaderno que tenía delante.

—También quiero que, de momento, guarde el tubo de plástico en una caja fuerte. La llave de la caja será entregada al señor al-Obaydi cuando, y solo cuando, haya recibido usted el pago total por transferencia. El dinero será depositado en mi cuenta número 3 de su sucursal de Zúrich.

—¿Puede decirme la cantidad exacta que espera recibir del señor al-Obaydi? —preguntó el banquero.

—Noventa millones de dólares —contestó Cavalli.

El banquero ni siquiera enarcó una ceja. El Archivero buscó el nombre del secretario de Comercio en su directorio gubernamental, descolgó el teléfono y oprimió un botón. El 482 2000 estaba ahora programado en la memoria del aparato.

—Ministerio de Comercio.

—Dick Fielding, por favor.

—Un momento.

—Oficina del director.

—Soy el secretario Brown.

El Archivero solo tuvo que esperar unos segundos a que pasaran su llamada.

—Buenos días, señor secretario —dijo una voz vivaz.

—Buenos días, señor Fielding. Soy Calder Marshall, Archivero de los Estados Unidos de América.

—Yo pensaba...

—¿Usted pensaba...?

—Creo que me he equivocado de teléfono. ¿En qué puedo ayudarle, señor Marshall?

—Estoy intentando localizar a un antiguo empleado suyo. Rex Butterworth.

—No puedo ayudarle en eso.

—¿Por qué? ¿También se lo impide el Acta de Privacidad?

Fielding lanzó una carcajada.

—Ojalá.

—No le entiendo —dijo el Archivero.

—La semana pasada enviamos a Butterworth una recompensa por los servicios prestados, y nos fue devuelta. «No dejó dirección».

—Pero tiene una esposa.

—Recibió la misma contestación a su última carta.

—¿Y su madre, que vive en Carolina del Sur?

—Murió hace años.

—Gracias —dijo Calder Marshall, y colgó el teléfono. Sabía exactamente a quién debía llamar a continuación.

Dummond et Cie. es uno de los establecimientos bancarios más modernos de Ginebra, pese a haber sido fundado en 1781. Desde entonces, el banco se ha dedicado durante más de doscientos años a manejar el dinero de los demás, sin prejuicios religiosos o raciales. Dummond et Cie. jamás ha tenido problemas en tratar con un jeque árabe o un ejecutivo judío, con un *gauleiter* nazi o con un aristócrata inglés; de hecho, ha acogido a cualquiera que solicitara sus servicios. Se trata de una política que ha supuesto beneficios en todos los intercambios monetarios del mundo entero.

El banco ocupaba doce plantas de un edificio situado junto a la place de la Fusterie. La cita concertada para aquel martes a mediodía iba a celebrarse en la sala de juntas de la undécima planta, la planta situada bajo el despacho del presidente.

El presidente del banco, Pierre Dummond, ostentaba el cargo desde hacía diecinueve años, pero incluso él había visto pocas veces a una pareja tan poco común como la formada por un ducado árabe de Irak y el hijo de un antiguo abogado de la Mafia de Nueva York.

La mesa de la sala de juntas podía dar cabida a dieciséis personas, pero en esta ocasión solo estaba ocupada por cuatro. Pierre Dummond se encontraba sentado en el centro de uno de los largos lados, bajo el retrato de su tío, el antiguo presidente,

François Dummond. El actual presidente vestía un traje oscuro de corte y estilo elegantes, que no habría sido considerado fuera de lugar si lo hubiera llevado cualquier presidente de los cuarenta y ocho bancos emplazados en las cercanías del edificio. Su camisa era de un tono azul no influido por las modas de Milán, y la corbata era tan discreta que, momentos después de abandonar la sala, solo un cliente muy observador sería capaz de recordar su color o dibujo.

A la derecha del señor Dummond estaba sentado su cliente, el señor al-Obaydi, cuya indumentaria, aunque algo más a la moda, era igualmente conservadora.

Frente al señor Dummond se sentaba el presidente de Franchard et Cie., el cual, como habría concluido cualquier observador, debía compartir el mismo sastre con el señor Dummond. A la izquierda de Franchard se encontraba Antonio Cavalli, ataviado con un traje Armani cruzado, y que daba la impresión de haberse equivocado de reunión.

El pequeño reloj Louis-Philippe que descansaba sobre la repisa, detrás del señor Dummond, terminó de dar las doce campanadas.

El presidente carraspeó e inició la reunión.

—Caballeros, el propósito de esta reunión, que fue convocada a instancia nuestra, pero con su consentimiento, es intercambiar un documento inusitado por una cantidad acordada de dinero. —El señor Dummond se colocó bien las gafas de media luna—. Naturalmente, señor Cavalli, debo empezar preguntándole si se halla en posesión de dicho documento.

—No, señor —intervino el señor Franchard, tal como había acordado con Cavalli—, porque ha confiado la custodia del documento a nuestro banco. Puedo confirmar, sin embargo, que en cuanto la cantidad haya sido totalmente transferida, se me han concedido facultades para entregar el documento de inmediato.

—Pero eso no fue lo que acordamos —interrumpió Dummond, quien se inclinó hacia delante fingiendo sorpresa, y añadió—: el gobierno de mi cliente no tiene intención de pagar otro centavo hasta haber examinado minuciosamente el documento. Ustedes accedieron a entregarlo aquí, hoy a mediodía, y en cualquier caso todavía hemos de convencernos de su autenticidad.

—Mi cliente es consciente de ello —dijo el señor Franchard—. De hecho, les invitamos a acudir a mi despacho cuando así lo desearan, con el fin de llevar a cabo dicha inspección. Después del examen, en cuanto hayan transferido la cantidad acordada, les será entregado el documento.

—Me parece muy bien. —Contraatacó el señor Dummond, colocándose de nuevo las gafas—, pero su cliente ha incumplido el trato original, lo cual, desde mi punto de vista, permite al gobierno de mi cliente —recalcó la palabra «gobierno»— reconsiderar su postura.

—Mi cliente consideró prudente, dadas las circunstancias, proteger sus intereses, depositando el documento en su banco para salvaguardarlo. —Fue la inmediata respuesta del señor Franchard.

Cualquiera que estuviera presenciando el toma y daca de los dos banqueros se habría llevado una sorpresa al saber que jugaban una partida de ajedrez cada sábado por la noche, que ganaba invariablemente el señor Franchard, y una de tenis el domingo, después de comer, que perdía habitualmente el señor Franchard.

—No puedo aceptar esta alteración —habló por primera vez al-Obaydi—. Mi gobierno me ha ordenado pagar solamente un máximo de cuarenta millones de dólares si el acuerdo original era incumplido de alguna manera.

—¡Esto es ridículo! —dijo Cavalli, alzando la voz a cada palabra—. Estamos discutiendo por una cuestión de pocas horas a lo sumo, ya que el banco se encuentra a medio kilómetro de distancia. Como usted sabe bien, además, la cifra acordada fue de noventa millones de dólares.

—Pero usted ha quebrantado el acuerdo —dijo al-Obaydi—, de modo que mi gobierno ya no considera válidas las condiciones originales.

—¡Si no paga los noventa millones, no hay documento! —estalló Cavalli, y dio un puñetazo sobre la mesa.

—Seamos realistas, señor Cavalli —dijo al-Obaydi—... El documento ya no le sirve de nada, y tengo la sensación de que se hubiera conformado con cincuenta millones desde el principio.

—Esto no es lo...

El señor Franchard tocó el brazo de Cavalli.

—Me gustaría conversar unos minutos a solas con mi cliente y, si es posible, utilizar el teléfono.

—Por supuesto —contestó el señor Dummond, levantándose—. Les dejaremos. Haga el favor de apretar el botón situado debajo de la mesa cuando desee que regresemos.

El señor Dummond y su cliente salieron de la sala sin decir palabra.

—Es un farol —dijo Cavalli—. Pagaré. Lo sé.

—Creo que no —dijo Franchard.

—¿Por qué?

—La utilización de las palabras «mi gobierno».

—¿Qué significa eso que no sepamos ya?

—La expresión se ha repetido cuatro veces, lo cual me sugiere que la decisión económica ya no está en manos del señor al-Obaydi, y que solo cuarenta millones serán depositados por su gobierno en Dummond et Cie.

Cavalli empezó a dar vueltas por la sala, pero se detuvo junto al teléfono que descansaba sobre una mesilla auxiliar.

—Supongo que estará intervenido —dijo Cavalli, y señaló el teléfono.

—No, señor Cavalli.

—¿Por qué está tan seguro?

—El señor Dummond y yo estamos implicados actualmente en diversas transacciones, y jamás permitiría que nuestra relación se resintiera por culpa de un

acuerdo. En cualquier caso, hoy está sentado frente a usted, pero, como todo banquero suizo, eso no impide que piense en usted como en un cliente potencial.

Cavalli consultó su reloj. Eran las seis y veinte de la mañana en Nueva York. Su padre se habría levantado una hora antes. Marcó los catorce números y esperó.

Su padre contestó al teléfono, parecía muy despierto y, tras los intercambios preliminares, escuchó atentamente el relato de lo sucedido en la sala de juntas del banco. Cavalli también repitió la opinión del señor Franchard sobre la situación. El presidente de «Técnicas» no tardó mucho en dar un consejo a su hijo, el cual sorprendió a Cavalli.

Colgó el teléfono e informó al señor Blanchard de la opinión de su padre.

El señor Franchard cabeceó, como si se mostrara de acuerdo con la opinión del anciano.

—Procedamos, pues —dijo de mala gana Cavalli.

El señor Blanchard oprimió el botón situado bajo la mesa de la sala de juntas.

El señor Dummond y su cliente entraron en la sala pocos momentos después y ocuparon sus asientos. El viejo banquero volvió a asentarse las gafas sobre la nariz y paseó la mirada por sus acompañantes, mientras esperaba a que el señor Franchard hablara.

—Si la transacción se realiza antes de una hora, aceptaremos los cuarenta millones de dólares. De lo contrario, no hay trato y el documento volverá a Estados Unidos.

Dummond se quitó las gafas y miró a su cliente. Estaba contento de que Franchard hubiera captado el significado de «mi gobierno», una frase que había recomendado repetir lo máximo posible a al-Obaydi.

—¿La Casa Blanca?

—Sí, señor.

—¿Puedo hablar con la coordinadora de horarios del presidente, por favor?

—¿Quién le llama?

—Marshall, Calder Marshall, Archivero de los Estados Unidos. Y antes de que me lo pregunte, sí, la conozco, y sí, espera mi llamada.

La comunicación se cortó. Marshall se preguntó si habían colgado el teléfono.

—Patty Watson al habla.

—Patty, soy Calder Marshall. Soy el...

—Archivero de los Estados Unidos.

—No puedo creerlo.

—Oh, sí, le admiro muchísimo, señor Marshall. Incluso he leído su libro sobre la historia de la Constitución, la Carta de Derechos y la Declaración. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Sigue ahí, señor Marshall?

—Oh, sí, Patty. Solo quería saber el programa de actividades del presidente el 25

de mayo de este año.

—Por supuesto, señor. Solo tardaré un momento.

El Archivero no esperó mucho rato.

—Ah, sí, el 25 de mayo. El presidente pasó la mañana en el Despacho Oval con los redactores de sus discursos, David Kusnet y Carolyn Curiel. Preparaba el texto para su discurso ante el GATT, en el Congreso de Relaciones Exteriores de Chicago, que se celebró al día siguiente. Se tomó un descanso para comer con el senador Mitchell, el líder de la mayoría. A las tres, el presidente...

—¿El presidente Clinton permaneció toda la mañana en la Casa Blanca?

—Sí, señor. No abandonó la Casa Blanca en todo el día. Pasó la tarde con la señora Clinton, conversando con los responsables de su política sanitaria.

—¿Pudo salir del edificio sin que usted lo supiera, Patty?

La secretaria rio.

—Eso es imposible, señor. Si lo hubiera hecho, el Servicio Secreto me hubiera informado al instante.

—Gracias, Patty.

—Me alegro de haberle sido útil, señor.

En cuanto finalizó la reunión celebrada en Dummond et Cie., Cavalli regresó a la habitación de su hotel y esperó a que Franchard le llamara, para confirmar que los cuarenta millones de dólares habían sido depositados en su cuenta número 3 de Zúrich.

En tanto la transacción se cerrara antes de una hora, aún le quedaría tiempo para coger el vuelo de las cuatro y cuarenta y cinco de Ginebra a Heathrow, y empalmar con el enlace de Nueva York a primera hora de la noche.

Cavalli empezó a ponerse nervioso al cabo de media hora sin recibir la llamada, y aún más después de transcurridos cuarenta minutos. Cuando fueron cincuenta, se sorprendió paseando por la habitación y consultando su reloj cada pocos segundos.

Cuando el teléfono sonó por fin, se precipitó sobre él.

—¿Señor Cavalli? —preguntó una voz.

—Al habla.

—Soy Franchard. El documento ha sido verificado y entregado. Quizá le interese saber que el señor al-Obaydi examinó una palabra en particular del pergamino durante bastante rato, antes de autorizar la transferencia. La cantidad acordada ha sido transferida a su cuenta número 3 de Zúrich, tal como usted especificó.

—Gracias, señor Franchard —contestó Cavalli, sin más comentarios.

—Ha sido un placer, señor Cavalli, como siempre. ¿Puedo hacer algo más por usted, mientras siga aquí?

—Sí. Necesito transferir un cuarto de millón de dólares a un banco de las islas Caimán.

—¿Al mismo nombre y cuenta de las tres últimas transacciones? —preguntó el banquero.

—Sí. Y en cuanto a la cuenta de Zúrich que está ahora a nombre del señor al-Obaydi, quiero retirar cien mil dólares y...

El señor Franchard escuchó atentamente las instrucciones de su cliente.

—Departamento de Estado.

—¿Puedo hablar con el secretario de Estado?

—Un momento.

—Oficina del secretario.

—Soy Calder Marshall, Archivero de los Estados Unidos. Necesito hablar con el secretario Christopher por un asunto de extrema importancia.

—Le pasaré con su ayudante ejecutivo, señor.

—Gracias —dijo Marshall, y esperó unos momentos.

—Soy Jack Leigh, ayudante ejecutivo del secretario. ¿En qué puedo servirle, señor?

—Para empezar, señor Leigh, ¿cuántos ayudantes ejecutivos tiene el secretario de Estado?

—Cinco, señor, pero solo uno me supera en categoría.

—En ese caso, necesito hablar urgentemente con el secretario.

—En este momento no se encuentra en su despacho. Quizá pueda ayudarle el subsecretario.

—No, señor Leigh, no puede.

—Bien, informaré al secretario Christopher de que ha llamado, señor.

—Gracias, señor Leigh. ¿Será tan amable de transmitirle un mensaje?

—Por supuesto, señor.

—Infórmele de que mi dimisión estará en su escritorio mañana por la mañana, a las nueve. Esta llamada solo era para disculparme por el daño que, sin duda alguna, causaré al presidente, teniendo en cuenta el poco tiempo que lleva en el cargo.

—No se habrá puesto en contacto con los medios de comunicación, ¿verdad, señor? —preguntó el ayudante ejecutivo, demostrando nerviosismo por primera vez.

—No, señor Leigh, y no lo haré hasta mañana a mediodía, lo cual proporcionará al secretario tiempo suficiente para preparar respuestas a las preguntas que la prensa formulará a él y al presidente, cuando averigüe el motivo de mi dimisión.

—Le diré al secretario que le llame lo antes posible, señor.

—Gracias, señor Leigh.

—Me alegro de haberle sido útil, señor.

La mujer voló a las islas Caimán aquella mañana y fue en taxi al Barclays Bank de

Georgetown. Comprobó su cuenta y descubrió que había tres ingresos de doscientos cincuenta mil dólares. Uno del nueve, de marzo, otro del veintisiete de abril, y un tercero del treinta de mayo.

Aún faltaba uno pero, en justicia, Cavalli no se enteraría de la muerte de T. Hamilton McKenzie hasta que regresara de Ginebra.

—Tenemos otro paquete para usted, señorita Webster —dijo el sonriente empleado indígena.

La misma canción de siempre, pensó la mujer. Una vez más, había llegado el momento de trasladar su cuenta a otro banco de otro país, y a otro nombre. Tiró el paquete en su bolsa de la compra, se la colgó al hombro y se marchó sin decir palabra.

No intentó abrir el grueso sobre marrón hasta haber pedido café, tras una parsimoniosa comida, en un hotel en el que jamás se hospedaría. Después, abrió con cuidado el abultado paquete con el cuchillo del pan hasta que el contenido se desparramó sobre la mesa.

Las fotos habituales, desde todos los ángulos, más direcciones pasadas y presentes, las costumbres cotidianas y manías de la víctima señalada. Cavalli nunca dejaba lugar a equivocaciones.

Examinó las fotos de un hombrecillo gordo, sentado en el taburete de un bar. Parecía de lo más inofensivo. El contacto siempre era igual. A ejecutar en el plazo de catorce días. Un pago de doscientos cincuenta mil dólares en la cuenta especificada.

Esta vez no era Columbus o Washington, sino San Francisco. Hacía años que no había estado en la Costa Oeste, y trató de recordar si había alguna tienda Laura Ashley.

—Archivos Nacionales.

—Señor Marshall.

—¿Quién llama?

—Christopher. Warren Christopher.

—¿Para qué agencia trabaja?

—Tengo la sensación de que él ya lo sabe.

—Le pasaré, señor.

—El secretario esperó pacientemente.

—Calder Marshall al habla.

—Calder, soy Warren Christopher.

—Buenos días, señor secretario.

—Buenos días, Calder. Acabo de recibir su carta de dimisión.

—Sí, señor. He pensado que era la única decisión admisible, dadas las circunstancias.

—Muy loable, estoy seguro, pero ¿se lo ha comunicado a alguien más?

—No, señor. Tengo la intención de informar al personal a las once y ofrecer una conferencia de prensa a las doce, tal como anuncio en mi carta. Espero que no le suponga ningún inconveniente, señor.

—Bien, me pregunto si, antes de eso, tendría tiempo para reunirse conmigo y el presidente.

Marshall vaciló únicamente porque la petición le había pillado por sorpresa.

—Por supuesto, señor. ¿A qué hora le parece bien?

—Digamos a las diez.

—Sí, señor. ¿Adónde quiere que vaya?

—A la entrada norte de la Casa Blanca.

—La entrada norte, por supuesto.

—Jack Leigh, mi ayudante ejecutivo, saldrá a recibirle en la zona de recepción del ala oeste y le acompañará al Despacho Oval.

—Al Despacho Oval.

—Y, Calder...

—¿Sí, señor secretario?

—Le ruego que no informe a nadie de su dimisión hasta que haya visto al presidente.

—Hasta que haya visto al presidente. Por supuesto.

—Gracias, Calder.

—Me alegro de haberle sido útil, señor.

—**M**e gustaría empezar dando las gracias a todos ustedes por asistir a esta reunión, considerando el escaso tiempo de que han dispuesto —dijo el secretario de Estado—. Y en particular a Scott Bradley, que acaba de recuperarse de... —Christopher vaciló un momento—... un accidente de consecuencias casi trágicas. Sé que todos celebramos la rapidez de su recuperación. También me gustaría dar la bienvenida al coronel Kratz, que representa al gobierno israelí, y a Dexter Hutchins, el subdirector de la CIA.

»Solo dos miembros de mi personal me acompañan hoy: Jack Leigh, mi ayudante ejecutivo, y Susan Anderson, uno de mis principales consejeros en materia de Oriente Próximo. No tardarán en comprender el motivo de que hayamos restringido el número de participantes en esta ocasión. El tema del que vamos a hablar es tan delicado que cuanto menos gente esté al corriente, mejor. Sugerir en este caso que el silencio es oro sería subestimar el valor del oro.

»Quizás, en esta coyuntura, sería mejor que el subdirector de la CIA nos pusiera al día sobre la situación. Dexter.

Dexter Hutchins abrió su maletín y extrajo un expediente con la inscripción «A la atención exclusiva del Director».

Colocó el expediente sobre la mesa, frente a él, y dio vuelta a la cubierta.

—Hace dos días, el señor Marshall, Archivero de los Estados Unidos, informó al secretario de Estado que la Declaración de Independencia había sido robada de los Archivos Nacionales o, para ser más preciso, trocada por una copia de lo más brillante, que no solo superó el escrutinio del señor Marshall, sino también del Conservador, el señor Mendelssohn.

»El señor Marshall solo empezó a preocuparse cuando intentó volver a ponerse en contacto con el señor Rex Butterworth, que había sido destinado temporalmente a la Casa Blanca como asesor especial del presidente.

—Si me permite intervenir, señor Hutchins —dijo Jack Leigh—, puntualizaré que, si bien el señor Butterworth era un antiguo empleado del ministerio de Comercio, en caso de que la prensa llegue a enterarse de todo esto solo se referirá a él como «asesor especial del presidente».

Warren Christopher cabeceó para manifestar su acuerdo.

—Cuando Calder Marshall descubrió que Butterworth no había vuelto de vacaciones —continuó Dexter Hutchins—, y que se había marchado sin dejar ninguna dirección, empezó a sospechar. Dadas las circunstancias, consideró prudente solicitar al señor Mendelssohn que comprobara si la Declaración había sufrido algún tipo de alteración. Después de someter el pergamino a varios exámenes preliminares, se les ha enviado a todos ustedes un informe al respecto, llegó a la conclusión de que todavía seguían en posesión del documento original.

»Pero el escepticismo del señor Marshall, un hombre cauto, no se disipó, y se puso en contacto con la coordinadora de horarios del presidente, la señorita Patty Watson... También constan ahí los detalles. Después de la conversación, solicitó al Conservador que llevara a cabo un examen más riguroso.

»Aquella noche, el señor Mendelssohn pasó varias horas a solas, dedicado a estudiar el pergamino palabra por palabra con una lupa. Fue entonces cuando llegó a la frase “Tampoco hemos escatimado atenciones a nuestros hermanos británicos”, y el Conservador se dio cuenta de que la palabra “británicos” estaba bien escrita, y no con dos tes como en la Declaración original, ejecutada por Timothy Matlock. Cuando informó de ello al señor Marshall, este presentó de inmediato su dimisión al secretario de Estado. Se les entregará una copia.

—Si me permites intervenir, Dexter —dijo el secretario Christopher—. Para más datos, el presidente y yo nos reunimos ayer con el señor Marshall en el Despacho Oval. No pudo ser más cooperativo. Nos aseguró que su colega, el señor Mendelsohn, y él no dirán ni harán nada en un futuro inmediato. Expresó, no obstante, su desagrado por continuar exhibiendo al público una falsificación de la Declaración. Nos prometió al presidente y a mí, que su dimisión llevaría la fecha del 25 de mayo de 1993, en caso de que no lográramos recobrar el original antes de que su desaparición se hiciera pública, dimisión que yo aceptaría, como custodio de la Declaración. Pidió por escrito la confirmación de que él no había consentido en engañar a su personal ni a la nación a la que servía. «No tengo la costumbre de engañar a nadie», fueron sus últimas palabra antes de abandonar el Despacho Oval.

»Si es posible —continuó Christopher— que un funcionario público haga sentirse moralmente inferiores al presidente y al secretario de Estado, el señor Marshall lo logró con considerable dignidad. Sin embargo, eso no altera el hecho de que si no recuperamos el pergamino antes de que el robo se haga público, los medios de comunicación se cebarán en el presidente y en mí. Una cosa es segura: los republicanos, liderados por Dole, se lavarán colectiva y alegremente las manos en público. Prosigue, Dexter.

—Siguiendo las instrucciones del secretario de Estado, reunimos de inmediato en Langley una pequeña fuerza de choque para analizar todos los aspectos del problema que nos ocupa, pero no tardamos en descubrir que estábamos trabajando sometidos a severas restricciones. Para empezar, debido a lo delicado del tema y a la gente implicada, no podíamos seguir el método habitual, es decir, consultar al FBI y coordinarnos con el departamento de Policía de la capital. Supusimos que eso nos garantizaría la primera plana del *Washington Post*, probablemente a la mañana siguiente. No debemos olvidar que el FBI aún está padeciendo las consecuencias del asedio de Waco, y no desea otra cosa que la CIA lo sustituya en las primeras planas.

»El siguiente problema al que nos enfrentamos fue el tener que desechar a personas que, en circunstancias normales, habríamos interrogado, por temor a que también descubrieran nuestro auténtico propósito. No obstante, hemos obtenido

varias pistas sin hablar con ningún miembro del público. Tras una comprobación rutinaria de los permisos otorgados por el departamento de Policía de la capital, descubrimos que se estaba rodando una película en Washington el mismo día que robaron el documento. El director de la película era Johnny Scasiatore, actualmente en libertad bajo fianza y pendiente de juicio por abuso de menores. Tres personas más implicadas en el rodaje poseen antecedentes delictivos, y algunas de ellas encajan con las descripciones que nos dieron el señor Marshall y el señor Mendelssohn del grupo que llegó a los Archivos Nacionales como falso séquito del presidente. Incluye a un tal Bill O'Reilly, un famoso falsificador que ha pasado varios años en más de una penitenciaría estatal, y un actor que interpretó al presidente con tal convicción que tanto el señor Marshall como el señor Mendelssohn le aceptaron sin rechistar.

—Podremos descubrir quién era, supongo —dijo Christopher.

—Ya lo hemos hecho. Se llama Lloyd Adams, pero no nos atrevimos a detenerle.

—¿Cómo le encontraron? —preguntó Leigh—. Al fin y al cabo, muy pocos actores pueden conseguir un parecido pasable con Clinton.

—Es cierto —reconoció el subdirector—, pero solo uno fue operado por el mejor cirujano plástico de Estados Unidos en los últimos meses. Tenemos motivos para creer que los líderes de la banda asesinaron al cirujano y a su hija, motivo por el cual su mujer ha informado de todo cuanto sabía al jefe de la policía local.

»Sin embargo, la operación jamás habría prosperado sin la ayuda desde dentro del señor Rex Butterworth, que fue visto por última vez la mañana del 25 de mayo. Desde entonces ha desaparecido de la faz de la tierra. Reservó un billete para Brasil, pero nunca apareció. Nuestros agentes le están buscando a lo largo y ancho del globo.

—Todo esto carece de importancia si no conseguimos averiguar dónde se encuentra la Declaración en este momento y quién la robó.

—Esa es la mala noticia —replicó Dexter—. Nuestros agentes dedican horas a investigaciones rutinarias que muchos ciudadanos norteamericanos consideran un derroche del dinero de los contribuyentes, pero de vez en cuando, sirven de algo.

—Somos todo oídos —dijo Christopher.

—La CIA mantiene vigilados a varios diplomáticos extranjeros que trabajan en las Naciones Unidas. Se enfurecerían si lo supieran, naturalmente, y si alguna vez sospechamos que se lo huelen, nos retiramos de inmediato. En el caso de los iraquíes de la ONU, tenemos gente que les vigila las veinticuatro horas del día. El problema es que no podemos trabajar dentro del complejo de la ONU, porque si nos cogieran en el interior del edificio se montaría un lío internacional. Por lo tanto, en ocasiones, sus representantes escapan a nuestros tentáculos.

»Pero no consideramos una coincidencia que el secretario de la embajada iraquí en las Naciones Unidas, el señor Hamid al-Obaydi, estuviera en Washington el día en que la Declaración fue cambiada, ni que tomara varias fotografías del falso rodaje que se estaba realizando. El agente que seguía los pasos de al-Obaydi aquel día también informó que, a las diez y treinta y siete, después de que la Declaración

volviera a exhibirse en los Archivos Nacionales, al-Obaydi se sumó a la cola del público, y esperó una hora para ver el pergamino. Y ahí está el detalle. Examinó el documento una vez, y luego otra, pero con gafas.

—Quizás sea miope —dijo Susan.

—Nuestro agente informó que nunca le había visto con gafas de ningún tipo —contestó Dexter Hutchins—. Ahora, vamos a la muy mala noticia.

—¿No era esa? —preguntó Christopher.

—No, señor. Al-Obaydi voló a Ginebra una semana después y fue localizado por nuestro agente destacado cuando salía de un banco. —Dexter consultó sus notas—. Franchard et Cie. Llevaba un cilindro de plástico, y cito «de un poco más de sesenta centímetros de largo y unos cinco de diámetro».

—¿Quién se lo dirá al presidente? —dijo Christopher, mientras se cubría los ojos con las manos.

—Lo transportó en coche al Palais des Nations, y no se le ha vuelto a ver desde entonces.

—Y Barazan al-Tikriti, medio, hermano de Saddam, es el embajador iraquí ante las Naciones Unidas en Ginebra —comentó Susan.

—No me lo recuerdes —dijo Christopher—. Lo que quiero saber es por qué demonios tu hombre no saltó sobre al-Obaydi, cuando era evidente lo que llevaba. Habría encontrado alguna manera de mantener a raya a los suizos.

—Lo habríamos hecho de haber sabido lo que era, pero en aquel momento ni siquiera sabíamos que habían robado la Declaración, y nuestra vigilancia era pura rutina.

—Bien, nos estás diciendo que la Declaración podría estar en Bagdad ahora —dijo Leigh—. Porque si fue enviada por correo diplomático, los suizos no nos habrían permitido ni acercarnos.

Se hizo el silencio durante varios segundos.

—Vamos a imaginar el peor de los casos —dijo por fin el secretario de Estado—. La Declaración ya está en manos de Saddam. ¿Cuál será su próximo movimiento? Scott, tú eres nuestro experto en lógica. ¿Puedes deducir lo que está tramando?

—No, señor. Es imposible deducir las reacciones de Saddam. Dos aspectos de su comportamiento me preocupan en los últimos tiempos —dijo Scott—. Primero, derribamos uno de sus cazas en la zona de seguridad para proteger a los chiítas, y ¿cómo reacciona? ¿Con los habituales gritos y berridos belicosos, seguidos de la masacre de víctimas inocentes? No. La noticia es acogida con una declaración razonada y coherente de su embajador ante las Naciones Unidas. ¿Por qué? La prensa explica que Saddam espera que Clinton será a la larga más razonable que Bush. No lo creo. Sospecho que Saddam se ha dado cuenta de que la posición de Clinton no difiere mucho de la de Bush. No creo que ese sea su razonamiento. No, sospecho que, con la Declaración en sus manos, cree que posee un arma lo bastante poderosa para humillar a Estados Unidos, y en particular al nuevo presidente, cuando y como le dé

la gana.

—¿Cuándo y cómo, Scott? Si lo supiéramos...

—Tengo dos teorías al respecto, señor —contestó Scott.

—Oigámoslas.

—Ninguna le va a gustar, señor secretario.

—Da igual.

—Primero, convoca una conferencia de prensa, invitando a los medios de comunicación de todo el mundo. Elige alguna plaza pública de Bagdad donde pueda rodearse de su pueblo, y entonces rompe, quema, destruye, o lo que sea, la Declaración. Tengo la sensación de que saldría en los horarios de mayor audiencia televisiva.

—Pero reduciríamos a cenizas Bagdad si lo hiciera —dijo Dexter Hutchins.

—Lo dudo —contestó Scott—. ¿Cómo reaccionarían nuestros aliados, los ingleses, los franceses, por no mencionar a las demás naciones árabes amigas, si bombardeáramos a civiles inocentes porque Saddam ha robado la Declaración de Independencia ante nuestras propias narices?

—Tienes razón, Scott —intervino Warren Christopher—. El presidente sería calificado de bárbaro si se vengara bombardeando a iraquíes inocentes, después de lo que casi todo el mundo consideraría un simple golpe de relaciones públicas. Bien, ¿cuándo ocurrirá?

—No es tan fácil de predecir, señor, porque es necesario pensar como él, algo casi imposible, porque cambia de opinión a cada hora. Pero si aplica la lógica al problema, creo que se debatirá entre dos alternativas. O bien en la fecha simbólica, tal vez un aniversario relacionado con la guerra del Golfo...

—¿O...? —dijo Christopher.

—O pretende utilizarla como moneda de cambio por los campos petrolíferos de Kuwait. Al fin y al cabo, siempre ha proclamado que había llegado a un acuerdo con nosotros al respecto.

—Cualquiera de ambas alternativas es demasiado horrible para ser tenida en cuenta —dijo el secretario de Estado. Se volvió hacia el subdirector—. ¿Han empezado a preparar algún plan para recuperar el documento?

—De momento no, señor —contestó Dexter Hutchins—, pues sospecho que el pergamino estará tan bien protegido como el propio Saddam y, para ser sincero, averiguamos su probable destino anoche.

—Coronel Kratz —Christopher desvió su atención hacia el hombre del Mossad, quien aún no había pronunciado ni una palabra—. Su primer ministro me informó hace unas semanas de que estaba meditando un plan para eliminar a Saddam en algún momento no muy lejano.

—Sí, señor, pero reconoce el dilema al que se enfrentan ustedes ahora, y todas nuestras actividades se han paralizado hasta que el problema de la Declaración se haya resuelto, de una forma u otra.

—Ya he informado al señor Rabin de cuánto agradezco su apoyo, sobre todo porque no puede informar a su gabinete del auténtico motivo de su cambio de opinión.

—Pero nosotros también tenemos un problema, señor —dijo el israelí.

—Alégreme el día, coronel^[7].

El estallido de carcajadas que siguió suavizó la tensión un momento..., pero solo un momento.

—Hemos entrenado a un agente que iba a formar parte del comando elegido para eliminar a Saddam, Hannah Kopec.

—La chica que... —dijo Christopher, y miró de reojo a Scott.

—Sí, señor. Ella no tuvo ninguna culpa, pero ese no es el problema. Después de que regresara aquella noche a la embajada iraquí, no pudimos abordar a la señorita Kopec para informarla de lo ocurrido, porque no salió del edificio ni una vez durante los siguientes días, ni de noche ni de día. El embajador iraquí y ella han regresado a Bagdad, bajo fuerte custodia. Sin embargo, la agente Kopec sigue creyendo que asesinó a Scott Bradley, y sospechamos que su único interés es eliminar a Saddam.

—Jamás conseguirá acercarse a él —comentó Leigh.

—Ojalá pudiera creerlo —dijo Scott en voz baja.

—Es una joven audaz, imaginativa e ingeniosa —dijo Kratz—. Peor aún, posee el arma más poderosa del asesino.

—¿Por ejemplo? —preguntó Christopher.

—La indiferencia hacia su propia supervivencia.

—¿Puede empeorar aún más la situación? —preguntó Christopher.

—Sí, señor. No sabe nada sobre la desaparición de la Declaración, y no hemos podido establecer contacto con ella para comunicárselo.

El secretario de Estado hizo una pausa, como si fuera a tomar una decisión.

—Coronel Kratz, quiero plantearle algo que pondrá a prueba su lealtad personal.

—Sí, señor secretario.

—¿Desde cuándo trabajan en ese plan para asesinar a Saddam?

—Entre nueve meses y un año.

—Es de suponer que han introducido una persona o personas en el palacio o búnker de Saddam, ¿verdad?

Kratz titubeó.

—Sí o no será suficiente —dijo Christopher.

—Sí, señor.

—Mi pregunta es muy sencilla, coronel. ¿Podemos aprovecharnos del año de preparativos que llevan en el tema y, digamos, robarles el plan?

—Tendría que consultar con mi gobierno antes de considerar...

Christopher sacó un sobre del bolsillo.

—Será un placer dejarle ver la carta que el señor Rabin me ha dirigido a propósito del asunto, pero primero, permita que se la lea.

El secretario abrió el sobre y extrajo la carta.

Apuntaló las gafas en el extremo de su nariz y desdobló la única hoja.

Del primer ministro

Querido señor Secretario:

Está en lo cierto al pensar que el primer ministro del Estado de Israel es Primer Ministro y ministro de Defensa, al tiempo que responsable máximo del Mossad.

Sin embargo, confieso que en lo concerniente a las ideas que podamos albergar acerca de nuestras futuras relaciones con Saddam, solo estoy al corriente de las líneas generales del plan. Todavía no me han informado sobre los detalles concretos.

Si usted cree que la información obrante en nuestro poder supone la diferencia entre el éxito y el fracaso en sus actuales dificultades, ordenaré al coronel Kratz que le informe sin la menor reserva.

Suyo,

Yitzhak RABIN

Christopher dio vuelta a la carta y la empujó hacia el otro lado de la mesa.

—Coronel Kratz, permítame asegurarle en nombre de los Estados Unidos que, en mi opinión, la información que posee supone la diferencia entre el éxito y el fracaso.

II

«Tampoco hemos escatimado atenciones a nuestros hermanos británicos».

La Declaración de Independencia estaba clavada en la pared, detrás de él.

Saddam siguió fumando su puro, reclinado en la butaca. Todos los sentados alrededor de la mesa esperaban a que hablara. Miró a su derecha.

—Estamos orgullosos de ti, hermano mío. Has servido a nuestra patria y al partido Ba'ath con honor, y cuando llegue el momento de que mi pueblo sea informado de tus hazañas, tu nombre quedará escrito en la historia de nuestra nación como uno de sus grandes héroes.

Al-Obaydi estaba sentado al otro extremo de la mesa y escuchaba las palabras de su líder. Había cerrado los puntos, ocultos debajo de la mesa, para reprimir sus temblores. Durante el viaje de regreso a Bagdad, se había dado cuenta varias veces de que le seguían. Habían registrado su equipaje en casi todas las escalas, pero no habían encontrado nada, porque no había nada que encontrar. El medio hermano de Saddam se había ocupado de ello. En cuanto la Declaración se encontró a salvo en la embajada de Ginebra, ni siquiera le habían permitido entregarla al embajador en persona. Su envío por correo diplomático imposibilitó los esfuerzos combinados de norteamericanos e israelíes.

El medio hermano de Saddam estaba sentado ahora a la derecha del presidente, halagado por los elogios de su líder.

Saddam giró poco a poco en su butaca y miró al otro extremo de la mesa.

—Y también reconozco —continuó— el papel jugado por Hamid al-Obaydi, al que he nombrado nuevo embajador en París. Sin embargo, su nombre no ha de ser relacionado con esta empresa, so pena de perjudicar sus posibilidades de representarnos en suelo extranjero.

Y así había sido decretado. El medio hermano de Saddam sería reconocido como arquitecto de aquel triunfo, en tanto al-Obaydi sería una nota a pie de página, rápidamente olvidada. Si al-Obaydi hubiera fracasado, el medio hermano de Saddam habría permanecido al margen de la operación, y los huesos de al-Obaydi se estarían pudriendo ahora en alguna tumba anónima. Desde que Saddam había hablado, ninguno de los presentes, salvo el fiscal del Estado, había dedicado a al-Obaydi una segunda mirada. Todos los demás ojos y sonrisas se habían dirigido al medio hermano de Saddam.

Fue en aquel momento, en plena reunión del Consejo Supremo de la Revolución, cuando al-Obaydi tomó la decisión.

Dólar Bill estaba derrumbado sobre un taburete, apoyado en la barra, trasegando alegremente su líquido favorito. Era el único cliente del local, sin contar a la mujer ataviada con un vestido Laura Ashley, que ocupaba en silencio una mesa del rincón.

El camarero pensaba que estaba borracha, porque no había movido ni un músculo durante la última hora.

Al principio, Dólar Bill no se fijó en el hombre que entró tambaleante por las puertas giratorias, y no le habría dedicado ni una mirada si no se hubiera sentado en el taburete contiguo. El intruso pidió un *gin tonic*. Dólar Bill abrigaba una aversión natural hacia cualquier hombre que bebiera *gin tonic*, y sobre todo si se sentaba a su lado, estando el bar vacío. Pensó en trasladarse, pero decidió que el ejercicio no le hacía falta.

—¿Cómo estás, vejestorio? —preguntó una voz a su lado.

Dólar Bill no se consideraba un «vejestorio», y rechazó la idea de replicar al intruso.

—¿Qué pasa, te has quedado sin lengua? —preguntó el hombre, arrastrando las palabras.

El camarero se volvió al oír aquella voz estentórea, pero siguió secando los vasos abandonados tras las comidas de mediodía.

—No, señor, pero es muy civilizada —contestó Dólar Bill, sin dignarse mirar a su interlocutor.

—Irlandés. Tendría que haberlo adivinado. Una nación de borrachos estúpidos e ignorantes.

—Permítame recordarle, señor —dijo Dólar Bill—, que Irlanda es la patria de Yeats, Shaw, Wilde, O’Casey y Joyce.

Levantó el vaso en su memoria.

—Nunca he oído hablar de ellos. Compañeros de borracheras tuyos, supongo.

Esta vez, el joven camarero dejó el paño y prestó mayor atención.

—No he tenido ese honor —replicó Dólar Bill—, pero, amigo mío, el hecho de que no haya oído hablar de ellos, ni mucho menos leído sus obras, define su ignorancia, no la mía.

—¿Me estás acusando de ignorante? —dijo el intruso, y apoyó una mano sobre el hombro de Dólar Bill.

Dólar Bill se volvió hacia él, pero a pesar de la escasa distancia no pudo enfocar bien la vista, por culpa de la neblina alcohólica que le rodeaba desde hacía dos semanas. Observó, no obstante, que, si bien parecía formar parte de la misma neblina alcohólica, el intruso era más grande que él. Esos detalles nunca habían preocupado a Dólar Bill en el pasado.

—No, señor, no es necesario acusarle de ignorancia, porque sus propias afirmaciones ya le han condenado.

—Eso a mí no me lo dice nadie, borracho irlandés —dijo el intruso. Sin apartar la mano del hombro de Dólar Bill, le dio un puñetazo en el mentón. Dólar Bill se tambaleó y cayó del taburete.

El intruso esperó a que Dólar Bill se levantara para propinarle un segundo golpe en el estómago. Una vez más, Dólar Bill acabó en el suelo.

El joven camarero ya estaba marcando el número que su jefe le había indicado, por si algún día se presentaba una situación semejante. Deseó que acudieran lo más rápido posible, mientras veía al irlandés volver a ponerse en pie. Esta vez, fue él quien dirigió un puñetazo a la nariz del intruso, pero su puño pasó por encima del hombro derecho de su atacante. Otro golpe aterrizó sobre el cuello de Dólar Bill. Se derrumbó por tercera vez, lo cual habría sido considerado en sus días de boxeador aficionado un K. O. técnico, pero como en esta ocasión no había árbitro, se levantó de nuevo.

El camarero experimentó un inmenso alivio cuando oyó una sirena lejana, y estaba rezando para que no se dirigiera a otra emergencia, cuando cuatro policías irrumpieron de repente en el local.

El primero agarró a Dólar Bill justo antes de que cayera al suelo por cuarta vez, mientras los otros dos aferraban al intruso, le ponían las manos a la espalda y le esposaban. Los dos hombres fueron sacados del bar y arrojados a la parte posterior de un furgón policial que aguardaba. La sirena siguió emitiendo aullidos, mientras se llevaban a los dos borrachos.

El camarero agradeció la velocidad con que había acudido en su ayuda el departamento de Policía de San Francisco. Hasta más tarde no recordó que no había dado la dirección.

Los dos hombres permanecieron en silencio hasta que David Kratz terminó de exponer las líneas maestras de su plan. Dexter fue el primero en hablar.

—Debo admitir, coronel, que estoy impresionado. Podría funcionar.

Scott asintió para expresar su acuerdo, y después se volvió hacia el hombre del Mossad, que solo unas semanas antes había ordenado a Hannah asesinarle. El sentimiento de culpa se había atenuado en parte desde que habían empezado a trabajar juntos, pero las arrugas de la frente y el cabello prematuramente encanecido del israelí demostraban lo que había sufrido. Durante el tiempo que habían pasado juntos, Scott había llegado a admirar la profesionalidad del hombre que estaba al mando de la operación.

—Todavía necesito respuesta a algunos interrogantes —intervino Scott—, y explicación a ciertas cosas.

El consejero israelí de Asuntos Culturales ante la corte de St. James cabeceó.

—¿Está seguro de que van a custodiar la caja fuerte en la sede del Partido Ba'ath?

—Seguro, no. Confiado, sí —dijo Kratz—. Una empresa holandesa Llevó a cabo ciertas obras en los sótanos del edificio hace casi tres años, y entre sus últimos diseños había una construcción de ladrillo capaz de albergar la caja.

—¿Y esa caja fuerte sigue en Kalmar?

—Lo estaba hace tres semanas, cuando uno de mis agentes llevó a cabo una inspección de rutina.

—¿Pertenece al gobierno iraquí? —preguntó Dexter Hutchins.

—Sí, la han pagado y es propiedad de los iraquíes.

—Es posible que lo sea legalmente, pero desde la guerra del Golfo, la ONU ha impuesto una nueva categoría de sanciones —le recordó Scott.

—¿Cómo va a considerarse equipo militar una caja fuerte? —preguntó Dexter.

—El mismo argumento de los iraquíes —replicó Kratz—. Pero, por desgracia para ellos, cuando enviaron la petición a los suecos, entre las especificaciones explícitas constaba la exigencia de que la caja «debía ser capaz de resistir un ataque nuclear». La palabra «nuclear» fue suficiente para despertar el interés de la ONU.

—¿Cómo piensa solventar el problema? —preguntó Scott.

—Siempre que el gobierno iraquí presenta una nueva lista de artículos que, en su opinión, no vulneran la Resolución 661 del Consejo de Seguridad de la ONU, la caja va incluida. Si los norteamericanos, los ingleses y los franceses no pusieran objeciones, podría pasar.

—¿Y el gobierno israelí?

—Protestaríamos enérgicamente ante la delegación iraquí, pero no a puerta cerrada ante nuestros amigos.

—Imaginemos por un momento que nos encontramos en posesión de una caja fuerte gigantesca, capaz de resistir un ataque nuclear. ¿De qué nos sirve? —preguntó Scott.

—Alguien debe responsabilizarse de trasladarla desde Suecia a Bagdad. Alguien ha de instalarla allí, y alguien ha de explicar a los hombres de Saddam cómo funciona —dijo Kratz.

—¿Cuenta con alguien que mida un metro ochenta de estatura, sea experto en kárate y hable perfectamente el árabe?

—Lo teníamos, pero solo medía un metro setenta y cinco. Los dos hombres se miraron. Scott siguió en silencio.

—¿Cómo se proponían asesinar a Saddam? —se apresuró a preguntar Dexter—. ¿Encerrándole en la caja fuerte para que se ahogara?

Kratz comprendió que el comentario pretendía apartar a Hannah de la mente de Scott, así que respondió en el mismo tono.

—No, descubrimos que ese era el plan de la CIA, y lo desechamos. Teníamos algo más sutil en mente.

—¿Por ejemplo? —preguntó Scott.

—Un diminuto ingenio nuclear colocado en el interior de la caja.

—Y la caja estaría en el pasadizo contiguo a la sala de reuniones del Consejo Supremo de la Revolución. No está mal —comentó Dexter.

—¿Y el ingenio iba a ser activado por una muchacha judía de un metro setenta y cinco de estatura, que habla perfectamente el árabe? —preguntó Scott.

Kratz asintió.

Hacía muchos años que Dólar Bill no veía el interior de una cárcel, pero no tantos como para haber olvidado lo mucho que detestaba verse mezclado con camellos, chulos y atracadores.

De todos modos, la última vez que había cometido la estupidez de participar en una pelea entre borrachos, él la había empezado, pero todo se arregló con una multa de cincuenta dólares. Dólar Bill confiaba en que las cárceles estuvieran lo suficientemente superpobladas como para que ningún juez le condenara a los treinta días previstos para esos casos.

De hecho, intentó dar cincuenta dólares a uno de los policías del furgón. Por lo general, aceptaban el dinero, abrían la puerta trasera del furgón y echaban a patadas al tipo. Le era imposible imaginar a qué estaba jugando la policía de San Francisco. Con tantos asaltantes y drogadictos como rondaban, ¿por qué se empeñaban en perder el tiempo con un borracho de edad madura?

Cuando Dólar Bill empezó a serenarse y fue consciente del hedor, confió en ser de los primeros que pasarían por el tribunal nocturno. Sin embargo, a medida que transcurrían las horas y el hedor aumentaba, empezó a preguntarse si le retendrían toda la noche.

—William O'Reilly. —Ladró el sargento de policía, mientras repasaba la lista de nombres sujeta a su tablilla.

—Soy yo.

Dólar Bill levantó la mano.

—Sígueme, O'Reilly —graznó el policía, mientras la puerta de la celda se abría y agarraban al irlandés por el codo.

Le condujeron por un pasillo que comunicaba con la parte posterior de una sala del tribunal. Contempló la breve hilera de delincuentes que esperaban a desfilar ante el juez. No se fijó en una mujer que se encontraba a unos pasos de él, y que asía fuertemente el asa de cuerda de un capazo.

—Culpable. Cincuenta dólares.

—No puedo pagar.

—Tres días de cárcel. El siguiente.

Después de que tres o cuatro casos fueran despachados con tal brevedad en otros tantos minutos, Dólar Bill vio al hombre que había manifestado tan escaso respeto por lo más sagrado de la literatura irlandesa. Se quedó de pie frente al juez.

—Embriaguez y escándalo público. ¿Cómo se declara?

—Culpable, Señoría.

—¿Antecedentes?

—Ninguno —dijo el sargento.

—Cincuenta dólares —sentenció el juez.

Para Dólar Bill resultó interesante que su adversario careciera de antecedentes, y que pudiera pagar la multa al instante. Cuando le llegó el turno a Dólar Bill, no pudo por menos que pensar, al mirar al juez, que parecía demasiado joven para su cargo.

Quizá sí que se había convertido en un «vejestorio».

—William O'Reilly, Señoría —dijo el sargento, y echó un vistazo a la hoja de cargos—. Embriaguez y escándalo público.

—¿Cómo se declara?

—Culpable, Señoría —contestó Dólar Bill, y acarició el pequeño fajo de billetes que guardaba en el bolsillo, mientras intentaba recordar el emplazamiento del bar más cercano que servía Guinness.

—Treinta días —dijo el juez, sin levantar la cabeza—. El siguiente.

Dos de los testigos se quedaron estupefactos ante la decisión del juez. La mujer soltó a regañadientes el asa de cuerda del capazo, mientras su acompañante tartamudeaba:

—¿Fianza, Señoría?

—Denegada.

Hannah, sentada sola en la parte posterior del avión que volaba a Ammán, empezó a meditar en la tarea que se había impuesto.

Se había reintegrado al papel tradicional de mujer árabe en cuanto el séquito del embajador había abandonado París. Iba vestida de pies a cabeza con un *yashmak* negro y, aparte de los ojos, se cubría toda la cara con un pequeño velo. Solo hablaba cuando le formulaban una pregunta, y jamás tomaba la iniciativa de preguntar. Estaba segura de que su madre judía no habría sobrevivido más de unas horas a esa situación.

La oportunidad de Hannah se había presentado cuando la esposa del embajador le preguntó dónde pensaba quedarse cuando volvieran a Bagdad. Hannah le explicó que no había hecho planes inmediatos, porque su madre y su hermana vivían en Karbala, y no podía ir a vivir con ellas si esperaba conservar su empleo con el embajador.

Apenas había terminado Hannah la segunda frase, cuando la esposa del embajador insistió en que fuera a vivir con ellos.

—Nuestra casa es enorme y está vacía —explicó—, aun con doce criados.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto Reina Alia, Hannah miró por la ventanilla y vio una inmensa limusina negra, más propia de Nueva York que de Ammán, que se dirigía hacia el avión. Frenó junto al aparato, y un chófer vestido con un elegante traje azul y gafas de sol salió a recibirles.

Hannah se reunió con el embajador y su esposa en el asiento posterior del coche, que arrancó en dirección a la frontera con Irak.

Cuando el vehículo llegó a la aduana, les indicaron por señas que continuaran, con reverencias y saludos, como si la frontera no existiera. Recorrieron dos kilómetros y pasaron la aduana de Irak, donde les trataron igual que en la primera. Después, se internaron en la autopista de seis carriles que conducía a Bagdad.

Durante el largo trayecto hacia la capital, el velocímetro rebasó muy pocas veces los noventa kilómetros por hora. Hannah no tardó en aburrirse del ardiente sol y los kilómetros y kilómetros de arena que se extendían hasta perderse de vista, solo rotos por algún ocasional grupo de palmeras. Sus pensamientos se concentraron en Simon y lo que podría haber sido...

Hannah se adormeció, mientras la limusina refrigerada se deslizaba en silencio por la autopista. Su mente osciló entre Simon y su madre, se centró en Saddam, y luego regresó a Simon.

Despertó sobresaltada y descubrió que estaban entrando en los arrabales de Bagdad.

—¿Treinta días? Solo quiero saber qué he hecho para merecer treinta días.

Por desgracia, nadie hizo caso de Dólar Bill cuando le sacaron a rastras de la sala del tribunal, empujándole pasillo adelante hasta salir por una puerta trasera del edificio. A continuación, le introdujeron sin la menor delicadeza en el asiento trasero de un coche sin distintivos característicos. Le acompañaban tres hombres con el pelo cortado al estilo militar, Ray-Bans y diminutos auriculares conectados mediante cables que desaparecían bajo el cuello de sus camisas.

—¿Por qué no han aceptado la fianza? ¿Y mi apelación? Tengo derecho a un abogado, maldita sea. Por cierto, ¿adónde vamos?

Todas las preguntas de Dólar Bill quedaron sin respuesta. Aunque no podía ver nada por las ventanillas de cristales ahumados, Dólar Bill miró por encima del hombro del conductor y reconoció el puente del Golden Gate. Cuando se internaron en la Ruta 101, el velocímetro acarició por primera vez los ochenta kilómetros por hora, pero el chófer no llegó a superar en ningún momento el límite de velocidad.

Cuando el coche se desvió veinte minutos después de la salida de Belvedere, Dólar Bill ya no tenía ni idea de dónde estaba. El chófer siguió por una carretera estrecha y sinuosa, hasta que el vehículo frenó ante un par de enormes puertas de hierro forjado que se alzaban frente a ellos.

El chófer hizo destellar los faros dos veces, y las puertas se abrieron para que el coche continuara su viaje por un camino particular de grava largo y recto. Pasaron tres o cuatro minutos antes de que se detuvieran ante una enorme casa de campo, que recordó a Dólar Bill su infancia en el condado de Kerry, cuando su madre trabajaba en la cocina de la mansión.

Un miembro de la escolta saltó del coche y abrió la puerta para que Dólar Bill bajara. Otro corrió hacia la puerta principal y tocó el timbre, mientras el coche se alejaba.

La gigantesca puerta de roble se abrió y apareció un mayordomo ataviado con una levita negra y pajarita blanca.

—Buenas noches, señor O'Reilly —dijo, con un pronunciado acento inglés, antes de que Dólar Bill llegara al último escalón—. Me llamo Charles. Su habitación ya está dispuesta. ¿Quiere hacer el favor de acompañarme, señor?

Dólar Bill le siguió al interior de la casa y por la amplia escalera que conducía al piso superior. Le habría gustado hacer algunas preguntas a Charles, pero era inglés. Dólar Bill sabía que no obtendría una respuesta sincera. El mayordomo le guio hasta una habitación, pequeña y amueblada con gusto.

—Espero que las ropas sean de su talla, señor —dijo Charles—, y que todo lo demás le complazca. La cena se servirá dentro de media hora.

Dólar Bill hizo una reverencia y dedicó los siguientes minutos a examinar la habitación. Inspeccionó el cuarto de baño. Jabón francés, máquina de afeitar, toallas blancas y suaves; incluso su dentífrico favorito. Volvió al dormitorio y probó la cama de matrimonio. Había olvidado la última vez que durmió en algo tan cómodo. A continuación, echó un vistazo al ropero y descubrió tres pares de pantalones y tres

chaquetas, no muy diferentes de los que había comprado pocos días después de regresar de Washington. ¿Cómo lo habían averiguado?

Investigó en los cajones: seis camisas, seis pares de calzoncillos y seis pares de calcetines. Habían pensado en todo, si bien las corbatas no acababan de convencerle.

Dólar Bill decidió participar en el juego. Se bañó, afeitó y cambió de ropa. Las prendas eran de su talla, tal como Charles había prometido.

Oyó un gong en la planta baja, una clara señal de convocatoria, pensó. Abrió la puerta, salió al pasillo y bajó por la escalera. Descubrió que el mayordomo le esperaba en el vestíbulo.

—El señor Hutchins le está esperando. Le encontrará en el salón, señor.

—Sí, por supuesto.

Dólar Bill siguió a Charles hasta una amplia sala, donde un hombre alto y corpulento estaba de pie junto a la chimenea, con la colilla de un puro encajada en la comisura de la boca.

—Buenas noches, señor O'Reilly —saludó—. Me llamo Dexter Hutchins. No nos conocemos, pero hace mucho tiempo que admiro su trabajo.

—Muy amable, señor Hutchins, pero estoy en desventaja: ignoro qué hace usted para matar el tiempo.

—Perdone. Soy el subdirector de la CIA.

—Después de tantos años, heme aquí a punto de cenar, en una casa de campo, con el subdirector de la CIA, y todo por una disputa de borrachos. ¿Puedo saber qué deparan a los criminales de guerra?

—Debo confesar, señor O'Reilly, que el primer puñetazo partió de uno de mis hombres. Pero antes de proseguir, ¿qué le apetece beber?

—No creo que Charles tenga mi brebaje favorito —dijo Dólar Bill, y se volvió hacia el mayordomo.

—Temo que la Guinness sea de lata, y no de botella, señor. Si me hubieran avisado antes...

Charles hizo una reverencia y desapareció.

—¿No cree que tengo derecho a saber qué sucede, señor Hutchins? Al fin y al cabo...

—Tiene toda la razón, señor O'Reilly. La verdad es que el gobierno necesita sus servicios, por no mencionar su pericia.

—Ignoraba que los clintonomistas necesitaran acudir a la falsificación para equilibrar el déficit del presupuesto —dijo Dólar Bill, mientras el mayordomo volvía con una enorme copa de Guinness.

—No hemos llegado a esos extremos, pero la situación es grave —contestó Hutchins—. Será mejor que cenemos antes de entrar en detalles. Me temo que el día ha sido largo para usted.

Dólar Bill asintió y siguió al subdirector hasta un pequeño comedor, donde estaba dispuesta una mesa para dos. El mayordomo apartó la silla para que Dólar Bill se

sentara.

—¿Cómo le gusta el filete, señor? —preguntó.

—¿Es solomillo o entrecot?

—Solomillo.

—Si la carne es buena, dígame al cocinero que ponga una vela debajo, pero solo un momento.

—Excelente, señor. El suyo, bien hecho, ¿verdad, señor Hutchins?

Dexter Hutchins asintió, y presintió que Dólar Bill había ganado el primer asalto.

—Me encanta esta charada —dijo Dólar Bill, y tomó un sorbo de Guinness—, pero me pregunto cuál es el premio, si tengo la suerte de ganar.

—También debería interesarle el castigo, si tiene la desgracia de perder.

—Ya me imaginaba que esto era demasiado bueno para durar.

—En primer lugar, permítame que le informe sobre algunos antecedentes —dijo Dexter Hutchins, mientras el mayordomo depositaba un filete casi crudo frente al invitado—. 25 de mayo de los corrientes, un grupo de delincuentes muy bien organizado invadió Washington y cometió uno de los delitos más ingeniosos de la historia de este país.

—Una carne excelente —dijo Dólar Bill—. Felicite de mi parte al cocinero.

—Desde luego, señor —respondió Charles, que revoloteaba detrás de su silla.

—El delito consistió en robar de los Archivos Nacionales a plena luz del día, la Declaración de Independencia, y sustituirla por una brillante copia.

Dólar Bill se quedó impresionado, pero consideró que cualquier comentario sería imprudente en aquel momento.

—Sabemos los nombres de varias personas implicadas en la fechoría, pero no podemos detenerlas por temor a poner sobre aviso a quienes se hallan en posesión de la Declaración.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo? —preguntó Dólar Bill, mientras devoraba otro excelente bocado de carne.

—Pensamos que tal vez le interesaría saber quién ha financiado toda la operación y tiene ahora la Declaración de Independencia.

Hasta aquel momento, Dólar Bill no había averiguado nada nuevo, pero ardía en deseos de saber dónde había terminado el documento. Jamás se había tragado el cuento de Angelo sobre un «coleccionista particular, un poco excéntrico». Dejó los cubiertos sobre la mesa y miró al subdirector de la CIA, quien por fin había atraído su atención.

—Tenemos motivos para creer que la Declaración de Independencia se encuentra actualmente en Bagdad, en manos de Saddam Hussein.

Dólar Bill se quedó boquiabierto, aunque guardó silencio durante un largo rato.

—¿Es que ya no existe honor entre ladrones? —preguntó por fin.

—Tal vez sí —replicó Hutchins—, porque nuestra única esperanza de devolver el pergamino al lugar que le corresponde reside en un pequeño grupo que va a arriesgar

su vida por cambiar el documento, del mismo modo que los delincuentes.

—Si hubiera sabido... —Dólar Bill hizo una pausa—. ¿Cómo puedo ayudarles? —preguntó en voz baja.

—En este momento, necesitamos una copia perfecta del original. Y consideramos que usted es la única persona capaz de ejecutar una.

Dólar Bill sabía dónde había una copia perfecta, colgada en una pared de Nueva York, pero no podía admitirlo sin atraer sobre sí una ira aún mayor de la que podía almacenar el señor Hutchins.

—Ha mencionado un premio —dijo.

—Y un castigo —replicó Dexter Hutchins—. El premio consiste en quedarse aquí, en nuestra mansión de la Costa Oeste, rodeada de un entorno agradable, como usted admitirá sin duda. Mientras resida con nosotros, llevará a cabo una falsificación de la Declaración capaz de engañar al ojo más experto. Si lo logra, se irá en libertad, sin cargo alguno.

—¿Y el castigo?

—Después del café, podrá marcharse a donde quiera.

—Podré marcharme a donde quiera —repitió Dólar Bill, incrédulo.

—Sí —dijo el subdirector.

—En ese caso, ¿qué me impide terminar esta maravillosa cena, regresar a mi humilde piso de Fairmont y olvidar que nos hemos conocido?

El subdirector extrajo un sobre de su bolsillo interior. Sacó cuatro fotografías y las empujó hacia Dólar Bill. Este las examinó. La primera era una muchacha de unos diecisiete años, tendida sobre una mesa del depósito de cadáveres. La segunda era de un hombre de edad madura, embutido en el maletero de un coche en posición fetal. La tercera, de un hombre corpulento tirado en la cuneta de una carretera, y la cuarta, de un anciano de aspecto distinguido. Todos tenían en común el cuello roto. Dólar Bill apartó las fotos.

—Cuatro cadáveres. ¿Y qué?

—Sally McKenzie, Rex Butterworth, Bruno Morelli y el doctor T. Hamilton McKenzie. Todo nos induce a pensar que alguien ha planeado el mismo final feliz para usted.

Dólar Bill pinchó el último guisante de su plato y apuró la gota final de Guinness. Hizo una pausa, como si buscara inspiración.

—Necesitaré papel de Bremen, plumas de un museo de Richmond, Virginia, y nueve tonos de tinta negra que puede prepararme una empresa de Cannon Street, Londres EC4.

—¿Algo más? —preguntó Dexter Hutchins, cuando terminó de escribir la lista de Dólar Bill en el reverso del sobre.

—Me pregunto si Charles sería tan amable de traerme otra Guinness. Tengo el presentimiento de que puede ser la última durante mucho tiempo.

Bertil Pedderson, el ingeniero jefe de Svenhalte AC, ya se encontraba en la puerta de la fábrica de Kalmar para recibir al señor Riffat y al señor Bernstrom cuando los dos hombres llegaron aquella mañana. Había recibido un fax de las Naciones Unidas el día anterior, confirmando la hora de llegada de su vuelo a Estocolmo, y una llamada al aeropuerto le había informado de que su avión había aterrizado con solo unos minutos de retraso.

Cuando salieron del coche, el señor Pedderson se adelantó, estrechó la mano de ambos hombres y se presentó.

—Es un placer conocerle por fin, señor Pedderson —dijo el más bajo—, y le agradecemos que haya tenido la amabilidad de recibirnos, pese a lo precipitado del aviso.

—Bien, si quiere que sea sincero con usted, señor Riffat, nos llevamos una gran sorpresa cuando las Naciones Unidas levantaron las restricciones sobre *Madame Bertha*.

—¿*Madame Bertha*?

—Sí, así llaman en la fábrica a la caja fuerte. Les prometo, caballeros, que a pesar de sus desplantes, se ha portado muy bien. Mucha gente ha llegado a admirarla, pero nadie la toca. —El señor Pedderson rio—. Pero estoy seguro de que, después de un viaje tan largo, tendrá ganas de comprobarlo por sí mismo, señor Riffat.

El hombre bajo y de cabello gris asintió, y los dos acompañaron a Pedderson, quien les guio a través del patio.

—Reaccionó con mucha rapidez al súbito cambio de actitud de la ONU, señor Riffat.

—Sí, nuestro líder nos ordenó que la caja fuera trasladada a Bagdad en cuanto se levantara el embargo.

Pedderson volvió a reír.

—Temo que no será tan fácil —dijo, cuando llegaron al otro lado del patio—. *Madame Bertha* no está hecha para la velocidad, como descubrirán enseguida.

Los tres hombres siguieron caminando hacia un enorme edificio, en apariencia abandonado, y Pedderson pasó por una abertura que debía de haber sido una puerta en otro tiempo. El interior estaba tan oscuro que los dos extranjeros no pudieron ver casi nada. Pedderson encendió una sola luz, seguida de algo que sonó como el suspiro de un amante rechazado.

—Señor Riffat, señor Bernstrom, permítanme presentarles a *Madame Bertha*.

Los dos hombres contemplaron una inmensa estructura que se alzaba majestuosamente en el centro del viejo almacén.

—Antes de que les presente oficialmente —continuó Pedderson—, les referiré las estadísticas vitales de *Madame Bertha*. Mide dos metros y setenta centímetros de

altura, dos metros de ancho y dos metros y medio de profundidad. Tiene la piel más gruesa que cualquier político, unos quince centímetros de acero macizo, para ser exacto, y pesa más de cinco toneladas. Fue construida por un diseñador especializado, tres artesanos y ocho ingenieros. Su gestación, desde la concepción a la entrega, duró dieciocho meses. Pero —susurró—, para ser justo, alcanza casi el tamaño de un elefante. Bajo la voz porque oye todo lo que digo, y no quiero ofenderla.

El señor Pedderson no advirtió la expresión de asombro que aparecía en los rostros de los dos visitantes.

—Pero, caballeros, solo han visto su exterior, y les prometo que ofrece mucho más en su interior.

»Primero, debo anunciarles que *Madame* Bertha no permitirá que nadie la penetre sin ser presentado. No es una dama promiscua, caballeros, pese a lo que hayan oído acerca de las suecas. Exige saber tres cosas sobre el pretendiente antes de revelar sus partes interiores.

Aunque los dos visitantes seguían perplejos, no interrumpieron la verborrea incontenible del señor Pedderson.

—Y así, caballeros, para empezar, han de examinar el pecho de Bertha. Observarán tres luces rojas sobre tres pequeños cuadrantes. Si saben el código de los tres cuadrantes, lograrán que una de las luces pase de rojo a verde. Permítanme hacerles una demostración. Todos los cuadrantes tienen un código de seis cifras. Primer número a la derecha, segundo a la izquierda, tercero a la derecha, cuarto a la izquierda, quinto a la derecha, sexto a la izquierda. El primer número del primer cuadrante es 2, el segundo es 8, el tercero es cero, el cuarto es cuatro, el quinto es tres y el sexto es siete: 2-8-0-4-3-7.

—La fecha de nacimiento de *Sayedi* —dijo el visitante alto y rubio.

—Sí, yo también lo adiviné, señor Bernstrom —dijo Pedderson—. El segundo —prosiguió, y dedicó su atención al cuadrante de en medio—, es 1-6-0-7-7-9.

Giró el último número a la izquierda.

—El día que *Sayedi* fue nombrado presidente.

—También averiguamos eso, señor Riffat, pero confieso que la tercera secuencia me despistó por completo. Ustedes sabrán sin duda lo que nuestro cliente ha planeado para ese día. El señor Pedderson manipuló el cuadrante: 0-4-0-7-9-3.

Pedderson lanzó una mirada esperanzada al señor Bernstrom, quien se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —mintió.

—Observarán, caballeros, que después de introducir las cifras correctas en los tres cuadrantes, solo una luz de *Madame* Bertha ha pasado a verde, mientras las otras dos continúan obstinadamente rojas. Sin embargo, ahora que han descubierto sus tres códigos, se planteará una relación más personal. Observarán que, debajo de los tres cuadrantes, hay pintado un pequeño cuadro blanco del tamaño de su mano. Observen con atención.

Pedderson avanzó un paso y apoyó la mano sobre el cuadro blanco. La retuvo durante varios segundos hasta que la segunda luz viró al verde.

—Pese a que ya conoce la huella de su palma, aún no les abrirá el corazón. Al menos, hasta que hayan hablado con ella. Si se fijan un poco, caballeros, verán que el cuadrado blanco oculta una fina malla de alambre, que alberga un activador vocal.

Los dos hombres avanzaron para mirar.

—En este momento, Bertha está programada para reaccionar únicamente a mis cuerdas vocales. Da igual lo que diga, porque en cuanto reconoce la voz, la tercera luz pasa a verde, pero ni siquiera se planteará escucharme si las dos primeras luces no están en verde.

Pedderson avanzó y situó los labios frente a la malla.

—Dos caballeros han venido de Estados Unidos para verte, y desean conocer tus interioridades.

Antes de que finalizara la frase, la tercera luz roja cambió a verde, y se oyó un estruendo metálico.

—Ahora, caballeros, llegamos a la parte de la demostración de la que mi empresa se siente especialmente orgullosa. La puerta, que pesa más de una tonelada, puede ser abierta por un niño pequeño. Nuestra empresa ha desarrollado un sistema de cojinetes de fósforo y bronce que se ha adelantado una década a su tiempo. Haga el favor de probar, señor Riffat.

El hombre bajo se adelantó, aferró con fuerza la manija de la caja y tiró. Las tres luces se pusieron rojas de inmediato, y se oyó el ruido metálico de los mecanismos al cerrarse.

Pedderson lanzó una risita.

—Como ve, señor Riffat, a menos que *Madame* Bertha le conozca personalmente, se cierra y le envía de vuelta al barrio de las luces rojas^[8]. —Rio el chiste que, sospecharon los visitantes, ya habría contado muchas veces—. La mano que abre la caja —continuó— ha de ser la misma que pasó la prueba de la huella palmar. Un buen sistema de seguridad, ¿no creen?

Ambos hombres asintieron admirados, mientras Pedderson manipulaba con rapidez los tres cuadrantes, apoyaba su mano en el cuadrado y hablaba a *Madame* Bertha. Una a una, las tres luces pasaron de rojo a verde.

—Ahora ya está preparada para dejarme, y solo a mí, abrirla. Observen con atención. Si bien la puerta pesa una tonelada, como ya he dicho, puede abrirse con la más suave persuasión, así.

Pedderson deslizó la tonelada de acero macizo con la misma fuerza que habría utilizado para abrir la puerta de su casa. Saltó al interior de la caja y empezó a dar vueltas, primero con las manos extendidas para demostrar que no llegaban a los lados, y después con las manos sobre la cabeza, demostrando que no podía tocar el techo.

—Les ruego que entren, caballeros —gritó desde dentro. Los dos hombres se

reunieron de mala gana con él.

—En este caso, tres no es una multitud —rio Pedderson—. Les alegrará saber que me resulta imposible quedar encerrado. Asió la manija del interior y cerró la gran puerta.

Dos de los ocupantes consideraron muy poco atractiva esta parte de la demostración.

—Ya ven, caballeros —continuó Pedderson, sin poder ocultar su satisfacción—. Bertha no puede volver a cerrarse, a menos que mi mano esté en la manija exterior.

La puerta se abrió con un leve empujón y Pedderson salió, seguido al instante por sus dos clientes.

—En una ocasión tuve que pasar la noche dentro, antes de que el sistema se perfeccionara por completo; una representación única, podríamos decir.

Pedderson lanzó una carcajada aún más estentórea, mientras cerraba la puerta. Las tres luces viraron a rojo al instante y el ruido metálico se repitió.

Se volvió hacia los visitantes.

—Bien, caballeros, ya conocen a *Madame* Bertha. Ahora, si son tan amables de acompañarme a mi despacho, les daré la nota de entrega y, lo más importante, la biblia de Bertha.

Mientras atravesaban el patio, Pedderson explicó que el libro de instrucciones era considerado por la empresa como alto secreto. Habían editado uno en sueco, que la empresa guardaba en su caja de seguridad, y otro en árabe, que Pedderson les entregaría.

—La biblia consta de 108 páginas, pero es fácil de comprender para un ingeniero que se haya licenciado con matrícula de honor. —Volvió a reír—. Los suecos somos una raza concienzuda.

Ninguno de los visitantes le llevó la contraria.

—¿Necesitan que alguien acompañe a *Madame* Bertha durante su viaje? —preguntó Pedderson, y sus ojos se iluminaron de esperanza.

—No, gracias. —Fue la respuesta inmediata—. Creo que podremos solucionar el problema del transporte.

—Entonces, solo me cabe formularles una última pregunta —dijo Pedderson cuando entraron en su despacho—. ¿Cuándo piensan llevársela?

—Esperamos recogerla esta tarde. El fax que envió a las Naciones Unidas nos dio a entender que su empresa tiene una grúa para levantar la caja, y un carro sobre el que puede trasladarse de un sitio a otro.

—Está en lo cierto al suponer que tenemos una grúa adecuada, y un carro especialmente diseñado para trasladar a *Madame* Bertha en desplazamientos cortos. También espero que lo tendremos todo dispuesto esta misma tarde, pero eso no soluciona por completo el problema del transporte.

—Un vehículo nos espera en Estocolmo.

—Excelente. Asunto concluido —dijo el señor Pedderson—. Lo único que me

resta hacer durante su ausencia es eliminar la programación de mi mano y mi voz para que pueda aceptar a quien ustedes elijan. —Pedderson pareció entristecerse por segunda vez—. Espero volver a verles esta tarde, caballeros.

—Volveré yo solo —dijo el señor Riffat—. El señor Bernstrom ha de regresar a Estados Unidos.

Pedderson asintió y observó a los dos hombres mientras subían a su coche. Después, volvió poco a poco hacia su despacho. El teléfono estaba sonando.

—Bertil Pedderson al habla —dijo.

Escuchó la petición de su interlocutor. Dejó el auricular sobre el escritorio y corrió a la ventana, pero el coche ya se había perdido de vista. Volvió al teléfono.

—Lo lamento muchísimo, señor al-Obaydi. Los dos caballeros que vinieron a ver la caja se acaban de marchar, pero el señor Riffat volverá esta tarde para llevársela. ¿Quiere que le dé algún recado?

En Bagdad, al-Obaydi colgó el teléfono y empezó a meditar sobre las implicaciones de lo que había empezado como una llamada rutinaria.

Como secretario de embajada ante las Naciones Unidas, era responsabilidad suya mantener al día la lista de sanciones. Había confiado en pasar el expediente antes de una semana a su sucesor, que aún no había sido nombrado.

Durante los dos últimos días, a pesar de los teléfonos, que no contestaban, y los funcionarios que nunca estaban en su sitio (y si estaban, el terror les impedía responder a las preguntas más sencillas), casi había logrado terminar el primer borrador de su informe.

Los temas problemáticos eran: maquinaria agrícola, pues la mitad era considerada equipo militar camuflado por el Comité de Sanciones de la ONU; suministros hospitalarios, incluyendo productos farmacéuticos, en que la ONU aceptaba la mayoría de sus peticiones; y alimentos, que tenían permiso para comprar, si bien la mayoría de los productos que cruzaban la frontera parecían desaparecer en el mercado negro mucho antes de llegar a las casas de Bagdad.

Una cuarta lista llevaba el título de «Miscelánea», e incluía una enorme caja fuerte, la cual, cuando al-Obaydi averiguó sus medidas, resultó abarcar casi el tamaño de la habitación en que estaba trabajando. La caja, según confirmaba un informe interno, había sido construida en Suecia antes de la liberación de la decimonovena provincia, y se encontraba guardada en un almacén de Kalmar, a la espera de ser recogida. El jefe de al-Obaydi en la ONU había confesado en privado su sorpresa por el levantamiento del embargo, pero eso no le impidió asegurar al ministro de Asuntos Exteriores que había sido como resultado de penosas negociaciones llevadas a cabo por él.

Al-Obaydi siguió sentado ante su abarrotado escritorio durante varios minutos, meditando sobre su siguiente movimiento. Escribió una breve lista de

encabezamientos en su cuaderno de notas:

1. M. d. I.
2. Seguridad del Estado.
3. Viceministro de Asuntos Exteriores.
4. Kalmar.

Al-Obaydi contempló el primer encabezamiento. M. d. I.

Había seguido en contacto con un compañero de estudios de la universidad de Londres, que había alcanzado el rango de secretario permanente en el ministerio de Industria. Al-Obaydi creía que su antiguo amigo podría proporcionarle la información que necesitaba sin sospechar sus auténticos motivos.

Marcó el número particular del secretario permanente y se alegró al comprobar que había alguien en su puesto.

—Nadhim, soy Hamid al-Obaydi.

—Hamid, me enteré de que habías vuelto de Nueva York. Corren rumores de que te harás cargo de los restos de nuestra embajada en París. Claro que, en esta ciudad, nunca puede hacerse caso de los rumores.

—Por una vez, son correctos —contestó al-Obaydi.

—Felicidades. ¿Qué puedo hacer por usted, excelencia? Al-Obaydi encontró divertido que fuera Nadhim la primera persona en dirigirse a él por su nuevo título, aún en tono sarcástico.

—Las sanciones de la ONU.

—¿Y tú te llamas mi amigo?

—No, solo es una comprobación rutinaria. He de atar algunos cabos sueltos para mi sucesor. Todo está en orden, por lo que he visto, pero carezco de datos sobre una gigantesca caja fuerte que nos fabricaron en Suecia. Sé que la hemos pagado, pero no puedo descubrir qué sucede con la entrega.

—No es competencia de este departamento, Hamid. Nos quitaron la responsabilidad de las manos hace un año, cuando el expediente fue clasificado como «Alto Mando», lo cual suele significar que pasa a ser materia exclusiva del presidente.

—Pero alguien se hará responsable del traslado a Bagdad desde Kalmar —insistió al-Obaydi.

—Solo sé que recibí instrucciones de pasar el expediente a nuestra oficina de la ONU en Ginebra. Me sorprende que no lo sepas, Hamid. Es más tu departamento que el mío, diría yo.

—Tendré que ponerme en contacto con Ginebra y averiguar qué está pasando —dijo al-Obaydi, sin añadir que Nueva York y Ginebra muy pocas veces se informaban mutuamente de lo que hacían—. Gracias por tu ayuda, Nadhim.

—A tu disposición. Buena suerte en París, Hamid. Me han dicho que las mujeres

son fabulosas y, pese a lo que hayas oído, les gustan los árabes.

Al-Obaydi colgó el teléfono y contempló la lista de su cuaderno. Tardó todavía unos momentos en decidir si debía hacer la segunda llamada.

Lo correcto, considerando la información que ahora poseía, sería ponerse en contacto con Ginebra, alertar al embajador de sus sospechas y permitir que, una vez más, el medio hermano de Saddam se llevara las alabanzas por algo que no había hecho. Consultó su reloj. Era mediodía en Suiza. Pidió a su secretaria que marcara el número de Barazan al-Tikriti, sabiendo que tomaba nota de cada llamada. Esperó varios minutos, hasta que oyó una voz.

—¿Puedo hablar con el embajador? —preguntó cortésmente.

—Está reunido, señor. —Fue la inevitable respuesta—. ¿Quiere que le interrumpa?

—No, no, déjelo. Dígale que Hamid al-Obaydi ha llamado desde Bagdad, y pregúntele si será tan amable de llamarme.

—Sí, señor —dijo la voz, y al-Obaydi colgó el teléfono.

Había seguido el procedimiento correcto.

Abrió el expediente de sanciones sobre el escritorio y escribió al pie de su informe: «El Ministerio de Industria ha enviado el expediente relativo a este tema a Ginebra. Llamé a nuestro embajador en Ginebra, pero no pude ponerme en contacto con él. Por lo tanto, no podré averiguar más hasta que me devuelva la llamada. Hamid al-Obaydi».

Al-Obaydi meditó su próximo movimiento con extrema cautela. Si decidía hacer algo, sus acciones deberían parecer rutinarias en la superficie, y reducidas a sus competencias. Cualquier ligera desviación de la norma en una ciudad que se alimentaba de rumores y paranoia, y sería él quien bailarían al extremo de una soga, no el medio hermano de Saddam.

Al-Obaydi contempló el segundo punto de su lista.

Llamó por el interfono a su secretaria y pidió que le pusiera con el general Saba'awi al-Hassan, Jefe de la Seguridad del Estado. Tres personas diferentes habían pasado por el cargo en tan solo siete meses. El general cogió el teléfono al instante, pues había más generales que embajadores en el régimen iraquí.

—Buenos días, embajador. Tenía la intención de llamarle. Deberíamos hablar antes de que ocupe su nuevo cargo en París.

—Yo pensaba lo mismo —dijo al-Obaydi—. No tengo ni idea de quién nos representa todavía en Europa. Ha pasado mucho tiempo desde que serví en esa parte del mundo.

—El personal escasea, para ser sincero. La mayoría de nuestros mejores hombres han sido expulsados, incluyendo a los presuntos estudiantes en quienes podíamos confiar. De todos modos, es mejor no hablar de este tema por teléfono. ¿Cuándo quiere que le vaya a ver?

—¿Estará libre entre las cuatro y las cinco de esta tarde?

El general hizo una pausa.

—Podría reunirme con usted a eso de las cuatro, pero debería estar de vuelta en mi despacho a las cinco. ¿Cree que tendremos suficiente tiempo?

—Estoy seguro de que podrá pasarme toda la información en ese rato, general.

Al-Obaydi concluyó otra llamada rutinaria.

Contempló el tercer nombre de la lista, al que sería más difícil engañar.

Dedicó los siguientes minutos a ensayar las preguntas, antes de marcar un número interior. Una tal señorita Saib contestó al teléfono.

—¿Desea hablar de algún tema en particular con el viceministro de Asuntos Exteriores?

—No —contestó al-Obaydi—. Llamo atendiendo a su solicitud. Me ausentaré brevemente a finales de semana, y el viceministro de Asuntos Exteriores dejó claro que deseaba informarme antes de que ocupe mi nuevo puesto en París.

—Me pondré en contacto con usted en cuanto haya podido exponer su petición al viceministro —prometió la señorita Saib.

Al-Obaydi colgó el teléfono. No había dicho nada capaz de provocar sospechas. Bajó la vista hacia el bloc y añadió un interrogante y otra palabra a su lista.

KALMAR? GINEBRA

Antes de cuarenta y ocho horas debería decidir la dirección que iba a tomar.

La primera cuestión que Kratz planteó a Scott durante el trayecto desde Kalmar a Estocolmo fue el significado de las cifras 0-4-0-7-9-3. Scott despertó bruscamente del ensueño en que rescataba a Hannah a lomos de un corcel blanco, y regresó al mundo real, que parecía mucho menos prometedor.

—El cuatro de julio —respondió—. ¿Qué mejor día podía elegir Saddam para humillar al pueblo norteamericano, por no mencionar al nuevo presidente?

—Al menos, por fin sabemos cuál es nuestra fecha límite.

—Sí, y eso nos deja justo once días. Para bien o para mal.

—Aún tenemos a *Madame* Bertha —dijo Kratz, intentando aparentar optimismo.

—Cierto —dijo Scott—. ¿Y adónde pretende llevarla en su primera cita?

—A su destino. O sea, a Jordania, donde espero que vuelva a reunirse con nosotros. De hecho, todo mi equipo se encuentra ya en Estocolmo, a la espera de recogerla antes de iniciar el viaje a Bagdad. Langley nos ha solucionado todo el papeleo para que no haya interrupciones en el camino. Nuestro primer problema será cruzar la frontera de Jordania, pero como contamos con todos los documentos exigidos por la ONU, unos cuantos dólares de más entregados al funcionario de aduanas de turno lograrán que estampe el sello firmemente en la página correcta de nuestros pasaportes.

—¿Cuánto tiempo ha calculado que durará el viaje a Jordania? —preguntó Scott, cuando recordó su apretado horario.

—Seis o siete días, ocho a lo sumo. Tengo un equipo de seis hombres, todos muy experimentados. Ninguno deberá conducir más de cuatro horas seguidas y descansar dieciséis. Así no habrá necesidad de parar en ningún sitio, excepto para llenar el depósito.

Pasó de largo un cartel que indicaba diez kilómetros para Estocolmo.

—De modo que me queda una semana —dijo Scott.

—Sí, y esperemos que a Bill O'Reilly le baste ese tiempo para terminar una copia perfecta de la Declaración —contestó Kratz.

—Debería resultarle mucho más fácil la segunda vez, teniendo en cuenta que todas sus peticiones fueron complacidas a las pocas horas. Incluso enviaron desde Londres en el Concorde nueve tonos de tinta negra, a la mañana siguiente.

—Ojalá pudiera meter a *Madame* Bertha en el Concorde.

Scott rio.

—Hábleme de su equipo.

—El mejor que he tenido. Todos han combatido en el frente, tanto en guerras oficiales como oficiosas. Cinco israelíes y un kurdo.

Scott enarcó una ceja.

—Poca gente sabe —continuó Kratz— que el Mossad cuenta con una sección árabe, no muy numerosa, pero una vez entrenados, solo los *gurjas* son mejores asesinos. Pruebe a descubrir quién es.

—¿Cuántos nos acompañarán a la frontera?

—Solo dos. No podemos arriesgarnos a parecer un ejército. Un mecánico y un conductor. Al menos, así se describen en la lista de embarque, pero en lo que a mí concierne solo tienen un trabajo, que consiste en introducirle a usted en Bagdad y sacarle con la Declaración en el mínimo de tiempo posible.

Scott clavó la vista en el frente.

—¿Y Hannah?

—Ese será un premio extraordinario, si tenemos suerte, pero no forma parte de mi misión. Considero remotas las posibilidades de que llegue a verla —dijo, mientras pasaban ante un cartel de «Bienvenidos a Estocolmo».

Scott empezó a dar golpecitos sobre la biblia de Bertha.

—Tenga cuidado —advirtió Kratz—. Aún hace falta traducirla, de lo contrario no sabrá cómo comportarse con la dama. Al fin y al cabo, solo abrirá el corazón a su voz y a su palma.

Scott bajó la vista hacia el libro de 108 páginas y se preguntó cuánto tardaría en dominar sus secretos, incluso después de haber sido traducido al inglés.

Kratz giró de repente a la derecha y se internó por una calle desierta que corría paralela a una vía férrea obsoleta. Lo único que Scott vio delante fue un túnel que parecía perderse en la nada.

A cien metros de la entrada, Kratz miró por el retrovisor para comprobar que nadie les seguía. Después, encendió y apagó los faros tres veces. Un segundo más tarde, recibió idéntica respuesta desde el otro extremo del agujero negro. Aminoró la velocidad y entró en el túnel con las luces encendidas. Scott distinguió una linterna que indicaba el lugar donde debían detenerse.

Kratz siguió la luz y frenó ante lo que parecía un viejo camión del ejército. Estaba estacionado en el extremo del túnel.

Saltó del coche y Scott le siguió a toda prisa, intentando acostumbrarse a la penumbra. Entonces, vio a tres hombres erguidos a cada lado del vehículo. El hombre más cercano se puso en posición de firmes y saludó.

—Buenos días, coronel —dijo.

—Descansen, Feldman. Voy a presentarles al profesor Bradley.

Scott casi se puso a reír a causa de la utilización de su título académico entre estos hombres, pero no vio sonrisas en los rostros de los seis hombres que avanzaron para saludarle.

Después de que Scott hubiera estrechado la mano a todos, paseó alrededor del camión.

—¿De veras cree que este viejo montón de chatarra transportará a *Madame Bertha* a Bagdad? —preguntó a Kratz, incrédulo.

—Sargento Cohen.

—Señor —dijo una voz en la oscuridad.

—Usted es el mecánico. ¿Por qué no informa al profesor Bradley?

—Sí, señor.

Otra silueta se desgajó de la oscuridad. Scott no distinguió sus facciones con claridad, pues estaban cubiertas de grasa, pero a juzgar por su acento pensó que había pasado la mayor parte de su vida en Londres.

—El Camión Táctico Móvil Pesado Regulable, o CTMPR, fue construido en Wisconsin. Tiene cinco marchas, cuatro adelante y una atrás. Puede utilizarse en toda clase de terrenos, bajo casi toda clase de condiciones meteorológicas en todos los países. Pesa veinte toneladas y puede cargar diez toneladas, pero con dicho peso a bordo la velocidad no ha de exceder los cuarenta y cinco kilómetros por hora. Si se superan, sería imposible frenarlo, aunque es capaz de alcanzar los ciento ochenta kilómetros por hora.

—Gracias, Cohen. Supongo que estará de acuerdo en que se trata de un trasto muy útil —dijo Kratz a Scott—. Hace años que queríamos tener uno, y cuando usted aparece en escena, el Tío Sam nos ofrece el prototipo de la noche a la mañana. Claro que, costando casi un millón de dólares del dinero de los contribuyentes, era de esperar que los norteamericanos se lo pensarán bien antes de prestárselo a alguien.

—¿Le apetece comer con nosotros, profesor? —preguntó el hombre que había sido presentado como Feldman.

—No me diga que los CTMPR también cocinan —bromeó Scott.

—No, señor, esa responsabilidad recae en el kurdo. La especialidad de Aziz es hamburguesa con patatas fritas. Si nunca ha padecido tal experiencia, la encontrará muy sabrosa.

Los ocho se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas y utilizaron la cara inferior de un tablero de *backgammon* como mesa. Scott jamás había disfrutado tanto con una hamburguesa. También se alegró de poder charlar con los hombres que participarían en la operación. Kratz empezó a comentar los diferentes planes alternativos que deberían tener en cuenta una vez llegaran a la frontera entre Jordania e Irak. Scott solo tardó unos minutos en darse cuenta de la profesionalidad de aquellos hombres y de sus ganas de formar parte del equipo definitivo. Acabó convencido de que el plan estaba en buenas manos, y de que el grupo de Kratz no había sido elegido al azar.

Después de la tercera hamburguesa, se sintió apesadumbrado cuando el coronel del Mossad le recordó que debía coger un avión. Se levantó y agradeció al cocinero su memorable banquete.

—Nos veremos en Jordania, señor —dijo el sargento Cohen.

—Nos veremos en Jordania —repitió Scott.

De camino al aeropuerto, Scott preguntó a Kratz:

—¿Cómo seleccionará a los dos definitivos?

—Ellos lo decidirán. Yo no tengo nada que ver, solo soy su comandante.

—¿Qué quiere decir?

—Van a jugar una competición de *backgammon* camino de Jordania. Los dos ganadores obtendrán un viaje de un día a Bagdad, con todos los gastos pagados.

—¿Y los que pierdan?

—Recibirán una postal con el mensaje: «Ojalá estuvieras aquí».

Hannah reunió todos los expedientes que el viceministro de Asuntos Exteriores necesitaba para su cita con el Consejo Supremo de la Revolución.

Gracias a horas de trabajo de las que todo el mundo desconocía la existencia, y a terminar tareas en las que el ministro no pensaba nunca, Hannah había logrado convertirse en un elemento indispensable. Siempre que el ministro necesitaba algo, lo encontraba encima de su escritorio; Hannah se anticipaba a todos sus deseos, y nunca buscaba elogios. Sin embargo, pese a todo, apenas abandonaba la oficina de día o la casa por la noche, y no daba la impresión de que fuera a entrar en contacto con Saddam en un plazo próximo. La esposa del embajador intentó animar su vida social, y en una ocasión invitó a cenar a un joven soldado. Era bien parecido, pensó Hannah, hasta parecía agradable, pero apenas abrió la boca en toda la velada y se fue de repente sin decir palabra. Quizá Hannah ya no podía disimular que los hombres habían dejado de interesarle.

Hannah había participado en diversas reuniones con ministros, incluso con miembros del Consejo Supremo, incluido el medio hermano de Saddam, pero no había llegado más cerca de Saddam que cuando vivía en el callejón de Chalk Farm. Empezaba a desesperarse y a temer que todo el mundo se daría cuenta de su frustración. Como antídoto, canalizó sus energías hacia la confección de informes sobre gastos interdepartamentales, y montó un sistema de archivo que habría sido la envidia de los mandarines de Whitehall. Una de las muchas cosas que el Mossad le había enseñado durante sus arduos días de entrenamiento era a ser paciente y estar siempre preparada porque, con el tiempo, aparecería una brecha.

Aquel jueves por la mañana, cuando casi todo el personal del ministro había empezado su fin de semana, se presentó la primera brecha. Hannah estaba mecanografiando las notas de una reunión que el viceministro había sostenido el día anterior con el nuevo jefe de la delegación comercial de París, un tal al-Obaydi, cuando se produjo la llamada. Muhammad Saeed al-Zahiaf, ministro de Asuntos Exteriores, deseaba hablar con su número dos.

Pocos momentos después, el viceministro salió como un rayo de su despacho y ladró a Hannah que le siguiera. La joven agarró al vuelo un bloc y corrió tras el hombre por el largo pasillo.

Aunque el despacho del ministro de Asuntos Exteriores se encontraba al final del pasillo, Hannah nunca había entrado. Cuando entró en la habitación, se llevó una sorpresa al ver lo moderno e insulso que era; la única compensación residía en la vista sobre el Tigris.

El ministro no se molestó en levantarse, y se apresuró a indicar a su subordinado que ocupara la butaca situada al otro lado del escritorio, mientras explicaba que el presidente había pedido un informe completo sobre el tema discutido la noche

anterior en el Consejo de la Revolución. Especificó que su secretaria había empezado ya el fin de semana, y que la señorita Saib levantaría acta de la reunión.

Hannah no dio crédito a la conversación que siguió. De no ser porque estaba escuchando a dos ministros que eran leales miembros del Consejo Supremo de la Revolución, habría considerado la conversación una desvergonzada exhibición de propaganda. Al parecer, el medio hermano del presidente había logrado robar la Declaración de Independencia de los Archivos Nacionales de Washington, y el documento colgaba ahora en la sala del Consejo.

La conversación se centró en cómo debería comunicarse la noticia del triunfo a un mundo estupefacto, y la fecha elegida para garantizar la máxima concurrencia de los medios de comunicación. Discutieron sobre en qué plaza de la capital pronunciaría su discurso el presidente, antes de quemar públicamente el documento, y si deberían dar permiso a Peter Arnett o Bernard Shaw, de la CNN, para filmar al presidente junto al pergamino la noche anterior a la ceremonia de incineración.

La entrevista concluyó al cabo de dos horas y Hannah volvió con el vicepresidente a su despacho. Sin tan siquiera mirar en su dirección, el hombre ordenó que redactara una copia fiel de las decisiones tomadas aquella mañana.

Hannah dedicó el resto de la mañana a redactar el primer borrador, que el ministro leyó de inmediato. Después de realizar algunos cambios y enmiendas, le dijo que mecanografiara una copia final, que sería entregada al ministro de Asuntos Exteriores junto con la recomendación de que, si merecía su aprobación, fuera enviada al presidente.

Aquella noche, mientras regresaba a casa por las calles de Bagdad, Hannah se sintió impotente. Se preguntó qué podía hacer para alertar a los norteamericanos. Ya habrían tomado medidas para recuperar la Declaración, o al menos estarían preparando algún tipo de venganza, una vez sabido el día elegido para la incineración pública.

¿Sabían dónde se encontraba el documento en este momento? ¿Habrían informado a Kratz? ¿Habrían llamado al Mossad para que informara a los norteamericanos sobre la operación que los judíos planificaban desde hacía un año?

¿Intentarían ponerse en contacto con ella? ¿Qué le habría aconsejado Simon?

Se detuvo en un estanco y compró tres postales de Saddam Hussein presidiendo el Consejo Supremo de la Revolución.

Después, en la tranquilidad de su dormitorio, escribió el mismo mensaje a Ethel Rubin, David Kratz y al profesor de Estudios Árabes de la universidad de Londres. Confiaba en que alguno de ellos captara el significado de la fecha escrita en la esquina superior derecha y el pequeño cuadrado lleno de estrellas que había dibujado en la pared, junto a la cabeza de Saddam.

—¿A qué hora sale el vuelo a Estocolmo?

—No debería tardar mucho —dijo la chica sentada tras, el mostrador de SAS, en el aeropuerto Charles de Gaulle—. Me temo que acaba de aterrizar en su trayecto de vuelta, y no puedo decírselo con exactitud.

Otra oportunidad de dar marcha atrás, pensó al-Obaydi, pero después de su encuentro con el Jefe de la Seguridad del Estado y, a la mañana siguiente, con el viceministro de Asuntos Exteriores, estaba convencido de que ambos consideraban lo que les había dicho como pura rutina. Al-Obaydi había dejado caer en medio de la conversación el dato de que iba a tomarse un pequeño respiro antes de ocupar su nuevo cargo en París.

Después de recoger su equipaje en la cinta transportadora, al-Obaydi dejó en consigna todas las maletas grandes y solo se quedó un abultado maletín. Después, se sentó en un rincón de la sala de espera y pensó en lo que había hecho durante los últimos días.

El Jefe de la Seguridad del Estado no le había ofrecido gran cosa. La verdad, que jamás admitiría, era que ya tenía bastantes problemas en casa para preocuparse por lo que sucedía en el extranjero. Había proporcionado a al-Obaydi un libro de instrucciones desfasado sobre las precauciones que un ciudadano iraquí debía tomar en Europa, incluyendo no comprar en Marks & Spencer's, o confraternizar con extranjeros, y una colección desfasada de fotografías pertenecientes a agentes del Mossad y la CIA en el continente. Después de examinar las fotografías, al-Obaydi no se sorprendió al averiguar que la mayoría se habían jubilado, y que alguno ya había muerto plácidamente en su cama.

Al día siguiente, el viceministro de Asuntos Exteriores se había mostrado cortés, sin llegar a ser cordial. Le había dado algunos consejos sobre cómo comportarse en París, incluyendo las embajadas que tratarían con él de buena gana pese a la postura oficial, y las que no. En lo concerniente a la embajada de Jordania y el anexo iraquí, le hizo una descripción del personal residente. Había dejado a la señorita Ahmed para garantizar cierta continuidad. La calificó de voluntariosa y responsable, a la cocinera de espantosa pero cordial, y al chófer de estúpido pero valiente. La única advertencia fue que se mostrara cauto con Abdul Kanek, el administrador jefe, un título maravilloso que no describía su auténtico cargo, pues sus únicos méritos consistían en ser primo lejano del presidente. El viceministro tuvo buen cuidado de no emitir opiniones personales, pero sus ojos dijeron a al-Obaydi todo cuanto necesitaba saber. Cuando se marchó, la secretaria del viceministro, la señorita Saib, le entregó otro expediente lleno de información útil sobre cómo salir adelante en París sin muchos amigos. Lugares donde sería bienvenido, y otros que debería evitar.

Tal vez la señorita Saib habría incluido Suecia entre los lugares que convenía evitar.

El viaje causaba pocos temores a al-Obaydi, pues tenía intención de permanecer en Suecia escasas horas. Ya se había puesto en contacto con el ingeniero jefe de Svenhalte AC, quien le había asegurado que no había mencionado al señor Riffat su

llamada anterior cuando el hombre se presentó aquella tarde. También le confirmó que *Madame Bertha*, como él llamaba a la caja fuerte, ya iba camino de Bagdad.

—Pasajeros con destino a Estocolmo...

Al-Obaydi se dirigió hacia la puerta de salida, comprobaron su tarjeta de embarque y le acompañaron hasta un asiento de ventanilla, clase turista. Esta parte del viaje no sería considerada un gasto desorbitado.

Mientras el avión volaba hacia el norte de Europa, la mente de al-Obaydi derivó hacia el último fin de semana, que había pasado con su madre y su hermana. Ellas le habían ayudado a tomar la decisión final. Su madre no tenía el menor interés en abandonar su cómoda casita en las afueras de Bagdad y mucho menos en trasladarse a París. Ahora, al-Obaydi había aceptado por fin que no le quedaba ninguna salida: su único futuro residía en intentar alcanzar una posición preeminente en el ministerio de Asuntos Exteriores. No dudaba de que podía prestar un servicio al presidente que le convertiría en elemento indispensable a los ojos de Saddam; incluso podía presentársele la oportunidad de ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Al fin y al cabo, el viceministro se jubilaría dentro de dos años, y los ascensos repentinos no sorprendían a nadie en Bagdad.

Cuando el avión aterrizó en Estocolmo, al-Obaydi desembarcó y utilizó los conductos diplomáticos para escapar a toda prisa.

El viaje a Kalmar en taxi duró tres horas, y el recién nombrado embajador dedicó la mayor parte del tiempo a contemplar por la ventanilla las verdes colinas y cielos grisáceos, tan poco familiares. Cuando el taxi se detuvo por fin ante la entrada de Svenhalte AC, al-Obaydi divisó a un hombre ataviado con un largo abrigo marrón, cuya expresión delataba que llevaba bastante tiempo esperando.

Al-Obaydi reparó en su aspecto preocupado, que dio paso a una sonrisa cuando el embajador salió del coche.

—Encantado de conocerle, señor al-Obaydi —dijo el ingeniero jefe en inglés, el idioma que consideraba más cómodo para ambos—. Me llamo Pedderson. ¿Quiere acompañarme a mi despacho?

Después de que Pedderson pidiera café (qué agradable era volver a probar el capuchino, pensó al-Obaydi), su primera pregunta traicionó su aparente seguridad.

—Confío en no haber cometido ninguna equivocación.

—No, no —dijo al-Obaydi, a quien las precipitadas palabras y evidente nerviosismo del ingeniero jefe habían serenado—. Le aseguro que solo se trata de una comprobación rutinaria.

—El señor Riffat se encontraba en posesión de todos los documentos adecuados, tanto de la ONU como de su gobierno.

Al-Obaydi se dio cuenta, afligido, de que se enfrentaba a un grupo de profesionales muy bien preparados.

—¿Dice que se marcharon el miércoles por la tarde? —preguntó, en tono indiferente.

—Exacto.

—¿Cuánto cree que tardarán en llegar a Bagdad?

—Al menos una semana, quizá diez días en aquel viejo camión, si es que lo consiguen.

Al-Obaydi se quedó perplejo.

—¿Un camión viejo?

—Sí, vinieron a recoger a *Madame* Bertha en un viejo camión del ejército. Debo confesar que el motor sonaba bien. Tomé algunas fotos para mi álbum. ¿Quiere verlas?

—¿Fotos del camión?

—Sí, desde la ventana, con el señor Riffat al lado de la caja. No se dieron cuenta.

Pedderson abrió el cajón de su escritorio y extrajo varias fotos. Las empujó hacia el embajador con el mismo orgullo de que otro hombre haría gala al exhibir instantáneas curiosas de su familia.

Al-Obaydi examinó las fotografías con atención. Varias plasmaban a *Madame* Bertha en el momento de ser izada al camión.

—¿Algún problema? —preguntó Pedderson.

—No, no —dijo al-Obaydi—. ¿Podría conseguirme copias de estas fotografías?

—Oh, sí, quédese las, tengo muchas. El ingeniero jefe señaló el cajón.

Al-Obaydi cogió su maletín, lo abrió y deslizó las fotos en un bolsillo del interior, antes de extraer otras fotografías.

—Ya que estoy aquí, quizá podría hacerme un pequeño favor.

—Lo que desee.

—Traigo algunas fotos de antiguos empleados del estado, y me sería de gran ayuda si reconociera entre ellos a alguna de las personas que vinieron para recoger a *Madame* Bertha.

Pedderson titubeó, pero cogió las fotografías y las examinó de una en una. Repitió «no, no, no» varias veces, hasta que se demoró más tiempo en una. Al-Obaydi se inclinó hacia delante.

—Sí —dijo Pedderson por fin—. Aunque debieron tomarla hace años. Este es el señor Riffat. No ha engordado, pero sí envejecido, y tiene el cabello gris. Un hombre muy concienzudo.

—Sí —dijo al-Obaydi—. El señor Riffat es un hombre muy concienzudo —repitió, mientras echaba un vistazo a los detalles impresos en árabe en el reverso de la fotografía—. Mi gobierno experimentará un gran alivio cuando sepa que el señor Riffat se halla al frente de esta operación.

Pedderson sonrió por primera vez, mientras al-Obaydi bebía la última gota de café.

—Su ayuda ha sido inestimable —dijo el embajador. Se levantó y añadió—: Estoy seguro de que mi gobierno volverá a necesitar sus servicios algún día, pero le agradecerla mucho que no hablara de esta entrevista a nadie.

—Como usted quiera —contestó Pedderson, mientras cruzaban el patio. La sonrisa no abandonó su rostro cuando el taxi salió por la puerta de la fábrica, llevándose a su distinguido cliente.

Pero los pensamientos de Pedderson no correspondían a su expresión.

—Algo va mal —murmuró—. Me parece que ese caballero no cree que *Madame Bertha* esté en buenas manos, y estoy seguro de que no es amigo del señor Riffat.

Scott se quedó sorprendido al advertir que Dólar Bill le caía bien desde el primer momento. No le sorprendió que, después de haber visto un ejemplo de su trabajo, también le respetara.

Scott aterrizó en San Francisco diecisiete horas después de haber despegado de Estocolmo. Un coche de la CIA le esperaba en el aeropuerto. Le condujeron rápidamente al condado de Marin y le depositaron frente a la mansión al cabo de una hora.

Después de dormir un poco, Scott se levantó para almorzar con la esperanza de conocer a Dólar Bill, pero se llevó una decepción al no ver al falsificador por ninguna parte.

—El señor O'Reilly desayuna a las siete y no vuelve a aparecer hasta la hora de la cena, señor —explicó el mayordomo.

—¿De qué se alimenta entre tanto? —preguntó Scott.

—A las doce, le llevo una tableta de chocolate y un vaso de agua, y a las seis, una Guinness.

Después de comer, Scott leyó un informe sobre lo ocurrido en el departamento de Estado durante su ausencia, y dedicó el resto de la tarde al gimnasio del sótano. Salió tambaleante de la sesión alrededor de las cinco, acompañado de agujetas en diversas partes del cuerpo, causadas por el exceso de ejercicio, y dos o tres contusiones, regalo del instructor de judo.

—No está mal para tener treinta y seis tacos —dijo condescendiente el instructor, que solo parecía unas horas más joven que él.

Scott se zambulló en un baño caliente para aliviar sus dolores, y hojeó la biblia de *Madame Bertha*. El documento ya había sido traducido por seis expertos en árabe de seis universidades diferentes. Habían entregado dos capítulos no consecutivos a cada uno. Dexter Hutchins no había holgazaneado desde su regreso.

Cuando Scott bajó a cenar, todavía un poco entumecido, encontró a Dólar Bill en el salón, dando la espalda al fuego mientras bebía un vaso de agua.

—¿Qué le apetece beber, profesor? —preguntó el mayordomo.

—Cerveza con jengibre —contestó Scott, antes de presentarse a Dólar Bill.

—¿Se encuentra aquí por voluntad propia, profesor, o porque le detuvieron por conducir borracho? —Fue la primera pregunta de Dólar Bill. Ya había decidido que se las haría pasar a Scott tan canutas como el instructor de judo.

—Por voluntad propia, me temo —sonrió Scott.

—A juzgar por esa respuesta —dijo Dólar Bill—, solo se me ocurre deducir que enseña una materia muerta, o una que no sirve de nada a los mortales.

—Enseño Derecho Constitucional —replicó Scott—, pero mi especialidad es la Lógica.

—En tal caso, consigue hacer ambas cosas a la vez —comentó Dólar Bill, justo cuando Dexter Hutchins entraba en el salón.

—Me apetece un *gin tonic*, Charles —dijo Dexter, y estrechó con fuerza la mano de Scott—. Lamento no haber venido antes, pero esos tíos de Foggy Bottom no se han despegado del teléfono en toda la tarde.

—Hay muchos motivos para desconfiar de nuestros semejantes —observó Dólar Bill—, y al pedir un *gin tonic*, el señor Hutchins acaba de demostrar dos.

Charles volvió al cabo de un momento con una bandeja de plata, sobre la que descansaban la cerveza y el *gin tonic*, que tendió a Scott y al subdirector, respectivamente.

—En mis tiempos de universitario, la lógica no existía —dijo Dólar Bill, después de que Hutchins sugiriera pasar a cenar—. El Trinity College de Dublín no quería saber nada de ella. No me viene a la cabeza ni una ocasión en toda la historia de Irlanda en que mis compatriotas hayan recurrido a la lógica.

—¿Qué estudió? —preguntó Scott.

—Un montón de Fleming, algo de Joyce, aparte de muy escasos momentos dedicados a Platón y Aristóteles, pero me temo que no lo suficiente para llamar la atención de ningún miembro de la junta de examinadores.

—¿Cómo va la Declaración? —preguntó Dexter, como si no hubiera seguido la conversación.

—Nuestro señor Hutchins, profesor, es un obseso de la ética —dijo Dólar Bill, mientras depositaban ante él un cuenco de sopa—. Es un hombre que confiaría en la lógica para salir de un apuro. Sin embargo, como una comida gratis es algo que no existe en esta vida, intentaré contestar a la pregunta de mi carcelero. Hoy, terminé el texto tal como fue escrito por Timothy Matlock, asesor del secretario del Congreso. Tardó diecisiete horas. Me temo que a mí me ha costado más.

—¿Cuánto tiempo piensa que tardará en concluir los nombres? —insistió Dexter.

—Es usted peor que el papa Julio II, siempre preguntando a Miguel Ángel cuándo acabaría de pintar el techo de la Capilla Sixtina —dijo Dólar Bill, en tanto el mayordomo se llevaba los cuencos de sopa.

—Los nombres —pidió Dexter—. Los nombres.

—Oh, hombre impaciente y poco sutil.

—Shaw —dijo Scott.

—Cada vez me cae mejor —reconoció Dólar Bill.

—Los nombres —repitió Dexter, mientras Charles dejaba un estofado irlandés sobre la mesa. Dólar Bill se sirvió al instante.

—Ahora comprendo por qué solo es el subdirector —dijo—. ¿No se da cuenta, hombre de Dios, de que hay cincuenta y seis nombres en el documento original, y cada uno es una obra de arte en sí mismo? Déjeme demostrárselo. Charles, papel, por favor. Necesito papel.

El mayordomo cogió un bloc que había al lado del teléfono y lo dejó al lado de O'Reilly. Dólar Bill sacó una pluma de su bolsillo interior y empezó a escribir.

Mostró a sus dos compañeros de mesa lo que había escrito: «El señor O'Reilly tiene libre acceso al helicóptero de la Compañía para utilizarlo siempre que lo desee».

—¿Qué demuestra eso? —preguntó Dexter.

—Paciencia, señor Hutchins, paciencia.

Dólar Bill arrancó la hoja de papel, que rubricó primero con la firma de Dexter Hutchins. Después, cambió de pluma y escribió: «Scott Bradley».

Una vez más, sometió su obra al juicio de sus alumnos.

—Pero ¿cómo...? —Boqueó Scott.

—En su caso, profesor, fue fácil. Solo me hizo falta el libro de visitas.

—Pero yo no firmé el libro de visitas —protestó Dexter.

—Confieso que sería muy raro, teniendo en cuenta que es el subdirector, pero, en su caso, nada me sorprendería. No obstante, señor Hutchins, posee el irritante hábito de firmar y fechar la cubierta interior de todos los libros que compra. Sospecho que solo en el caso de las primeras ediciones se acercará usted a la posteridad. —Hizo una pausa—. Pero ya basta de parloteos inútiles. Ambos pueden comprobar ahora la tarea a que me enfrento.

Dólar Bill dobló su servilleta, se levantó repentinamente de la mesa dejando a medias su estofado, y salió de la sala. Sus compañeros se pusieron en pie de un brinco y le siguieron hacia el ala oeste sin decir palabra. Después de subir un breve tramo de escaleras, entraron en el estudio improvisado de Dólar Bill.

El pergamino descansaba sobre una mesa de dibujo situada bajo una brillante luz. Los dos hombres atravesaron la habitación, se detuvieron ante la mesa y examinaron el documento terminado, a falta de las firmas, que aguardaban a ser reproducidas en un generoso espacio libre, cubierto de diminutas cruces hechas con lápiz.

—Pero ¿por qué no...?

—¿Seguí una carrera decente? —preguntó Dólar Bill, previendo la pregunta—. ¿Para terminar como maestro de escuela en Wexford, o trepar quizá a las cumbres vertiginosas de una concejalía en Dublín? No, señor, prefiero dar con mis huesos en la cárcel a ser considerado por mis semejantes una mediocridad.

—¿Cuántos días faltan para que nos dejes, jovencito? —preguntó Dexter Hutchins a Scott.

—Kratz ha telefoneado esta tarde —contestó Scott, y se volvió hacia el subdirector—. Dijo que anoche había cogido el transbordador de Trelleborg a Sassnitz. Ahora se dirigen al sur, y esperan cruzar el Bósforo el lunes por la mañana.

—Lo cual significa que deberían llegar a la frontera de Irak el miércoles próximo.

—La época perfecta del año para surcar el Bósforo —comentó Dólar Bill—. Sobre todo si una bella muchacha te espera al otro lado —añadió, y miró a Scott—. Será mejor que haya terminado la Declaración el lunes, ¿verdad, profesor?

—Como máximo —dijo Hutchins, mientras Scott sonreía al menudo irlandés.

Cuando al-Obaydi regresó a París, recogió sus maletas en consigna y aguardó en la cola de taxis.

Dio una dirección al conductor, sin especificar que se trataba del anexo iraquí a la embajada de Jordania (uno de los consejos de la señorita Saib sobre París). No había avisado al personal de la embajada de que llegaría aquel día. Aún le quedaban quince días para la toma de posesión oficial de su cargo, y habría seguido hasta Jordania aquella misma noche de existir un vuelo de enlace. Una vez averiguado quién era el señor Riffat, sabía que debía regresar a Bagdad lo antes posible. Lo correcto sería informar primero al ministro de Asuntos Exteriores. De este modo, se guardaría las espaldas, garantizando al mismo tiempo que el presidente sabría exactamente quién era el responsable de alertarle sobre un posible atentado contra su vida, y qué embajador, pese a su parentesco, había descuidado la vigilancia.

El taxi dejó a al-Obaydi frente al anexo de la embajada, en Neuilly. Sacó las maletas del coche sin que el conductor, sentado inmóvil tras el volante, le ayudara.

La puerta de la embajada se abrió unos centímetros, luego por completo, y un hombre de unos cuarenta años bajó corriendo los peldaños hacia él, seguido de dos muchachas y un hombre más joven.

—Excelencia, Excelencia —exclamó el primer hombre—. Lo siento, ha de perdonarme, no teníamos ni idea de que llegaba hoy.

El hombre más joven cogió las dos maletas grandes, y las muchachas se ocuparon de las otras tres.

Al-Obaydi no se sorprendió al descubrir que el primer hombre era Abdul Kanuk.

—Nos dijeron que llegaría dentro de dos semanas, Excelencia. Pensábamos que aún seguía en Bagdad. Espero que no nos considere descorteses.

Al-Obaydi no intentó interrumpir la verborrea del administrador jefe, confiando en que se quedaría sin aliento, tarde o temprano. En cualquier caso, Kanuk no estaba dispuesto a quedar mal en su primer día.

—¿Desea su Excelencia realizar una rápida visita a nuestra sede, mientras las doncellas deshacen su equipaje?

Al-Obaydi aprovechó la invitación, pues suponía que algunas preguntas solo podría responderlas aquel hombre. No solo el administrador jefe ofició de guía durante la visita, sino que proyectó un verdadero torrente de habladurías. Al-Obaydi dejó de escuchar al cabo de escasos minutos; tenía cosas mucho más importantes en qué pensar. El primer vuelo a Jordania salía a la mañana siguiente, y necesitaba meditar en la forma de revelar sus descubrimientos al ministro de Asuntos Exteriores.

En algún momento de la visita al que sería su despacho, por cuya ventana se veía a la ciudad pasar de la luz mortecina del crepúsculo a la luz artificial de la noche, el administrador dijo algo que al-Obaydi no captó bien. Pensó que debería haberle

prestado mayor atención.

—Lamento informarle de que su secretaria está de vacaciones, Excelencia. Como el resto de nosotros, la señorita Ahmed no le esperaba hasta dentro de dos semanas. Sé que pensaba volver a París unos días antes que usted, para tener tiempo de prepararlo todo.

—No hay problema —dijo al-Obaydi.

—Doy por sentado que ya conocerá a la señorita Saib, secretaria del viceministro de Asuntos Exteriores.

—Conocí a la señorita Saib en Bagdad —contestó al-Obaydi.

El administrador jefe asintió, y pareció vacilar un momento.

—Creo que descansaré un poco antes de cenar —dijo el embajador, aprovechando la breve interrupción en el flujo interminable de palabras.

—Ordenaré que envíen algo a su habitación, Excelencia. ¿Le parece bien a las ocho?

—Gracias —dijo al-Obaydi, en un intento de poner fin a la conversación.

—¿Guardo sus billetes y pasaporte en la caja fuerte, como siempre hacía con el antiguo embajador?

—Una buena idea —dijo al-Obaydi, contento de haber encontrado una forma de deshacerse del administrador jefe.

Scott colgó el teléfono y se volvió hacia Dexter Hutchins, que estaba reclinado en una cómoda butaca de cuero, frente a su escritorio, con las manos enlazadas detrás de la cabeza y una pregunta grabada en su cara.

—¿Dónde están?

—Kratz no quiso decirme el lugar exacto, por motivos obvios, pero a la marcha actual espera llegar a la frontera de Jordania antes de tres días.

—En ese caso, recemos para que el ministerio de Industria iraquí sea tan poco eficaz como nuestros expertos repiten una y otra vez. De ser así, nos concedería unos días más de ventaja. Al fin y al cabo, actuamos justo cuando se levantaron las sanciones, y hasta que aparecisteis en Kalmar, Pedderson no había oído ni pío desde hacía dos años.

—Estoy de acuerdo, pero temo que Pedderson sea el eslabón débil en la cadena de Kratz.

—Cuando se corren esos riesgos, ningún plan es completamente seguro —le recordó Dexter.

Scott asintió.

—Y si Kratz se encuentra a menos de tres días de la frontera, tendrás que coger un vuelo para Ammán el lunes por la noche, suponiendo que el señor O'Reilly haya terminado ya las firmas.

—Creo que ese problema está resuelto.

—¿Por qué? Aún le faltaba copiar un montón de nombres, la última vez que miré el pergamino.

—No serán tantos, porque el señor Mendelssohn llegó desde Washington esta mañana para ofrecer su opinión, la única que interesa a Dólar Bill.

—Vamos a verlo —dijo Dexter, y saltó de la butaca. Mientras caminaban por el pasillo, Dexter preguntó:

—¿Cómo va la biblia de Bertha? Esta mañana hojeé varias páginas de la introducción, y ni siquiera entendí por qué cambian las luces de rojo a verde.

—Solo un hombre conoce a *Madame* Bertha más íntimamente que yo, y en este momento se está consumiendo en Escandinavia —contestó Scott, mientras subían por los peldaños de piedra hacia la estancia secreta de Dólar Bill.

—También me he enterado de que Charles te ha diseñado un par de pantalones especiales —dijo Dexter.

—Y a la medida exacta —sonrió Scott.

Cuando llegaron ante la puerta, Dexter hizo ademán de abrir, pero Scott se lo impidió.

—¿No crees que deberías llamar? Puede que esté...

—La próxima vez, querrás que le llame «señor».

Scott sonrió cuando Dexter llamó con suavidad. Como no obtuvo respuesta, abrió la puerta. Entró de puntillas y vio a Mendelssohn inclinado sobre el pergamino, lupa en ristre.

—Benjamin Franklin, John Morton y George Clymer —murmuró el conservador.

—Clymer me dio muchos problemas —comentó Dólar Bill, que estaba mirando la bahía por la ventana—. Eran los malditos garabatos del hombre, que tuve que hacer de una tirada. Encontrará unas doscientas copias en la papelera.

—¿Podemos acercarnos a la mesa? —preguntó Dexter.

Dólar Bill se volvió hacia ellos y les indicó con un ademán que entraran.

—Buenas tardes, señor Mendelssohn. Soy Dexter Hutchins, subdirector de la CIA.

—¿Es que podría ser otra cosa? —preguntó Dólar Bill. Dexter hizo caso omiso del comentario.

—¿Cuál es su opinión, señor? —preguntó.

Dólar Bill siguió mirando por la ventana.

—Es tan buena como la copia que se exhibe actualmente en los Archivos Nacionales.

—Es usted muy generoso, señor —dijo Dólar Bill, que se había vuelto hacia ellos.

—Pero no entiendo por qué ha escrito correctamente palabra «británicos», y no con las dos tes del original —dijo Mendelssohn, quien devolvió de nuevo su atención al documento.

—Por dos motivos —contestó Dólar Bill, mientras seis ojos suspicaces le

miraban fijamente—. Primero, si se produce el cambio, Saddam no podrá afirmar que aún posee el original.

—Muy listo —dijo Scott.

—¿Y segundo? —preguntó Dexter, que aún sospechaba de los motivos del irlandés.

—Impedir que el profesor traiga esta copia e intente hacerla pasar por el original.

Scott lanzó una carcajada.

—Siempre piensa como un criminal —dijo.

—Y será mejor que usted también lo haga durante estos días, si quiere aventajar a Saddam Hussein —replicó Dólar Bill.

En aquel momento, Charles entró en la habitación con una pinta de Guinness sobre una bandeja de plata.

Dólar Bill dio las gracias a Charles, cogió su recompensa de la bandeja y se encaminó a un rincón de la habitación para disfrutar de su primer trago.

—¿Puedo preguntar...? —empezó Scott.

—En una ocasión, derramé el preciado néctar sobre una plancha de un billete de cien dólares que me había costado tres meses de preparativos.

—¿Y qué hizo después? —preguntó Scott.

—Me decanté por la segunda mejor plancha, lo cual me envió al talego durante cinco años. —Hasta Dexter se sumó a las carcajadas—. Sin embargo, en esta ocasión levanto mi vaso por Matthew Thornton, el último signatario del documento. Le deseo buena salud dondequiera que esté, pese a las malditas «tes» del nombre.

—¿Ya puedo llevarme la obra maestra? —preguntó Scott.

—Aún no, jovencito —dijo Dólar Bill—. Me temo que todavía deberá padecer mi compañía una noche más —añadió. Dejó el vaso sobre el antepecho de la ventana y se acercó al documento—. Mi principal problema ha sido la lucha contra el tiempo. En opinión del señor Mendelssohn, el pergamino tiene un aire de 1830. ¿Estoy en lo cierto, señor conservador?

El aludido asintió y levantó los brazos, como si se disculpara por osar mencionar una imperfección tan nimia.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Dexter Hutchins.

Dólar Bill tocó un interruptor y las lámparas de xenón que colgaban sobre su escritorio se encendieron y bañaron de luz la habitación, como si fuera el decorado de una película.

—Mañana por la mañana, a las nueve, el pergamino rondará 1776. Pese a que, debido a la falta de tiempo, unos míseros años me impedirán alcanzar la perfección, sigo confiado en que nadie advertirá la diferencia en Irak, a menos que cuenten con una máquina de fechar de carbono 14, y sepan utilizarla.

—Entonces, nuestra única esperanza reside en que aún no hayan destruido el original —dijo Dexter Hutchins.

—Ni por asomo —replicó Scott.

—¿Por qué estás tan seguro?

—El día que Saddam destruya el pergamino, querrá que todo el mundo sea testigo. De eso estoy seguro.

—En ese caso, creo que se impone un brindis —dijo el irlandés—. Con el permiso de nuestro anfitrión, por supuesto.

—¿Un brindis, Bill? —dijo el subdirector, sorprendido—. ¿En quién piensa? —preguntó, suspicaz.

—En Hannah —dijo el irlandés—. Sea quien sea.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Scott—. Nunca he mencionado su nombre.

—No es necesario, porque lo va escribiendo por todas partes, desde los reversos de los sobres hasta los cristales entelados. Debe de ser una dama muy especial, profesor.

Levantó el vaso y dijo:

—Por Hannah.

El administrador jefe esperó pacientemente a que la criada se llevara la bandeja en que había servido la cena al embajador. Después, cerró la puerta de su habitación, situada al otro extremo del pasillo.

Esperó otras dos horas, hasta estar seguro de que el embajador se había acostado. Convencido de que era el único inquilino de la embajada que continuaba despierto, bajó de puntillas a su despacho y buscó un número telefónico de Ginebra. Lo marcó lenta y concienzudamente. La respuesta tardó en llegar.

—Necesito hablar con el embajador —susurró.

—Su Excelencia se acostó hace rato —dijo una voz—. Tendrá que llamar mañana por la mañana.

—Despiértele. Dígale que llama Abdul Kanuk desde París.

—Si insiste...

—Insisto.

El administrador jefe esperó un rato, hasta que una voz adormilada se puso al teléfono.

—Será mejor que valga la pena, Abdul.

—Al-Obaydi ha llegado a París inesperadamente, dos semanas antes de lo esperado.

—¿Me despiertas en plena noche para decirme eso?

—Pero no llegó directamente de Bagdad, Excelencia. Dio una pequeña vuelta.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó la voz, más despejada.

—Porque tengo su pasaporte en mi poder.

—Pero está de vacaciones, idiota.

—Lo sé, pero ¿por qué iba a pasar el día en una ciudad que no suele atraer turistas?

—Déjate de acertijos. Si has de decirme algo, dilo ya.

—A primera hora del día de hoy, el embajador al-Obaydi visitó Estocolmo, según el sello de su pasaporte, pero regresó a París por la noche. Esa no es mi idea de unas vacaciones.

—Estocolmo... Estocolmo... Estocolmo... —repitió su interlocutor, como si intentara captar su significado. Una pausa—. La caja fuerte. Por supuesto. Habrá ido a Kalmar para examinar la caja de *Sayedi*. ¿Qué ha descubierto que considera mejor ocultarme? ¿Conoce Bagdad sus manejos?

—No tengo ni idea, Excelencia —dijo el administrador—, pero sé que volará a Bagdad mañana.

—Si está de vacaciones, ¿por qué vuelve a Bagdad tan pronto?

—Quizá ser el jefe de la delegación comercial de París no le parece suficiente recompensa, Excelencia. Quizá se haya fijado un premio mayor.

Siguió una larga pausa, antes de que la voz de Ginebra hablara de nuevo.

—Has hecho bien, Abdul. Despertarme ha sido una buena idea. Lo primero que haré mañana por la mañana será telefonar a Kalmar. Lo primero —repitió.

—Me prometió, Excelencia, si permite que llame su atención una vez más...

Tony Cavalli informó a su padre en cuanto Martin les hubo servido una copa.

—Detenido por pelearse en un bar —dijo su padre, después de escuchar el informe de su hijo.

—Sí. —Cavalli dejó una carpeta sobre la mesa, a su lado—. Y encima, sentenciado a treinta días.

—¿Treinta días? —repitió su padre, incrédulo. El anciano hizo una pausa—. ¿Qué instrucciones le has dado a Laura?

—La he retirado de la circulación hasta el 15 de julio, cuando Dólar Bill salga en libertad.

—¿Dónde le han encerrado esta vez? ¿En la prisión del condado?

—No. Según los registros del tribunal del distrito en Fairmont, le han encerrado en la penitenciaría estatal.

—Por una pelea en un bar —dijo el anciano—. Es absurdo. Contempló la Declaración de Independencia que colgaba en la pared, detrás del escritorio. Calló unos momentos.

—¿A quién tenemos dentro?

Cavalli abrió la carpeta y extrajo una hoja de papel.

—Un oficial y seis internos.

Le pasó el papel, satisfecho de haberse anticipado a la petición de su padre.

El viejo estudió la lista de nombres durante un rato, y luego se humedeció los labios.

—Eduardo Bellatti es la persona adecuada —dijo, y miró a su hijo—. Si no

recuerdo mal, fue condenado a noventa y nueve años por acribillar a un juez que se cruzó en su camino.

—Correcto, y aún mejor, mataría a cualquiera por un paquete de cigarrillos. Si liquida a Dólar Bill antes del 15 de julio, nos ahorrará de paso un cuarto de millón.

—Algo no va bien —dijo el anciano, mientras jugueteaba con su *whisky*, que aún no había tocado.

—Quizá ha llegado el momento de profundizar un poco más —añadió, casi como si hablara para sí. Repasó otra vez la lista de nombres.

Al-Obaydi despertó temprano a la mañana siguiente, ansioso por llegar a Bagdad e informar al ministro de Asuntos Exteriores de lo que había averiguado. En cuanto pisara suelo iraquí prepararía un extenso informe por escrito. Dio vueltas en su mente a las líneas generales.

Primero, explicaría al ministro de Asuntos Exteriores que, mientras llevaba a cabo una comprobación rutinaria de las sanciones, había averiguado que la caja encargada por el presidente ya viajaba camino de Bagdad. Al descubrirlo, había empezado a sospechar que un enemigo del estado podía estar implicado en un intento de asesinar al presidente. Sin saber en quién confiar, había utilizado su iniciativa, así como tiempo y dinero propios, para descubrir quién estaba detrás del complot. A los pocos momentos de revelar los detalles al ministro de Asuntos Exteriores, Saddam averiguaría sobre quién recaía la responsabilidad de la caja y, aún más importante, quién había descuidado la seguridad del presidente.

Una llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Entre —dijo, y apareció una criada con una bandeja, sobre la que descansaban dos tostadas carbonizadas y una taza de espeso café turco. Cuando salió, al-Obaydi se levantó, se dio una ducha helada (bien a su pesar) y se vistió a toda prisa. Tiró el café por el lavabo y dejó las tostadas.

El embajador salió de su habitación y bajó un tramo de escaleras para ir a su despacho, donde encontró al administrador jefe detrás del escritorio. ¿Estaría sentado en su silla un momento antes?

—Buenos días, Excelencia —dijo—. Espero que haya dormido bien. Estaba confirmando la reserva de su vuelo.

—Muy amable —dijo al-Obaydi, sin apenas ocultar su irritación.

Kanuk hizo una reverencia.

—Me encargaré de que le reciban en el aeropuerto cuando regrese, Excelencia, y esta vez todo estará preparado para su llegada. Entretanto, iré a buscar su pasaporte, con su permiso.

Al-Obaydi se sentó detrás de su escritorio. Se preguntó cuánto tiempo ocuparía el cargo de jefe de la delegación comercial, una vez Saddam averiguara que le había salvado la vida.

Tony marcó un número por su línea privada.

El subdirector de la cárcel descolgó el teléfono y confirmó que estaba solo, en respuesta a la primera pregunta de Cavalli. Reflexionó sobre la segunda pregunta antes de contestar.

—Si Dólar Bill se halla en algún rincón de esta cárcel, está mejor escondido que la declaración de ingresos de Leona Helmsley.

—En los archivos del tribunal del condado consta que te lo entregaron el 16 de junio por la noche.

—Es posible que conste, pero nunca hizo acto de aparición. Y no se tardan ocho días en ir desde el tribunal del condado de San Francisco hasta aquí, a menos que le hayan traído andando. Quizá no sería mala idea —añadió con una carcajada nerviosa.

Cavalli no rio.

—Mantén la boca cerrada y los oídos abiertos, y llámame en cuanto sepas algo. —Fue todo cuanto dijo, antes de colgar el teléfono.

Cavalli se quedó una hora más en su despacho después de que su secretaria se marchara, pensando en el siguiente paso que convenía dar.

La segunda reunión de urgencia entre el ministro de Asuntos Exteriores y su segundo se produjo el martes por la mañana, convocada también a toda prisa. Esta vez, fue una inesperada llamada directa del presidente lo que motivó el desplazamiento precipitado de ambos hombres a palacio.

De las diversas llamadas telefónicas que se habían intercambiado aquella mañana, Hannah dedujo que, en algún momento, el medio hermano de Saddam había llamado desde Ginebra y, desde aquel instante, el viceministro de Asuntos Exteriores se encontraba en un estado de pánico.

Hannah no abandonó su escritorio con la esperanza de procurarse más información. Mientras los dos políticos estaban en palacio, siguió examinando viejos expedientes, consciente de que contaba con suficiente material para abarrotar varios armarios del cuartel general del Mossad, pero nadie a quien pasar sus descubrimientos.

Los dos hombres regresaron a última hora de la tarde, y el viceministro expresó alivio al ver que Hannah seguía en su despacho.

—Necesito redactar un informe escrito sobre lo acordado en la reunión de esta mañana con el presidente —dijo—, y no exagero la importancia de la confidencialidad en este tema. Le aseguro que si algo de lo que voy a decirle se filtra al público, ambos podríamos acabar en la cárcel, o algo peor.

—Espero, señor viceministro —dijo Hannah, mientras se ponía las gafas—, que nunca le haya dado ningún motivo de preocupación.

El viceministro la miró fijamente y empezó a dictar.

—El presidente nos invitó al ministro de Asuntos Exteriores y a mí a una reunión confidencial que se celebró en palacio esta mañana. Ponga la fecha de hoy al informe. Barazan al-Tikriti, nuestro fiel embajador en Ginebra, se puso en contacto con el presidente por la noche para avisarle de que, tras semanas de diligente vigilancia, había descubierto el plan de un grupo de sionistas para robar una caja fuerte en Suecia y utilizarla como medio de entrar ilegalmente en Irak. La caja debía entregarse en Bagdad después de levantarse el embargo que pesaba sobre ella, como consecuencia de la Resolución 661 del Consejo de Seguridad de la ONU. El presidente ha delegado en el general Hamil la responsabilidad de encargarse de los terroristas —Hannah vio que el viceministro se estremecía—, al tiempo que ha solicitado al ministro de Asuntos Exteriores que investigue el papel jugado en esta conspiración por un miembro de su personal, Hamid al-Obaydi.

»Nuestro embajador en Ginebra también ha descubierto que al-Obaydi visitó la empresa de ingeniería Svenhalte AC de Kalmar, Suecia, el lunes 28 de junio, sin que sus superiores se lo ordenaran. Durante esta visita fue informado del robo de la caja, y de que había salido con rumbo a Bagdad. Después de este viaje a Kalmar, al-

Obaydi pasó una noche en nuestra delegación comercial de París, cuando le habría sido muy fácil informar a Ginebra o Bagdad del complot sionista, pero no lo hizo.

»Al-Obaydi abandonó París a la mañana siguiente y, aunque sabemos que abordó un vuelo a Jordania, aún no ha llegado a la frontera. El presidente ha ordenado que si al-Obaydi cruza una cualquiera de nuestras fronteras nacionales, sea detenido y conducido directamente ante la presencia del general Hamil, en la sede del Consejo Supremo de la Revolución.

El lápiz de Hannah volaba sobre las páginas de su bloc, mientras intentaba seguir al viceministro.

—La caja —continuó el hombre— viaja a bordo de un viejo camión del ejército, y se espera que llegue a la frontera de Jordania en el curso de las próximas cuarenta y ocho horas.

»Todos los jefes de aduanas han sido informados de que la caja es propiedad personal del presidente, y tienen órdenes de que cuando llegue a la frontera se le conceda prioridad para continuar su viaje a Bagdad.

»Nuestro embajador en Ginebra, tras mantener una larga conversación con el señor... —El viceministro consultó sus notas— Pedderson, está convencido de que el grupo que escolta la caja está formado por agentes de la CIA, el Mossad, e incluso del SAS inglés. Al igual que el presidente, el embajador considera que el único interés de los infiltrados es recuperar la Declaración de Independencia. El presidente ha dado la orden de que el documento no sea retirado de la pared de la Cámara del Consejo, pues tal medida podría alertar a los posibles agentes internos, los cuales avisarían al grupo terrorista de que no entrara en el país.

»Veinte miembros de la guardia especial del presidente ya se han desplazado hacia la frontera con Jordania. Serán los responsables de seguir los movimientos de la caja, e informarán directamente al general Hamil.

»Una vez hayan sido detenidos y capturados los agentes occidentales, la prensa mundial será informada de su propósito de asesinar al presidente. Este aparecerá de inmediato en público y en la televisión, y pronunciará un discurso en el que denunciará a los belicistas norteamericanos y sionistas. *Sayedi* cree que ni los norteamericanos ni los israelitas admitirán el auténtico motivo de su intentona, pero no podrán negar las afirmaciones del presidente. *Sayedi* piensa que el episodio puede convertirse en un triunfo de relaciones públicas, porque si el intento de asesinato se anuncia el mismo día en que el presidente queme públicamente la Declaración de Independencia, dificultará mucho más la venganza de los norteamericanos.

»A partir de mañana, el presidente exige un informe de la situación a las nueve de la mañana, y otro a las seis de la tarde. Tanto el ministro de Asuntos Exteriores como yo le informaremos en persona. Si al-Obaydi es capturado, el presidente debe ser informado, sea cual sea la hora.

El lápiz de Hannah no había dejado de escribir durante veinte minutos. Cuando el viceministro terminó, intentó asimilar el pleno significado de la información que

obraba en su poder.

—Necesito que prepare una copia de este informe lo antes posible. No hará más copias, no grabará nada, y destruirá todas sus notas taquigráficas en cuanto me haya entregado el informe.

Hannah asintió, mientras el viceministro descolgaba el teléfono y marcaba el número interno de su superior.

Hannah volvió a su despacho y empezó a mecanografiar poco a poco el dictado, mientras trataba de retener los puntos destacados en su memoria. Cuarenta y cinco minutos después, dejó una sola copia del informe sobre el escritorio del viceministro.

Este leyó con suma atención el documento y añadió alguna nota de su puño y letra. Luego, satisfecho de que el informe diera cuenta fidedigna de la reunión celebrada por la mañana, salió al pasillo y se encaminó al despacho del ministro.

Hannah regresó a su escritorio, consciente de que el comando que traía la caja desde Suecia avanzaba inexorablemente hacia la trampa de Saddam. Si alguien hubiera recibido su postal...

Cuando al-Obaydi aterrizó en Jordania, no pudo reprimir una sensación de triunfo.

Después de pasar la aduana del aeropuerto Reina Alia y salir a la carretera, eligió el taxi más moderno que encontró. Los viejos Chevy de los setenta carecían de aire acondicionado y sus cuentakilómetros indicaban doscientos setenta mil kilómetros. Pidió al chófer que le condujera a la frontera con Irak a la mayor velocidad posible.

El coche no abandonó ni un momento el carril lento durante el viaje de seis horas a la frontera, y el estado de las carreteras impidió que al-Obaydi durmiera más de unos minutos cada vez. Cuando el vehículo llegó a la autopista, tampoco pudo correr más, por culpa del aceite derramado por los camiones que transportaban cargamentos recogidos ilegalmente en Basora, para vender la mercancía en Ammán al cuádruple del precio. Cargamentos que al-Obaydi había asegurado una y otra vez ante la Asamblea de las Naciones Unidas que eran una quimera del mundo occidental. También vio numerosos camiones que circulaban en dirección contraria, llenos de comida que sería vendida a los controladores del mercado negro mucho antes de que llegara a Bagdad.

Al-Obaydi consultó su reloj. Si el conductor seguía a esta velocidad, no llegaría a la frontera antes de que la aduana cerrara a medianoche.

Aquel mismo día, unas horas más tarde, cuando Scott aterrizó en el aeropuerto Reina Alia y salió a la pista, lo primero que cayó sobre él fue una temperatura de cuarenta grados. Pese a ir vestido con camisa, tejanos y zapatos de goma, creyó que se asaría antes de llegar a la terminal. Cuando entró en el edificio comprobó con alivio que estaba refrigerado, y su única maleta salió por la cinta transportadora con la misma

rapidez que en Estados Unidos. Consultó su reloj y lo cambió a la hora local.

El oficial de inmigración no había visto muchos pasaportes suecos, pero como su padre había sido ingeniero, deseó una feliz estancia al señor Bernstrom.

Cuando Scott se internó por el pasadizo verde, un oficial de aduanas que masticaba algo le detuvo. Indicó al extranjero que abriera su abultada bolsa de lona. Después de registrar el interior, el oficial solo demostró interés por un tubo de cartón largo y delgado que estaba encajado en el fondo. Scott quitó la tapa, extrajo el contenido y desenrolló un enorme cartel, que fue recibido por el oficial con tal asombro que hasta dejó de masticar un momento. Indicó a Scott que continuara.

Buscó un taxi en cuanto salió. Examinó la abigarrada selección de coches que estaban aparcados, casi pegados unos a otros, al lado de la acera. En comparación, los taxis de Nueva York parecían limusinas.

Pidió al primer chófer de la cola que le condujera al circo romano del centro de la ciudad. Tardaron cuarenta minutos en recorrer los dieciséis kilómetros que le separaban de Ammán, y cuando Scott descendió ante el circo del siglo tercero tendió al chófer dos billetes de diez dinares, suficiente, según los expertos de Langley, para cubrir los gastos del desplazamiento. El conductor se embolsó los billetes, pero no sonrió.

Scott consultó su reloj. Aún faltaba rato para la reunión. Dejó atrás el monumento que, según su guía, merecía una visita. Tal como le había indicado Kratz, caminó hacia el oeste durante tres manzanas; de vez en cuando, tuvo que bajarse de la acera a causa del intenso tráfico peatonal. Cuando llegó a una gasolinera de la Shell torció a la derecha, alejándose de los ruidosos transeúntes. Dobló a la izquierda por la segunda calle, y después dobló a la derecha. Las calles se veían menos atestadas y más llenas de baches a cada paso que daba. Otro giro a la izquierda, seguido de uno más a la derecha, y se encontró ante la entrada del callejón prometido. Al final, cuando ya no pudo avanzar más, se detuvo ante un cementerio de automóviles. Lo que vio le arrancó una sonrisa.

Cuando al-Obaydi llegó a la frontera, ya era noche cerrada. Los tres carriles que conducían a la aduana estaban atestados de camiones que esperaban, cubiertos con telas alquitranadas para pasar la noche. El taxista se detuvo ante la barrera y explicó a su pasajero que debería coger un coche iraquí cuando pasara al otro lado. Al-Obaydi dio las gracias y una generosa propina al conductor, para dirigirse a continuación hacia el cobertizo de la aduana. Un cansado agente le dedicó una lánguida sonrisa y le comunicó que la frontera ya estaba cerrada. Al-Obaydi exhibió su pasaporte diplomático y el agente se apresuró a sellarlo y le indicó que pasara, consciente de que el documento no iba acompañado de pequeños billetes rojos. Al-Obaydi sintió una oleada de júbilo mientras caminaba el kilómetro que separaba las dos aduanas. Se acercó al principio de otra cola, exhibió de nuevo su pasaporte y recibió otra sonrisa.

del agente.

—Un coche le espera, embajador —se limitó a decir, y señaló una larga limusina aparcada cerca de la autopista. Un sonriente chófer le esperaba de pie. Abrió la puerta posterior y se llevó la mano a la gorra.

Al-Obaydi sonrió. El administrador jefe debía haberles avisado de que llegaría a la frontera aquella noche. Dio las gracias al agente, caminó hacia la limusina y se deslizó en su interior. Había alguien más, y también daba la impresión de que le esperaba. Al-Obaydi inició una sonrisa, cuando de pronto un brazo le aferró la garganta y le tiró al suelo. Le colocaron las manos a la espalda y le esposaron.

—¿Cómo se atreven? —aulló al-Obaydi—. ¡Soy un embajador! —gritó, mientras le incorporaban sobre el asiento—. ¿No se dan cuenta de quién soy?

—Sí. —Fue la respuesta—. Y está detenido por traición.

Scott tuvo que admitir que el CTMPR que cargaba a *Madame Bertha* parecía muy en su lugar entre la colección de viejos coches norteamericanos y camiones que se amontonaban en tres lados del cementerio. Corrió hacia el camión y saltó al asiento de pasajero de la cabina. Estrechó la mano de Kratz, que sintió un gran alivio al verle.

—Me alegro de volver a verle, sargento Cohen —dijo Scott, cuando vio quién estaba sentado detrás del volante—. ¿Debo suponer que ganó el campeonato de *backgammon*?

—Dos dobles en el interior del tablero me dieron el triunfo en la partida final, profesor, aunque solo Dios sabe cómo llegó el kurdo a la semifinal —contestó Cohen, mientras encendía el motor—. Y como es amigo mío, todos los demás dicen que cargué los dados.

—¿Dónde está Aziz? —preguntó Scott.

—Detrás, con *Madame Bertha*. El lugar que le corresponde. Recuerde que conoce las calles de Bagdad como yo me conozco los *pubs* de Brixton, de modo que nos puede ser útil.

—¿Y el resto del equipo?

—Fieldman y los demás cruzaron la frontera durante la noche —dijo Kratz—. Nos estarán esperando en Bagdad.

El sargento Cohen sacó poco a poco el enorme vehículo a la calle. Esta vez, las calles se ensancharon cada vez que doblaban una esquina.

—¿El plan sigue siendo el mismo que acordamos en Estocolmo? —preguntó Scott.

—Con dos modificaciones —dijo Kratz—. Me pasé la mañana de ayer telefoneando a Bagdad. Después de siete intentos, logré comunicarme con alguien del ministerio de Industria que sabía lo de la caja, pero con los árabes siempre existe el mismo problema: si no ven algo con sus propios ojos, no creen que exista.

—¿Nuestra primera escala será el ministerio?

—Eso parece —dijo Kratz—, pero al menos sabemos que tenemos algo que ellos quieren. A propósito, ¿ha traído lo que no quieren?

Scott abrió la bolsa y sacó el tubo de cartón.

—No tiene aspecto de que valga la pena arriesgar la vida por ello —comentó Kratz, mientras Scott lo volvía a guardar en la bolsa.

—¿Y la segunda modificación? —preguntó Scott.

Kratz extrajo una postal del bolsillo interior y la pasó a Scott. Una foto de Saddam Hussein en el momento de dirigirse al Consejo Supremo de la Revolución. Había dibujado un pequeño cuadrado lleno de estrellas junto a su cabeza. Scott dio vuelta a la postal y examinó la letra inconfundible: «Ojalá estuvieras aquí».

Scott guardó silencio unos momentos.

—¿Se ha fijado en la fecha?

Scott miró la esquina superior derecha: 4.7.93.

—Ahora sabemos dónde está, y también ha confirmado el día en que Saddam intentará revelar al resto del mundo su secreto.

—¿Quién es Ethel Rubin? —preguntó Scott—. ¿Cómo ha llegado esta postal a sus manos?

—Es la señora con quien Hannah se alojó en Londres. Su marido es el representante legal del Mossad en Londres. Llevó la carta a la embajada en cuanto llegó, y la enviaron por correo diplomático. Llegó a nuestra embajada en Ammán esta mañana^[9].

En cuanto llegaron a las afueras de la ciudad, Scott empezó a estudiar el árido terreno, mientras el camión continuaba avanzando por las carreteras manchadas de aceite y sembradas de baches.

—Lamento ir despacio, profesor —dijo Cohen—, pero si tiro de los frenos con la carretera en estas condiciones, puede que *Madame* Bertha viaje otros cien metros antes de que las ruedas se traben.

Kratz pasó revista a todas las contingencias posibles, en tanto Cohen conducta en silencio hacia la frontera. El líder del Mossad terminó describiendo una vez más la distribución de la sede de Ba'ath.

—¿Y el sistema de alarma? —preguntó Scott.

—Recuerde únicamente que los botones rojos situados junto a los interruptores de la luz activan la alarma, y al mismo tiempo bloquean todas las salidas.

Scott asintió, pero pasó un rato antes de que formulara una nueva pregunta.

—¿Y Hannah?

—Nada ha cambiado. Mi tarea principal es introducirle a usted y sacarle con el documento auténtico. Hannah continúa siendo un premio improbable, aunque ya debe saber lo que está pasando.

Ninguno de ambos volvió a hablar hasta que el sargento Cohen salió de la autopista y entró en un amplio arcén de grava lleno de camiones. Aparcó el vehículo en ángulo, para que solo alguien muy curioso pudiera observar lo que hacían.

Después, saltó de la cabina, se izó sobre la plataforma posterior y sonrió al kurdo, sentado contra la caja. Entre ambos quitaron la tela alquitranada que cubría la enorme estructura, mientras Scott y Kratz se reunían con ellos en la parte posterior del camión.

—¿Qué opina, profesor? —preguntó Aziz.

—No ha perdido peso, de eso estoy seguro —contestó Scott, mientras trataba de recordar los deberes nocturnos que había llevado a cabo para preparar este único examen.

Flexionó los dedos y sonrió. Las tres bombillas situadas sobre el cuadrado blanco estaban en rojo. Primero, formó un código con los tres cuadrantes, que solo conocían un sueco y él. Después, apoyó la mano derecha sobre el cuadrado blanco, y no la apartó hasta transcurridos unos segundos. Se inclinó hacia delante, acercó los labios al cuadrado y habló en voz baja.

—Me llamo Andreas Bernstrom. Cuando oigas esta voz, y solo esta voz, desbloquearás la puerta.

Scott aguardó, mientras los otros tres observaban en silencio. Entonces, giró los cuadrantes. Las tres bombillas siguieron en rojo.

—Ahora, descubriremos si he comprendido las instrucciones —dijo Scott.

Se mordió el labio y volvió a avanzar. Manipuló una vez más los cuadrantes, pero esta vez con las cifras elegidas por Saddam, y terminó con 0-4-0-7-9-3. La primera luz se puso verde. Aziz sonrió. Scott apoyó la palma de la mano sobre el cuadrado blanco durante unos segundos. La segunda luz cambió a verde.

Scott oyó el suspiro de Kratz y avanzó un poco más. Acercó los labios al cuadrado blanco, hasta que tocaron la fina malla.

—Me llamo Andreas Bernstrom. Ya es hora de que la caja se...

La tercera luz pasó a verde antes de que terminara la frase. Cohen lanzó un grito de júbilo.

Scott aferró el asa y tiró. La tonelada de acero se abrió.

—No está mal —dijo Cohen—. ¿Qué hará ahora?

—Utilizarle como conejillo de Indias —respondió Scott—. ¿Por qué no prueba a cerrar la caja, sargento?

Cohen dio un paso adelante y cerró la puerta con ambas manos. Las tres luces viraron a rojo de inmediato.

—Es fácil, una vez aprendes el truco.

Scott sonrió y volvió a abrir la puerta con el pulgar. Cohen vio boquiabierto que las luces pasaban a verde.

—Las luces deberían estar en rojo —dijo Scott—, pero Bertha solo puede lidiar con un hombre a la vez. Nadie más puede abrir o cerrar la caja, excepto yo.

—Pues yo pensaba que era por ser judío —dijo Aziz, señalando a Cohen.

Scott sonrió y cerró la puerta de la caja. Manipuló los cuadrantes y esperó a que las luces pasaran a rojo.

—Vámonos —dijo Kratz, y Scott captó cierto tono de irritación en su voz. ¿O eran los primeros indicios de tensión? Aziz tiró la tela alquitranada sobre *Madame Bertha*, mientras sus compañeros saltaban al suelo y volvían a la cabina.

Nadie habló durante un rato, hasta que Cohen lanzó una ristra de juramentos al ver la cola de camiones que les aguardaba.

—Nos pasaremos aquí toda la noche. —Gruñó.

—Y casi toda la mañana también —añadió Kratz—. Será mejor que nos vayamos acostumbrando.

Se detuvieron detrás del último camión de la cola.

—¿Y si los paso a todos y trato de colarme? —preguntó Cohen—. Unos cuantos dólares podrían...

—No —dijo Kratz—. No debemos llamar la atención hasta que volvamos a cruzar esa frontera.

Durante la hora siguiente, el camión solo avanzó doscientos metros. Kratz repasó de nuevo el plan, analizando todas las contingencias que podían surgir en Bagdad.

Transcurrió otra hora, y Scott agradeció que la brisa nocturna le ayudara a dormir, si bien comprendió que no tardaría en subir la ventanilla, si no quería congelarse. Empezó a sumirse en un sueño ligero. Su mente fluctuó entre Hannah y la Declaración, y sobre a cuál de las dos preferiría rescatar. Comprendió que Kratz era el motivo de que se hubiera ofrecido voluntariamente a formar parte del comando, pese a las mínimas esperanzas de sobrevivir.

—¿Qué querrá ese payaso? —susurró Cohen.

Scott despertó de repente y divisó a un oficial uniformado que hablaba con el conductor del camión que les precedía.

—Es un agente de aduanas —dijo Kratz—. Solo está mirando si los camioneros tienen los papeles en regla para pasar la frontera.

—La mayoría solo llevan pedacitos de papel rojo de unos doce por siete centímetros.

—Aquí viene —advirtió Kratz—. Intentad aparentar tanto aburrimiento como el suyo.

El oficial se acercó al camión y ni siquiera miró a Cohen cuando introdujo una mano por la ventanilla abierta.

Cohen le tendió los papeles proporcionados por los expertos de Langley. El oficial los examinó y dio una lenta vuelta alrededor del camión. Cuando regresó hacia el conductor, ladró una orden a Cohen que nadie entendió.

Cohen miró a Kratz, pero una voz que llegó desde atrás les rescató.

—Dice que nos saltamos la cola.

—¿Por qué? —preguntó Kratz, intrigado. Aziz repitió la pregunta al oficial.

—Se nos concede prioridad gracias a la carta firmada por Saddam.

—¿A quién hemos de dar las gracias? —preguntó Kratz, poco convencido.

—A Bill O'Reilly —contestó Scott—, que ha lamentado muchísimo no

acompañarnos, pero le hicimos comprender que era imposible encontrar Guinness en Irak.

Kratz asintió, y el sargento Cohen obedeció las instrucciones del oficial, que le dirigió hacia el carril por el que circulaban los coches en dirección contraria. Estos vehículos tuvieron que apartarse para no chocar con *Madame Bertha*.

Cuando Cohen estaba a punto de llegar al puesto fronterizo, un airado oficial salió corriendo de la aduana, agitando el puño. De nuevo, Aziz acudió al rescate, al recomendar a Kratz que enseñara la carta.

Después de echar un vistazo a la firma, el puño se convirtió en un saludo militar.

—Pasaportes. —Fue la única palabra que pronunció el hombre.

Kratz le entregó tres pasaportes suecos y uno iraquí, con dos billetes rojos sujetos a la primera página de cada documento.

—Nunca paguéis por encima de lo estipulado —había advertido a su grupo—. Despertaría sus sospechas.

Los cuatro pasaportes fueron llevados a un pequeño cubículo, estudiados, sellados y devueltos por el oficial, quien incluso insinuó una sonrisa. La barrera del lado jordano se levantó, y el camión inició su viaje de dos kilómetros hacia el control iraquí.

Hamid al-Obaydi fue arrastrado hasta la Cámara del Consejo por dos guardias presidenciales y arrojado a una silla, que distaba varios metros de una larga mesa.

Levantó la cabeza y miró a los doce hombres que constituían el Consejo Supremo de la Revolución. Ninguno le miró, salvo el fiscal del Estado.

¿Qué había hecho para que esta gente decidiera arrestarle en la frontera, esposarle, encarcelarlo, dejarle dormir sobre el suelo de piedra, sin tan siquiera ofrecerle la oportunidad de utilizar el retrete?

Todavía ataviado con la ropa que vestía al cruzar la frontera, estaba sentado ahora sobre sus excrementos.

Saddam levantó una mano y el fiscal del Estado sonrió. Pero al-Obaydi no tenía miedo de Nakir Farrar. No solo era inocente de cualquier cargo, sino que también poseía información necesaria para ellos. El fiscal del Estado se levantó lentamente.

—¿Se llama Hamid al-Obaydi?

—Sí —contestó al-Obaydi, y miró sin pestañear al fiscal del Estado.

—Se le acusa de traición y robo de propiedad estatal. ¿Cómo se declara?

—Soy inocente, y pongo por testigo a Alá.

—Si Alá va a ser su testigo, aceptará de buen grado que le formule unas sencillas preguntas.

—Responderé de buen grado a lo que quiera.

—Cuando regresó de Nueva York a principios de este mes, siguió trabajando en el ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿Una de sus responsabilidades era estar al día sobre la postura del gobierno en lo tocante a las sanciones de la ONU?

—Sí. Formaba parte de mi trabajo como secretario de embajada ante la ONU.

—Exacto. Y cuando llevaba a cabo tales inspecciones, descubrió que se habían levantado las sanciones sobre determinados artículos. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —respondió al-Obaydi, seguro de sí.

—¿Entre esos artículos se encontraba una caja fuerte?

—Sí.

—Cuando lo descubrió, ¿qué hizo al respecto?

—Telefoneé a la empresa sueca que había fabricado la caja para confirmar cuál era la última postura oficial, con el fin de plasmar los hechos en mi informe.

—¿Y qué descubrió?

Al-Obaydi vaciló, sin saber hasta qué punto conocía la verdad el fiscal.

—¿Qué descubrió? —insistió Farrar.

—Que la caja había sido recogida aquel día por un tal señor Riffat.

—¿Conocía usted al señor Riffat?

—No.

—¿Qué hizo a continuación?

—Telefoneé al ministerio de Industria, pues tenía la impresión de que era el responsable de la caja.

—¿Qué le dijeron?

—Que la responsabilidad ya no estaba en sus manos.

—¿Le dijeron también a qué manos había sido confiada?

—No me acuerdo bien.

—Bien, permítame que le refresque la memoria... ¿o debo llamar al secretario permanente con el que usted habló por teléfono aquella mañana?

—Tal vez dijera que ya no estaba en sus manos.

—¿Le dijo en qué manos estaba? —repitió el fiscal.

—Creo que dijo algo acerca de que el expediente había sido enviado a Ginebra.

—Quizá le interese saber que el funcionario lo ha confirmado por escrito.

Al-Obaydi inclinó la cabeza.

—Bien, una vez supo que el expediente había pasado a Ginebra, ¿qué hizo?

—Telefoneé a Ginebra y me dijeron que el embajador no podía ponerse. Dejé un mensaje para informar de mi llamada, y pedí que me llamara a su vez.

—¿De veras esperaba que le devolviera la llamada?

—Eso presumí.

—Eso presumió. ¿Qué escribió en su informe, en el expediente de las sanciones?

—¿El expediente? —preguntó al-Obaydi.

—Sí. Usted estaba redactando un informe para su sucesor. ¿Qué información le pasó?

—No me acuerdo.

—Permítame que yo se lo recuerde. —El fiscal cogió una delgada carpeta marrón de la mesa—. «El ministerio de Industria ha enviado el expediente relativo a este tema a Ginebra. Llamé a nuestro embajador en Ginebra, pero no pude ponerme en contacto con él: Por lo tanto, no podré averiguar más hasta que me devuelva la llamada. Hamid al-Obaydi». ¿Escribió usted eso?

—No me acuerdo.

—No se acuerda de lo que le dijo el secretario permanente; no se acuerda de lo que escribió en su propio informe, cuando había la posibilidad de que hubieran robado una propiedad del estado, o algo peor... Volveremos después sobre el tema. ¿Quiere comprobar si se trata de su letra? —El fiscal se alejó de la mesa y tiró la hoja de papel frente a al-Obaydi—. ¿Es su letra?

—Sí, pero puedo explicarlo.

—¿Es esta su firma, al pie de la página?

Al-Obaydi se inclinó hacia delante, estudió la firma y asintió.

—¿Si o no? —Ladró el fiscal.

—Sí —respondió en voz baja Al-Obaydi.

—Aquella misma tarde, ¿visitó al general al-Hassan, el Jefe de la Seguridad del Estado?

—No. Él me visitó.

—Ah, he cometido un error. Fue él quien le visitó a usted.

—Sí.

—¿Le advirtió de que tal vez un agente enemigo se dirigía hacia Irak, tras haber descubierto una forma de cruzar la frontera, con la intención de, acaso, asesinar a nuestro líder?

—Yo no sabía eso.

—Pero sospechaba que algo extraño sucedía, ¿no?

—En aquel momento no estaba seguro.

—¿Confesó al general al-Hassan su incertidumbre?

—No.

—¿Porque no confiaba en él?

—No le conocía. Era la primera vez que nos encontrábamos. La anterior...

Al-Obaydi se arrepintió al instante de sus palabras.

—¿Qué iba a decir? —preguntó el fiscal.

—Nada.

—Entiendo. Bien, vayamos al día siguiente, cuando usted visitó, porque estoy seguro de que él no le visitó a usted, al viceministro de Asuntos Exteriores.

La frase suscitó algunas sonrisas, pero al-Obaydi no las pudo ver.

—Sí, una visita de rutina para hablar sobre mi traslado a París. Al fin y al cabo, era el anterior embajador.

—En efecto, pero ¿no es también su inmediato superior?

—Sí, lo es.

—¿Le habló de sus sospechas?

—No estaba seguro de si tenía algo que decirle.

—¿Le habló de sus sospechas? —preguntó el fiscal.

—No.

—¿Tampoco era de confianza? ¿O no le conocía bien?

—No estaba seguro. Quería más pruebas.

—Entiendo. Quería más pruebas. ¿Qué hizo a continuación?

—Viajé a París.

—¿Al día siguiente?

—No —contestó al-Obaydi, vacilante.

—¿A los dos días, tal vez? ¿A los tres?

—Tal vez.

—Entretanto, la caja iba camino de Bagdad. ¿Es eso cierto?

—Sí, pero...

—¿Y aún no había informado a nadie? ¿Es eso correcto? Al-Obaydi no

respondió.

—¿Es eso correcto? —repitió el fiscal.

—Sí, pero aún quedaba suficiente tiempo...

—Suficiente tiempo ¿para qué? Al-Obaydi inclinó la cabeza.

—¿Para que usted se refugiara en la seguridad de nuestra embajada en París?

—No. Viajé a...

—¿Sí? ¿Adónde viajó?

Al-Obaydi comprendió que había caído en una trampa.

—¿A Suecia, quizá?

—Sí, pero solo porque...

—¿Quería comprobar que la caja estuviera de camino? ¿O solo fue de vacaciones, como dijo al ministro de Asuntos Exteriores?

—No, pero...

—Sí pero, no pero. ¿Fue de vacaciones a Suecia, o en representación del estado?

—Fui en representación del estado.

—Entonces, ¿por qué fue en clase turista, en lugar de cargar los gastos al estado?

Al-Obaydi no contestó.

—¿Fue porque no quería que nadie se enterara de su viaje a Suecia, cuando sus superiores pensaban que estaba en París? —continuó preguntando el fiscal.

—Sí, pero...

—Después ya fue demasiado tarde. ¿Es eso lo que trata de decirnos?

—No. No he dicho eso.

—Entonces, ¿por qué no cogió un teléfono y llamó a nuestro embajador en Ginebra? ¿Fue porque tampoco confiaba en él, o porque él no confiaba en usted?

—¡Ni una cosa ni otra! —gritó al-Obaydi.

Se puso en pie de un salto, pero los guardias le cogieron por los hombros y le devolvieron a la silla.

—Ahora que ya se ha desfogado un poco —dijo con calma el fiscal—, tal vez podamos continuar. Viajó a Suecia, a Kalmar para ser exactos, para reunirse con un tal señor Pedderson, al que sí telefoneó. —El fiscal volvió a consultar sus notas—. ¿Cuál fue el propósito de dicha visita, una vez confirmado que no fue de vacaciones?

—Intentar averiguar quién había robado la caja.

—¿No fue para asegurarse de que la caja seguía la ruta que usted había planeado?

—Por supuesto que no —gritó al-Obaydi—. Fui yo quien descubrió que Riffat era el agente del Mossad Kratz.

—¿Usted sabía que Riffat era un agente del Mossad? —preguntó el fiscal, en un tono que combinaba burla e incredulidad.

—Sí. Lo descubrí cuando estuve en Kalmar.

—Pero usted dijo al señor Pedderson que el señor Riffat era un hombre muy concienzudo, un hombre en el que se podía confiar. ¿Estoy en lo cierto? Al menos, ya hemos encontrado a alguien de su confianza.

—No quería que Pedderson supiera lo que yo había descubierto, así de sencillo.

—No quería que nadie supiera lo que había descubierto, diría yo, como pienso demostrar. ¿Qué hizo a continuación?

—Volví a París.

—¿Pasó la noche en la embajada?

—Sí, pero solo fue una escala antes de volar a Jordania.

—Ya examinaremos su viaje a Jordania cuando llegue el momento, pero ahora me gustaría saber por qué, cuando regresó a nuestra embajada en París, no llamó de inmediato a nuestro embajador en Ginebra para informarle de lo que había descubierto. No solo se encontraba el embajador en su residencia, sino que recibió una llamada de otro miembro de la embajada después de que usted se acostara.

Al-Obaydi comprendió de repente que Farrar lo sabía todo. Intentó serenar sus pensamientos.

—Mi único interés era regresar a Bagdad para informar al ministro de Asuntos Exteriores del peligro que corría nuestro líder.

—Por lo tanto, volvió a toda prisa para alertar al ministro de Asuntos Exteriores. Pasó una noche en París, pero no se tomó la molestia de Llamar a Bagdad o a Ginebra.

—No. Quería presentar un informe completo.

—¿Y dónde está ese informe completo?

—Pensaba escribirlo en el viaje de Jordania a Bagdad.

—Muy conveniente. ¿Aconsejó usted a su fiel amigo el señor Riffat que llamara al ministerio de Industria para averiguar si le esperaban?

—No. Si eso fuera cierto, ¿por qué me habría esforzado tanto para que nuestro líder tuviera la Declaración?

—Me alegro de que mencione la Declaración —dijo con suavidad el fiscal del Estado—, porque también me desconcierta el papel que jugó usted en ese caso concreto. Pero antes, permítame la pregunta, ¿confiaba en que nuestro embajador en Ginebra se ocuparía de que la Declaración fuera enviada a Bagdad?

—Sí.

—¿Llegó a Bagdad sana y salva? —preguntó el fiscal mientras desviaba la vista hacia el arrugado pergamino, todavía clavado en la pared detrás de Saddam.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no confió sus descubrimientos sobre la caja al mismo hombre, recordando que era su responsabilidad?

—Esto era diferente.

—Desde luego, y demostraré al Consejo hasta qué punto. ¿Cómo fue pagada la Declaración?

—No entiendo.

—Se lo aclararé. ¿Cuál fue el acuerdo sobre los pagos? —insistió el fiscal.

—Se pagarían diez millones en cuanto el contrato se aceptara, y otros cuarenta

millones contra entrega de la Declaración.

—¿Qué parte de ese dinero, dinero del estado, se guardó usted?

—Ni un centavo.

—Bien, vamos a ver si eso es cierto. ¿Dónde se llevaron a cabo los intercambios de esas enormes cantidades de dinero?

—El primer pago se efectuó en un banco de Nueva Jersey, y el segundo a Dummond et Cie., uno de nuestros bancos de Suiza.

—¿Insistió usted, si no he entendido mal, en que el primer pago debía realizarse en metálico?

—Se equivoca. Fue la otra parte quien insistió.

—Muy apropiado, pero, una vez más, solo contamos con su palabra, porque nuestro embajador en Nueva York ha declarado que fue usted quien insistió en que el primer pago se efectuara en metálico. Quizá también él le malinterpretó. Hablemos del segundo pago, y corríjame si le he malinterpretado. —El fiscal hizo una pausa—. ¿Fue pagado directamente a Franchard et Cie.?

—Exacto.

—¿Y usted recibió, creo que se dice «una comisión», después de cada pago?

—Por supuesto que no.

—Bien, pero lo que sí es cierto es que, como el primer pago fue en metálico, sería difícil demostrar lo contrario. Pero en cuanto al segundo pago...

El fiscal del Estado hizo una pausa para que se asimilara el significado de sus palabras.

—No sé de qué está hablando —replicó al-Obaydi.

—Será otro lapsus de su memoria, porque durante su ausencia, cuando volvió desde París para informar al presidente del peligro que corría su vida, usted recibió una comunicación de Franchard et Cie. que, como la carta iba dirigida a nuestro embajador en París, terminó sobre el escritorio del viceministro de Asuntos Exteriores.

—No me he puesto en comunicación con Franchard et Cie.

—No lo estoy insinuando —dijo el fiscal, y avanzó hasta detenerse a escasos centímetros de al-Obaydi—. Estoy insinuando que ellos se comunicaron con usted. Porque le enviaron su último estado de cuentas bancario, a nombre de Hamid al-Obaydi, fechado el 25 de junio de 1993, en el cual aparecía el ingreso de un millón de dólares en su cuenta del 18 de febrero de 1993.

—No es posible —replicó al-Obaydi, en tono desafiante.

—¿No es posible? —dijo el fiscal, y tiró una copia del estado de cuentas delante de al-Obaydi.

—Es fácil de explicar. La familia Cavalli intenta vengarse porque no pagamos los cien millones que prometimos al principio.

—Venganza, dice usted. ¿No es real el dinero? ¿No existe? ¿Es eso un simple trozo de papel? ¿Un producto de nuestra imaginación?

—Sí —respondió al-Obaydi—. Esa es la verdad.

—En tal caso, quizá pueda explicarnos por qué fueron retirados de esa cuenta cien mil dólares el día después de que usted estuviera en Franchard et Cie.

—No es posible.

—¿Otra imposibilidad? ¿Otro producto de nuestra imaginación? Entonces, ¿usted no ha visto esta orden de reintegro de cien mil dólares que le envió el banco unos días más tarde? La firma posee un notable parecido con la que aparece en el informe sobre las sanciones, que usted aceptó antes como auténtica.

El fiscal sostuvo en alto ambos documentos, hasta que tocaron la nariz de al-Obaydi. Este examinó las dos firmas y comprendió la jugada de Cavalli. El fiscal procedió a firmar su sentencia de muerte, antes de que al-Obaydi hubiera podido explicarse.

—Ahora, sin duda, pedirá al Consejo que crea que fue Cavalli quien falsificó su firma, ¿verdad?

Una carcajada general recorrió la mesa. Al-Obaydi sospechó que el fiscal sabía que había dicho la verdad.

—Ya he oído bastante —dijo la única persona de la sala que osaría interrumpir al fiscal del Estado.

Al-Obaydi levantó la vista en un último intento de atraer la atención del presidente, pero todos los miembros del Consejo, salvo el fiscal del Estado, miraban hacia la cabecera de la mesa y asentían en señal de acuerdo.

—Otros asuntos más importantes exigen la atención del Consejo.

Movió la mano como si estuviera ahuyentando a una mosca molesta.

Dos soldados se adelantaron y apartaron a al-Obaydi de su vista.

—Ha sido mucho más fácil de lo que esperaba —comentó Cohen, en cuanto dejaron atrás el control iraquí.

—Demasiado fácil —dijo Kratz.

—Es bueno saber que en este viaje hay un pesimista y un optimista —dijo Scott.

Cuando entraron en la autopista, Cohen procuró no superar los setenta y cinco kilómetros por hora. Los camiones que circulaban en dirección contraria, camino de Jordania, pocas veces contaban con más de dos de sus cuatro faros en buenas condiciones, y en ocasiones, desde lejos, parecían motos, de modo que los adelantamientos eran peligrosos. En cualquier caso, lo más importante era vigilar los camiones que les precedían; para estos, un faro trasero rojo constituía todo un lujo.

Kratz siempre había pensado que el trayecto de cuatrocientos cincuenta kilómetros desde la frontera a Bagdad era demasiado largo para recorrerlo de un tirón, y había decidido que descansarían cuando se encontraran a unos sesenta kilómetros de la capital. Scott preguntó a Cohen a qué hora calculaba que llegarían a su punto de descanso.

—Suponiendo que no me estrellé contra un camión aparcado, abandonado en mitad de la carretera, o desaparezca en un bache, imagino que llegaremos alrededor de las cuatro, a las cinco como máximo.

—Me dan mala espina esos vehículos del ejército que infestan la carretera. ¿Qué estarán haciendo? —preguntó Kratz, que no había pegado ojo desde la frontera.

—Yo diría que es un batallón en maniobras, señor. No me parece tan raro, y creo que no debemos preocuparnos por ellos, a menos que vayan en la misma dirección que nosotros.

—Quizá tenga razón —dijo Kratz.

—No pensaría ni un momento en ellos si hubiera cruzado la frontera legalmente —comentó Scott.

—Es posible. En cualquier caso, sargento —dijo Kratz a Cohen—, avísame en cuanto observe algo que considere extraño.

—¿Como una mujer de bandera, por ejemplo?

Kratz no contestó. Se volvió hacia Scott para hacerle una pregunta, pero descubrió que había vuelto a dormirse. Envidiaba la facilidad de Scott para dormir en cualquier sitio y en cualquier momento, sobre todo sometido a semejante tensión.

El sargento Cohen siguió conduciendo, no siempre en línea recta, pues debía esquivar los ocasionales tanques quemados o grandes cráteres, recuerdos de la guerra. Atravesaron ciudades pequeñas y pueblos deshabitados en apariencia. Pasados unos minutos de las cuatro, Cohen salió de la autopista y se internó por una senda muy estrecha. Siguió conduciendo otros veinte minutos, y se detuvo cuando la pista terminó en un reborde elevado.

—Ni un buitre nos encontraría aquí —dijo Cohen cuando paró el motor—. ¿Permiso para fumar un cigarrillo y echar una cabezada, coronel?

Kratz asintió y miró a Cohen mientras este saltaba de la cabina y ofrecía un cigarrillo a Aziz. Después, desaparecieron detrás de una palmera. Examinó con cautela el paisaje que les rodeaba y decidió que Cohen tenía razón. Cuando regresó al camión; descubrió que Aziz y el sargento ya estaban dormidos, mientras Scott estaba sentado en el reborde y contemplaba el sol que surgía detrás de Bagdad.

—Qué hermosa visión —dijo, cuando Kratz se sentó a su lado, como si hablara consigo mismo—. Solo Dios pudo crear un amanecer tan bello como este.

—Algo va mal —masculló Kratz.

Saddam cabeceó en dirección al fiscal.

—Ahora que ya nos hemos ocupado del traidor, centrémonos en los terroristas. ¿Cuál es su última posición, general?

El general Hamil, conocido como *El barbero de Bagdad*, abrió el expediente que tenía delante (guardaba expedientes de todo el mundo, incluidos los presentes). Hamil había sido educado en Sandhurst y regresó a Irak para recibir la Comisión Real, pero se encontró con que ya no había rey a quién servir. De modo que ofreció su lealtad al nuevo presidente, Abdul Karim Qasim. Luego, un joven capitán cambió de bando en el golpe de 1963, y el Partido Ba'ath tomó el poder. Hamil cambió de bando a su vez, y fue recompensado con un cargo en el equipo personal del nuevo vicepresidente, Saddam Hussein. Desde entonces, había ascendido rápidamente. Ahora, era el general favorito de Saddam, y comandante de la Guardia Presidencial. Gozaba del privilegio de ser el único hombre, exceptuando los guardaespaldas del presidente, que podía llevar una pistola en presencia de Saddam. Su deporte favorito era afeitar las cabezas de sus víctimas antes de ser ahorcadas, con una navaja mellada que nunca se había molestado en afilar. Algunas de ellas le causaban amargas decepciones, pues morían antes de que pudiera pasar la soga alrededor de sus cuellos.

Hamil estudió el expediente unos segundos antes de dar su opinión.

—Los terroristas —empezó— cruzaron la frontera a las nueve y veintiséis de la noche. El oficial de inmigración recibió cuatro pasaportes para sellar. Tres de origen sueco, y uno de Irak.

—Desollaré personalmente a ese —dijo Saddam.

—Los cuatro hombres viajan en un camión de aspecto muy viejo, pero como no hemos querido correr el riesgo de inspeccionarlo de cerca, ignoro si se trata de un Caballo de Troya. La caja fuerte que usted encargó, señor presidente, viaja sin duda a bordo del camión.

»El camión ha viajado sin parar toda la noche a unos sesenta kilómetros por hora en dirección a Bagdad, pero a las cuatro y nueve minutos de la madrugada se internó en el desierto, y dejamos de controlar sus movimientos, pues el sendero no conduce a ningún sitio. Creemos que han salido de la carretera para descansar, y luego proseguir viaje hacia la capital.

—¿A cuántos kilómetros se encuentran de Bagdad en este momento? —preguntó el ministro del Interior.

—A unos sesenta, tal vez setenta. Entre una hora y una hora y media, como máximo.

—Si ahora están atrapados en el desierto, general, ¿por qué no enviar tropas y liquidarlos?

—¿Con la caja a punto de llegar a Bagdad? —dijo Saddam—. No. Ahí reside

nuestro único peligro.

—No estoy seguro de entenderle, *Sayedi* —dijo el ministro del Interior, quien se volvió hacia su líder.

—Entonces, me explicaré, señor ministro —dijo Saddam, exagerando cruelmente la última palabra—. Si les detenemos en el desierto, ¿quién nos creerá cuando anunciemos al mundo que son terroristas? La prensa occidental es capaz de decir que nosotros pusimos los pasaportes en sus bolsillos. No, quiero detenerles aquí mismo, en la Cámara del Consejo, cuando al Mossad le resulte imposible negar su implicación y, aún más importante, cuando hayamos puesto al descubierto su complot, ridiculizándoles a los ojos de los sionistas.

—Ahora comprendo su profunda sabiduría, *Sayedi*. Saddam agitó una mano y desvió su atención hacia el ministro de Industria.

—¿Se han cumplido mis órdenes?

—Al pie de la letra, Excelencia. Cuando los terroristas lleguen al ministerio, se les hará esperar y serán tratados con brusquedad, hasta que exhiban la documentación procedente; según afirman, de su oficina.

—Presentaron una carta similar en la frontera —interrumpió el general Hamil, sin levantar la vista de su expediente.

—Cuando dicha carta llegue a mi despacho —continuó el ministro de Industria —, se les proporcionará una grúa para que la caja sea transportada hasta este edificio. Me temo que deberemos quitar las puertas de la fachada, pero solo...

—No me interesan las puertas —cortó Saddam—. ¿Cuándo calcula que la caja llegará al edificio?

—A mediodía —dijo el general Hamil—. Me haré cargo personalmente de toda la operación en cuanto la caja se encuentre dentro del edificio, señor presidente.

—Bien. Asegúrese de que los terroristas vean la Declaración antes de ser detenidos.

—¿Y si intentan destruir el documento, Excelencia? —preguntó el ministro del Interior, que intentaba recuperar el terreno perdido.

—Jamás —dijo Saddam—. Han venido a Bagdad para robar el documento, no para destruir su patética reliquia histórica. —Dos o tres de los presentes cabecearon para mostrar su acuerdo—. Ninguno de ustedes, salvo el general Hamil y sus lugartenientes, se acercarán a este edificio durante las próximas veinticuatro horas. Cuanta menos gente sepa lo que está pasando, mejor. Ni siquiera avisen al oficial de guardia. Quiero que la seguridad parezca relajada. Así caerán de lleno en nuestra trampa.

El general Hamil asintió.

—Señor fiscal —dijo Saddam, desviando su atención hacia el otro extremo de la mesa—, ¿qué dirá la comunidad internacional cuando se entere de que he detenido a los cerdos sionistas?

—Son terroristas, Excelencia, y los terroristas solo merecen una sentencia.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Saddam.

—Solo una, Excelencia —dijo el viceministro de Asuntos Exteriores—. ¿Qué hacemos con la muchacha?

Saddam sonrió por primera vez.

—Ah, sí. Ahora que ya ha servido a nuestros propósitos, he de pensar en la forma más apropiada de terminar con su vida. ¿Dónde se encuentra en este momento?

Cuando el camión inició su lento viaje de vuelta por el estrecho sendero del desierto, con Aziz al volante y Cohen al cuidado de *Madame* Bertha, Scott notó que la atmósfera reinante en el interior de la cabina había cambiado. Cuando se habían apartado de la autopista para descansar, aún creía que no corrían auténtico peligro, pero el sombrío silencio de la mañana le recordó la enormidad de la tarea que tenían entre manos.

Debían agradecer a Kratz la idea original, y mezclada con su peculiar combinación de imaginación, disciplina, audacia y la convicción de que nadie conocía sus planes, Scott pensaba que existían buenas posibilidades de triunfo, en especial ahora, pues sabían exactamente dónde estaba la Declaración.

—¿Derecha o izquierda? —preguntó en broma Aziz, cuando llegaron a la carretera principal.

—Izquierda —dijo Scott, pero Aziz giró a la derecha. Mientras viajaban por la autopista hacia Bagdad, el sol brillaba desde un cielo despejado que habría hecho las delicias de cualquier grupo de turistas, aunque los tanques carbonizados y los cráteres del pavimento no habrían sido considerados motivo de admiración. Nadie habló durante el trayecto; no hacía falta volver a repasar el plan. Sería como si un atleta olímpico se entrenara durante la mañana de una carrera: demasiado tarde, o de ninguna utilidad.

Recorrieron los últimos quince kilómetros por una autopista similar a las de Alemania. Cuando cruzaron el puente sobre el Eufrates, que había sido reconstruido, Scott empezó a preguntarse qué distancia le separaba de Hannah, y si podría entrar en el ministerio de Asuntos Exteriores sin alarmar a Kratz, por no mencionar a los iraquíes.

Al llegar a las afueras de Bagdad, con sus centelleantes rascacielos y edificios modernos, tuvieron la impresión de que podía ser cualquier metrópolis del planeta..., hasta que vieron a la gente. Los coches hacían cola en las gasolineras, en un país cuyo principal recurso era el petróleo, pero quedaban empequeñecidas por las colas para conseguir comida. Los cuatro comprendieron que las sanciones obraban efecto, por mucho que Saddam lo negara.

Ya cerca del centro de la ciudad, en la avenida que pasaba: bajo el al-Naser, el inmenso arco formado por dos espadas cruzadas, aferradas por copias de la mano de Saddam, no hubo necesidad de indicar la dirección del ministerio de Industria a Aziz.

Ansiaba vivir en Bagdad, pero no había regresado a la ciudad desde que su padre fuera ejecutado por participar en el fallido golpe de 1987. Miró por la ventanilla a sus compatriotas y aún pudo oler su miedo.

Cuando Aziz divisó la mole del ministerio de Industria se lo señaló a Scott, que recordaba la fachada por los montones de fotografías proporcionadas por Kratz. Sin embargo, los ojos de Scott se desviaron hacia los nidos de ametralladoras apostadas en lo alto del ministerio de Asuntos Exteriores, distante de un tiro de piedra.

Aziz detuvo el camión a cien metros del ministerio.

—Iré lo más rápido posible —prometió Scott, quien saltó de la cabina y caminó hacia el edificio.

Mientras subía los escalones del ministerio, no vio a un hombre en la ventana del edificio de enfrente, que estaba hablando por teléfono con el general Hamil.

—El camión se ha detenido como a cien metros del edificio. Un hombre alto y rubio, que iba en la cabina, está entrando en el edificio, pero los otros tres, incluido Kratz, se han quedado con la caja.

Scott empujó las puertas giratorias y pasó entre dos guardias, por cuyo aspecto cabía pensar que no se movían más de unos pocos metros cada día. Se acercó al mostrador de información y se sumó a la más corta de las tres colas. El reloj de una sola manecilla que colgaba sobre el mostrador indicaba que eran, más o menos, las nueve y media.

Scott tardó quince minutos en llegar al mostrador. Explicó a la chica que se llamaba Bernstrom y que necesitaba hablar con el señor Kajami.

—¿Está citado? —preguntó la joven.

—No. Llamamos desde Jordania para avisarle de que una caja fuerte encargada por el gobierno iba camino de Bagdad. Pidió que le informáramos en el momento de llegar.

—Comprobaré si está.

Mientras esperaba, Scott contempló un enorme retrato de Saddam Hussein de uniforme, empuñando un Kalashnikov. Dominaba los, por lo demás, grisáceos muros de la zona de recepción.

La muchacha escuchó con atención a su interlocutor. Luego, colgó el teléfono.

—Alguien bajará a verle dentro de unos minutos.

Desvió su atención hacia la siguiente persona de la cola. Scott aguardó otra media hora hasta que un hombre delgado, ataviado con un elegante traje occidental, salió del ascensor y se acercó a él.

—¿Señor Bernstrom?

—Sí —contestó Scott, al tiempo que se volvía hacia el hombre.

—Buenos días. Soy el señor Ibrahim, ayudante personal del señor Kajami. ¿En qué puedo ayudarle?

—He traído una caja fuerte desde Suecia. Fue encargada por el ministerio hace unos años, pero debido a las sanciones de la ONU, no pudo ser entregada antes. Nos

dijeron que cuando llegáramos a Bagdad nos pusiéramos en contacto con el señor Kajami.

—¿Lleva documentos que confirmen sus afirmaciones?

Scott sacó una carpeta de su bolsa y enseñó su contenido al señor Ibrahim.

El hombre leyó con parsimonia cada documento, hasta llegar a la carta firmada por el presidente. No siguió adelante.

—¿Puedo ver esa caja, señor Bernstrom? —preguntó.

—Desde luego. Sígame, por favor. Condujo al funcionario hacia el camión.

Cohen les miró. Cuando Kratz dio la orden, quitó la tela alquitranada de la caja para que el funcionario pudiera inspeccionar a *Madame Bertha*.

El hecho de que los transeúntes no concedieran a la caja ni una sola mirada fascinó a Scott. En todo caso, aceleraron el paso. El miedo se manifestaba entre esa gente mediante la falta de curiosidad.

—Le ruego que me acompañe, señor Bernstrom —dijo Ibrahim.

Le dejó en la zona de recepción sin decir palabra.

Scott esperó otros treinta minutos a que Ibrahim volviera.

—Deberá transportar la caja hasta la plaza de la Victoria, donde verá una barrera guardada por un tanque ante un gran edificio blanco. Le están esperando.

Scott iba a preguntar dónde estaba la plaza de la Victoria, cuando Ibrahim dio media vuelta y se marchó. Volvió al camión, subió a la cabina e informó a Kratz y Aziz de las últimas novedades. Aziz conocía bien el camino.

—Me alegra saber que no se andan con miramientos —comentó Kratz.

Scott asintió en señal de acuerdo, mientras Aziz maniobraba con el camión. El tráfico era ahora mucho más denso. Camiones y vehículos avanzaban centímetro a centímetro, entre una algarabía de bocinas.

—Debe de ser un accidente —dijo Scott, hasta que doblaron la esquina y vieron los tres cadáveres que colgaban de un cadalso improvisado: un hombre vestido con un caro traje de diseño, una mujer algo más joven y una anciana. Era difícil calcular la edad, debido a que les habían afeitado la cabeza.

El señor Kajami se sentó ante su escritorio, marcó el número que le habían indicado y aguardó.

—Oficina del viceministro de Asuntos Exteriores. Al habla la señorita Saib.

—Soy el ministro de Industria. ¿Puede ponerme con el viceministro?

—Me temo que no está en su despacho en este momento, señor Kajami. ¿Quiere que le llame, o prefiere dejar un mensaje?

—Dejaré un mensaje, pero que me llame cuando vuelva.

—Por supuesto, señor ministro.

—Infórmele de que la caja fuerte acaba de llegar de Suecia y, por lo tanto, puede tacharse de la lista de sanciones. —Siguió una larga pausa—. ¿Continúa ahí, señorita

Saib?

—Sí. Estaba escribiendo lo que ha dicho, señor.

—Si necesita ver los formularios pertinentes, aún están en el ministerio, pero si quiere examinar la caja, ya se dirige hacia la sede del Ba'ath.

—Entiendo, señor. Le transmitiré el mensaje en cuanto llegue.

—Gracias, señorita Saib.

Kajami colgó el teléfono, miró al viceministro de Asuntos Exteriores y sonrió.

Aziz frenó el camión delante del tanque. Algunos soldados deambulaban a su alrededor, pero no se veían señales de una gran actividad.

—Esperaba una demostración de fuerza más impresionante —comentó Kratz—. Al fin y al cabo, se trata de la sede del Partido Ba'ath.

—Saddam debe estar en palacio o fuera de la ciudad —sugirió Aziz, mientras dos soldados avanzaban hacia el camión. El primero gritó: «¡Salgan!», y ellos obedecieron poco a poco. Cuando los cuatro hombres hubieron bajado al suelo, los soldados les ordenaron que se alejaran unos metros del camión, mientras otros dos soldados saltaban a la parte posterior y retiraban la tela alquitranada.

—Ese es un mayor —susurró Aziz, cuando un hombre corpulento cubierto de galones y provisto de un teléfono portátil avanzó hacia ellos. Se detuvo y contempló la caja con suspicacia. Se volvió hacia Kratz y se presentó como mayor Saeed.

—Ábrala —se limitó a añadir.

Kratz señaló a Scott, que trepó a la parte posterior del camión, mientras varios soldados lo rodeaban para presenciar la ceremonia de apertura. Cuando Scott abrió la gran puerta, el mayor también subió al camión, ayudado por un soldado. Se detuvo a un paso de distancia y ordenó a dos de sus hombres que entraran. Al principio, se mostraron algo aprensivos, pero en cuanto estuvieron en el interior empezaron a tocar los lados, e incluso saltaron para intentar alcanzar el techo. Pocos momentos después, Saeed les imitó, y golpeó las paredes con su bastón. Después, salió, saltó al suelo y se volvió hacia Scott.

—Ahora, esperaremos a la grúa —dijo, en un tono algo más cordial. Marcó un número en su teléfono.

Cohen subió a la cabina y se sentó al volante, con las llaves todavía puestas, mientras Aziz se quedaba detrás con la caja. Scott y Kratz se apoyaron contra una pared, trataron de aparentar aburrimiento y conversaron sobre las alternativas que se les ofrecían.

—Hemos de encontrar una forma de entrar en el edificio antes que la caja —dijo Kratz. Scott asintió.

El reloj de la plaza de la Victoria acababa de dar las doce y media cuando Aziz divisó una estructura alta y delgada, que avanzaba lentamente alrededor de la gigantesca estatua de Saddam. Los soldados invadieron la calle para detener el tráfico y permitir que la inmensa grúa prosiguiera su camino sin interrupciones.

Scott explicó al mayor que era preciso maniobrar el camión hasta situarlo frente a la puerta principal. El hombre accedió sin necesidad de llamada telefónica. Cuando el camión quedó aparcado donde Scott quería, el mayor Saeed admitió por fin que deberían sacar las puertas de sus goznes, si querían que la caja y su transporte entraran en el edificio.

Esta vez, sí hizo una llamada telefónica.

—¿Cuánto rato? —preguntó Scott.

El mayor se encogió de hombros y contestó:

—Hay que esperar.

Scott, decidido a aprovechar el período de «hay que esperar», explicó al mayor Saeed que necesitaba inspeccionar la ruta que recorrería la caja, una vez entrara en el edificio.

El mayor vaciló, volvió a llamar por teléfono, esperó un poco a recibir la respuesta, y luego señaló a Scott.

—Solo usted.

Scott dejó que Kratz se encargara de la grúa, mientras esta se preparaba para alzar la caja del camión, y siguió al mayor al interior del edificio.

Lo primero que advirtió Scott mientras caminaba por el pasillo alfombrado fue su amplitud y la sensación de seguridad. Cada pocos pasos se cruzaban con soldados apoyados contra la pared, que se ponían firmes en cuanto veían al mayor Saeed.

Había un ascensor al final del pasillo. El mayor extrajo una llave y la introdujo en una cerradura de la pared. Las puertas del ascensor se abrieron lentamente. Scott comprendió que la amplitud del ascensor había determinado el tamaño de la caja. Dudó que quedaran unos centímetros libres después de subir a *Madame Bertha*.

El mayor apretó el botón 6, que era el último piso. El ascensor descendió poco a poco. Cuando las puertas se abrieron, Scott y el mayor Saeed salieron a un largo pasillo. Esta vez, tuvo la impresión de que el pasillo había sido construido para sobrevivir a un terremoto. Se detuvieron ante un par de pesadas puertas reforzadas, custodiadas por dos soldados armados con rifles.

Saeed formuló una pregunta, y los dos guardias sacudieron la cabeza.

—La Cámara está vacía, de modo que podemos entrar —explicó, y después abrió la puerta. Scott entró en la Cámara del Consejo.

Sus ojos escudriñaron a toda prisa la sala. Lo primero que vio en la pared del fondo fue otro inmenso retrato de Saddam, esta vez con un traje oscuro cruzado. Luego, localizó uno de los botones de alarma rojos, junto a un interruptor de luz del que Kratz le había hablado. El mayor atravesó a grandes zancadas la sala, como si no tuviera derecho a mancillarla con su presencia, mientras Scott caminaba con la mayor lentitud posible. Entonces, la vio, solo un momento, y el corazón le dio un vuelco: la Declaración de Independencia estaba clavada en la pared, con una esquina rota. Algunas firmas se veían borrosas.

El mayor abrió la puerta del fondo y Scott le siguió de mala gana hasta el pasillo adyacente. Caminaron unos pasos hasta detenerse ante un enorme hueco de ladrillo embutido, que Scott no necesitó medir para comprender que había sido construido a propósito para albergar la caja.

Scott dedicó un tiempo a medir el espacio, mientras intentaba pensar en una forma de examinar con más detenimiento la Declaración. Pasados unos minutos, el

mayor Saeed le dio un golpecito en el hombro con su bastón e indicó que ya era hora de volver al patio. Scott le siguió de nuevo hasta la Cámara del Consejo, que el mayor recorrió a buen paso, mientras Scott se demoraba para medir las puertas. Descubrió con alegría que también deberían sacarlas de sus goznes. Retrocedió un paso, como si meditara en el problema. El mayor regresó y descargó el bastón sobre su pierna, mientras mascullaba algo que, en opinión de Scott, no debía de ser demasiado halagador.

Scott lanzó un vistazo hacia su derecha, y confirmó sus peores temores: aunque pudiera efectuar el cambio, haría falta un genio mayor que Dólar Bill para reparar los daños que Saddam ya había infligido.

—Vamos, vamos. Hemos de irnos —le apremió Saeed.

—Y también estas puertas —dijo Scott. Se volvió—. Y aquellas —añadió, señalando el par situado en el otro extremo de la sala, pero el mayor Saeed ya se encaminaba por el largo pasillo hacia el ascensor abierto.

Hannah colgó el teléfono y procuró dejar de temblar. En Herzliyah, la habían advertido muchas veces de que por dura que se considerara, y por excelente que hubiera sido el adiestramiento, siempre temblaría.

Consultó su reloj. Faltaban veinte minutos para la hora de comer, y si bien abandonaba en raras ocasiones el edificio durante la jornada laboral, excepto por asuntos oficiales, sabía que ya no podía esperar sentada en su despacho, mientras los acontecimientos se precipitaban a su alrededor.

El viceministro había salido hacia palacio a las ocho de la mañana, y había dicho que no regresaría hasta las cinco, como mínimo. Un músculo se agitó en la mejilla de Hannah cuando empezó a mecanografiar el mensaje del ministro de Industria.

Reflexionó durante quince minutos sobre la mejor forma de aprovechar aquella hora de descanso. En cuanto tuvo claro lo que debía hacer, descolgó el teléfono y pidió a una chica de la centralita que se encargara de sus llamadas durante la hora de comer.

Hannah se puso las gafas, salió del despacho y recorrió a toda prisa el pasillo, pegada a la pared y con la cabeza gacha, para que nadie se fijara en ella.

Prefirió bajar por la escalera en lugar de utilizar el ascensor, cruzó el vestíbulo, empujó las puertas giratorias y salió a la escalinata del ministerio de Industria.

—Saib acaba de abandonar el edificio —dijo una voz desde el otro lado de la calle, por un teléfono portátil—. Se dirige hacia la plaza de la Victoria.

Hannah siguió caminando hacia la plaza. Las multitudes eran tan numerosas y tan ruidosas que temió encontrarse con otra ejecución pública. Cuando llegó al final de la calle y dobló la esquina, desvió la vista mientras se abría paso entre los curiosos. Algunos, incluso, reían ante el espectáculo.

—Ese debía ser un pez gordo —bromeó alguien.

Otra voz más sería comentó haber oído que se trataba de un diplomático recién llegado de Estados Unidos, al que habían pillado con las manos en la masa. Una mujer de edad avanzada lloró cuando alguien sugirió que los otros dos ahorcados eran la madre y la hermana del hombre.

Cuando Hannah divisó la barrera, aminoró el paso. Se detuvo y contempló la sede del Ba'ath. Se alegró de estar protegida entre la muchedumbre, aunque le impidiera ver.

—Está de cara a la sede del Partido Ba'ath. Todos los demás miran en dirección contraria.

Los ojos de Hannah se fijaron en el camión rodeado de soldados, y entonces vio la enorme caja fuerte subida en la parte posterior del vehículo, y a dos jóvenes que estaban sujetando largos rollos de acero a su base. Uno parecía árabe, y el otro vagamente europeo. Y entonces, vio a Kratz... ¿O no era Kratz? Fuera quien fuera, desapareció al otro lado del camión. Esperó a que el hombre reapareciera. Cuando lo hizo, pocos minutos después, no le cupo ninguna duda de que era Kratz.

Comprendió que no podía seguir parada tanto tiempo en un lugar público, y decidió volver a su oficina y pensar en lo que debía hacer. Dirigió a Kratz una última mirada, mientras un grupo de limpiadoras salían del edificio, cruzaban la calle y pasaban junto a la barrera sin que ningún soldado les prestara la menor atención.

Hannah se alejó de la plaza de la Victoria, justo cuando el mayor Saeed y Scott salían al patio del edificio.

—Ha vuelto a ponerse en marcha, pero no parece que vaya hacia el ministerio. — El hombre del teléfono portátil escuchó un momento—. No lo sé, pero la seguiré y volveré a informar.

Cuando Scott salió al patio, vio complacido que Kratz ya había maniobrado la grúa para que alzara la caja del camión. Aziz y Cohen estaban sujetando largos rollos de acero alrededor de *Madame Bertha*, mientras el carrito, especialmente diseñado del cual se sentía tan orgulloso el señor Pedderson, se había situado entre la puerta principal y el costado del camión.

Scott levantó la vista hacia la grúa, más alta que el propio edificio, y luego hacia el operario sentado en la amplia cabina próxima a la base. Cuando Cohen y Aziz saltaron al suelo, Kratz levantó los dos pulgares hacia el operario.

Al cabo de pocos momentos oyó el crujido de una marcha al entrar. Vio que las cuerdas de acero se tensaban, y el rugido del motor a continuación, pero *Madame Bertha* se negó a moverse ni un centímetro. El motor rugió con más fuerza la segunda vez, pero sus requerimientos no conmovieron el duro corazón de *Madame Bertha*.

El operador empujó hacia delante la larga palanca de cambios, y probó por tercera vez. Por fin, *Bertha* se alzó unos centímetros de la plataforma del camión, meciéndose un poco. Algunos soldados lanzaron gritos de júbilo, pero enmudecieron en cuanto el mayor miró en su dirección.

Kratz cabeceó. Cohen cruzó el asfalto y corrió a bajar la compuerta de cola, antes

de entrar en la cabina y sentarse al volante. Encendió el motor, puso la primera y movió el vehículo lentamente, hasta que la caja quedó colgada en el aire. Aziz y Kratz empujaron unos cuantos metros el carrito, hasta situarlo debajo de la caja. Kratz levantó los pulgares por segunda vez, y el operario de la grúa empezó a bajar, centímetro a centímetro, las cinco toneladas de acero, hasta que descansó sobre el carrito, provocando que las enormes ruedas de goma se aplastaran de repente.

La caja se había detenido ahora frente a las puertas dobles, esperando a que el carpintero llegara, antes de proseguir su viaje. El mayor se encogió de hombros, incluso antes de que Kratz formulara la pregunta.

Mientras Cohen aparcaba el camión en un espacio indicado por el mayor, Scott señaló la caja y llamó por señas a Kratz, que se acercó, perplejo. Pensaba que la operación se desarrollaba sin problemas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Scott siguió señalando la caja, e indicó con exagerados movimientos cómo opinaba que debían moverla, mientras susurraba a Kratz:

—He visto la Declaración.

Se dirigió al otro lado de la caja. Kratz le siguió, fingiendo que iba a examinar la caja.

—Excelente noticia —dijo—. ¿Dónde está?

—La noticia no es tan excelente —replicó Scott.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kratz, angustiado.

—Está en la Cámara del Consejo, justo donde Hannah dijo que estaba. Pero clavada en la pared.

—¿Clavada en la pared? —susurró Kratz.

—Sí, y parece muy estropeada —dijo Scott, mientras un iraquí, vestido con un *dishdash* y un *keffiyeh* rojo y blanco, cargado con una bolsa de herramientas, aparecía en la barrera.

Una vez inspeccionaron los guardias la bolsa, después de tirar todas las herramientas al suelo, le dejaron pasar. El carpintero recogió sus cosas, dedicó una mirada a la caja, otra a las puertas dobles y comprendió de inmediato por qué su jefe había calificado de urgente el problema. Scott retrocedió y vio cómo el hombre empezaba a desatornillar el gozne de una puerta.

—¿Dónde está la falsificación de Dólar Bill en este momento? —preguntó Kratz.

—Sigue en mi bolsa. Tendré que modificarla un poco, o advertirán la diferencia en cuanto la haya cambiado por el original.

—Muy bien —dijo Kratz—. Será mejor que lo haga mientras el carpintero trabaja en la puerta. Trataré de distraer al mayor.

Kratz se acercó al carpintero y empezó a charlar con él, mientras Scott desaparecía con la bolsa en la parte delantera del camión. En cuanto el mayor vio lo que Kratz hacía, corrió hacia ellos.

Scott miró por la ventanilla de la cabina, en tanto extraía la copia de Dólar Bill

del cilindro e intentaba recordar los daños sufridos por el original. Primero, desgarró la esquina superior derecha, y luego escupió sobre los nombres de John Adams y Robert Treat Paine. Después de estudiar su obra, decidió que se había quedado corto. Colocó la copia en el suelo y frotó las suelas de sus zapatos sobre la superficie. Levantó la vista y vio que el mayor ordenaba a Kratz dejar en paz al carpintero. Kratz se encogió de hombros, mientras Scott enrollaba la copia de la Declaración y la devolvía al cilindro, antes de deslizarlo en el bolsillo especial interior de la pernera. Encajaba perfectamente.

Pocos momentos después, el carpintero se levantó y sonrió para indicar que había terminado el trabajo. A una orden del mayor, cuatro soldados se adelantaron y quitaron las puertas. Las alejaron unos pasos y las dejaron apoyadas de pie contra una pared.

El mayor ordenó a otros soldados que empujaran el carrito, en tanto Scott guiaba a *Madame Bertha* por la entrada. Kratz y Aziz intentaron seguirle, pero el mayor agitó un brazo con firmeza para indicar que solo Scott podía entrar en el edificio. Esta vez, fue Scott quien se encogió de hombros.

Centímetro a centímetro, el carrito avanzó por el largo pasillo. Las puertas del ascensor habían quedado abiertas, pero aun así se necesitaron cuarenta manos para introducir las cinco toneladas de metal. Gracias a sus investigaciones, Scott sabía que esta parte del edificio estaba preparada para resistir un ataque nuclear, pero se preguntó si el ascensor se recobraría algún día de tener que bajar seis pisos cargado con la caja de cinco toneladas. Era una suerte que *Madame Bertha* bajara en lugar de subir.

Las puertas del ascensor se cerraron poco a poco. El mayor guio a Scott por una puerta lateral y bajaron la escalera, seguidos por una docena de soldados. Cuando llegaron al sótano, las puertas del ascensor ya se habían abierto, y *Madame Bertha* aguardaba majestuosamente. El mayor señaló el suelo con su bastón. Diez soldados se arrodillaron y tiraron del carrito centímetro a centímetro, hasta lograr sacarlo al pasillo. El ascensor fue enviado al quinto piso, y seis soldados subieron a toda prisa la escalera, saltaron dentro del vacío ascensor y regresaron al sótano para empujar la caja desde el otro lado.

El carpintero ya había quitado las primeras puertas que encontrarían cuando la caja entrara en la Cámara del Consejo, pero aún estaba trabajando en el segundo par cuando el carrito llegó a la entrada. El retraso dio la oportunidad a Scott de supervisar el desplazamiento de la larga mesa hacia la pared lateral, así como la colocación de las sillas sobre la mesa, para que la caja pudiera entrar en el pasillo del otro extremo.

Mientras iba y venía, Scott tuvo varias oportunidades de ver la Declaración, e incluso examinar la ortografía de la palabra «británicos». No tardó en advertir que el pergamino estaba en peores condiciones de lo que pensaba.

Cuando las puertas se sacaron por fin, los soldados empezaron a empujar la caja por la Cámara, hasta salir al corto pasillo donde finalizarla su viaje. Cuando llegaron

al extremo del pasillo opuesto al hueco especialmente preparado, Scott supervisó los últimos centímetros de sus movimientos, hasta que ya no pudieron empujar más a *Madame Bertha*.

Scott sonrió, y el mayor Saeed volvió a llamar por teléfono.

La anciana explicó a Hannah que el siguiente turno empezaría a las tres de la tarde, y deberían disponer la Cámara del Consejo para la reunión que se celebraría a las seis del día siguiente. El primer turno de la mañana no había podido trabajar bien por culpa de la caja.

Hannah había seguido a las limpiadoras, que se fueron separando camino de sus respectivos destinos. Eligió a una anciana que cargaba con las bolsas más pesadas, y la ayudó a cruzar la calle. No tardaron en entablar conversación, y Hannah siguió cargando con las bolsas hasta la casa de la mujer, que solo distaba unas calles.

—Entra, querida —dijo la vieja.

—Gracias —contestó Hannah, sintiéndose más Lobo Feroz que Caperucita Roja.

Añadir un poco de *whisky* al café de la anciana resultó muy fácil, y desató su lengua. Dos valiums en el segundo café aseguraron que dormiría varias horas. El Mossad había enseñado a Hannah cinco métodos diferentes de abrir un coche, una habitación de hotel, una maleta, incluso una caja fuerte pequeña, de manera que el bolso de una vieja drogada fue coser y cantar. Extrajo el pase especial y salió de la casa.

—Vuelve hacia el ministerio —dijo la voz por el teléfono portátil—. Hemos inspeccionado a la anciana. Está inconsciente, y dormirá unas doce horas. Solo le ha quitado el pase de seguridad.

Cuando Hannah llegó a su escritorio, no vio señales de que el viceministro hubiera regresado, y se puso en contacto con la centralita. Solo habían llamado tres personas; dos habían dicho que llamarían al día siguiente, y la tercera no había dejado ningún mensaje.

Mecanografió una nota en la que explicaba que se había ido a casa al no estar segura de que el viceministro fuera a regresar. Mientras no comprobara los mensajes recibidos después de las cinco, no tendría por qué sospechar.

En la intimidad de su pequeña habitación, Hannah cambió su ropa de oficina por la tradicional *abaya* negra, con un *pushi* que cubría su cara. Se miró en el espejo y volvió a salir del edificio, lenta y discretamente.

—Ahora, abra la caja —dijo el mayor Saeed.

Scott compuso las cifras del código con los cuadrantes, y la primera bombilla pasó a verde. El mayor se quedó impresionado. Después, Scott apoyó la palma de la mano sobre el cuadrado blanco, y pocos segundos más tarde la bombilla del centro

pasó a verde. El mayor se quedó pasmado. Scott se inclinó hacia delante y habló a la rejilla, y la tercera luz pasó a verde. El mayor se quedó sin habla.

Scott tiró del asa y la puerta se abrió. Saltó dentro y sacó de inmediato el tubo de cartón de la pernera.

El mayor le vio y montó en cólera. Scott quitó a toda prisa la tapa, sacó el cartel de Saddam Hussein y lo desenganchó. El papel posterior cayó al suelo. Scott se encaminó al otro lado de la caja y pegó a la pared el retrato de Saddam. La sonrisa regresó al rostro del mayor cuando Scott se agachó, enrolló el papel posterior y lo metió en el tubo.

—Ahora, le enseñaré yo —dijo Scott.

—No, no, yo no —contestó el mayor Saeed. Levantó el teléfono y dijo—: Hemos de volver arriba.

Scott tuvo ganas de jurar cuando salió de la caja y tiró el tubo, que rodó por el suelo hasta el rincón más oscuro. El plan que había preparado con tanto detenimiento con Kratz ya no era posible. Se alejó a regañadientes de la caja y alcanzó al mayor, que caminaba a toda prisa hacia la Cámara del Consejo, pero en esta ocasión sin conceder a Scott ninguna oportunidad de demorarse.

—Estoy casi seguro de que acaba de salir del ministerio —dijo la voz en el teléfono portátil—, pero se ha puesto el atuendo tradicional y ya no lleva gafas. Se dirige de nuevo hacia la plaza de la Victoria. Le mantendré informado.

Hannah estaba de vuelta en la plaza de la Victoria veinte minutos antes de que llegara a trabajar la primera limpiadora. Aunque la multitud había disminuido, aún pudo pasar inadvertida. Miró hacia el patio. La caja ya no se veía, y la grúa también había desaparecido. El camión estaba pegado al muro. Hannah forzó la vista y trató de reconocer a Kratz entre las siluetas sentadas en la cabina del camión, pero la cortina de humo se lo impidió.

Hannah desvió su atención hacia un edificio en el que nunca había entrado, pero que creía conocer muy bien. Un plano de cada planta a tamaño natural estaba clavado en un tablero de la sala de operaciones en la sede del Mossad en Herzliyah, y era imposible pasar cualquier examen sobre Irak sin ser capaz de dibujar cada planta del edificio con todo lujo de detalles. Cada día se recogía nueva información, proporcionada por las fuentes más curiosas: refugiados huidos, antiguos diplomáticos, exministros del gabinete kurdos o chiítas, incluso el exprimer ministro británico Edward Heath.

La primera limpiadora llegó pocos minutos antes de las tres, presentó su pase y cruzó el pavimento hasta desaparecer por una puerta lateral del edificio. La segunda apareció unos segundos más tarde, y siguió el mismo procedimiento. Cuando Hannah vio a la tercera, caminó detrás de ella hasta la barrera.

—Ha cruzado la calle, llegado a la barrera, y el guardia está examinando su pase —dijo la voz en el teléfono portátil—. La han dejado pasar, siguiendo las instrucciones. Cruza el pavimento y sigue a otra mujer hasta la puerta lateral. Ya está

dentro, la puerta se ha cerrado. Es nuestra.

Hannah se reunió con las demás limpiadoras. Explicó que su madre estaba enferma y que había venido en su lugar. Aseguró que no era la primera vez, y se quedó sorprendida cuando no le hicieron ninguna pregunta. Supuso que tenían miedo de relacionarse con una extraña.

Hannah cogió una caja con productos de limpieza y bajó por la escalera posterior. El plano exhibido en las paredes de Herzliyah demostró ser muy exacto, aunque nadie conocía el número preciso de escalones que bajaban hacia el sótano.

Cuando llegó a la puerta que daba acceso al pasillo del fondo, oyó voces procedentes de la Cámara del Consejo. Quienquiera que fuera, se encaminaba al ascensor. Hannah se aplastó contra la pared para poder mirar por el grueso cristal, protegido por una tela metálica que ocupaba el centro de la puerta.

Dos hombres pasaron. Hannah no reconoció al mayor, pero cuando vio a su acompañante, las piernas le fallaron y estuvo a punto de caer al suelo.

Ya de vuelta en el patio, el mayor marcó un número. Scott caminó hacia Kratz, que estaba de pie detrás del camión.

—¿Consiguió cambiar la Declaración? —Fueron las primeras palabras de Kratz.

—No. Sigue en la pared de la Cámara.

—Maldición. ¿Y la copia?

—La dejé dentro del tubo, en el suelo de la caja. Preferí no sacarla.

—¿Cómo volverá a entrar en el edificio? —preguntó Kratz, y miró al mayor—. Debía utilizar el tiempo...

—Lo sé, pero resulta que no es él quien va a hacerse cargo de la caja. Se mantiene en contacto con la persona a la que deberé enseñar.

—Mal asunto. Sospecho que con el mayor nuestro primer plan habría resultado mucho más fácil. Informaré a los demás y pensaremos en una alternativa si las cosas se complican.

Scott asintió. El líder del Mossad y él se acercaron al camión, donde Aziz y Cohen estaban fumando en la cabina. Cuando el coronel subió, apagaron los cigarrillos al instante.

Kratz explicó por qué seguían esperando, y advirtió que aquella podía ser la última posibilidad de que el profesor volviera a la Cámara del Consejo.

—Cuando salga —prosiguió—, hemos de estar preparados para marcharnos. Con un poco de suerte, llegaremos a la frontera a media noche.

¿Cómo podía estar vivo?, pensó Hannah. ¿Acaso no le había matado? Había visto cómo sacaban su cuerpo muerto de la habitación. Intentó ordenar sus pensamientos, que basculaban entre el miedo y la alegría. Recordó las palabras de su instructor: «En el frente, que nada te sorprenda». Pensó que ahora tenía todo el derecho a contradecirle, si alguna vez gozaba de tal oportunidad.

Hannah abrió la puerta y salió al pasillo, que se encontraba desierto, con la excepción de un par de soldados que conversaban ante la entrada de la Cámara. Comprendió que no podría pasar de largo sin ser interrogada.

Le ordenaron que se detuviera a un paso de distancia, y se quedó inmóvil entre ambos. Después de registrar la caja de productos, el que llevaba dos galones en el brazo dijo:

—Ya sabes que nuestro deber exige registrarte a ti también ¿verdad?

Hannah no hizo comentarios. El hombre se agachó, levantó su larga túnica negra y colocó las manos sobre sus tobillos. El segundo lanzó una obscena carcajada mientras apoyaba las manos sobre sus hombros, y luego sobre sus pechos, mientras las manos de su compañero subían por las piernas de Hannah hasta sus muslos. Cuando el primer soldado llegó a la parte superior de sus piernas, el otro le pellizcó los pezones. Hannah les apartó de un empujón y entró en la Cámara. No intentaron seguirla, aunque sus carcajadas aumentaron de volumen.

La mesa había vuelto al centro de la sala, y las sillas estaban dispuestas de cualquier manera a su alrededor. Primero, enderezó la mesa, y después situó las sillas a igual distancia unas de otras. Todavía intentaba asimilar el hecho de que Simon estaba vivo, y formaba parte del comando enviado a Bagdad. ¿Por qué le había enviado la CIA? A menos que... Levantó la vista hacia el inmenso retrato de Saddam Hussein, mientras colocaba su silla en la cabecera de la mesa. Entonces, sus ojos cayeron sobre el documento clavado junto al cuadro.

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos estaba clavada en la pared, en el lugar exacto descrito por el viceministro de Asuntos Exteriores.

Dos coches se acercaron a toda velocidad hacia la barrera y pasaron sin que nadie los detuviera. Scott vio que un numeroso grupo de soldados rodeaba a los vehículos.

—El general Hamil, El barbero de Bagdad —susurró Aziz, cuando un hombre alto y corpulento salió del segundo coche—. Lleva una cuchilla de afeitar en su llavero.

Kratz asintió.

—Conozco la historia de su vida al dedillo —dijo—. Incluso el nombre del joven teniente con el que vive actualmente.

El mayor Saeed se puso en posición de firmes y saludó al general. Scott no necesitó más datos para saber que aquel hombre era de un rango y calibre diferentes al mayor. Estudió el rostro del hombre vestido con un immaculado uniforme hecho a medida, cargado con más hileras de galones que Saeed, que utilizaba guantes negros de piel y un bastón. Era un rostro cruel. Los soldados que le rodeaban eran incapaces de disimular su miedo.

El mayor señaló a Scott.

—Usted, venga —dijo.

—Tengo el presentimiento de que se refiere a usted —dijo Kratz.

Scott asintió y caminó hacia ellos.

—Señor Bernstrom —dijo el general, mientras se quitaba el guante de la mano derecha—. Soy el general Hamil. —Scott estrechó su mano—. Lamento haberle hecho esperar, pero no deje que le retrase más. Enséñeme su caja, por favor, que tanto ha impresionado al mayor Saeed.

El general se volvió sin más palabras y se encaminó hacia el edificio. Scott no tuvo otro remedio que seguirle. Por primera vez en su vida, estaba aterrorizado.

Hannah cogió un paño y un poco de cera para lustrar y empezó a frotar la mesa en pequeños círculos, mientras observaba detenidamente la Declaración de Independencia. El pergamino se encontraba en un estado tan terrible que las posibilidades de restaurarlo parecían escasas, aunque Scott pudiera devolverlo a Washington.

Escudriñó el pasillo corto y localizó la caja que había visto en el camión anteriormente. Estaba abierta, pero custodiada por otros dos guardias, que hablaban tanto como los apostados ante la puerta de la Cámara del Consejo.

Hannah avanzó poco a poco por el pasillo. Sacó el polvo y pulió el retallo de la pared hasta detenerse frente a la caja y mirar en su interior. Avanzó un paso y la contempló como si nunca hubiera visto algo semejante. Uno de los soldados le dio

una patada y la joven cayó dentro de la caja. Siguieron las inevitables carcajadas estridentes. Estaba a punto de darse la vuelta para desquitarse, cuando vio el largo cilindro de cartón en un rincón, casi oculto en las sombras. Se estiró y lo atrajo hacia ella, hasta esconderlo debajo de la larga falda. Se preguntó si podría utilizarlo para enviar un mensaje a Simon. Hannah dejó el paño y la cera sobre el suelo de la caja, salió y corrió por el pasillo, como si quisiera escapar de los guardias.

De nuevo en la Cámara, sacó otro paño de la caja de limpieza y se puso a pulir la mesa hasta un punto en que no podían verla desde ningún pasillo. Entonces, se arrodilló poco a poco debajo de la mesa, y dejó que el tubo de cartón cayera al suelo, delante de ella. Quitó a toda prisa la tapa y descubrió que el cilindro no estaba vacío. Sacó el pergamino, lo desenrolló y lo estudió, sin dar crédito a sus ojos: una magnífica copia de la Declaración de Independencia, ejecutada sin duda por un artista, pese a que alguien había intentado disimularlo. Comprendió enseguida que el propósito de Simon era cambiarla por el original.

Kratz vio que Scott seguía al general Hamil al interior del edificio. Volvió sin prisas al camión y subió a la cabina. Miró por el parabrisas. Nadie prestaba atención a lo que estaban haciendo.

—Esto es demasiado fácil —dijo—. Exageradamente fácil. —Cohen y Aziz, que tenían la vista clavada en el frente, no dijeron nada—. Si Hamil está implicado, quiere decir que sospechan algo. Ha llegado el momento de averiguar quién sabe qué.

—¿Tiene algo en mente, señor? —preguntó Cohen.

—Sospecho que nuestro mayor ignora lo que está pasando. O bien no le han informado, o creen que no está a la altura del trabajo.

—O ambas cosas —sugirió Aziz. Kratz asintió.

—O ambas. Por lo tanto, vamos a averiguarlo. Aziz, quiero que Cohen y usted vayan hacia la barrera. Dígale a los guardias que van a buscar algo de comer, y que regresarán dentro de pocos minutos. Si se niegan a dejarles salir, significará que conocen nuestras intenciones, y nos encontraremos con un grave problema. En ese caso, vuelvan a la cabina y pensemos en otra cosa.

—¿Y si nos dejan pasar? —preguntó Cohen.

—Piérdanse de vista, pero mantengan contacto visual con el camión. No será muy difícil, con tal gentío. Si el profesor Bradley sale con el tubo de cartón y yo apoyo el brazo sobre el reborde de la ventana, como ahora, vuelvan a toda prisa, porque no será cuestión de perder el tiempo. A propósito, Cohen: si por algún motivo yo no estoy, y el profesor sugiriera desviarse hacia el ministerio de Asuntos Exteriores, tome el mando y niéguese. —Cohen asintió, sin saber de qué estaba hablando el coronel—. Pero si ve que tenemos problemas, manténgase alejado una hora, y luego rece para que el asunto funcione.

—Comprendido, señor —dijo Cohen.

—Llévense las llaves —indicó Kratz—. Váyanse ya.

Kratz bajó al pavimento, se encaminó hacia donde el mayor Saeed atendía una de sus interminables llamadas telefónicas y se detuvo a unos pasos del hombre, como si quisiera llamar su atención. Al mismo tiempo, miró por encima de su hombro y vio que Aziz y Cohen caminaban hacia la barrera.

Kratz siguió tratando de atraer la atención del mayor, en tanto Aziz se paraba en la barrera y empezaba a bromear con un soldado.

Pocos momentos después, Kratz vio que sus hombres pasaban la barrera. Al cabo de unos pocos segundos se perdieron entre la multitud.

El mayor Saeed terminó su llamada.

—¿Cuál es el problema esta vez? —preguntó. Kratz sacó un cigarrillo y pidió fuego al mayor.

—No fumo —respondió, y le indicó con un ademán que se alejara.

Kratz volvió poco a poco al camión y se sentó detrás del volante, sin desviar la vista ni un momento de la puerta abierta del edificio.

Hannah contempló la Declaración clavada en la pared. Solo la separaban de ella unos pasos. Esperó a oír otro estallido de carcajadas de los soldados para acercarse al documento e intentar quitar los clavos. Tres salieron con un mínimo de esfuerzo, pero el de la esquina superior derecha se negó a moverse, y la Declaración continuó colgada de él. Pasados unos segundos, no le quedó otro remedio que pasar el documento por la cabeza del clavo. En cuanto el pergamino estuvo en su mano, volvió a la mesa, colocó el original sobre el suelo y procedió a clavar la copia en la pared.

Apenas echó un vistazo a su obra antes de regresar a la mesa, arrodillarse y enrollar el original, que guardó en el cilindro. Lo escondió de nuevo debajo de la falda. Habían sido los dos minutos más largos de su vida. Siguió de rodillas unos momentos más, mientras se estrujaba el cerebro. Sabía que no podía correr el riesgo de intentar sacar el tubo del edificio, por si los guardias decidían «registrarla» por segunda vez. No había alternativa. Volvió al pasillo corto y se metió en la caja antes de que los soldados dejaran de hablar. Dejó el cilindro en el suelo y lo empujó a la esquina más oscura, donde lo había visto la primera vez. Después, recogió el paño y la cera que se había dejado, salió de la caja, enseñó sus útiles de trabajo a los soldados y corrió hacia la Cámara.

Hannah sabía que debía salir del edificio lo antes posible, y pasar un mensaje a Simon como fuera.

Y entonces, oyó voces.

—¿Cuánto mide esa caja? —preguntó el general a Scott, mientras caminaban por el pasillo.

—Dos metros setenta de alto, dos de ancho y dos y medio de profundidad —

respondió de inmediato Scott—. Podría celebrar una reunión privada en su interior si quisiera, general.

—¿De veras? —preguntó Hamil, cuando entraron en el ascensor—. Pero me han informado que solo una persona puede manipular la caja. —Apretó el último botón con un dedo enguantado—. ¿No es cierto?

—Exacto, general. Seguimos al pie de la letra las instrucciones de su gobierno.

Las puertas del ascensor se abrieron al sótano. El general salió al pasillo y se encaminó hacia la Cámara del Consejo.

—También me han dicho que la caja es capaz de resistir un ataque nuclear. ¿Es cierto?

—En efecto. La caja posee un grosor de quince centímetros y solo un impacto directo podría afectarla. En cualquier otra circunstancia, todo cuanto contuviera la caja sobreviviría, aun cuando el edificio quedara completamente destruido.

—Impresionante —comentó el general, mientras los guardias se ponían firmes y él se tocaba el borde de la gorra con su bastón.

Entró en la Cámara y Scott le siguió, irritado al ver que una mujer que estaba limpiando la mesa. Su presencia sería un engorro cuando volviera a salir. El general ni siquiera miró a Hannah cuando cruzó la Cámara.

Scott echó un vistazo al pergamino antes de salir.

—Ah. —Oyó Hannah que decía el general, cuando aún se encontraba a algunos metros del final del pasillo—. Las simples estadísticas no hacen justicia a su caja, señor Bernstrom.

Los dos soldados continuaron firmes mientras el general examinaba la caja un rato, para entrar a continuación. Cuando vio el tubo de cartón en el suelo, se agachó y lo recogió.

—Es para proteger la foto —explicó Scott, acercándose, a su lado. Señaló el retrato de Saddam Hussein.

—Es usted un hombre muy concienzudo, señor Bernstrom —dijo Hamil—. Habría sido un excelente coronel en alguno de mis regimientos.

Lanzó una carcajada y pasó el tubo a Scott.

Hannah escuchó cada palabra con suma atención, y concluyó que debía salir del edificio lo antes posible y contar a Kratz lo que había hecho.

—¿Quiere que le enseñe a programar la caja? —Oyó que preguntaba Scott, justo cuando llegaba a la entrada de la Cámara.

—No, no, a mí no —contestó el general Hamil—. El presidente será el único que manipulará la caja.

Aquellas fueron las últimas palabras que Hannah oyó, antes de alejarse por el pasillo.

Cuando llegó a las puertas que daban acceso a la escalera, se volvió y vio que el general entraba en la Cámara, seguido a unos pasos de distancia por Scott, quien sujetaba el tubo.

Hannah tuvo ganas de lanzar un grito de alegría.

Scott comprendió que no conseguiría efectuar el cambio cuando Saddam estuviera en el edificio. Dejó que el general se adelantara unos pasos. Sus ojos barrieron la sala, y experimentó un gran alivio al no ver ya a la limpiadora. Los guardias se pusieron firmes cuando el general salió de la Cámara del Consejo.

Scott contempló el botón de alarma en la pared, delante de él.

—No te vuelvas —masculló, sin apartar la vista de la espalda del general. A un metro de la puerta, saltó y aplastó el botón rojo con su pulgar. Las puertas se cerraron al instante con un estruendo ensordecedor.

Hannah se disponía a abrir la puerta que conducía a la escalera posterior, cuando la alarma se disparó y todas las salidas quedaron bloqueadas automáticamente. Se volvió y descubrió que estaba sola en el pasillo, con el general Hamil y cuatro guardias republicanos.

El general le dedicó una sonrisa.

—La señorita Kopec, supongo. Encantado de conocerla. Temo que el profesor Bradley tardará un par de minutos en reunirse con nosotros.

Los guardias rodearon a Hannah, mientras el general levantaba la vista hacia la pantalla de televisión suspendida sobre la puerta. Vio que Scott, dentro de la Cámara, apretaba un botón situado en un lado de su reloj. Después, corrió hacia la pared, extrajo la copia del documento del tubo y la comparó con el original. Pensaba haber efectuado un buen trabajo en la cabina del camión, pero escupió sobre Lewis Morris y John Witherspoon por si acaso, y luego empleó unos segundos en frotar el pergamino sobre el suelo de piedra, antes de compararlo de nuevo con el clavado a la pared. Consultó su reloj: cuarenta y cinco segundos. Empezó a sacar los clavos de la pared, pero no pudo mover el de la esquina superior derecha, de modo que deslizó la Declaración por la cabeza del clavo. Sesenta segundos.

Hannah contempló horrorizada la pantalla de televisión, que enfocaba a Simon destruyendo su trabajo, mientras el general llamaba por teléfono.

Scott colocó el documento sobre la mesa después de desclavarlo. Luego, clavó en la pared el que había extraído del tubo de cartón, deslizando el pergamino por el clavo de la esquina superior derecha, que se obstinaba en permanecer inmóvil. Noventa segundos. C cogió la copia de Dólar Bill de la mesa, la enrolló y la dejó caer dentro del cilindro. Ciento diez segundos. Caminó hacia la puerta que conducía a los ascensores y se detuvo, a la espera de que la alarma enmudeciera y las puertas se abrieran.

Scott sabía que tardarían unos minutos en descubrir el motivo de la alarma, de modo que cuando vio al general se encogió de hombros y sonrió.

Kratz continuaba sentado en la cabina del camión, con la vista clavada en el mayor Saeed. Se oyó un timbre. Saeed apretó un botón y aplicó el teléfono a su oído. De repente, se volvió, desenfundó la pistola y lanzó una mirada de angustia hacia la cabina. Ladró una orden, y al cabo de escasos segundos todos los soldados cercanos

rodearon el camión, con los rifles apuntados a Kratz.

El mayor se acercó corriendo.

—¿Dónde están los otros dos? —preguntó.

Kratz se encogió de hombros. Saeed giró sobre sus talones y corrió hacia el edificio, gritando una orden tras otra.

Kratz descansó su mano derecha sobre la muñeca izquierda y procedió lentamente a quitar el parche, una segunda piel, oculto bajo su reloj. Extrajo con suma delicadeza la diminuta píldora verde sujeta al parche y la trasladó a la palma de la mano. Sesenta o setenta ojos le estaban observando. Sufrió un ataque de tos, y se llevó poco a poco la mano a la boca. Bajó la cabeza y tragó la píldora.

Saeed salió del edificio y empezó a ladrar nuevas órdenes. Segundos después, un coche frenó junto al camión.

—¡Fuera! —chilló el mayor a Kratz, quien saltó al pavimento y dejó que una docena de bayonetas caladas le guiaran hacia la puerta posterior del coche. Le empujaron sobre el asiento, y dos hombres vestidos con trajes oscuros le flanquearon. Uno le ató las manos a la espalda, mientras el otro le vendaba los ojos.

Cohen y Aziz vieron desde el otro lado de la plaza que el coche se alejaba de ellos.

El general devolvió la sonrisa a Scott.

—No le presentaré a la señorita Saib —dijo—, porque creo que ya se conocen.

Scott miró sin la menor expresión a la mujer vestida con una *abaya* negra y un *pushi* que cubría su cara. Estaba rodeada por cuatro soldados, con las bayonetas caladas.

—Tenemos mucho que agradecer a la señorita Saib, pues fue ella quien nos condujo hacia usted, por no mencionar su postal a la señora Rubin, que le ayudó a localizar la Declaración con tanta rapidez. Nosotros intentamos facilitarle al máximo su trabajo.

—No conozco a la señorita Saib —contestó Scott.

—Oh, vamos, profesor... ¿o debo llamarle agente Bradley? Admiro su gallardía, pero aunque afirma no conocer a la señorita Saib, sí conoce a Hannah Kopec, desde luego —dijo el general mientras retiraba el *pushi* de Hannah.

Scott miró a Hannah, pero no dijo nada.

—Ah, veo que la recuerda. Claro que sería difícil olvidar a alguien que intentó matarle, ¿no?

Los ojos de Hannah suplicaron a Scott.

—Cuán conmovedor, querida, la ha perdonado, pero temo que yo no comparto su naturaleza bondadosa.

El general se volvió y vio que el mayor Saeed corría hacia él. Escuchó con atención los susurros del mayor, y luego empezó a descargar golpes de bastón sobre sus largas botas de piel.

—¡Es usted un imbécil! —gritó a pleno pulmón, y sin previo aviso golpeó la cara del mayor con su bastón. Se volvió hacia Scott.

—Por lo visto —dijo—, la reunión que yo había planeado con usted y sus amigos tendrá que esperar un poco más, porque si bien tenemos al coronel Kratz a buen recaudo, el judío y el traidor kurdo han escapado. Es cuestión de tiempo que les atrapemos.

—¿Desde cuándo lo sabe? —preguntó Hannah en voz baja.

—Han cometido el mismo error de tantos de nuestros enemigos, señorita Kopec, el de subestimar a nuestro gran presidente —replicó el general—. Su conocimiento de los asuntos de Oriente Próximo es muy superior al que tenía Gorbachev de los rusos, Thatcher de los ingleses, o Bush del pueblo norteamericano. Me pregunto cuántos ciudadanos de Occidente creen todavía que los Aliados ganaron la guerra del Golfo. Además, cometió la estupidez de subestimar también a su primo, Abdul Kanuk, nuestro recién nombrado embajador en París. Quizá no fue tan estúpido cuando la siguió hacia el piso de su amante y se quedó en un portal toda la noche, para seguirla

de nuevo hacia la embajada. Fue él quien informó a nuestro embajador en Ginebra de los manejos de la «señorita Saib».

»Necesitábamos asegurarnos, por supuesto, sobre todo porque nuestro viceministro de Asuntos Exteriores se resistió a aceptar tal historia sobre uno de los miembros más leales de su equipo. Un hombre muy ingenuo. Por tanto, cuando vino a Bagdad, la esposa del embajador invitó a cenar al hermano de la señorita Saib. Por desgracia, no la reconoció. Su tapadera, como la describirían los periódicos norteamericanos más vulgares, saltó en pedazos. Esos mismos periódicos continúan preguntando patéticamente: “¿Por qué no asesina el Mossad al presidente Saddam?”. Si supieran cuántas veces ha fracasado el Mossad. Lo que el coronel Kratz no le dijo en la escuela de adiestramiento de Herzliyah, señorita Kopec, fue que usted era el decimoséptimo agente del Mossad que intentaba infiltrarse en nuestras filas durante los últimos cinco años, y todos ellos experimentaron el trágico final que su coronel sufrirá dentro de poco. Y lo más hermoso de todo esto es que no hemos de admitir el asesinato de ninguno. Al pueblo judío le resulta imposible aceptar, después de Entebbe y Eichmann, que algo semejante sea posible. Estoy seguro, profesor, de que apreciará la lógica del asunto.

—Haré un trato con usted —dijo Scott.

—Su ética occidental me conmueve, profesor, pero me temo que no está en situación de negociar.

—Devolveremos a la señorita Saib si libera a Hannah. El general lanzó una estruendosa carcajada.

—Profesor, tiene usted un agudo sentido del ridículo, pero no le insultaré insinuando que no comprende la mentalidad árabe. Permítame que le explique. Usted será asesinado, y nadie hará el menor comentario porque, como ya le he explicado, Occidente es demasiado orgulloso para admitir incluso su existencia. Entretanto, los orientales levantaremos las manos al cielo y preguntaremos por qué el Mossad ha secuestrado a una bondadosa e inocente secretaria que iba camino de París, y que se encuentra retenida en Tel Aviv contra su voluntad. Incluso sabemos en qué casa está cautiva. Ya nos hemos encargado de que fotos sentimentales de la joven sean publicadas en todos los periódicos occidentales, y una madre y hermano desesperados han sido aleccionados durante semanas por una de sus propias empresas de relaciones públicas para el día en que deban enfrentarse a la prensa occidental. Incluso se producirán manifestaciones de Amnistía Internacional ante las embajadas de Israel de todo el mundo.

Scott miró fijamente al general.

—La pobre señorita Saib será liberada al cabo de unos días. Ustedes dos, por otra parte, padecerán una muerte no anunciada, discreta y nada lamentada. Pensar que todos ustedes sacrificaron sus vidas por un trozo de papel. A propósito, profesor, le aliviaré del peso de la Declaración.

Los cuatro soldados avanzaron y lanzaron sus bayonetas hacia la garganta de

Scott, mientras el general le arrebatava el tubo de cartón.

—Logró cambiar el documento en dos minutos, profesor —dijo el general, mientras levantaba la vista hacia el monitor—, pero puedo garantizarle que nuestra intención continúa siendo quemar el original en público el 4 de julio, y estoy seguro de que destruiremos, de paso, la escasa reputación del presidente Clinton. —El general rio—. Como sabe, profesor, hace muchos años que disfruto matando gente, pero sus muertes me proporcionarán un placer muy especial, a causa de la forma tan adecuada en que abandonarán este mundo.

Los soldados rodearon a Scott y Hannah y les obligaron a volver al pasillo corto. El general les siguió. Todos se detuvieron ante la caja fuerte abierta.

—Permítame informarle —dijo el general Hamil— de una estadística que no mencionó, profesor, cuando me proporcionó los datos sobre esta asombrosa hazaña de la ingeniería. Quizá no lo sabía, aunque debo admitir que ha hecho los deberes muy bien. ¿Se ha dado cuenta de que una persona encerrada en una caja fuerte de este tamaño, con una capacidad de ciento cincuenta metros cúbicos, solo podrá sobrevivir seis horas? Aún ignoro el tiempo exacto que aguantarán dos personas que compartan la misma cantidad de oxígeno, pero lo averiguaré en breve plazo.

Sacó un cronómetro del bolsillo, agitó su bastón y los soldados introdujeron a Scott y Hannah en la caja. La sonrisa no abandonó el rostro del general cuando dos soldados cerraron la inmensa puerta. Todas las luces pasaron a rojo.

El general puso en marcha el cronómetro.

Cuando el coche se detuvo, Kratz calculó que habrían, recorrido unos dos kilómetros. Oyó que la puerta se abría y notó un empujón en el brazo, para indicarle que bajara del coche. Subió tres escalones de piedra, entró en un edificio y caminó por un largo pasillo. Sus pasos despertaron ecos en el suelo de madera. Después, le desviaron hacia una habitación situada a su izquierda, donde le empujaron hacia una silla, ataron y amordazaron. Le despojaron de los zapatos y los calcetines. Cuando oyó que la puerta se cerraba, presintió que estaba solo.

Pasó mucho tiempo (no supo cuánto), antes de que la puerta volviera a abrirse. La primera voz que oyó fue la del general Hamil.

—Quítenle la mordaza —dijo.

Kratz oyó que el general paseaba alrededor de la silla, pero al principio no dijo nada. Kratz empezó a concentrarse. Sabía que el efecto de la píldora duraba un máximo de dos horas, y sospechaba que ya habían transcurrido cuarenta o cincuenta minutos desde que había salido de la sede del Ba'ath.

—Coronel Kratz, he tardado bastante en tener el privilegio de conocerle. Hace mucho tiempo que admiro su trabajo. Es usted un perfeccionista.

—Corte el rollo —dijo Kratz—, porque yo no admiro su trabajo.

Esperó el primer bofetón o el puño que se incrustaría en su mandíbula, pero el

general siguió dando vueltas alrededor de la silla.

—No debe sentirse decepcionado —continuó el general—. Estoy seguro, después de todo lo que ha oído sobre nosotros, de que esperaba, como mínimo un par de descargas eléctricas como aperitivo, quizá el tormento chino del agua, incluso el potro, pero me temo, al contrario que el Mossad, coronel, que cuando tratamos con personas de su categoría no utilizamos semejantes métodos. Los consideramos pasados de moda, una reliquia del pasado. Peor aún, no dan resultados. Ustedes los sionistas son duros y están bien entrenados. Pocos hablan, muy pocos. De modo que hemos acudido a métodos más científicos para obtener la información necesaria.

Si aún quedaba una hora, pensó Kratz, había acertado.

—Una simple inyección de PPX procurará que averigüemos todo cuanto necesitamos —siguió el general—, y en cuanto tengamos la información, le mataremos sin más. Un sistema mucho más eficaz que en los viejos tiempos, y mucho más limpio, teniendo en cuenta la preocupación actual por el medio ambiente. Sin embargo, debo confesar que a veces añoro los viejos métodos. Por eso comprenderá que no pudiera resistir la tentación de encerrar a la señorita Kopec y al profesor Bradley en la caja fuerte, sobre todo porque hacía mucho tiempo que no se veían.

Alguien apretó la mano de Kratz contra el respaldo de la silla. Notó unos dedos que buscaban una vena, y cuando clavaron la aguja, se encogió. Empezó a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Estaba a punto de averiguar si los más destacados químicos de Europa habían encontrado el antídoto, tal como afirmaban, para la última droga de la verdad iraquí. El Mossad había seguido el rastro del proveedor en Austria. Cosa curiosa, mucha gente pensaba que en Austria ya no quedaban judíos.

—Treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve...

La droga aún estaba en fase de experimentación, y era necesario probarla fuera de los laboratorios. Si una persona podía conservar el control de sus sentidos, fingiendo al mismo tiempo que se encontraba hipnotizada, sabrían que el antídoto constituía todo un éxito.

—Un minuto, un minuto y un segundo, un minuto y dos segundos, un minuto y tres segundos...

La prueba llegaría cuando le clavarán la segunda aguja, en cualquier parte. Entonces, el engaño consistiría en no demostrar la menor reacción, o el general se daría cuenta al instante de que no habían logrado el efecto deseado. El programa de adiestramiento para esta «prueba real» no era muy popular entre los agentes, y si bien Kratz había experimentado «el pinchazo», como se le conocía popularmente, una vez al mes durante los últimos nueve meses, solo existía una oportunidad en «condiciones ajenas al laboratorio» de descubrir si había pasado la prueba.

... Un minuto y treinta y siete segundos, un minuto y treinta y ocho segundos, un minuto y treinta y nueve segundos...

La inyección debía obrar efecto al cabo de dos minutos, y todos los agentes sabían que el segundo pinchazo se produciría entre los dos y tres minutos, de modo que siguió contando.

—Un minuto y cincuenta y seis segundos, un minuto y cincuenta y siete segundos...

Relájate, llegará en cualquier momento. Relájate.

De pronto, la aguja entró y salió del dedo gordo de su pie izquierdo. Kratz dejó de apretar los dientes; incluso mantuvo la respiración constante. Había ganado el Premio Acerico Israelí, Primera Categoría. El Mossad se burlaba de todo.

—... **Y** todo ese tiempo convencida de que estabas muerto.
—No había manera de informarte —dijo Scott.

—Ya no tiene importancia, Simon. Lo siento, me costará acostumbrarme a Scott. Puede que no lo consiga, teniendo en cuenta el tiempo que nos queda.

Scott siguió abrazándola.

—Sé que debería estar histérica —dijo Hannah—, o llorando sin parar, pero no es así. Quizá ocurra más tarde.

—O no —respondió Scott, sin soltarla.

—¿Por qué lo dices?

—Uno de los planes alternativos que Kratz y yo pensamos para el caso de que fuéramos capturados o torturados, pero alguno quedara libre, consistía en que aguantaríamos una hora antes de soltarles el «rollo».

Hannah sabía exactamente a qué se refería el Mossad con el «rollo», pero en esta ocasión desconocía los detalles.

—Debo admitir, sin embargo, que nunca habíamos pensado en esta variante —dijo Scott—. Todo lo contrario, de hecho. Pensamos que si lográbamos convencerles de que teníamos otros motivos para traer la caja a Bagdad, evacuarían de inmediato el edificio y despejarían la zona circundante.

—¿Y qué se conseguiría con eso?

—Confiábamos en que, una vez desierto el edificio, aun en el caso de haber sido capturados, los demás agentes que habían cruzado la frontera un día antes que nosotros tendrían una hora de tiempo para entrar en la Cámara del Consejo y coger la Declaración.

—Pero los iraquíes se habrían llevado el documento.

—No necesariamente. Nuestro plan consistía en decirles qué ocurriría exactamente si otra persona que no fuera yo cerrara la caja. Pensamos que les asustaríamos y que huirían en desbandada.

—Y Kratz sacó la paja más corta.

—Sí —dijo Scott en voz baja—. Su plan ya no importa ahora, después de que fui lo bastante estúpido como para entregar la Declaración a Hamil. Tendremos que utilizar el tiempo para salir, no para entrar.

—No se la entregaste. La Declaración sigue en la pared de la Cámara.

—Me temo que no. Hamil tenía razón. Cambié las copias después de disparar la alarma. Terminé dando el original Hamil.

—No. Porque creíste cambiar el original engañaste a Hamil tanto como a ti.

—¿De qué estás hablando?

—Yo soy la responsable. Encontré el tubo de cartón en la caja y cambié los dos documentos, pensando que podría salir del edificio y pasar un mensaje a Kratz para

avisarle de lo que había hecho. El problema fue que tú y el general Hamil llegasteis justo cuando yo estaba a punto de irme. Por lo tanto, cuando te encerraste en la Cámara, volviste a poner el original en la pared, y luego le diste la copia a Hamil.

Scott volvió a estrecharla entre sus brazos.

—Eres un genio —dijo.

—No, de modo que revélame el secreto de lo que habías pensado para esta eventualidad. Para empezar, ¿cómo salimos de una caja fuerte cerrada?

—Eso es lo bueno. No está cerrada. Está programada para que solo yo pueda abrirla y cerrarla.

—¿A quién se le ocurrió esa maravilla?

—A un sueco que estaría encantado de ocupar nuestro lugar, pero que vive en Kalmar. Lo primero que debo hacer es descubrir cuál de las paredes es la puerta.

—Sencillo. Tiene que estar justo delante de mí, porque estoy sentada bajo el retrato de Saddam, ¿recuerdas?

Scott y Hannah reptaron a cuatro patas hasta el otro lado de la caja.

—Ahora, nos desviaremos a la esquina derecha —dijo Scott—, para que cuando empujemos nos resulte más fácil.

Hannah asintió, y entonces recordó que no podían verse.

—Sí —dijo.

Scott consultó la esfera luminosa de su reloj.

—Pero aún no —advirtió—. Tendremos que conceder a Kratz un poco más de tiempo.

—¿Lo bastante para decirme cuál es el «rollo»? —preguntó Hannah.

—Bien —dijo el general, cuando Kratz no reaccionó al segundo pinchazo—. Ahora, averiguaremos todo lo que necesitamos saber. Para empezar, unas preguntas sencillas. ¿Su rango en el Mossad?

—Coronel —dijo Kratz. El secreto consistía en revelarles los secretos que ya debían saber.

—¿Su número de admisión?

—78 216.

En caso de duda, dar por sentado que lo saben, para no ser descubierto.

—¿Su cargo oficial?

—Consejero de Asuntos Culturales ante la Corte de St. James, Londres.

Están permitidas tres mentiras a modo de prueba y una «bola», pero nada más.

—¿Cuáles son los nombres de sus tres colegas que le acompañan en esta misión?

—El profesor Scott Bradley, un experto en manuscritos antiguos (la primera mentira experimental), Ben Cohen, y Aziz Zeebari.

La verdad.

—¿Cuál es el rango de la chica, Hannah Kopec, en el Mossad?

—Aún se encuentra en período de adiestramiento.

—¿Desde cuándo es miembro del Mossad?

—Algo más de dos años.

—¿Su papel?

—Infiltrarse en Bagdad para descubrir dónde estaba la Declaración de Independencia.

Segunda mentira.

—Lo está haciendo muy bien, coronel —dijo el general, mientras contemplaba el largo y delgado tubo de plástico que sostenía en la mano derecha—. ¿Y era esta toda su responsabilidad como oficial en jefe de la chica?

—No. Yo solo debía acompañar la caja desde Kalmar. La tercera mentira.

—¿Y eso solo era una excusa para localizar la Declaración de Independencia?

Kratz vaciló. Los expertos habían logrado demostrar que, incluso bajo los efectos de una droga, los agentes muy entrenados vacilaban cuando se les interrogaba acerca de un secreto que jamás habían revelado.

—¿Cuál era el verdadero propósito de que trajera la caja a Bagdad, coronel?

Kratz siguió en silencio.

—Coronel Kratz —dijo el general, en voz cada vez más alta—, ¿cuál era el auténtico motivo de que trajera la caja a Bagdad?

Kratz contó hasta tres antes de hablar.

—Volar la sede del Partido Ba'ath con un miniartilugio nuclear oculto en la caja, con la esperanza de matar al presidente y a todos los miembros del Consejo Supremo de la Revolución.

La «bola».

Kratz habría dado cualquier cosa por ver la cara del general. Ahora, fue Hamil quien vaciló.

—¿Cómo iba a activarse la bomba? Kratz no contestó.

—Se lo preguntaré una vez más, coronel. ¿Cómo iba a ser activada la bomba?

Kratz continuó en silencio.

—¿Cuándo estallará? —aulló el general.

—Dos horas después de que otra persona que no sea el profesor cierre la caja.

El general consultó su reloj, se precipitó sobre el único teléfono de la habitación y gritó que le pasaran de inmediato con el presidente. Esperó hasta oír la voz de Saddam. No se dio cuenta de que Kratz había caído al suelo, inconsciente.

Scott se acomodó en la esquina y volvió a consultar los puntos de sulfuro del reloj. Las cinco y diecinueve. Hannah y él llevaban en la caja una hora y diecisiete minutos.

—Voy a empujar. Si oyes algo, empuja con todas tus fuerzas. Si hay alguien ahí afuera, nuestra única esperanza es pillarle por sorpresa.

Scott imprimió la mínima presión a la esquina de la puerta con las yemas de los

dedos, y la abrió unos centímetros. Se detuvo para escuchar, pero no oyó nada. Miró por la rendija y no vio nada. Empujó un poco más. Ningún ruido. Ahora, los dos podían ver el pasillo. Scott miró a Hannah y asintió. Los dos empujaron a la vez. La tonelada de acero se abrió. Ambos saltaron al pasillo, pero no había nadie. Reinaba un silencio siniestro.

Scott y Hannah recorrieron lentamente el corto pasillo, pegados a la pared, hasta llegar a la Cámara. Ni el menor ruido. Scott puso un pie dentro de la Cámara y miró a su izquierda. La Declaración de Independencia seguía clavada en la pared, junto al retrato de Saddam.

Hannah se deslizó en silencio hasta el otro extremo de la Cámara y echó un vistazo al pasillo largo. Miró a Scott y cabeceó. Scott comprobó la ortografía de «británicos» y profirió un silencioso aleluya. Sacó tres clavos, deslizó la Declaración por el cuarto y trató de olvidar que había escupido y restregado por el polvo un tesoro nacional. Dirigió una última mirada a Saddam, enrolló el pergamino y se reunió con Hannah en el pasillo.

Hannah caminó pegada a la pared y señaló al ascensor. Hizo un movimiento horizontal con el dedo sobre su garganta, para indicar a Scott que debían desecharlo y utilizar la escalera. El profesor cabeceó y la siguió por la puerta lateral.

Subieron a toda prisa y en silencio los seis tramos de escalera, hasta llegar a la planta baja. Hannah guio a Scott hacia la habitación donde las limpiadoras recogían sus cajas. Ya había llegado a la ventana del fondo y estaba de rodillas antes de que Scott cerrara la puerta. Los dos contemplaron una desierta plaza de la Victoria. No se veía a nadie en ninguna dirección.

—Dios bendiga a Kratz —dijo Scott.

Hannah asintió e indicó que la siguiera de nuevo. Regresaron al pasillo y corrieron hacia la puerta lateral. Scott la abrió y salió al pavimento. La joven se reunió con él un segundo más tarde.

Scott señaló un grupo de palmeras que se alzaban a mitad del patio, y Hannah volvió a cabecear. Recorrieron los veinte metros en menos de tres segundos. Scott se volvió para mirar hacia el edificio y vio el camión parado junto al muro. Dio por sentado que, a causa del pánico, lo habían olvidado.

Palmeó el hombro de Hannah e indicó por señas que quería regresar al edificio. Volvieron sobre sus pasos a toda prisa y se agacharon detrás de la puerta. Scott guio a Hannah hacia el pasillo principal, donde encontraron la puerta colgando de sus goznes. Miró por la rendija, señaló al camión y le explicó por señas lo que debían hacer. Una vez más, corrieron por el pavimento, como en reacción a un disparo de salida.

Scott saltó detrás del volante y Hannah llegó por el otro lado.

—¿Dónde coño...? —Fue lo primero que dijo Scott cuando descubrió la ausencia de la llave de encendido. Registraron frenéticamente la guantera, el tablero de instrumentos, los asientos—. Los muy bastardos se habrán llevado la llave.

—¡Cuidado, Simon! —gritó Hannah. Scott se volvió y vio que una figura saltaba sobre la plataforma.

Hannah se dispuso a atacar al intruso, pero Scott se lo impidió.

—Buenas tardes, señorita —dijo el desconocido—. Lamento no haberme presentado como es debido —añadió, antes de volverse hacia Scott—. Apártese, profesor —dijo, mientras introducía la llave de encendido—. Quedamos en que yo conduciría, ¿recuerda?

—¿Qué demonios está haciendo aquí, sargento? —preguntó Scott.

—Eso es lo que yo llamo una auténtica bienvenida norteamericana —contestó Cohen—, pero le diré, para responder a su pregunta, que solo estaba obedeciendo órdenes. Me dijeron que si usted salía por esa puerta con un tubo de cartón en la mano, debía regresar aquí y salir cagando leches, pero bajo ninguna circunstancia debía permitirle que se desviara hacia el ministerio de Asuntos Exteriores. Por cierto, ¿dónde está el tubo?

—¡Cuidado! —gritó de nuevo Hannah, cuando vio que un árabe se acercaba corriendo por el otro lado.

—Ese es inofensivo —dijo Cohen—, un inútil total. Ni siquiera conoce la diferencia entre una Coca Light y una Pepsi.

Aziz saltó sobre el estribo.

—Creo que aún nos quedan veinte minutos, profesor —dijo—, antes de que comprendan que no hay ninguna bomba en la caja.

—Larguémonos de aquí —respondió Scott.

—¿Adónde?

—Aziz y yo ya hemos efectuado un reconocimiento, señor.

En cuanto las sirenas se dispararon, supimos que se habían tragado la bola de Kratz, porque les faltaban piernas para correr. Al parecer, aquí la norma es soldados y policías primero. Aziz y yo hemos recorrido el centro de la ciudad durante la última media hora. De hecho, la única persona con quien nos topamos fue uno de nuestros agentes, Dave Feldman. Nos ha revelado la mejor ruta para evitar encontrarnos con los militares.

—No está mal, Cohen —dijo Scott.

Cohen se volvió de repente y miró al profesor.

—No lo hice por usted, señor, sino por el coronel Kratz. En una ocasión me sacó de la cárcel, y es el único oficial que siempre me ha tratado como a un ser humano. Sea lo que sea eso que sostiene en sus manos, profesor, espero que valga el sacrificio de su vida.

—Miles de personas han dado la vida por esto a lo largo de los años —contestó en voz baja Scott—. Es la Declaración de Independencia de Estados Unidos.

—Santo Dios —exclamó Cohen—. ¿Cómo la consiguieron esos bastardos? —Hizo una pausa—. ¿Lo dice en serio?

Scott asintió y desenrolló el pergamino. Cohen y Aziz lo contemplaron con

incredulidad durante varios segundos.

—Bien, profesor, será mejor que le llevemos a casa, ¿no? —dijo Cohen—. Aziz llevará la voz cantante mientras estemos en su tierra.

Saltó de la cabina y el kurdo se sentó al volante. Cohen trepó a la plataforma posterior, cerró la baca del camión y Aziz encendió el motor.

Dieron la vuelta al patio, atravesaron la barrera y salieron a la plaza de la Victoria. Los únicos vehículos que se veían llevaban rato abandonados, y no había nadie en las calles.

—Todo ha sido despejado en cinco kilómetros a la redonda, así que tardaremos en cruzarnos con alguien —explicó Aziz, mientras giraba a la izquierda por la calle Kindi.

El camión alcanzó pronto los noventa kilómetros por hora, una velocidad de la que solo Saddam había disfrutado en aquella avenida.

—Voy a tomar la antigua carretera de Baquba para salir de la ciudad, y atravesaremos las zonas en que existen menos posibilidades de encontrarnos con militares —dijo Aziz, mientras pasaba junto a la fuente que Alí Babá había hecho famosa—. Confío en llegar a la autopista dentro del plazo mágico de las dos horas.

Aziz giró de repente a la derecha. Cambió de marcha sin apenas reducir la velocidad y siguió recorriendo lo que parecía una ciudad fantasma. Scott observó el sol cuando cruzaron un puente sobre el Tigris. Dentro de una hora, más o menos, habría desaparecido detrás de los edificios más altos, y aumentarían sus probabilidades de pasar desapercibidos.

Aziz dejó atrás la universidad Karmel Junblat y se internó en la calle Jamila. No se veía gente por ninguna parte, y Scott pensó que si alguien les veía supondría que formaban parte de una patrulla militar.

Fue Hannah quien vio a la primera persona: un anciano encorvado, sentado en el bordillo de la acera como si nada extraño estuviera pasando. Pasaron delante de él a noventa kilómetros por hora, pero ni siquiera levantó la vista.

Aziz dobló por la siguiente calle y se encontraron ante una pandilla de jóvenes saqueadores, cargados con televisores y aparatos electrónicos. Se dispersaron en cuanto vieron el camión. En la siguiente esquina había más saqueadores, pero ni rastro de policías o soldados.

Cuando Aziz divisó los primeros uniformes verde oscuros, se desvió rápidamente a la derecha, por una calle lateral que cualquier otro miércoles habría estado abarrotada de peatones, y por la que un vehículo se consideraría afortunado si podía avanzar a más de diez kilómetros por hora. Aziz logró mantener el velocímetro cerca de los ochenta. Giró a la derecha de nuevo, y vieron a los primeros curiosos que se aventuraban a salir a la calle. Cuando llegaron al final de la calle, Aziz pudo entrar en la principal arteria de salida. El tráfico aún era escaso.

Aziz condujo el camión hasta el carril exterior. Miraba por el retrovisor cada pocos segundos y maldecía el límite de setenta y cinco kilómetros por hora.

—Nunca permitas que te detengan por una tontería —le había advertido Kratz miles de veces.

Cuando Aziz encendió sus luces de posición, las esperanzas de Scott se avivaron. Aunque las dos horas ya habrían transcurrido, dudó de que alguien les estuviera buscando todavía, y era cosa sabida que, a cada kilómetro que se alejaban de Bagdad, los ciudadanos eran menos leales a Saddam.

Una vez dejaron atrás el cartel que señalaba el límite de Bagdad, Aziz aumentó la velocidad a noventa kilómetros por hora.

—Dame veinte minutos, Alá. —Rezó—. Dame veinte minutos y les llevaré a Castle Post.

—¿Castle Post? —se extrañó Scott—. No somos una patrulla exploradora piel roja.

Aziz lanzó una carcajada.

—No, profesor, es el emplazamiento de un puesto del ejército británico durante la Primera Guerra Mundial, donde podremos pasar la noche escondidos. Si llego antes de...

Los tres vieron el primer camión del ejército que venía en dirección contraria. Aziz giró a la izquierda, salió a una carretera lateral y se vio obligado a reducir la velocidad de inmediato.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Scott.

—A Khan Beni Saad —respondió Aziz—, el pueblo donde nací. Solo podremos quedarnos una noche, pero a nadie se le ocurrirá buscarnos allí. Mañana, profesor, deberá decidir por cuál de las seis fronteras cruzamos.

El general Hamil llevaba una hora paseando arriba y abajo de su despacho. Hacía rato que habían pasado las dos horas, y empezaba a preguntarse si Kratz le habría tomado el pelo. No se le ocurría cómo.

También empezaba a lamentar haberle matado. Si Kratz siguiera con vida, al menos habría podido apelar al querido y seguro método de la tortura. Ahora, ya nunca podría saber cómo habría reaccionado a su particular técnica de afeitado.

Hamil había ordenado a un reticente teniente y a su pelotón que bajaran al sótano de la sede. El teniente había regresado a toda prisa para informar que la puerta de la caja fuerte estaba abierta de par en par y el camión había desaparecido, al igual que el documento clavado en la pared. El general sonrió. Abrigaba la convicción de encontrarse en posesión de la Declaración auténtica, pero extrajo el pergamino del cilindro y lo dejó sobre el escritorio para examinarlo una vez más. Cuando llegó a la palabra «británicos» se puso blanco, y después, cada vez más púrpura.

Al instante, dio la orden de suspender todos los permisos militares, y encomendó a cinco divisiones de la guardia de elite la búsqueda de los terroristas. Ignoraba cuánta ventaja le llevaban, la distancia recorrida, y en qué dirección.

Sin embargo, sabía que no podían circular mucho tiempo en aquel camión por las carreteras principales, so pena de ser localizados. En cuanto oscureciera, se internarían en el desierto para esconderse y pasar la noche. Pero a la mañana siguiente tendrían que salir a la luz, para intentar cruzar una de las seis fronteras. El general ya había dado la orden de que, si uno solo de los terroristas lograba cruzar cualquiera de las fronteras, los guardias de todos los puestos de aduanas fueran detenidos y encarcelados, tanto si estaban de servicio como si no. Los dos soldados que habían cerrado la puerta de la caja fuerte ya habían sido fusilados por no obedecer sus órdenes, y el mayor encargado de supervisar el traslado de la caja había sido detenido de inmediato. Al menos, la decisión del mayor Saeed de suicidarse había ahorrado a Hamil el engorro de un consejo de guerra: al cabo de una hora, habían encontrado al mayor colgado en su celda. Sin duda alguna, dejar un rollo de cuerda en el suelo, bajo un gancho clavado en el techo, había demostrado ser un acicate muy eficaz. Y en cuanto a los dos jóvenes estudiantes de medicina que se habían responsabilizado de poner las inyecciones, y que habían sido testigos de su conversación con Kratz, corrían ya hacia las fronteras del sur para prestar servicios en un regimiento muy alejado de la elite. Eran unos muchachos de aspecto delicado, pensó el general; les concedía una semana de vida, a lo sumo.

Hamil descolgó el teléfono y marcó un número privado que le comunicaría con palacio. Quería ser el primero en explicar al presidente los acontecimientos de aquella tarde.

Scott siempre había considerado a sus compatriotas una raza hospitalaria, pero jamás había recibido una bienvenida como la dispensada por la familia de Aziz a tres extranjeros.

Khan Beni Saad, el pueblo donde había nacido Aziz, tenía poco más de doscientos cincuenta habitantes, según el último censo, y apenas sobrevivía de los ingresos derivados de vender su pequeña cosecha de naranjas, mandarinas y dátiles a las amas de casa de Kirkuk y Arbil.

El jefe de la tribu, que resultó ser un tío de Aziz, les abrió al instante su casita de piedra para que pudieran utilizar el único baño del pueblo. Las mujeres de la casa (daba la impresión de que había muchas) no pararon de hervir agua hasta que los visitantes quedaron bien limpios.

Cuando Scott salió por fin de la casa del jefe, descubrió que había dispuesto una mesa bajo un bosquecillo de cidros, en los campos de Huwaider. Estaba abarrotada de pescados extraños, carne, frutas y verduras. Temió que cada casa del pueblo hubiera aportado algo.

Bajo una noche clara y estrellada, devoraron la comida recién preparada y bebieron un agua de montaña que, si la embotellaran, los californianos pagarían fortunas por ella.

Sin embargo, Scott no dejaba de pensar que al día siguiente deberían abandonar aquel idílico entorno, y que sobre él recaía la responsabilidad de conseguir cruzar una de las seis fronteras.

Después de servirles café en tazas de diversos tamaños el jefe se levantó para pronunciar un discurso de bienvenida, que Aziz tradujo. Scott le contestó brevemente, y estallaron aplausos antes de que Aziz hubiera podido traducir sus palabras.

—Es algo que tienen en común con nosotros —dijo Hannah, y cogió la mano de Scott—. Admiran la concisión.

El jefe concluyó la velada con una invitación que Scott agradeció, pero fue incapaz de aceptar. Quería que toda su familia abandonara la casa para que los invitados pudieran dormir dentro.

Scott siguió protestando hasta que Aziz se lo explicó.

—Debe acceder, o insultará su hogar al insinuar que no es lo bastante bueno para que ustedes descansen en él. Por cierto, si un invitado deja embarazada a su mujer cuando se aloja en casa de un árabe, este se siente sumamente halagado.

Aziz se encogió de hombros.

Scott pasó despierto casi toda la noche, mirando por la ventana desprovista de cristal, mientras Hannah apenas se removía entre sus brazos. Tras intentar ofrecer al jefe el mayor cumplido posible, la mente de Scott se concentró en el problema de

lograr que el grupo cruzara una de las fronteras, y devolver a Washington sana y salva la Declaración de Independencia.

Cuando el primer rayo de luz reptó sobre la alfombra tejida que cubría la cama, Scott soltó a Hannah y la besó en la frente. Se levantó y descubrió que la pequeña bañera de hojalata ya estaba llena de agua caliente, y las mujeres habían empezado a calentar más cazos sobre un fuego al aire libre.

Después de vestirse, dedicó una hora a estudiar mapas del país, en busca de posibles rutas de acceso a las seis fronteras de Irak. No tardó en desechar Siria e Irán como imposibles, porque los ejércitos de ambos países les aniquilarían alegremente nada más verles. Por otra parte, sospechaba que volver por la frontera de Jordania era demasiado arriesgado. Cuando Hannah se reunió con él, también había desechado la de Arabia Saudí, demasiado vigilada, y ya solo les quedaban cinco rutas y dos fronteras.

Mientras sus anfitriones preparaban el desayuno, Scott y Hannah pasearon por el pueblo cogidos de la mano, como harían dos amantes cualquiera una mañana de verano. Los aldeanos sonrieron, y algunos les dedicaron reverencias. Aunque ninguno podía sostener una conversación con ellos, sus ojos hablaban con tal elocuencia que ambos comprendieron.

Al llegar al límite del pueblo, dieron media vuelta y se encaminaron hacia la casa del jefe. Cohen estaba friendo huevos sobre un fuego al aire libre, y Hannah se detuvo a observar cómo horneaban las mujeres las piezas de pan, redondas y delgadas que, cubiertas de miel, constituían todo un festín. El jefe, sentado de nuevo a la cabecera de la mesa, indicó por señas a Scott que tomara asiento a su lado. Cohen se había acomodado sobre un taburete, y ya estaba a punto de empezar a desayunar, cuando una cabra apareció de repente y le arrebató los huevos del plato. Hannah rio y rompió otro huevo para Cohen, antes de que este pudiera dar su opinión.

Scott distribuyó un poco de miel sobre una pieza de pan caliente, y una mujer colocó ante él una jarra de leche de cabra.

—¿Ya ha decidido qué vamos a hacer, profesor? —preguntó Cohen, en tanto Hannah le servía un segundo huevo frito. Con una sola frase, les había devuelto a la realidad.

Un aldeano se acercó a la mesa, se arrodilló junto al jefe y susurró algo en su oído. Transmitieron el mensaje a Aziz.

—Malas noticias —dijo el árabe—. Los soldados bloquean todas las carreteras que conducen a la autopista principal.

—En ese caso, tendremos que cruzar el desierto —contestó Scott.

Desplegó el mapa y lo extendió sobre la mesa. Las rutas alternativas estaban señaladas mediante una docena de líneas azules. Indicó un sendero que conducía a una carretera por la que llegarían a Khalis.

—Eso no es un sendero —explicó Aziz—. En otro tiempo fue un río, pero se secó hace muchos años. Podríamos recorrerlo a pie, pero tendríamos que dejar el camión.

—No será suficiente abandonar el camión —dijo Scott—. Habrá que destruirlo. Si los soldados de Saddam lo encontraran, arrasaría el pueblo y exterminaría a sus habitantes.

El jefe compuso una expresión de perplejidad cuando Aziz tradujo las palabras de Scott. El viejo se frotó la barbilla sin afeitarse y sonrió, mientras Hannah y Scott escuchaban su opinión, incapaces de entender una palabra.

—Mi tío dice que deben coger su coche —tradujo Aziz—. Es viejo, pero cree que aún tira bien.

—Muy amable —respondió Scott—, pero si no podemos atravesar el desierto en camión, ¿cómo vamos a hacerlo en un coche?

—Comprende su problema. Dice que deben llevarse el coche pieza a pieza, y su gente lo transportará durante los treinta kilómetros de desierto, hasta llegar a la carretera de Khalis. Entonces, lo volverán a ensamblar.

—No podemos aceptar su magnánima oferta. Caminaremos y encontraremos algún medio de transporte cuando lleguemos a Huwaider.

Señaló en dirección al primer pueblo de la carretera. Aziz volvió a traducir; su tío pareció entristecerse y murmuró unas palabras.

—Dice que en realidad no es su coche; era de su hermano. Ahora, me pertenece a mí.

Por primera vez, Scott comprendió que el padre de Aziz había sido el jefe del pueblo, y que su tío estaba ansioso de arriesgar su vida para que las tropas de Saddam no les capturaran.

—Aunque, pudiéramos montar y desmontar el coche, habrá patrullas del ejército cuando lleguemos a esa carretera —dijo—. A estas alturas, miles de hombres de Hamil nos estarán buscando.

—En esas carreteras, no —replicó Aziz—. El ejército se ceñirá a la autopista. Saben que es nuestra única posibilidad de cruzar la frontera. No, nuestro primer problema se presentará cuando lleguemos al control de Khalis. —Movié el dedo sobre el mapa—. Como mínimo, habrá un par de soldados de guardia.

Scott estudió las diferentes rutas, mientras Aziz escuchaba a su tío.

—¿Y podríamos llegar hasta Tuz Khurmatoo sin necesidad de utilizar la autopista? —preguntó Scott, sin apartar la vista del mapa.

—Sí. Existe una ruta más larga, por las colinas, que el ejército nunca tendría en cuenta, pues corre el riesgo de ser atacado por peshmergas^[10], debido a la cercanía de la frontera kurda. Una vez hayamos dejado atrás Tuz Khurmatoo, la autopista principal solo dista cinco kilómetros, aunque todavía nos separan unos setenta de la frontera.

Scott sostuvo la cabeza entre las manos y guardó silencio unos instantes.

—Por lo tanto, si elegimos esa ruta, cruzaríamos la frontera por Kirkuk —dijo por fin—. No sé lo que es peor.

El jefe señaló repetidamente el nombre de Kirkuk en el mapa, mientras hablaba

acaloradamente con su sobrino.

—Mi tío dice que Kirkuk es nuestra mejor posibilidad. La mayoría de los habitantes son kurdos y odian a Saddam Hussein. Se sabe que soldados iraquíes han desertado para convertirse en *peshmergas*.

—¿Cómo sabrán de qué lado estamos? —preguntó Scott.

—Mi tío enviará un mensaje a los *peshmergas*, y cuando lleguemos a la frontera harán lo que puedan por ayudarnos. No es una frontera oficial, pero en Kurdistán estaremos a salvo.

—Apuesto por los kurdos —intervino Hannah—, sobre todo si creen que nuestra verdadera misión era asesinar a Saddam.

—Podría funcionar, señor —dijo Cohen—. Si el coche funciona, quiero decir.

—Usted es el mecánico, Cohen, de modo que usted tiene la última palabra.

En cuanto Aziz tradujo las palabras de Scott, el jefe se puso en pie y les guio hacia la parte posterior de su casa. Se detuvo ante un largo objeto rectangular cubierto por una sábana negra. Aziz y él la levantaron... Scott no dio crédito a sus ojos.

—¿Un Cadillac rosa?

—Un clásico Sedan de Ville de 1955, para ser preciso, señor —dijo Cohen, y se frotó las manos de placer.

Abrió la larga y pesada puerta y se sentó detrás del gigantesco volante. Tiró de una palanca situada bajo el tablero de instrumentos y el capó se abrió. Salió, levantó el capó y examinó el motor unos minutos.

—No está mal —dijo—. Si consigo quitar algunas piezas del camión, le entregaré un coche de carreras dentro de un par de horas.

—Si queremos cruzar la frontera esta noche, solo le concedo una hora —comentó Scott, consultando su reloj.

Scott y Hannah volvieron a la casa y se concentraron de nuevo en el mapa. La carretera recomendada por Aziz estaba unos treinta kilómetros, pero el terreno era difícil, aunque no fueran cargados.

—Podríamos tardar horas —dijo Scott.

—¿Cuál es la alternativa, si no podemos utilizar la autopista? —preguntó Hannah.

Mientras Scott y ella continuaban estudiando la ruta y Cohen trabajaba en el coche, Aziz reunió a los treinta hombres más fuertes del pueblo. Pasados unos minutos de la hora acordada, Cohen reapareció en la casa, con las manos, los brazos, la cara y el pelo cubierto de grasa.

—Preparado para ser desmontado, profesor.

—Buen trabajo, pero antes hemos de deshacernos del camión.

Scott se levantó de la mesa.

—Eso no será posible, señor —respondió Cohen—, sobre todo ahora, que he quitado dos o tres piezas fundamentales del motor. El Cadillac podrá superar los ciento cincuenta kilómetros por hora —añadió, con expresión de orgullo—. En tercera.

Scott rio y salió en busca del jefe, acompañado por Aziz. Explicó una vez más el problema.

Esta vez, la cara del jefe no demostró angustia. Aziz tradujo sus pensamientos.

—«No temas, amigo, —dice—. Mientras atravesáis el desierto, nosotros desmontaremos el camión y enterraremos las piezas en un lugar que los soldados de Saddam no descubrirían ni en mil años».

Scott no estaba muy convencido, pero Aziz cabeceó para demostrar su aprobación. Sin esperar la respuesta de Scott, el jefe guio a su sobrino hasta la parte posterior de la casa, donde Cohen supervisaba el desguace del Cadillac y la distribución de sus partes entre los treinta seleccionados.

Cuatro hombres cargarían el motor sobre unas parihuelas improvisadas, y otros seis cargarían a hombros su cuerpo cromado, como si fuera un féretro. Cuatro más transportarían las ruedas con su neumático de reborde blanco, y otros cuatro se encargarían del chasis. Dos se adjudicaron el asiento delantero de piel roja y blanca, otros dos el asiento posterior, y uno el tablero de instrumentos. Cohen siguió distribuyendo las restantes piezas del Cadillac hasta llegar al final de la fila, donde la responsabilidad de llevar dos bidones de gasolina y una caja de herramientas recayó sobre tres niños que no aparentaban más de diez u once años. Solo dejarían el techo.

El tío de Aziz precedió a los aldeanos hasta la última casa del pueblo, para presenciar el inicio del peligroso viaje de sus invitados.

Scott estrechó la mano del jefe, pero no encontró las palabras apropiadas para darle las gracias. «Lláname la próxima vez que pase por New Haven», habría dicho a un norteamericano.

—Volveré en mejores tiempos —dijo al anciano, y Aziz tradujo.

—Mi pueblo aguarda ese día.

Scott se volvió hacia Cohen, que conducía a su insólito pelotón hacia un viaje en apariencia interminable, brújula en mano. Cogió uno de los bidones al niño más pequeño y señaló hacia el pueblo, pero el pequeño meneó la cabeza y se apoderó de la bolsa de lona de Scott.

¿Alguna vez revelaría la historia aquel método tan peculiar de transportar la Declaración de Independencia?, pensó Scott.

—¡Adelante! —gritó Cohen.

El general Hamil seguía dando vueltas a su despacho, mientras esperaba la llamada telefónica.

Cuando Saddam fue informado sobre la incompetencia del mayor Saeed, solo lamentó no poder matarle con sus propias manos.

La única orden que había dado al general consistía en que se transmitiera un mensaje cada hora por las emisoras estatales de radio y televisión, anunciando que un atentado contra su vida había fracasado, pero que los terroristas sionistas habían

escapado. Se proporcionarían descripciones completas de los presuntos asesinos, y se solicitaba a los queridos compatriotas que ayudaran a capturar a los infieles.

Si el caso no fuera tan urgente, el general habría desaconsejado pregonar tal información, pues casi todos quienes se toparan con los terroristas querrían ayudarles, o hacer la vista gorda, como mínimo. El único consejo que había dado a su líder se refería a ofrecer una generosa recompensa por su captura. Había descubierto que el egoísmo bien acicateado solía acabar con todos los escrúpulos.

El general se detuvo frente a un mapa clavado en la pared detrás de su escritorio, y que ocultaba temporalmente un retrato de Saddam. Sus ojos recorrieron las numerosas líneas rojas que serpenteaban entre Bagdad y las fronteras de Irak. Había cientos de pueblos a cada lado de cada carretera, y el general era amargamente consciente de que casi todos darían cobijo de buena gana a los fugitivos.

Y entonces, recordó uno de los nombres que Kratz le había proporcionado. Aziz Zeebari... Un nombre bastante vulgar, pero que le había atormentado toda la mañana.

—Aziz Zeebari... Aziz Zeebari... Aziz Zeebari... —repetía. Y de repente, recordó. Había ejecutado a un hombre que se llamaba igual siete años antes, implicado en un golpe de estado fallido. ¿Podría ser el padre del traidor?

Los porteadores se detenían cada quince minutos para descansar, intercambiar la carga y poner a prueba músculos todavía vírgenes. Recorrieron tres kilómetros durante la primera hora, y bebieron entre todos mucha más agua de la que habría consumido un coche.

Cuando Scott consultó su reloj a mediodía, calculó que solo habían cubierto algo más de dos tercios de la distancia hasta la carretera; ya hacía rato que el pueblo se había perdido de vista, pero aún no se distinguían señales de vida en el horizonte. El sol fue descendiendo a medida que continuaban el viaje. El ritmo aminoraba a cada kilómetro.

Fueron los ojos de un niño de diez años los primeros en percibir movimiento. Corrió hacia delante y señaló. Al principio, Scott no vio nada, y pasaron cuarenta minutos antes de que pudiera distinguir la carretera polvorienta. La perspectiva puso alas en sus pies.

Cuando llegaron al borde de la carretera, Aziz ordenó que dejaran con suavidad en el suelo las piezas del coche, y una niña, en la que Scott aún no había reparado, distribuyó pan, queso de cabra y agua mientras descansaban.

Cohen fue el primero en levantarse y caminar entre su pelotón, con el fin de examinar las diversas piezas. Cuando volvió hacia el chasis, todos estaban impacientes por montar el coche.

Scott se sentó en el suelo y vio cómo los treinta mecánicos inexpertos, bajo la dirección del sargento Cohen, iban montando el viejo Cadillac pieza a pieza. Cuando hubieron atornillado la última rueda, Scott se vio obligado a admitir que parecía un

coche, pero se preguntó si el anciano veterano arrancaría siquiera.

Todos los aldeanos rodearon el enorme automóvil rosa cuando Cohen se sentó al volante.

Aziz esperó a que los niños vertieran la última gota de gasolina en el depósito. Entonces, enroscó la gran tapa de acero y gritó:

—¡Adelante!

Cohen dio vuelta a la llave de encendido.

El motor rodó poco a poco, pero fracasó. Cohen saltó del coche, alzó el capó y pidió a Aziz que ocupara su puesto. Ajustó un poco la correa del ventilador, examinó el distribuidor y eliminó los últimos granos de arena de las bujías, para luego enroscarlas al máximo. Asomó la cabeza por debajo del capó.

—Prueba, kurdo.

Aziz dio vuelta a la llave y aplastó el acelerador. El motor giró con más rapidez, pero no quiso continuar. Sesenta ojos contemplaron lo que ocultaba el capó, pero nadie se atrevió a dar ningún consejo mientras Cohen dedicaba varios minutos más a investigar el distribuidor.

—¡Otra vez, y dale más caña! —gritó.

Aziz volvió a encender el motor. El quejido asmático se convirtió en una tos, y por fin en un rugido cuando Aziz pisó el acelerador, un estruendo solo superado por los vítores de los aldeanos.

Cohen sustituyó a Aziz y puso la primera, pero el coche se negó a moverse, mientras se hundía más y más en la arena. Cohen apagó el motor y saltó fuera. Sesenta manos mecieron el coche atrás y adelante, y después, con un fuerte empujón, se liberó de su trampa. Los aldeanos empujaron otros veinte metros, y luego esperaron la siguiente orden del sargento.

Cohen llamó a la niña que había distribuido la comida. Avanzó con timidez, y Cohen la introdujo en el coche. Por señas, le indicó que se arrodillara junto al pedal del acelerador y apretara. Sin entrar en el coche, Cohen se inclinó, comprobó que el cambio de marchas estaba en punto muerto y encendió el motor. La niña siguió apretando el acelerador con ambas manos, y el motor se puso en acción. La niña se puso a llorar cuando los gritos de los aldeanos aumentaron de intensidad. Cohen la depositó sobre la arena y llamó a Aziz.

—Pesas la mitad que yo, colegui, así que entra, pon la primera y procura recorrer cien metros. Si lo consigues, todos subiremos. Si no puedes, tendremos que empujar el jodido trasto hasta la frontera.

Aziz subió con cautela al Cadillac. Se sentó en el borde del asiento de piel, puso la primera con suma delicadeza y pisó el acelerador. El coche avanzó poco a poco, y los aldeanos lanzaron nuevos vítores cuando Scott, Hannah y Cohen corrieron a su lado.

Hannah abrió la puerta del pasajero, empujó el asiento hacia delante y saltó a la parte posterior, mientras el coche proseguía su lenta progresión. Cohen saltó tras ella.

—¡Segunda! —gritó.

Aziz manipuló el cambio. El coche dio un brinco.

—¡Esa es la tercera, kurdo estúpido! —aulló Cohen.

Se volvió y vio que Scott corría casi sin aliento. Mantuvo abierta la puerta para que Scott tirara su bolsa en el asiento trasero. Scott saltó al interior y Cohen le agarró por los hombros. La cabeza de Scott aterrizó sobre el regazo de Aziz, pero aunque el kurdo perdió un momento el control del vehículo, consiguió enderezarlo sobre la extensión de arena más firme.

—Ahora entiendo por qué no hay patrullas del ejército en esta carretera. —Fue el único comentario de Scott.

Aziz continuó conduciendo el coche en zigzag para evitar los montículos de arena que se alzaban sobre la carretera. Scott se volvió y vio que los aldeanos agitaban las manos frenéticamente. Consideró inadecuado devolverles el saludo, después de todo lo había hecho. No les había dado las gracias, ni siquiera se había despedido de ellos.

Los aldeanos no se movieron hasta que el coche se perdió de vista.

El general Hamil giró sobre sus talones, irritado por el hecho de que alguien entrara sin llamar en su despacho. Su ayudante de campo se detuvo ante el escritorio. Temblaba, muy consciente del error que había cometido. El general levantó su bastón, y ya iba a descargarlo sobre la cara del joven oficial, cuando este barbotó:

—Hemos descubierto el pueblo donde nació el traidor Aziz Zeebari, general.

Hamil bajó poco a poco el bastón, hasta apoyarlo sobre el hombro derecho del oficial. La punta se elevó y quedó inmóvil muy cerca de su ojo derecho.

—¿Dónde?

—Khan Beni Saad —respondió el joven, aterrorizado.

—Enséñemelo.

El teniente corrió hacia el mapa, lo estudió unos segundos y apoyó el dedo sobre el pueblo, situado a unos quince kilómetros al noreste de Bagdad.

El general Hamil contempló el punto y sonrió por primera vez aquel día. Volvió al escritorio, descolgó el teléfono y ladró una orden.

Al cabo de una hora, cientos de soldados invadieron el pueblecito.

Aunque Khan Beni Saad solo tenía doscientos cincuenta habitantes, el general confiaba en que alguien hablaría, por joven que fuera.

Aziz consiguió mantener la velocidad fija de cuarenta y cinco kilómetros por hora, mientras Scott intentaba localizar en el mapa dónde estaban. No lo logró hasta pasada una hora, cuando circularon ante un tosco cartel tirado en la carretera que indicaba: «Khalis 25 Km».

—Siga —dijo Scott—, pero tendremos que parar a unos tres kilómetros del

pueblo para pensar en una forma de pasar el control.

La confianza de Scott en la opinión del jefe del poblado, en el sentido de que no encontrarían vehículos del ejército en aquella carretera, crecía a cada kilómetro de carretera desierta que dejaban atrás. Continuó estudiando el mapa, ya seguro de qué ruta deberían tomar si querían cruzar la frontera antes de que terminara, el día.

—¿Qué haremos cuando lleguemos al control? —preguntó Cohen.

—Quizá sea más fácil de lo que pensamos —dijo Scott—. No olvide que están buscando a cuatro personas que viajan en un gigantesco camión del ejército.

—Pero somos cuatro personas.

—Cuando lleguemos al control, ya no lo seremos —explicó Scott—, porque usted y yo iremos en el maletero para entonces.

Cohen frunció el ceño.

—Menos mal que es un Cadillac —dijo Aziz, y sonrió, sin reducir la velocidad.

—Quizá debería conducir yo ahora —dijo Cohen.

—Aquí no —repuso Scott—. Mientras viajemos por estas carreteras, conducirá Aziz.

Fue Hannah quien la vio primero.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —dijo, y señaló a una mujer que había saltado al centro de la carretera y agitaba los brazos sin cesar.

Scott se sujetó al reborde de la ventanilla, en tanto Cohen se inclinaba hacia delante para ver mejor.

—No pare —aconsejó Scott—. Esquívela, si es necesario. De pronto, Aziz estalló en carcajadas.

—¿Cuál es el chiste, kurdo? —preguntó Cohen, sin apartar los ojos de la mujer, que seguía parada en el centro de la carretera.

—Es mi prima Jasmin.

—¿Otra prima? —se extrañó Hannah.

—En mi tribu, todos somos primos.

Aziz frenó el coche ante la joven: Saltó del coche y la abrazó, mientras los demás les rodeaban.

—No está mal —comentó Cohen, cuando por fin fue presentado a la prima Jasmin, que había estrechado la mano de Scott y Hannah sin dejar de hablar.

—¿Qué está farfullando? —preguntó Cohen, antes de que Aziz pudiera traducir las palabras de su prima.

—Por lo visto, el profesor tenía razón. Los soldados tienen la orden de buscar un camión del ejército conducido por cuatro terroristas, pero su tío ya se ha puesto en contacto con ella esta mañana para avisarla de que íbamos en un Cadillac.

—Será muy peligroso intentar pasar el control.

—Peligroso —convino Aziz—, pero no muy peligroso. Jasmin pasa ese control dos veces al día, para vender naranjas, mandarinas y dátiles de nuestro pueblo. Los soldados la conocen bien, y también el Cadillac de mi tío. Mi tío dice que ella debe ir

en el Cadillac cuando pasemos el control. Así no despertaremos sospechas.

—¿Y si deciden registrar el maletero?

—En ese caso, no recibirán su ración diaria de cigarrillos, o fruta para sus familias, ¿verdad? Están seguros de que pasamos algo de contrabando.

Jasmin se puso a parlotear de nuevo, y Aziz la escuchó con atención.

—Dice que todos ustedes deben esconderse en el maletero, antes de que pase alguien y nos vea.

—Sigue siendo muy peligroso, profesor —insistió Cohen.

—También lo es para Jasmin —dijo Scott—, y no se me ocurre otra solución.

Dobló el mapa, se acercó a la parte posterior del vehículo, abrió el maletero y se metió dentro. Hannah y Cohen le imitaron sin rechistar.

—No es tan cómodo como la caja fuerte —observó Hannah, mientras enlazaba a Scott entre sus brazos. Aziz encajó la bolsa entre ella y Cohen. Hannah rio.

—Un golpe en el costado de la puerta significará que voy a detenerme en el puesto de control —explicó Aziz.

Cerró con fuerza el maletero. Jasmin cogió las bolsas que había dejado en la cuneta y se sentó al lado de su primo.

Las tres personas ocultas en el maletero oyeron que el motor cobraba vida e iniciaba el recorrido de los últimos kilómetros que les separaban de Khalis. Jasmin aprovechó el tiempo para informar a Aziz sobre la rutina que se repetía cada vez que cruzaba el control.

Primero, colgaron al jefe. Después, a sus hermanos, uno por uno, delante de todo el pueblo, pero nadie dijo una palabra. Entonces, se dedicaron a sus sobrinos, hasta que una niña de doce años, que esperaba salvar así la vida de su padre, les habló de los extranjeros que habían pernoctado en la casa del jefe.

Prometieron a la niña que su padre se salvaría si les contaba todo cuanto sabía. Señaló al desierto para indicarles dónde habían enterrado el camión. Después de cavar veinte minutos, los soldados confirmaron que les había dicho la verdad.

Se pusieron en contacto con el general Hamil mediante el teléfono de campaña. Le costó creer que treinta miembros de la tribu de Zeebari hubieran desmontado el Cadillac y cargado las piezas por el desierto.

—Oh, sí —dijo la niña—. Sé que es verdad porque mi hermano cargó una rueda hasta la carretera que hay al otro lado del desierto —declaró, y apuntó con orgullo hacia el horizonte.

El general Hamil escuchó con atención, y después ordenó que colgaran al padre y al hermano de la niña.

Devolvió su atención hacia el mapa de la pared y pronto localizó la única ruta que podían haber tomado. Sus ojos siguieron el sendero que cruzaba el desierto hasta desembocar en otra carretera sinuosa, y luego dedujo la ciudad por la que deberían pasar.

Consultó el reloj de su escritorio: las cuatro y treinta y nueve minutos.

—Póngame con el puesto de control de Khalis —ordenó al joven teniente.

Aziz vio a lo lejos que un soldado inspeccionaba una furgoneta. Jasmin le advirtió que era el puesto de control, y desparramó el contenido de una bolsa entre ellos.

Aziz dio un golpe en el costado de la puerta, con cierto alivio al divisar solo a dos soldados; uno de ellos dormitaba plácidamente en una silla, al otro lado de la carretera.

Cuando el coche se detuvo, Scott oyó risas. Aziz entregó un paquete de Rothmans al guardia.

El soldado estaba a punto de dejarles pasar, cuando el otro se removió como un gato que hubiera pasado horas acostado sobre un radiador. Se levantó, avanzó con parsimonia hacia el coche y lo contempló con admiración, como tantas otras veces. Empezó a dar vueltas a su alrededor. Cuando pasó delante del maletero, le propinó una cariñosa palmada. El maletero se abrió unos centímetros. Scott lo cerró con suavidad, en tanto Jasmin tiraba un cartón de Rothmans al suelo, junto al coche.

El guardia fronterizo se movió con rapidez por primera vez aquel día. Jasmin le dedicó una sonrisa mientras recogía los cigarrillos, y susurró algo en su oído. El

soldado miró a Aziz y se puso a reír, al mismo tiempo que un camión cargado con cajas de cerveza frenaba detrás de ellos.

—Adelante, adelante —gritó el primer soldado, al olfatear una recompensa todavía mayor.

Aziz se apresuró a obedecer y puso la segunda. Cohen casi salió disparado del maletero.

—¿Qué le has dicho a ese soldado? —preguntó Aziz, cuando se hubieron alejado.

—Le dije que eras marica, pero que yo volvería sola después.

—¿Es que desprecias la honra de la familia?

—Claro que no, pero ese también es un primo.

Aziz tomó la ruta del sur más larga, que rodeaba la ciudad, siguiendo el consejo de Jasmin. No pudo esquivar todos los baches, y de vez en cuando se oían gruñidos procedentes del maletero. Jasmin señaló un cruce y dijo a Aziz que debía parar allí. Recogió sus bolsas, pero dejó un poco de fruta en el asiento. Aziz paró junto a una carretera que conducía al centro de la ciudad. Jasmin bajó, sonrió y agitó la mano. Aziz le devolvió el saludo y se preguntó cuándo volvería a ver a su prima.

Siguió conduciendo hasta el extremo de la ciudad, pero no quiso correr el riesgo de dejar salir a sus compañeros, por si alguien les veía.

A unos tres kilómetros de Khalis, Aziz frenó en un cruce con dos letreros. Uno rezaba: «Tuz Khurmatoo 120 Km», y el otro: «Tuz Khurmatoo 170 Km». Miró en ambas direcciones, y luego bajó del coche, abrió el maletero, y los tres pasajeros descendieron. Mientras estiraban las piernas y respiraban hondo, Aziz indicó los postes. Scott no necesitó mirar el mapa para decidir la ruta que debían tomar.

—Hemos de coger la más larga —dijo—, y espero que aún nos crean en el camión.

Hannah cerró el maletero con fuerza, y los cuatro montaron en el coche.

Aziz corrió a sesenta kilómetros por hora en la carretera sinuosa, y sus tres pasajeros se ocultaban cada vez que un vehículo aparecía en el horizonte.

Los cuatro devoraron la fruta que Jasmin había dejado en el asiento.

Cuando pasaron ante un poste que indicaba veinte kilómetros para Tuz Khurmatoo, Scott dijo a Aziz:

—Quiero que pare en las afueras del pueblo y entre solo, para decidir si nos conviene atravesarlo. No olvide que del pueblo a la autopista solo hay cinco kilómetros, y puede haber soldados por todas partes.

—¿Y hasta la frontera kurda? —preguntó Hannah.

—Unos setenta kilómetros.

Scott siguió estudiando el mapa. Aziz condujo durante veinte minutos más, hasta que llegó a la cumbre de una colina y vio el contorno del pueblo recortado en el valle. Pocos momentos después, salió de la carretera y aparcó bajo unos cidros que les protegían del sol y de los ojos curiosos. Aziz escuchó con atención las instrucciones de Scott, bajó del coche y corrió en dirección a Tuz Khurmatoo.

La furia dejó sin palabras al general Hamil cuando el joven teniente le informó que el Cadillac había pasado el puesto de control de Khalis menos de una hora antes, y ningún soldado se había molestado en registrar el maletero.

Tras un mínimo de tortura, uno de ellos había confesado que los terroristas habrían contado con la complicidad de una joven que cruzaba casi cada día el control.

—Nunca más volverá a cruzarlo —se limitó a comentar el general.

La única información que pudieron obtener de ellos se refería a que el conductor del coche era primo de la chica y homosexual. Hamil se preguntó cómo lo habrían averiguado. Una vez más, el general se concentró en el mapa de la pared. Ya había dado orden de que un ejército de helicópteros, camiones, tanques y motos cubrieran cada centímetro de la carretera que comunicaba Khalis con la frontera, pero nadie había informado todavía sobre un Cadillac en la autopista. Se quedó perplejo, pues de haber dado media vuelta habrían ido a parar a los brazos de sus tropas.

Sus ojos escudriñaron todas las rutas entre el puesto de control y la frontera.

—Ah —dijo por fin—. Habrán tomado la carretera de las colinas.

El general siguió con el dedo una fina línea roja que desembocaba en la autopista principal.

—De modo que estáis ahí —dijo, y procedió a vociferar nuevas órdenes.

—Un kurdo se dirige hacia nosotros, señor —anunció Cohen, antes de que hubiera pasado una hora.

Aziz subía corriendo la pendiente sin dejar de sonreír. Había estado en Tuz Khurmatoo y la normalidad reinaba en el pueblo, pero la radio gubernamental alertaba sobre la presencia de cuatro terroristas que habían intentado asesinar al Gran Líder, y las carreteras principales estaban plagadas de soldados.

—Tienen buenas descripciones de los cuatro, pero el boletín radiofónico de hace una hora todavía decía que íbamos en el camión.

—Muy bien, Aziz —dijo Scott—. Crucemos el pueblo. Hannah, siéntate delante con Aziz. El sargento y yo nos tenderemos en la parte posterior. Cuando lleguemos al otro lado de Tuz, nos perderemos de vista y continuaremos hacia la frontera cuando oscurezca.

Aziz se sentó al volante y el Cadillac comenzó su lento viaje hacia Tuz.

La calle principal que atravesaba el pueblo debía tener unos trescientos metros de largo y anchura suficiente para dos coches. Hannah contempló las tiendecitas de madera y los hombres que envejecían sentados en peldaños y apoyados contra paredes. Un Cadillac viejo y sucio que atravesara el pueblo lentamente sería la comidilla del día, pensó. Entonces, vio el vehículo al fondo de la calle.

—Un *jeep* se acerca a nosotros —dijo con calma—. Cuatro hombres, uno sentado detrás con lo que parece una ametralladora antiaérea.

—Siga despacio, Aziz —dijo Scott—. Hannah, continúa hablando.

—Se encuentran a unos cien metros de nosotros y empiezan a demostrar interés.

Cohen señaló la bolsa de herramientas y agarró una llave inglesa. Scott escogió una llave de tuercas. Ambos se volvieron poco a poco y quedaron de rodillas.

—El *jeep* ha bloqueado la calle —dijo Hannah—. Tendremos que parar dentro de diez segundos.

—¿Estás segura de que son cuatro? —preguntó Scott.

—Sí. No veo más.

El Cadillac se detuvo.

—El *jeep* está parado a pocos metros de nosotros. Un soldado ha bajado, y otro le sigue. Dos se han quedado en el *jeep*, uno detrás de la ametralladora y el otro al volante. Nosotros nos ocuparemos de los dos primeros. Vosotros, de los otros dos.

—Entendido —dijo Scott.

El primer soldado llegó al lado del conductor cuando el segundo pasaba ante el parachoques situado a la derecha de Hannah. Tanto Aziz como Hannah tenían las manos sobre los apoyabrazos, con las puertas abiertas unos centímetros.

En cuanto Aziz vio que el primer soldado echaba un vistazo a la parte posterior y llevaba la mano a su pistola, abrió la puerta con tal rapidez que el crujido de las rodillas del soldado sonó como un balazo, al tiempo que el hombre se desplomaba en el suelo. Aziz se lanzó sobre él antes de que tuviera tiempo de recuperarse. El segundo soldado corrió hacia Hannah, mientras Scott saltaba del coche. Hannah descargó un golpe sobre su arteria carótida y otro en la base de la columna, impidiéndole desenfundar la pistola. Una bala no le habría matado más rápido. El tercer soldado empezó a disparar desde la parte posterior del *jeep*. Cohen se tiró al suelo, y el cuarto soldado saltó del vehículo y corrió hacia él, sin cesar de disparar. Cohen le arrojó la llave inglesa. El soldado se desvió unos centímetros y se interpuso en la línea de fuego de la ametralladora. Las balas cesaron al instante, pero Cohen ya se había abalanzado sobre su garganta. El soldado se desplomó como aplastado por una tonelada de ladrillos, y su pistola voló sobre la calle. Cohen le propinó un golpe en la yugular y otro en la nuca. El hombre empezó a sufrir espasmos y a retorcerse en el suelo. Cohen dedicó su atención rápidamente al hombre de la ametralladora, que les estaba apuntando. A diez metros de distancia, Cohen no podía alcanzarle de un salto, de modo que se lanzó a un lado del coche, mientras las balas llovían por la puerta abierta, dos de las cuales le alcanzaron en la pierna izquierda. Scott corrió hacia el *jeep* desde el otro lado. Antes de que el soldado pudiera girar la ametralladora hacia él, Scott se plantó de un brinco sobre el *jeep*.

Zumbaban balas por todas partes cuando los dos cayeron en la parte posterior. Scott todavía asía su llave. Se incorporaron al instante, y Scott descargó la llave sobre el cuello del soldado. Este levantó un brazo para aminorar el impacto, pero la rodilla

izquierda de Scott se hundió en su entrepierna. El soldado se derrumbó cuando el segundo golpe de la herramienta le rompió limpiamente el cuello. Quedó tendido en la calle, como un nadador inmovilizado en plena braza. Scott permaneció inmóvil sobre él, como hipnotizado, hasta que Aziz se tiró a sus piernas y le derribó. Scott no paraba de temblar.

—Siempre cuesta la primera vez —comentó el kurdo.

Los cuatro se habían desplegado para espiar la reacción de los transeúntes. Cohen trepó con dificultades al *jeep*, sangrando por la pierna izquierda, y se sentó delante de la ametralladora.

—No dispare hasta que yo se lo diga —gritó Scott, mientras inspeccionaba la calle. No había nadie a la vista.

—¡A tu izquierda! —dijo Hannah.

Scott se volvió y vio a un anciano vestido con un largo *dishdash* blanco y un *keffiyeh* a topos blancos y negros en la cabeza. Un grueso cinturón colgaba flojamente alrededor de su cintura. Caminaba poco a poco hacia ellos, con las manos en alto.

—Los ancianos del pueblo me han enviado porque soy el único que habla inglés —dijo. El hombre temblaba y hablaba a trompicones—. Creemos que ustedes son los terroristas que intentaron matar a Saddam.

Scott no dijo nada.

—Váyanse, por favor. Salgan enseguida de nuestro pueblo. Cojan el *jeep* y nosotros enterraremos a los soldados. De ese modo, nadie sabrá que pasaron por aquí. De lo contrario, Saddam nos matará a todos. Sin dejar a nadie.

—Dígale a su gente que no queremos hacerles daño —respondió Scott.

—Le creo —dijo el viejo—, pero váyanse.

Scott se apresuró a despojar al soldado más alto de su uniforme, mientras Cohen apuntaba al viejo con la ametralladora. Aziz desnudó a los otros tres, mientras Hannah sacaba la bolsa de Scott del Cadillac y saltaba a la parte posterior del *jeep*.

Aziz tiró los uniformes dentro del *jeep* y se puso al volante. El motor todavía estaba en marcha. Retrocedió y describió un semicírculo, al tiempo que Scott se sentaba a su lado. Aziz se dirigió lentamente hacia la salida de Tuz Khurmatoo. Cohen giró la ametralladora en dirección al pueblo, al tiempo que golpeaba su pierna izquierda con el puño.

Scott observó que algunos aldeanos salían a la calle y empezaban a arrastrar a los soldados sin ceremonias. Otro subió al Cadillac e intentó dar marcha atrás para introducirlo en una callejuela. Al cabo de pocos momentos, todos desaparecieron de su vista. Scott inspeccionó la carretera.

—Faltan otros cinco kilómetros para la autopista —dijo Aziz—. ¿Qué quiere que haga?

—Solo tenemos una posibilidad de cruzar esa frontera. De momento, métase en ese bosquecillo. No saldremos a la autopista hasta que sea de noche.

Consultó la hora. Eran las siete y treinta y cinco. Hannah notó que caía sangre sobre su cara. Levantó la vista y vio las profundas heridas de la pierna de Cohen. Rasgó de inmediato su *yashmak* e intentó contener la hemorragia.

—¿Está bien, Cohen? —preguntó Scott, preocupado.

—No peor que cuando me mordió una mujer en Tánger. Aziz se puso a reír.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó Hannah, sin dejar de limpiar la herida.

—Porque fue por culpa suya —explicó Cohen.

Después de que Hannah terminara de vendar las heridas, los cuatro se pusieron los uniformes iraquíes. Mantuvieron fija la vista en la carretera durante una hora, por si aparecían soldados. Algunos campesinos a lomos de mulos, y otros a pie, pasaron en ambas direcciones, pero el único vehículo que vieron fue un viejo tractor que regresaba a su pueblo, concluida la jornada laboral.

A medida que transcurrían los minutos, comprendieron que los aldeanos habían cumplido su promesa y no se habían puesto en contacto con patrullas del ejército.

Cuando Scott ya no pudo ver la carretera que se extendía ante ellos, repasó su plan por última vez. Todos aceptaron que las alternativas eran limitadas.

La frontera más próxima se encontraba a unos setenta kilómetros de distancia, pero Scott ya era consciente del peligro que representaban para cualquier pueblo que atravesaran. Sospechaba que su plan era imperfecto, pero no podían remolonear mucho tiempo en las colinas. Los soldados iraquíes no tardarían en invadir toda la zona.

Scott inspeccionó los uniformes. Mientras continuaran adelante, sería difícil que alguien les identificara en la oscuridad, pero cuando llegaran a la autopista, no podrían detenerse más de unos pocos segundos. Todo dependía de acercarse lo máximo posible a la frontera sin ser localizados.

Cuando Scott dio la orden, Aziz desvió el vehículo hacia la carretera sinuosa en dirección a la autopista, que estaba cinco kilómetros. Cubrió la distancia en cinco minutos, y durante ese tiempo no se cruzaron con ningún vehículo, pero en cuanto llegaron a la autopista, vieron que estaba atestada de camiones, *jeeps*, e incluso tanques, que circulaban en ambas direcciones.

Ninguno pudo ver las dos motos, el tanque y los tres camiones que salieron de la autopista y se dirigieron a toda velocidad por la carretera hacia Tuz Khurmatoo.

Aziz corría tanto como le era posible, mientras Cohen continuaba sentado detrás de la ametralladora. Scott mantenía la vista clavada en la carretera, con la boina calada. Hannah iba sentada al lado de Cohen, inmóvil, con una pistola en la mano. El primer cartel indicaba que faltaban sesenta kilómetros para la frontera. Por un momento, la visión de un pozo de petróleo que seguía bombeando a lo lejos distrajo a Scott. Nadie habló a medida que la distancia a Kirkuk se reducía de cincuenta y cinco a cuarenta y seis, y luego a treinta y dos, pero a cada poste indicador y pozo de petróleo, el tráfico se iba espesando y su velocidad disminuía rápidamente. El único alivio consistía en que ninguna de las patrullas que pasaban manifestaba el menor

interés por el *jeep*.

A los pocos minutos, los soldados de la Guardia Republicana de Saddam invadieron el pueblo. Incluso en la oscuridad, bastaron diez balas y otros tantos minutos para descubrir dónde estaba el Cadillac, y otras treinta balas para localizar las tumbas anónimas de los cuatro soldados muertos.

El general Hamil escuchó al oficial cuando telefoneó para darle los detalles. Se limitó a preguntar la frecuencia de radio del *jeep* destacado en Tuz Khurmatoo a primera hora de la tarde. El general colgó el teléfono, consultó su reloj y tecleó la frecuencia.

El tono se prolongó un rato.

—Aún deben de estar buscando un camión o un Cadillac rosa —decía Scott, cuando el teléfono de la radio sonó. Los cuatro se quedaron petrificados.

—Conteste, Aziz —dijo Scott—. Escuche con atención, y averigüe lo que pueda.

Aziz descolgó el teléfono, escuchó un breve mensaje, y luego dijo en árabe:

—Sí, señor. —Y colgó—. Han encontrado el Cadillac, y ordenan a todos los *jeeps* que se presenten en el puesto del ejército más próximo —explicó.

—Tardarán poco en descubrir que no es uno de sus hombres quien conduce este *jeep* —dijo Hannah.

—Con suerte, aún nos quedan unos veinte minutos —dijo Scott—. ¿Cuánto falta para la frontera?

—Catorce kilómetros —contestó Aziz.

El general sabía que debía ser Zeebari, de lo contrario habría contestado con el código numérico de la Guardia Republicana.

Ahora ya sabía en qué vehículo viajaban, y hacia qué frontera se dirigían. Descolgó el teléfono y ladró otra orden. Dos oficiales le acompañaron cuando salió corriendo del despacho hacia un patio situado en la parte posterior del edificio. Las hélices de su helicóptero personal ya habían empezado a girar lentamente.

Aziz fue el primero en divisar la larga cola de camiones cargados de petróleo que esperaban cruzar la frontera oficiosa. Scott echó un vistazo al carril interior y preguntó a Aziz si podía circular por una faja tan estrecha.

—No es posible, señor —respondió el kurdo—. Acabaremos en la cuneta.

—Entonces, no hay otra alternativa que tirar por en medio, Aziz trasladó el *jeep* al centro de la calzada e intentó desesperadamente mantener la velocidad. De entrada, consiguió desembarazarse de los camiones y esquivar el tráfico que venía en dirección contraria. El primer problema se presentó a seis kilómetros de la frontera, cuando un camión del ejército que se dirigía hacia ellos no quiso apartarse.

—¿Lo saco de la carretera? —preguntó Aziz.

—No —dijo Scott—. Continúe, Aziz, pero prepárese a saltar y ponerse a cubierto entre los camiones. Después, nos reagruparemos.

Cuando Scott estaba a punto de saltar, el camión cruzó la carretera y terminó en la cuneta del otro lado.

—Ahora, todos saben quiénes somos —dijo Scott—. ¿Cuántos kilómetros faltan para la aduana, Aziz?

—Cuatro y medio, cinco a lo sumo.

—Pues pisa a fondo.

De todos modos, era consciente de que Aziz corría lo máximo posible. Habían logrado recorrer un kilómetro en un minuto, cuando un helicóptero se cernió sobre ellos, y un foco barrió toda la autopista. El radioteléfono del *jeep* volvió a sonar.

—Olvídalo —gritó Scott, mientras Aziz intentaba ceñir el *jeep* al centro de la carretera y mantener la velocidad. Pasaron la señal de los tres kilómetros, cuando el helicóptero giró en redondo, seguro de haber localizado a su presa, y el haz del foco cayó sobre el vehículo.

—Un *jeep* se acerca por la retaguardia —dijo Cohen, y se volvió para observarlo.

—Deshágase de él —ordenó Scott.

Cohen obedeció. Lanzó los primeros disparos hacia el parabrisas, y la segunda ráfaga contra los neumáticos, facilitada su tarea por el foco del helicóptero. El *jeep* perseguidor se salió del carril y chocó contra un camión que venía en dirección contraria. Otro lo sustituyó a los pocos segundos. Hannah recargó la pistola en tanto Cohen concentraba su atención en la retaguardia.

—Dos kilómetros —gritó Aziz, esquivando los camiones que circulaban a ambos lados del carril. El helicóptero planeó sobre ellos y empezó a disparar de forma indiscriminada, alcanzando a vehículos que corrían en ambas direcciones.

—No olvide que la mayoría no tiene ni idea de lo que está pasando —recordó Scott.

—Gracias por ayudarme a comprender la lógica de la situación, profesor —respondió Cohen—, pero tengo la sensación de que el helicóptero sí lo sabe.

Cohen disparó sobre el segundo *jeep* en cuanto se puso a su alcance. Esta vez, se limitó a frenar, provocando que el coche de detrás se incrustara en su parte posterior, efecto que se repitió con todos los *jeeps* perseguidores. De pronto, la carretera quedó despejada por detrás, como si el de Aziz hubiera sido el último coche en pasar un semáforo en verde.

—Un kilómetro y medio —anunció Aziz, en tanto Cohen se volvía para concentrar su atención en el frente y Hannah recargaba la automática con el último cargador.

Scott distinguió las luces de un puente que se alzaba delante: la fortaleza de Kirkuk, en la parte de la colina que, según Aziz, señalaba el puesto de aduanas. El helicóptero dio media vuelta y roció de balas la carretera. Cuando Aziz se internó en el puente, notó que el neumático delantero de su lado estallaba.

Scott vio con claridad el puesto de control kurdo, mientras el helicóptero descendía para intentar detenerles. Una cascada de balas golpeó el capó del *jeep*, rebotó en el puente y atravesó el parabrisas. Cuando el helicóptero se alejó, Scott levantó la vista y, durante un segundo, sus ojos se encontraron con los del general Hamil.

Scott acabó de romper el destrozado parabrisas, y descubrió que dos hileras de soldados les esperaban, con los rifles apuntando al *jeep*.

Detrás de los soldados había dos estrechas salidas para aquellos que querían entrar en el Kurdistán y dos entradas más al otro lado para los que salían de Kirkuk.

Las dos salidas al Kurdistán estaban bloqueadas por vehículos parados, en tanto las dos entradas estaban despejadas. En aquel momento, nadie mostraba el menor interés por entrar en el Irak de Saddam.

Aziz decidió que deberían cruzar la carretera en diagonal para colarse por una de las entradas pequeñas; aun a riesgo de encontrarse frente a un vehículo que viniera en dirección contraria, en cuyo caso estarían atrapados. La velocidad seguía descendiendo, y notaba que el borde de la rueda delantera izquierda ya tocaba el suelo.

Cuando estuvieron a tiro, Cohen abrió fuego sobre la hilera de soldados. Algunos respondieron, pero logró derribar a varios antes de que los demás se dispersaran.

A unos cien metros de distancia, y todavía desacelerando, Aziz imprimió un giro pronunciado al *jeep* e intentó lanzarlo hacia la segunda entrada. El *jeep* golpeó el muro de la derecha, se internó en el corto y oscuro túnel, rebotó en el muro de la izquierda y salió a tierra de nadie, entre los dos puestos fronterizos.

—¡Siga, siga! —aulló Scott cuando surgieron del túnel. Docenas de soldados se lanzaron en su persecución desde territorio iraquí.

Aziz desvió el coche a la izquierda y lo encaró hacia la frontera del Kurdistán, a unos cuatrocientos metros de distancia. Aplastó el acelerador, pero el velocímetro no superó los tres kilómetros por hora. Otra hilera de soldados, procedentes esta vez de la frontera kurda, apareció ante ellos, con los rifles apuntados al *jeep*, pero ninguno disparó.

Cohen giró en redondo cuando una bala perdida se incrustó en la parte posterior del *jeep* y otra pasó rozando su hombro. Disparó una nueva andanada hacia la frontera iraquí, y los que pudieron se apresuraron a protegerse detrás del puesto de control. El *jeep* avanzó unos cuantos metros más, hasta detenerse con un sollozo entre las dos fronteras no oficiales que la ONU se negaba a reconocer.

Scott miró hacia la frontera kurda. Cien *peshmergas* abrieron fuego, pero no contra el *jeep*. Scott se volvió y vio que otra hilera de soldados avanzaba vacilante desde suelo iraquí. Hannah y él empezaron a disparar con sus pistolas, mientras Cohen lanzaba otra andanada, que cesó bruscamente. Los soldados, que habían iniciado la retirada, comprendieron que el enemigo había agotado las municiones.

Cohen saltó del *jeep* y sacó la pistola.

—¡Vamos, Aziz! —gritó, al tiempo que se agachaba junto a la puerta del conductor—. Tendremos que cubrirles para que el profesor consiga pasar la frontera con su jodida Declaración.

Aziz no contestó. Su cuerpo estaba derrumbado sobre el volante, y la bocina sonaba intermitentemente. El radioteléfono continuaba sonando.

—¡Esos bastardos han matado a mi kurdo! —gritó Cohen. Hannah cogió la bolsa de lona, mientras Scott levantaba a Aziz del *jeep*. Entre los dos lo transportaron hacia la frontera del Kurdistán.

Otra hilera de soldados iraquíes avanzó hacia el *jeep*. Scott y Hannah cada vez estaban más cerca de la patria de Aziz. Oyeron disparos que pasaban cerca. Cohen corrió hacia los iraquíes.

—¡Habéis matado a mi kurdo, bastardos! ¡Habéis matado a mi kurdo!

Un iraquí cayó, otro cayó, otro retrocedió. Otro cayó, otro retrocedió, y Cohen continuaba avanzando hacia ellos. De pronto, cayó de rodillas, pero siguió arrastrándose hacia delante, hasta que una ráfaga le derribó en medio de un charco de sangre, a escasos metros de la frontera iraquí.

En tanto Hannah y Scott entraban con el fallecido kurdo en su patria, los soldados de Saddam arrastraron el cuerpo del judío hasta Irak.

—¿Por qué fueron desobedecidas mis órdenes? —chilló Saddam.

Durante unos momentos, ninguno de los reunidos alrededor de la mesa habló. Todos sabían que las oportunidades de volver vivos a la cama aquella noche eran escasas.

El general Hamil volvió la cubierta de un grueso expediente y examinó una nota manuscrita.

—La culpa fue del mayor Saeed, señor presidente —afirmó el general—. Fue él quien permitió a los infieles escapar con la Declaración, y por eso su cuerpo cuelga ahora en la plaza Thorir, para que el pueblo lo contemple.

El general escuchó con suma atención la siguiente pregunta del presidente.

—Sí, *Sayedi* —aseguró a su amo—. Los guardias de mi propio regimiento mataron a dos de los terroristas. Eran los miembros más importantes del comando. Fueron los dos que lograron escapar de la custodia del mayor Saeed antes de que yo llegara. Los otros dos eran el profesor norteamericano y la chica.

El presidente formuló otra pregunta.

—No, señor presidente. Kratz era el jefe del comando, y yo en persona detuve al infame líder sionista antes de interrogarle en profundidad. Fue durante el interrogatorio cuando descubrí que el plan original era asesinarle, *Sayedi*, y yo me ocupé de que fracasara, como en otras ocasiones anteriores.

El general carecía de una respuesta bien ensayada a la siguiente pregunta del presidente, y experimentó un gran alivio cuando el fiscal del Estado intervino.

—Quizá podamos darle la vuelta a todo el asunto y sacarle provecho, *Sayedi*.

—¿Cómo es eso posible —gritó el presidente—, cuando dos de ellos han escapado con la Declaración y nos han dejado con una copia inútil, que todo el mundo capaz de escribir correctamente la palabra «británicos» comprenderá de inmediato que es una falsificación? No, seré yo quien se convierta en el hazmerreír del mundo, no Clinton.

Todos los ojos se clavaron en el fiscal.

—No tiene por qué ser necesariamente así, señor presidente. Sospecho que cuando los norteamericanos vean el estado en que se encuentra su querido tesoro, no tendrán prisa en volver a exhibirlo en los Archivos Nacionales.

El presidente no le interrumpió esta vez, y el fiscal continuó.

—También sabemos, señor presidente, que gracias a su genio, el pergamino que se exhibe actualmente en Washington ante el cándido público norteamericano es, para citarle, «una copia inútil, que todo el mundo capaz de escribir correctamente la palabra “británicos” comprenderá de inmediato que es una falsificación».

El presidente compuso una expresión de concentración.

—Quizá ha llegado el momento, *Sayedi*, de informar a la prensa mundial de su triunfo.

—¿Mi triunfo? —repitió el presidente, perplejo.

—Pues sí, *Sayedi*. Su triunfo, por no mencionar su magnanimidad. Al fin y al cabo, fue usted quien dio la orden de entregar la estropeada Declaración al profesor Bradley, después de que el gánster Cavalli intentara vendérsela.

El presidente meditó unos momentos.

—Hay un dicho en Occidente —añadió el fiscal— acerca de matar dos pájaros de un tiro.

Siguió otro largo silencio, durante el cual nadie dio su opinión, hasta que el presidente sonrió.

III

«... Empeñamos mutuamente nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado honor».

La declaración oficial hecha pública por el gobierno iraquí el 2 de julio negó la información de que se hubiera producido un tiroteo en los puestos fronterizos de Kirkuk, en el cual habían resultado muertos varios soldados de Irak y heridos otros más.

Los líderes kurdos no pudieron opinar sobre el tema, pues los dos únicos teléfonos por satélite del Kurdistán iraquí habían quedado bloqueados a causa de las continuas solicitudes de ayuda procedentes del departamento de Estado en Washington.

Cuando el jefe de la agencia Reuter en Oriente Próximo telefoneó a Charles Streater, embajador norteamericano en Estambul, y le preguntó por qué había aterrizado un reactor de las Fuerzas Aéreas norteamericanas en la base de Silope, cerca de la frontera turca, y regresado luego a Washington con dos pasajeros desconocidos, su Excelencia contestó a su viejo amigo que no tenía ni idea de qué estaba hablando. El jefe de la Agencia consideraba al embajador un hombre sincero, aunque sabía que formaba parte de su trabajo mentir en bien de su país.

De hecho, el embajador había pasado en pie toda la noche después de recibir una llamada del secretario de Estado, pidiéndole que enviara un helicóptero a las afueras de Kirkuk para recoger a cinco pasajeros, un norteamericano, un árabe y tres israelíes, que debían ser trasladados a la base de Silope.

El embajador había llamado a Washington aquella mañana para informar a Warren Christopher de que, por desgracia, solo dos personas habían logrado cruzar la frontera: un norteamericano llamado Scott Bradley y una mujer israelita, Hannah Kopec. Carecía de información sobre los otros tres.

La última pregunta del secretario de Estado desconcertó por completo al embajador norteamericano. ¿Llevaba el profesor Bradley un tubo de cartón? El embajador lamentó que el corresponsal de Reuter no le hubiera preguntado lo mismo, porque entonces habría sido sincero cuando le dijo:

«No tengo ni idea de qué está hablando».

Scott y Hannah durmieron durante casi todo el vuelo hacia Estados Unidos. Cuando bajaron del avión en la base aérea de Andrews, Dexter Hutchins les estaba esperando al pie de la escalerilla para recibirles. Ninguno se llevó una sorpresa cuando la aduana demostró escaso interés hacia la bolsa de lona de Scott. Un coche de la CIA les condujo en dirección a Washington.

Durante el trayecto hasta la capital, Dexter les advirtió que irían directamente a la Casa Blanca para asistir a una reunión del alto nivel, y les informó sobre las personas que participarían.

El jefe de personal del presidente les recibió en la entrada del Ala Oeste para conducirles hasta el Despacho Oval. Scott hubiera preferido haberse afeitado al

menos una vez durante los dos últimos días para su primera entrevista con el presidente, así como cambiarse la ropa que había utilizado durante los últimos tres días.

Warren Christopher salió a saludarles en la puerta del Despacho Oval, y presentó Scott al presidente Clinton como si fueran amigos de toda la vida. Bill Clinton dio la bienvenida a Scott, y agradeció a Hannah su intervención en la operación.

Scott se alegró de conocer a Calder Marshall, ver al señor Mendelssohn por segunda vez y reunirse de nuevo con Dólar Bill. Dólar Bill se inclinó ante Hannah.

—Ahora comprendo por qué el profesor quería dar la vuelta al mundo para ir a buscarla —dijo el irlandés.

Cuando concluyeron los apretones de manos, nadie ocultó su impaciencia por ver la Declaración. Scott abrió la bolsa y sacó con todo cuidado una toalla de baño, de la cual extrajo el documento y lo tendió a su legítimo custodio, el secretario de Estado. Christopher desenrolló poco a poco el pergamino. Ninguno de los presentes pudo ocultar su aflicción al ver el estado de la Declaración. El Secretario pasó el documento al Archivero, el cual, acompañado por el Conservador y Dólar Bill, se acercó a un amplio ventanal que daba al Jardín Sur. La primera palabra que examinaron fue «británicos», y el Archivero sonrió.

Pocos momentos después, Calder Marshall anunció la opinión unánime de los tres.

—Es una falsificación —dijo.

—¿Por qué están tan seguros? —preguntó el presidente.

—*Mea culpa* —dijo Dólar Bill, casi con timidez.

—¿Significa eso que Saddam sigue en posesión del original? —preguntó el secretario de Estado, asombrado.

—No, señor, tiene la copia que Scott llevó a Bagdad —contestó Dólar Bill—. Por lo tanto, ya estaba en posesión de una falsificación cuando Scott efectuó el cambio.

—Entonces, ¿quién tiene el original? —preguntaron los otros cuatro al unísono.

—Yo diría que Alfonso Mario Cavalli —dijo Dólar Bill.

—¿Quién es ese? —preguntó el presidente, intrigado.

—El caballero que me pagó para hacer la copia que se exhibe actualmente en los Archivos Nacionales —replicó Dólar Bill y a quien entregué la única otra copia, que ahora sostengo en mis manos.

—Pero si la palabra «británicos» está escrita con dos tes, ¿por qué está tan seguro de que es una falsificación? —preguntó Dexter Hutchins.

—Porque, de los cincuenta y seis signatarios de la Declaración original, seis se llamaban George. Cinco firmaron Geo, que era la costumbre de aquel tiempo. Solo George Wythe, de Virginia, escribió su nombre completo. En la copia que presenté a Cavalli cometí el error de escribir también «Geo» para el congresista Wythe, y tuve que añadir las letras «rge» más tarde. Aunque la caligrafía es perfecta, utilicé un tono de tinta algo más pálido. Un simple error, solo discernible por un ojo experto.

—Y aun así, solo en el caso de que supiera lo que buscaba —añadió Mendelssohn.

—Nunca me tomé la molestia de decírselo a Cavalli —continuó Dólar Bill—, porque en cuanto examinó la palabra «británicos», pareció satisfecho.

—Por lo tanto, Cavalli debió cambiar en algún momento su copia por el original, y luego la pasó a al-Obaydi —concluyó Dexter Hutchins.

—Excelente deducción, subdirector —se burló Dólar Bill.

—Y al-Obaydi, a su vez, entregó la copia al embajador de Irak en Ginebra, que la envió a Saddam Hussein. Y, como al-Obaydi había visto la copia de Dólar Bill que se exhibía en los Archivos Nacionales, con la palabra «británicos» bien escrita, creyó a pies juntillas que estaba en posesión del original —dijo Dexter Hutchins.

—Por fin ha conseguido ponerse a nuestra altura —replicó Dólar Bill—. Si bien es cierto, señor, que para ser justo tendría que haber supuesto de lo que era capaz Cavalli, cuando hace un mes le dije: «¿Es que ya no existe honor entre ladrones?».

—Bien, ¿dónde está el original ahora? —preguntó el presidente.

—Sospecho que colgado en la pared de una casa de piedra arenisca en Manhattan —dijo Dólar Bill—, donde habrá pasado los últimos diez meses.

La luz de la consola telefónica situada a la derecha del presidente empezó a destellar. El jefe de personal del presidente descolgó un supletorio y escuchó. El hombre, por lo general impasible, palideció. Pulsó el botón de espera.

—Me llama Bernie Shaw, de la CNN, señor presidente. Dice que Saddam acaba de anunciar que la Declaración de Independencia que se exhibe en los Archivos Nacionales es una falsificación, y que cualquiera capaz de escribir bien la palabra «británicos» lo descubrirá. ¿Algún comentario de su parte?

El presidente se humedeció los labios.

—Apuesto a que Saddam ha concedido la exclusiva del reportaje a la CNN, pero solo hasta mañana —añadió el jefe de personal.

—Procure que no se haga público esta noche, como sea —dijo Dexter Hutchins.

El jefe de personal vaciló un momento, hasta que el presidente cabeceó en señal de aprobación. Apretó el botón para recobrar la comunicación.

—Si quieres airear semejante historia, Bernie, es tu reputación la que estará en juego, no la mía.

El jefe de personal escuchó atentamente la respuesta de Bernie, mientras los demás esperaban en silencio.

—Allá tú. —Fueron las últimas palabras del jefe de personal antes de colgar el teléfono.

Se volvió hacia el presidente.

—Shaw dice que estará con su equipo mañana por la mañana ante las puertas de los Archivos Nacionales cuando abran a las diez, y cito textualmente: «Si la palabra “británicos” está bien escrita, te crucificaré».

El presidente echó un vistazo al reloj que descansaba sobre la repisa de la

chimenea, bajo el retrato de Abraham Lincoln. Pasaban unos minutos de las siete. Giró en la silla y miró al subdirector de la CIA.

—Señor Hutchins —dijo—, tiene quince horas para impedir que me crucifiquen. Si fracasa, les aseguro que no podré reponerme en tres años, y mucho menos en tres días.

La fuga se inició la madrugada del 4 de julio en el sótano del número 21, el hogar de los Preston, que se encontraban de vacaciones en Malibú.

Cuando el ama de llaves mexicana abrió la puerta, pocos minutos después de la medianoche, sospechó lo peor. Una inmigrante ilegal, desprovista de Tarjeta Verde, vive cada día en el temor de recibir la visita de un funcionario gubernamental.

El ama de llaves se sintió aliviada cuando descubrió que los funcionarios trabajaban para la compañía del gas. No necesitó muchos acicates para acompañarles al sótano de la casa de piedra arenisca y enseñarles los contadores de gas.

Una vez dentro, solo tardaron unos segundos en llevar a cabo su trabajo. Aflojar dos válvulas de gas fue suficiente para que se produjera una pequeña fuga, cuyo olor hubiera alarmado a cualquier profano. El experto en explosivos aseguró a su jefe que no existían auténticos motivos de preocupación, siempre que los bomberos de Nueva York llegaran antes de veinte minutos.

El jefe pidió con calma al ama de llaves que llamara a los bomberos y les avisara de que había una fuga de gas en el número 21, capaz de provocar una explosión si no se tomaban las medidas adecuadas. Le proporcionó el número de teléfono.

El ama de llaves marcó el 911, y cuando por fin la pusieron con los bomberos, refirió el problema con voz temblorosa, añadiendo que sucedía en el 21 de la calle 75 Este, entre Park y Madison.

—Desalojen el edificio —ordenó el jefe de bomberos—. Llegaremos enseguida.

—Sí, señor —contestó el ama de llaves, que no tardó ni un segundo en salir a la calle. El experto se apresuró a reparar la avería que había provocado, pero el olor permaneció.

En honor a la verdad, los bomberos de Nueva York, con gran aparato de sirenas y escalerillas, llegaron siete minutos después a la calle 75. Después de que el jefe inspeccionara el sótano del número 21, se mostró de acuerdo con el funcionario (al que no había visto nunca) en que era preciso examinar también los números 17, 19, 23 y 25, sobre todo porque las tuberías del gas corrían paralelas al sistema de alcantarillado de la ciudad.

A continuación, el subdirector de la CIA se retiró al otro lado de la calle para contemplar las maniobras del jefe de bomberos. Como las sirenas habían despertado a casi todos los vecinos, no costó mucho convencerles de que salieran a la calle.

Dexter Hutchins encendió un puro y esperó. En cuanto hubo salido de la Casa Blanca, se dedicó a reunir un selecto equipo de agentes que citó dos horas después en un hotel de Nueva York para informarles, o mejor dicho, para informarles a medias. Porque en cuanto el subdirector les explicó que se trataba de una investigación de

nivel 7, los veteranos comprendieron que solo les revelarían la mitad de la historia, y la mitad peor.

Tardaron todavía dos horas en descubrir la primera fisura, cuando un agente averiguó que los Preston, la familia del número 21, se habían ido de vacaciones. Dexter Hutchins y su experto en explosivos llegaron a la puerta del número 21 pocos minutos después de la medianoche. La mexicana inmigrante sin Tarjeta Verde resultó ser un mirlo blanco.

El subdirector volvió a encender el puro, sin apartar los ojos del portal. Exhaló un suspiro de alivio cuando Tony Cavalli y su padre salieron en bata, acompañados por el mayordomo. Decidió que lo más sensato sería esperar otro par de minutos, antes de pedir permiso al jefe de los bomberos para inspeccionar el número 23.

La operación habría podido llevarse a cabo mucho antes, si Calder Marshall no se hubiera opuesto a la idea de extraer la Declaración falsa de la bóveda de los Archivos Nacionales y ponerla a disposición de Dexter Hutchins. El Archivero había impuesto dos condiciones antes de acceder a la petición del subdirector: si la CIA no lograba reemplazar la copia por el original antes de las diez de la mañana, la dimisión de Marshall, con fecha 25 de mayo, sería presentada una hora antes de que el presidente o el secretario de Estado realizaran cualquier declaración.

—¿Y la segunda condición, señor Marshall? —había preguntado el presidente.

—Que se conceda permiso al señor Mendelssohn para actuar como custodio de la copia que obra en poder del subdirector en todo momento, a fin de que esté presente cuando localicen el original.

Dexter Hutchins comprendió que su única alternativa era aceptar las condiciones de Marshall. El subdirector clavó la vista en el Conservador, que se erguía entre Scott y el experto en explosivos, frente al número 21. Dexter Hutchins se vio obligado a admitir que la apariencia de Mendelssohn cuadraba más con la de un funcionario de la compañía del gas que la de cualquier otro miembro de su equipo.

En cuanto Hutchins vio que dos de sus agentes salían del número 19, aplastó el puro y cruzó la calle en dirección al jefe de los bomberos. Sus tres colegas le siguieron a unos pasos de distancia.

—¿Ya podemos echar un vistazo al número 23? —preguntó en tono indiferente.

—Por mí, no hay problema —contestó el jefe de bomberos—, pero los propietarios insisten en que el mayordomo les acompañe.

Hutchins asintió. El mayordomo guio a los cuatro hasta el vestíbulo, luego al sótano, y desde allí al armarito que albergaba el depósito de gas. Les aseguró que no había percibido el menor olor a gas antes de irse a la cama, poco rato después de que su amo se retirara.

El experto en explosivos llevó a cabo su trabajo con destreza, y en pocos momentos el sótano olió a gas. Hutchins recomendó al mayordomo que, por su propio bien, saliera a la calle. Martin aceptó a regañadientes, cubriéndose la nariz y la boca con un pañuelo, y les dejó solos para que localizaran la fuga.

Mientras el experto reparaba la avería, Scott y Dexter empezaron a investigar todas las habitaciones del sótano. Scott fue el primero en entrar en el estudio de Cavalli y descubrir el pergamino que colgaba en la pared, en el lugar exacto donde Dólar Bill les había prometido que estaría. Al cabo de escasos segundos, los otros dos se reunieron con ellos. Mendelssohn lanzó una mirada de ternura al documento. Examinó la palabra «británicos», alzó el marco de cristal y lo depositó sobre la mesa de la sala de juntas. Scott abrió la cremallera de la bolsa de herramientas que uno de los agentes le había proporcionado unas horas antes, y que contenía destornilladores de todos los tamaños, cuchillos de todas las longitudes, escoplos de diversas anchuras y hasta un pequeño taladro, en suma, todos los elementos necesarios para un enmarcador profesional.

El Conservador inspeccionó la parte posterior del marco y pidió un destornillador de tamaño mediano. Scott eligió uno y se lo pasó.

Mendelssohn quitó lenta y metódicamente los ocho clavos que sujetaban las dos grandes abrazaderas de acero a la parte posterior del marco. Después, dio la vuelta al cristal. Dexter Hutchins deseó fervientemente que se diera más prisa.

El Conservador, ajeno a la impaciencia del subdirector, rebuscó en la bolsa hasta escoger el escoplo apropiado. Lo encajó entre las dos piezas de cristal laminado, en la esquina superior derecha del marco. Al mismo tiempo, Scott extrajo del cilindro que le había suministrado Mendelssohn la copia de la Declaración que habían cogido de los Archivos Nacionales aquella noche.

Cuando el Conservador levantó la placa de cristal superior y la dejó sobre la mesa de la sala de juntas, Scott adivinó por su sonrisa que creía estar contemplando el original.

—Démonos prisa —dijo Dexter—, o empezarán a sospechar.

Dio la impresión de que Mendelssohn no atendía a los apremios del subdirector. Examinó una vez más la palabra «británicos» y, ya satisfecho, concentró su atención en los cinco «Geo» y el único «George», antes de inspeccionar, primero con rapidez, y luego lentamente, el resto del pergamino. La sonrisa no abandonó su cara ni un momento.

Sin decir nada, el Conservador enrolló el original, y Scott lo sustituyó por la copia de los Archivos Nacionales. Una vez colocadas las dos hojas de cristal, aseguró las dos abrazaderas metálicas.

Mendelssohn depositó el cilindro en la bolsa, mientras Scott colgaba la copia en la pared.

Ambos escucharon el profundo suspiro de alivio exhalado por Dexter Hutchins.

—Salgamos de aquí, por el amor de Dios —dijo el subdirector, justo cuando seis policías, armados con pistolas, irrumpían en la habitación y les rodeaban.

—¡Quietos! —gritó uno. Mendelsohn se desmayó.

Los cuatro fueron detenidos, esposados, y se les leyeron sus derechos. Fueron conducidos en diferentes coches de la policía a la comisaría Diecinueve.

Cuando fueron interrogados, tres se negaron a declarar sin un abogado presente. El cuarto indicó al sargento de guardia que, en caso de que la bolsa fuera abierta sin estar presente su abogado, se presentaría una denuncia contra el departamento de Policía de Nueva York.

El sargento de guardia contempló al hombre, de aspecto distinguido y vestido con elegancia, y decidió no correr riesgos. Puso una etiqueta roja a la bolsa y la guardó en la caja fuerte.

El mismo hombre insistió en que la ley le facultaba para hacer una llamada telefónica. Su petición fue atendida, pero no antes de llenar y firmar otro formulario. Dexter Hutchins llamó al director de la CIA a las dos y veintisiete minutos de la madrugada.

El director confesó a su subordinado que no había podido dormir. Escuchó con atención el informe de Hutchins y le rogó que no revelara su nombre o proporcionara detalles a la policía de su misión secreta.

—No queremos que nadie conozca su identidad —añadió—. Hay que procurar por todos los medios no implicar al presidente. —Hizo una pausa—. O mejor dicho, a la CIA.

Cuando el subdirector colgó el teléfono, sus tres compinches y él fueron conducidos a celdas separadas.

El director de la CIA se puso la bata y bajó a su estudio. Después de escribir un breve resumen de la conversación sostenida con su segundo, buscó un número en el ordenador de su escritorio. Marcó lentamente el número de zona 212.

El Comisionado del departamento de Policía de Nueva York murmuró unas cuantas palabras escogidas cuando contestó al teléfono, hasta tomar conciencia de la persona tan despejada con la que estaba hablando. Entonces, encendió la lámpara de la mesita de noche y empezó a tomar notas en un bloc. Su mujer se volvió, pero no antes de añadir algunas palabras, también muy bien escogidas.

El director de la CIA terminó su parte de la conversación con el comentario:

—Te debo una.

—Dos —replicó el Comisionado—. Una por tratar de solucionar tu problema.

—¿Y la segunda? —preguntó el director.

—Por despertar a mi mujer a las tres de la madrugada.

El Comisionado se quedó sentado en el borde de la cama, mientras contemplaba el número telefónico particular del capitán que estaba al mando de aquella comisaría.

El capitán reconoció al instante la voz de su jefe cuando descolgó el teléfono.

—Buenos días, Comisionado —se limitó a contestar, como si se tratara de una

llamada rutinaria de media tarde.

El Comisionado informó al capitán, sin mencionar la llamada del director de la CIA ni la identidad de los cuatro hombres que languidecían en sus celdas (tampoco él tenía pistas al respecto). El capitán escribió los datos fundamentales en la solapa del ejemplar perteneciente a su mujer de *La buena ama de casa*. No perdió tiempo en ducharse o afeitarse, y se vistió con la ropa del día anterior. Salió de su apartamento en Queens a las tres y veintiún minutos, y se dirigió en coche hacia Manhattan. Lo aparcó delante de la comisaría unos minutos antes de las cuatro.

Los agentes que aún seguían despiertos a aquellas horas de la madrugada se quedaron sorprendidos cuando su jefe entró corriendo en el vestíbulo, sobre todo porque iba despeinado, sin afeitarse y llevaba una copia de *La buena ama de casa* bajo el brazo.

Irrumpió en el despacho del teniente de servicio aquella noche, que se apresuró a bajar los pies del escritorio.

El teniente aparentó perplejidad cuando le preguntó por los cuatro hombres que habían detenido unas horas antes, pues acababa de interrogar a un camello.

Llamaron al despacho del sargento de guardia. El veterano policía, que creía haber visto de todo durante su larga carrera, admitió haber detenido a los cuatro hombres, pero seguía intrigado por el incidente, porque no sabía de qué acusarles, pese a que uno de los propietarios, un tal Antonio Cavalli, había llamado pocos minutos antes para preguntar si los cuatro hombres continuaban detenidos, pues había surgido una complicación. Ningún residente había denunciado robos, de modo que esa acusación debía desecharse. No se les podía acusar de haber entrado ilegalmente, pues en cada ocasión les habían invitado a entrar en el edificio, y siempre habían abandonado la propiedad cuando se lo habían solicitado. El único cargo que se le ocurría al sargento era suplantación de funcionarios municipales.

El capitán no demostró interés por las especulaciones del sargento.

—¿Han abierto la bolsa? —se limitó a preguntar.

—No, capitán —contestó el sargento, y trató de recordar dónde la había puesto.

—Entonces, déjeles a todos en libertad bajo fianza, pendientes de posteriores cargos. Yo me ocuparé del papeleo.

El papeleo ocupó al capitán un rato considerable, y los cuatro hombres no fueron puestos en libertad hasta pasadas las seis.

Cuando bajaron corriendo la escalinata de la comisaría, el hombre pequeño de las gafas gruesas aferraba firmemente la bolsa.

Antonio Cavalli despertó sobresaltado. ¿Había soñado que le sacaban a rastras a la calle en plena noche?

Encendió la lámpara de la mesita y consultó su reloj. Eran las tres y cuarenta y siete minutos. Empezó a recordar lo que había ocurrido unas horas antes.

Una vez en la calle, Martin había acompañado a los cuatro hombres a la casa. Demasiada gente para una simple fuga de gas, pensó Cavalli. ¿Y qué funcionario de la compañía del gas fumaría puros y podría permitirse un traje Saks de la Quinta Avenida? Pasados quince minutos sin que salieran, las sospechas de Cavalli aumentaron. Preguntó al jefe de bomberos si conocía a aquellos hombres. El jefe admitió que, pese a que le habían dado el código correcto por teléfono, no los conocía. Decidió que el señor Cavalli tenía razón cuando sugirió que había llegado el momento de realizar algunas consultas con Consolidated Edison. La telefonista le informó que aquella noche no se había desplazado ninguno de sus ingenieros a la calle 75. El jefe de bomberos transmitió al instante dicha información a la policía. Pocos minutos más tarde, seis agentes de policía habían entrado en el número 23 y detenido a los cuatro hombres.

Después de ser conducidos a la comisaría, su padre y Martin habían ayudado a Tony a examinar todas las habitaciones de la casa, pero no vieron que faltara nada. Habían vuelto a acostarse alrededor de las dos menos cuarto.

Cavalli, completamente despierto, creyó oír un ruido procedente de la planta baja. ¿Era el mismo ruido que le había despertado? Tony consultó de nuevo su reloj. Su padre y Martin se levantaban temprano, pero muy pocas veces entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Cavalli saltó de la cama, seguro de haber oído voces.

Se puso una bata y caminó hacia la puerta del dormitorio. La abrió poco a poco, salió al rellano y miró por encima de la balaustrada. Salía luz por debajo de la puerta del estudio de su padre.

Cavalli descendió a toda prisa el tramo de escalera, cruzó en silencio el vestíbulo alfombrado y se detuvo ante la puerta del estudio. Intentó recordar dónde estaba la pistola más próxima.

Escuchó con atención, pero no captó movimientos en el interior. Entonces, de repente, una voz grave empezó a maldecir en voz alta. Tony abrió la puerta y vio a su padre, también en bata, de pie frente a la Declaración de Independencia, con una lupa en la mano derecha. Estaba examinando la palabra «británicos».

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tony.

—Tendrías que haber matado a Dólar Bill cuando yo te lo dije. —Fue el único comentario de su padre.

—¿Por qué?

—Porque han robado la Declaración de Independencia.

—Pero si la tienes delante.

—No. ¿No te das cuenta de lo que han hecho?

—No —admitió Tony.

—Han cambiado el original por la copia sin valor que pusiste en los Archivos Nacionales.

—Pero la copia de la pared era la otra que hizo Dólar Bill —objetó Tony—. Yo vi

cómo te la daba.

—No —dijo su padre—. La mía era la original, no la copia.

—No entiendo —dijo Tony, perplejo. El anciano se volvió hacia él por primera vez.

—Nick Vicente y yo las cambiamos cuando trajiste la Declaración de Washington. —Tony miró a su padre con incredulidad—. ¿Pensabas que iba a entregar parte de nuestra herencia nacional a Saddam Hussein?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y dejarte ir a Ginebra sabiendo que estabas en posesión de una falsificación, cuando aún no se había cerrado el trato? No, siempre fue mi intención hacerte creer que el original había sido enviado a Franchard et Cie., porque si tú lo creías, al-Obaydi también lo creería.

Tony no dijo nada.

—Ni tampoco habrías opuesto tanta resistencia a perder cincuenta millones de haber sabido que tu documento era un fraude.

—¿Y dónde coño está el original ahora?

—En algún despacho de la comisaría Diecinueve, diría yo. Eso, si no se han largado ya. Y es lo que voy a averiguar ahora mismo.

Se acercó al escritorio y cogió el listín telefónico.

El presidente marcó siete cifras y preguntó por el oficial de guardia. Consultó su reloj mientras esperaba: las cuatro y veintidós.

Cuando el sargento se puso, Cavalli explicó quién era, y formuló dos preguntas. Escuchó con atención las respuestas, y después colgó el teléfono.

Tony enarcó una ceja.

—Siguen encerrados en sus celdas, y la bolsa está, en una caja fuerte. ¿Tenemos en nómina a alguien de la comisaría Diecinueve?

—Sí, un teniente que ha hecho muy poco por nosotros en los últimos tiempos.

—Pues ya ha llegado la hora de que pague sus deudas —replicó su padre, y se encaminó hacia la puerta.

Tony subió los escalones de tres en tres, entró en su habitación, y salió vestido al cabo de veinte minutos. Suponía que tendría que esperar a su padre, pero el viejo ya estaba en la puerta.

Salieron a la calle y buscaron un taxi, pero ninguno dobló por la calle 75 a aquellas horas de la madrugada.

—Tendremos que coger el coche —gritó su padre, que ya estaba cruzando la calle en dirección al garaje—. No podemos perder ni un minuto.

Tony volvió corriendo a casa y cogió las llaves del cajón de la mesa del vestíbulo. Alcanzó a su padre mucho antes de que llegara a su espacio reservado en el aparcamiento.

—Si conseguimos recuperar la Declaración —preguntó Tony a su padre, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—, ¿qué cojones harás?

—Para empezar, mataré a Dólar Bill con mis propias manos, para asegurarme de que nunca más vuelva a hacer otra copia. Y después...

Tony giró la llave del encendido.

La explosión despertó a todo el vecindario por segunda vez aquella noche.

Los cuatro hombres bajaron corriendo la escalinata de la comisaría. El más bajo aferraba una bolsa. Un coche que llevaba una hora con el motor encendido se detuvo a su lado. Uno de los hombres se alejó bajo la pálida luz del amanecer, sin saber muy bien por qué habían requerido sus servicios. Dexter Hutchins se sentó al lado del chófer, en tanto Scott y el Conservador se acomodaban en la parte posterior.

—La Guardia —dijo Dexter, y agradeció al agente que hubiera estado esperando toda la noche. Scott miró el reloj digital del coche y vio que cambiaba de las seis y once a las seis y doce.

El chófer giró hacia el carril exterior.

—No exceda el límite de velocidad —ordenó Dexter—. No nos interesan más retrasos.

El agente volvió al carril del centro.

—¿A qué hora es el próximo puente aéreo? —preguntó Scott.

—Delta, siete y media —contestó el chófer.

Dexter descolgó el teléfono y tecleó diez números. Cuando una voz respondió, el subdirector se limitó a decir:

—Ya vamos, señor. Todo en orden.

Dexter colgó el teléfono y se volvió para asegurarse de que el silencioso Conservador seguía con ellos. Sujetaba la bolsa, que ahora descansaba sobre sus piernas.

—Será mejor sacar todo de la bolsa, aparte del cilindro —dijo Dexter—. De lo contrario, no pasaremos el control de seguridad.

Mendelsohn abrió la cremallera de la bolsa y dejó que Scott sacara los destornilladores, cuchillos, escoplos y, por fin, el taladro. Volvió a cerrar la bolsa.

A las seis y cuarenta y tres, el conductor salió de la autopista y siguió los letreros de La Guardia. Nadie habló hasta que el coche frenó ante la entrada de la terminal de Marine Air.

Cuando Dexter salió del coche, tres hombres ataviados con impermeables de color marrón saltaron de un coche que había frenado justo detrás de ellos, y precedieron al subdirector hacia la terminal. Otro hombre vestido con un elegante traje gris oscuro, con una gabardina colgada del brazo, tendió un sobre a Dexter cuando pasó a su lado. El subdirector cogió el paquete como un buen corredor de relevos, sin aminorar el paso, y continuó hacia la sala de salidas, donde tres agentes más le esperaban.

Una vez cumplidas las formalidades, Dexter Hutchins habría preferido pasear

arriba y abajo mientras esperaba subir al avión, pero permaneció inmóvil a un metro de distancia de la Declaración, rodeada por un círculo de agentes.

—Próxima salida hacia Washington por puerta número 4 —anunció una voz por los altavoces.

Nueve hombres esperaron a que todos los demás hubieran subido al avión. Cuando el agente apostado en la puerta cabeceó, Dexter condujo a su grupo hasta el aparato. Ocuparon sus asientos, 1A-F y 2A-F. El 2E iba ocupado solo por la bolsa, el 2D y el 2F por dos hombres que pesarían entre ambos doscientos cincuenta kilos.

El piloto les dio la bienvenida a bordo y les advirtió que habría un pequeño retraso. Dexter consultó su reloj: las siete y veintisiete. Empezó a tamborilear con los dedos sobre el descansabrazos que le separaba de Scott. La azafata ofreció a cada uno de los nueve hombres instalados en las dos primeras filas un ejemplar de *USA Today*. Solo Mendelssohn aceptó la revista.

A las siete y treinta y nueve, el avión salió a la pista para preparar el despegue. Cuando se detuvo, Dexter preguntó a la azafata cuál era la causa del retraso.

—El tráfico habitual de la mañana. El capitán acaba de decirme que somos los séptimos de la cola, de modo que despegaremos dentro de diez o quince minutos.

Dexter continuó tamborileando con los dedos sobre el descansabrazos, en tanto Scott no apartaba los ojos de la bolsa. Mendelssohn pasó otra página de *USA Today*.

El avión giró en redondo para tomar carrerilla a las siete y cincuenta y un minutos. Los motores empezaron a girar, el aparato avanzó poco a poco, y luego cobró velocidad. Las ruedas se separaron del suelo a las siete y cincuenta y tres.

La azafata regresó al cabo de pocos momentos para ofrecerles el desayuno. No obtuvo una respuesta afirmativa hasta llegar a la fila siete. Cuando llevó el acostumbrado café matutino a los tres miembros de la tripulación que ocupaban la cabina, preguntó al capitán por qué estaban desocupadas las filas situadas entre la tres y la seis, sobre todo teniendo en cuenta que era el Día de la Independencia.

Al capitán no se le ocurrió ningún motivo.

—Vigila a los pasajeros de las filas uno y dos —se limitó a decir.

Su curiosidad sobre los nueve hombres de las dos primeras filas aumentó cuando le concedieron permiso para aterrizar en cuanto anunció al control de tráfico aéreo que se encontraba a cien kilómetros de Washington.

Comenzó el descenso a las ocho y treinta y tres, y llegó puntual por primera vez en meses. Cuando apagó los motores, tres hombres bloquearon de inmediato la salida y no se movieron hasta que el subdirector y su grupo entraron en la terminal. Cuando Dexter Hutchins desembocó en la terminal de Delta, un agente hizo el papel de guía, mientras los otros tres le seguían como buenos discípulos. El director había tenido muy en cuenta la fina línea que separa la protección de llamar la atención. Dexter vio a cuatro agentes más mientras atravesaba la terminal, y sospechó que habría otros veinte ocultos en puntos estratégicos de su ruta hasta el coche.

Cuando Dexter pasó bajo el reloj digital, los números rojos pasaron a las nueve y

un minuto. Las puertas se abrieron y salió a la calzada. Tres limusinas negras esperaban en fila, con los chóferes de pie junto a la puerta.

En cuanto vieron al subdirector, los chóferes del primer y tercer vehículo se pusieron al volante y encendieron el motor, en tanto el chófer del segundo coche abría la puerta posterior para que Scott y Mendelsohn entraran. El subdirector se sentó al lado del agente.

El primer coche se dirigió hacia la avenida de George Washington, y la caravana cruzó el puente de la calle 14 pocos minutos después. Cuando el monumento a Jefferson apareció ante su vista, Dexter volvió a consultar su reloj. Eran las nueve y doce minutos.

—Tiempo de sobra —comentó. Menos de un minuto más tarde, se encontraron atrapados en un embotellamiento.

—¡Maldita sea! —exclamó Dexter—. Había olvidado que las calles estarían cortadas por el desfile del Día de la Independencia.

Como solo avanzaron medio kilómetro durante los siguientes tres minutos, Dexter dijo al chófer que no les quedaba otra alternativa.

—Conecte la sirena.

El conductor encendió las luces, conectó la sirena a toda potencia y observó que el primer coche se desviaba hacia el carril interior y mantenía una velocidad constante de sesenta kilómetros por hora hasta salir de la autopista.

Dexter consultaba su reloj cada treinta segundos, mientras los coches intentaban desplazarse de carril a carril, pero algunos ciudadanos de Washington, insensibles a las sirenas y las luces destellantes, les cerraban el paso.

El primer coche pasó entre dos barreras policiales y entró en la avenida de la Constitución a las nueve y treinta y siete. Cuando Dexter vio las multitudes que se agolpaban para presenciar el desfile, ordenó silenciar las sirenas. Nadie debía fijarse en ellos cuando se detuvieran ante los Archivos Nacionales.

Fue Scott quien les vio primero. Palmeó el hombro de Dexter y extendió un dedo. Un equipo de televisión estaba apostado delante de la larga cola formada en la puerta de los Archivos Nacionales.

—No conseguiremos despistarles —dijo Dexter. Se volvió hacia Mendelsohn—. ¿Hay otra forma de entrar en el edificio?

—Hay una entrada de servicio en la calle 7 —contestó el Conservador.

—Muy apropiado —comentó Dexter Hutchins.

—Pase de largo la puerta principal y déjeme en la esquina. —Dijo Mendelsohn—. Cruzaré la avenida de la Constitución y entraré por la puerta de servicio.

—¿Que le dejemos en la esquina? —preguntó Dexter, sin dar crédito a sus oídos.

—Si voy rodeado de agentes, todo el mundo pensará... —empezó Mendelsohn.

—Sí, sí, sí —dijo el subdirector, mientras intentaba reflexionar. Descolgó el teléfono y ordenó a los otros dos coches que se alejaran.

—Tendremos que correr el riesgo —dijo Scott.

—Lo sé —contestó Dexter—, pero al menos podrías acompañarle. Al fin y al cabo, nunca has tenido pinta de agente.

Scott no supo si tomar el comentario como un cumplido.

Cuando pasaron frente a los Archivos Nacionales, Dexter ocultó el rostro al impaciente equipo de televisión.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—Unos seis —dijo Scott—. El que nos da la espalda debe de ser Shaw.

—Dígame exactamente dónde quiere que le dejemos —dijo el subdirector a Mendelssohn.

—Otros cincuenta metros —contestó.

—Tú cogerás la bolsa, Scott.

—Pero... —empezó Mendelssohn, aunque se calló al ver la expresión de Dexter Hutchins.

El coche se arrimó al bordillo y frenó. Scott cogió la bolsa salió y sostuvo la puerta para que Mendelssohn le siguiera. Ocho agentes paseaban por la acera con aire de inocencia.

Ninguno miraba hacia la escalinata de los Archivos Nacionales.

La extraña pareja cruzó a toda prisa la avenida de la Constitución y empezó a correr por la calle 7.

Cuando llegaron a la entrada de servicio, Scott casi se dio de bruces con un impaciente Calder Marshall, que paseaba de un lado a otro al pie de la rampa.

—Gracias a Dios. —Fue lo único que dijo el Archivero. Scott y el Conservador bajaron corriendo la rampa.

Les guio en silencio hasta el montacargas abierto. Subieron dos plantas, y luego corrieron por un pasillo hasta llegar a la escalera que descendía a la bóveda. Marshall se volvió para comprobar que los otros dos le seguían, y empezó a bajar de tres en tres la escalera, algo que ningún miembro del personal había presenciado jamás. Scott y Mendelssohn le siguieron, y ninguno de los tres se detuvo hasta llegar frente a las macizas puertas de acero.

Marshall asintió, y un casi sofocado Conservador se adelantó y compuso un código en una cajita situada junto a la puerta. La rejilla de acero se abrió lentamente, y los tres hombres entraron en la bóveda. Una vez en su interior, el Conservador apretó un botón y la puerta se cerró.

Se detuvieron ante el gran bloque de hormigón que había sido construido para albergar la Declaración de Independencia, como sacerdotes ante un altar. Scott consultó su reloj. Eran las nueve y cincuenta y un minutos.

Mendelssohn oprimió el botón rojo y se oyeron los ya conocidos ruidos metálicos, a medida que los bloques se separaban y el enorme armazón vacío aparecía poco a poco a la vista. Tocó de nuevo el botón cuando el recipiente de cristal llegó a la altura del pecho.

El Archivero y el Conservador avanzaron, en tanto Scott abría la cremallera de la

bolsa. El Archivero extrajo dos llaves del bolsillo de la chaqueta y entregó una a su colega. De inmediato, procedieron a abrir los doce cerrojos distribuidos alrededor del grueso borde de latón. Una vez concluida la tarea, empujaron el pesado armazón, hasta que se paró como un libro abierto.

Scott extrajo el tubo y lo entregó al Archivero. Marshall lo destapó y dejó que Mendelssohn extrajera con sumo cuidado su contenido.

Scott contempló al Archivero y al Conservador colocar muy lentamente la Declaración de Independencia sobre el cristal, hasta ocupar su legítimo lugar. Scott se inclinó y dedicó una última mirada a la palabra mal escrita, antes de que los dos hombres devolvieran la cubierta de latón a su sitio.

—Dios Santo, los británicos aún han de responder de muchas cosas —dijo el Archivero.

Calder Marshall y el Conservador se apresuraron a asegurar los doce cerrojos que rodeaban el armazón y retrocedieron un paso.

Contemplaron el documento un segundo, mientras Scott consultaba su reloj una vez más. Las nueve y cincuenta y siete. Levantó la vista y vio que Marshall y Mendelssohn se abrazaban y empezaban a dar saltitos, como niños que hubieran recibido un regalo inesperado.

Scott carraspeó.

—Son las nueve y cincuenta y ocho minutos, caballeros.

Los dos hombres se comportaron al instante.

El Archivero retrocedió hasta el bloque de hormigón. Se detuvo un momento y apretó el botón rojo. El enorme armazón se elevó y prosiguió su lento viaje hacia la galería, hacia el público expectante.

Calder Marshall se volvió hacia Scott. Una leve sonrisa reveló su alivio. Se inclinó como un guerrero para dar a entender que, en su opinión, el honor se había reparado. El Conservador estrechó la mano de Scott, y después se acercó a la puerta. Tecleó un código en la cajita y la rejilla se abrió.

Marshall acompañó a Scott hasta la entrada de servicio.

—Gracias, profesor —dijo, mientras le estrechaba la mano. Scott ascendió la rampa y se volvió a mirar cuando llegó a la acera. No se veía ni rastro del Archivero.

Corrió por la calle 7 y se reunió con Dexter en el coche que esperaba.

—¿Algún problema, profesor? —preguntó el subdirector.

—No. Como no se refiera a dos hombres honrados que parecen haber envejecido diez años en los últimos dos meses.

El reloj de la antigua Torre de Correos dio la décima campanada. Las puertas de los Archivos Nacionales se abrieron y un equipo de televisión entró a paso de carga.

El coche del subdirector se dirigió hacia el centro de la avenida de la Constitución, donde quedó atrapado entre las oleadas con destino a Tennessee y Texas. Un oficial de policía acudió enseguida y ordenó al chófer que aparcara en la calle 7.

Cuando el coche se detuvo, Dexter bajó la ventanilla, sonrió al oficial y dijo:

—Soy el subdirector de la CIA.

—Y yo el Tío Sam —replicó el oficial, mientras empezaba a redactar la multa.

El subdirector de la CIA telefoneó al domicilio del director para informarle de que todo seguía como de costumbre en los Archivos Nacionales. No mencionó la multa de tráfico.

El Conservador telefoneó a su mujer y trató de explicarle por qué no había pasado la noche en casa.

Una mujer que llevaba una bolsa de la compra con asa de cuerda se puso en contacto con el embajador de Irak ante la ONU mediante su teléfono móvil y le informó de que había matado dos pájaros de un tiro. Dio al embajador el número de una cuenta bancaria de las Bahamas.

El director de la CIA llamó al secretario de Estado y confirmó que el documento estaba en su sitio. Evitó decir «de nuevo».

Susan Anderson telefoneó a Scott para felicitarle por el papel que había jugado en la devolución del documento a su legítimo hogar. También mencionó de pasada la triste noticia de que había decidido romper su compromiso.

El embajador iraquí ante la ONU ordenó al señor Dummond que transfiriera la cantidad de novecientos mil dólares al Royal Bank of Canada de las Bahamas, y que al mismo tiempo cerrara la cuenta de al-Obaydi.

El secretario de Estado telefoneó al presidente a la Casa Blanca para informarle de que la conferencia de prensa prevista para las once de la mañana se había suspendido.

Un periodista de sucesos del *New York Daily News* dictó su noticia de primera plana desde el teléfono público de un garaje subterráneo de la calle 75. El encabezamiento rezaba:

«Mafiosos asesinados en Manhattan».

El teléfono de Lloyd Adams no paraba de sonar y recibía toda clase de ofertas, desde papeles secundarios hasta principales.

El Archivero no devolvió la llamada de un asesor especial del presidente que le invitaba a comer.

Un productor de la CNN llamó a la redacción para informar de que debía tratarse de un engaño. Sí, había verificado la ortografía de «británicos», y solo Dan Quayle podía pensar que se escribía con dos tes.

Scott llamó a Hannah y le explicó cómo quería pasar el Día de la Independencia.



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de *bestsellers*, cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran *Ni un centavo más, ni un centavo menos* (1989), *Kane y Abel* (1989), *El undécimo mandamiento* (1998) y *En pocas palabras* (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.

NOTAS

[1] Juego de pelota practicado originalmente por los indios de Norteamérica, que se juega con una raqueta de mango largo. (N. del T.). <<

[2] El autor debe referirse al límite del paralelo 36.º, donde, tras la rebelión kurda de 1992, las tropas iraquíes tienen limitadas sus acciones militares. Queda ligeramente al N. de Kirkuk. (N. del E.). <<

[3] Del Capitolio. (N. del T.). <<

[4] La película de Michael Cimino que acabó de arruinar a la United Artists. (N. del T.). <<

[5] Departamento de Policía del Distrito de Columbia. (N. del T.). <<

[6] Ataque efectuado en 1773 por colonos norteamericanos contra tres barcos ingleses cargados de té, en protesta por los impuestos sobre la hierba y el monopolio de la Compañía de las Indias Occidentales. (N. del T.). <<

[7] Famosa frase pronunciada por Clint Eastwood en Harry el Sucio. (N. del T.). <<

[8] Denominación que reciben en algunas ciudades europeas los barrios de prostitutas.
(N. del T). <<

[9] En el original, our embassy in Amman. Sin duda se trata de una confusión, poco relevante, del autor: no hay embajada israelí en Jordania. (N. del E.). <<

[10] Guerrilleros independentistas kurdos. (N. del E.). <<